ALAIN TOURAINE EN AMÉRICA LATINA

ENSAYOS

KARINA BATTHYÁNY
ESTEBAN TORRES
[COORDS.]

CLACSO

Alain Touraine en América Latina

Alain Touraine en América Latina / Manuel Castells ... [et al.] ; Coordinación general de Karina Batthyány ; Esteban Torres. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-956-2

1. América Latina. 2. Movimiento Social. 3. Sociología. I. Castells, Manuel II. Batthyány, Karina, coord. III. Torres, Esteban, coord.

CDD 305.42

Corrección: Mariela Gurevich
Diseño de tapa: Dominique Cortondo Arias
Diseño del interior y maquetado: Eleonora Silva

Alain Touraine en América Latina

Karina Batthyány y Esteban Torres
(coords.)

CLACSO

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva
Karina Batthyány - Directora Ejecutiva
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial
Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES
CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital desde cualquier lugar del mundo ingresando a **libreria.clacso.org**

Alain Touraine en América Latina (Buenos Aires: CLACSO, enero de 2025).
ISBN 978-987-813-956-2

CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875
<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Suecia
Sverige

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Introducción. América Latina y Alain Touraine 9
Karina Batthyány y Esteban Torres

La sociedad mundial poscolonial y el legado de Alain Touraine 17
Esteban Torres

Primera parte

Alain Touraine, el sociólogo de la libertad 65
Manuel Castells

Alain Touraine 79
Gerónimo de Sierra

Repensar a Touraine. Una introducción 101
Fernando Calderón Gutiérrez

Segunda parte

Contribuições da Intervenção Sociológica de Alain Touraine
para a pesquisa em ciências sociais 113
Ana Beatriz Oliveira Reis

Alain Touraine y el modelo latinoamericano de desarrollo 129
Rafael Paternain

Alain Touraine: el silencio de los intelectuales, los nuevos movimientos sociales y el altermundismo 157
Osbaldo Amauri Gallegos de Dios

Una perspectiva de análisis para la acción colectiva de mujeres desde la sociología de Alain Touraine 173
Nerea Lucrecia Jodor

El legado de Touraine para el mundo del trabajo.
A propósito de los cincuenta años del Golpe cívico militar 203
Miguel Alejandro Hernández Monsalve

Tercera parte

Los problemas de una sociología propia en América Latina 229
Alain Touraine

Unidad y diversidad de la sociología 259
Alain Touraine

Sobre autores y autoras 279

Introducción
América Latina y Alain Touraine

Karina Batthyány y Esteban Torres

I

Desde tiempos coloniales, las sociedades de América Latina y el Caribe se fueron moldeando a partir de un conjunto de impulsos de deculturación y aculturación. El primero designa el proceso de erradicación de la cultura original de un pueblo, seguido del aprendizaje de nuevos modos de hablar, de hacer, de interactuar y de pensar. La *deculturación*, así definida, suele ser la antesala de la aculturación. Esta última alude a la cristalización de un nuevo cuerpo de comprensiones comunes entre dominadores y dominados, que torna viable la convivencia social, así como la explotación económica de las comunidades previamente deculturizadas. Registrado este escenario histórico adverso, no sería exagerado señalar que CLACSO nace en la década del sesenta del siglo XX con el objetivo de intentar contrarrestar desde el campo de las ciencias sociales el avance de los procesos de deculturación, al mismo tiempo que para sentar las bases de un nuevo pensamiento autónomo, crítico y regional, comprometido con la dilucidación de los

problemas centrales que experimentaban los países del continente. La historia de CLACSO, al igual que la historia de la CEPAL y de las Naciones Unidas en general, es un capítulo singular de la historia del proceso de descolonización del siglo XX y de los movimientos de liberación nacional del Sur global.

Transcurrido más de medio siglo de aquel momento fundacional, es posible comprobar que la misión histórica que asumió CLACSO en buena medida se ha cumplido. No sucedió lo mismo con todos los organismos creados en la posguerra para democratizar las relaciones entre los países del Norte y del Sur globales. Y parte del éxito de CLACSO se explica por el compromiso de las y los intelectuales que alimentaron esta comunidad con la preservación del mandato originario de la autonomía intelectual. O, mejor dicho, de una autonomía intelectual que priorizara la articulación con los programas de cambio social de los movimientos progresistas del continente. La conexión histórica de CLACSO con los anhelos de justicia y de transformación de las sociedades ha facilitado la creación de visiones globales que permitieran situar a América Latina y el Caribe en el entramado de poder que define sus posibilidades de actuación. A lo largo de las décadas, las sucesivas agendas de CLACSO, así como su política de homenajes, se han orientado por este horizonte de expectativas. Y el presente libro, centrado en la figura de Alain Touraine, no es la excepción.

Alain Touraine fue uno de los sociólogos más célebres del viejo continente en el último medio siglo, al mismo tiempo que el intelectual francés más influyente en las ciencias sociales de América Latina desde la década del sesenta hasta su partida en 2023. Su notable gravitación en la región, particularmente en América del Sur, adquiere características únicas. No se alcanza a explicar por el poderío de la Francia de posguerra en el concierto de las naciones, ni tampoco por el peso de la cultura sociológica francesa en las academias de nuestra región. Es decir, Touraine no se convierte en un símbolo de la sociología latinoamericana a partir de un proceso exitoso de colonización intelectual. Todo lo contrario.

Si Touraine conquistó la cima del reconocimiento intelectual en la región fue porque antes se había volcado al conocimiento de América Latina. Se enamoró tempranamente del continente, de sus culturas, de sus políticas de izquierdas y de sus talentosos intelectuales, con todo lo que ese sentimiento puede conllevar para un sociólogo francés plantado en una de las ciudades más atractivas y poderosas de la civilización europea. Producto de ese amor profundo es que Touraine hablaba un castellano perfecto. Al igual que Göran Therborn, se casó con una mujer chilena que lo acompañó durante toda su vida. Pero, sobre todas las cosas, Touraine fue uno de los pocos sociólogos europeos que comprendió que el futuro de la izquierda democrática en el mundo en las décadas del sesenta y del setenta no estaba en Europa sino en América Latina. Y, ligado a ello, fue directamente el único que a partir de su atracción política por la región concluyó que el espacio de experiencias más innovador para las ciencias sociales críticas por esos años también estaba aquí, en las universidades de nuestro continente.

Tiempo antes de la caída de Salvador Allende –la tragedia que terminó de sellar su identidad latinoamericana–, Touraine ya había cedido a los encantos de la sociología de Cardoso y Faletto, a quienes decidió seguir intelectualmente en su aventura durante el breve tiempo que duró. Queda por analizar si acaso no fueron esos años de su producción juvenil los que llevaron más lejos su proyecto sociológico. En cualquier caso, a lo largo de su vida, Touraine no se cansó de recordarles a sus diferentes interlocutores que para poder comprender a Europa en profundidad había que sumergirse en la realidad latinoamericana. Llegado a este punto es sencillo imaginar que si en este libro estamos homenajeando a Touraine es porque la historia de CLACSO, en algunos de sus pasajes más luminosos, está hilvanada con la del autor. Y porque la agenda de género actual de nuestra red, que tiene un punto de apoyo central en el campo sociológico, reconoce en la crítica de Touraine al patriarcado, así como en la visibilización del movimiento feminista, su contribución teórica y política más nítida.

II

El presente libro reúne once textos que se distribuyen en cuatro apartados. En el primero ofrecemos un estudio a cargo de Esteban Torres. Dicho trabajo parte de suponer que desde mediados del siglo XX se viene conformando una sociedad mundial poscolonial, y que el legado de Alain Touraine, para poder aprovecharlo hacia el futuro, debe considerarse desde esta formación social que recién se está previsualizando en la tercera década del siglo XXI. A partir de este encuadre, el artículo de Torres se sumerge en los aspectos decisivos de la producción sociológica de Touraine, tanto la que se ocupó de estudiar Europa como la que se focalizó en América Latina. En las primeras páginas, el estudio interpela la obra del sociólogo, y en particular su utopía libertaria, a partir de las diferentes agendas propulsadas por CLACSO, desde la desarrollista en la década del sesenta, hasta la agenda de los cuidados, en la gestión actual de Karina Batthyány.

El segundo apartado reúne tres textos de gran valor, escritos por algunos de sus discípulos más destacados. El primer trabajo le pertenece a Manuel Castells, el sociólogo más gravitante en la década del noventa del siglo XX. Desde su consagración, Touraine no dejó de referenciarse en la obra del sociólogo catalán. El texto de Castells ofrece una interpretación integral de los aportes teóricos de Touraine, mencionando generosamente a su maestro como uno de los fundadores de la sociología científica. El recorrido que ofrece por la obra de Touraine se va entrelazando con su propia visión de la política, del Estado y de los movimientos sociales. Pese a la riqueza notable del trabajo, y de mencionar con aprecio al Chile de Allende y a Fernando Henrique Cardoso, su homenaje adopta una forma genérica ajustada a un diálogo más europeo. El segundo texto del libro es de Gerónimo de Sierra, destacado sociólogo uruguayo. A diferencia del texto de Castells, el trabajo de Sierra se centra en una narración biográfica, en la cual sus experiencias

personales con Touraine van iluminando aspectos valiosos y para muchos desconocidos del exilio latinoamericano en Francia durante la última ola de dictaduras militares. El relato abre una ventana para mirar desde otra óptica el aporte de Touraine a las ciencias sociales de América Latina. El tercer y último texto del bloque es de Fernando Calderón, exdirector ejecutivo de CLACSO entre 1983 y 1991, y uno de los sociólogos bolivianos más relevantes de las últimas décadas. Si Castells fue discípulo de Touraine, Calderón lo fue de ambos. Y el trío que conformaron desde la década del ochenta ha sido increíblemente productivo para el desarrollo de una sociología global con acento latinoamericano. A diferencia del texto de Castells, más general, y del trabajo de Sierra, más biográfico, el sociólogo boliviano conduce la obra de Alain Touraine hacia América Latina, rescatando algunos de sus grandes libros sobre la región. Los tres trabajos reunidos en este bloque, al leerlos en conjunto, terminan proyectando una imagen verdaderamente luminosa de Touraine, a partir de la cual se evidencia las deudas intelectuales y personales contraídas con su maestro.

El tercer bloque del libro es muy especial. Y lo es porque reúne los trabajos ganadores de la convocatoria pública realizada desde CLACSO en 2023 –a los pocos meses de la partida que Touraine– para participar del presente libro. Resultaron ganadores los cinco textos que componen este apartado, que se concentran en diferentes aspectos de la obra del sociólogo francés. El primer texto, escrito en portugués por Ana Beatriz Oliveira Reis, ofrece una periodización de la obra del intelectual francés, para luego concentrarse en el método de intervención sociológica que este propuso. El segundo trabajo se inscribe en los problemas históricos de la región. Lo escribe Rafael Paternain, quien analiza con exhaustividad y sentido crítico la modelización que propuso Touraine para analizar la especificidad de los procesos de desarrollo y cambio social en América Latina. El tercer texto se ocupa de la sociología de los intelectuales que ofreció Touraine, focalizada en la realidad francesa, haciendo hincapié en el modo en que fueron

variando las figuras intelectuales a partir del clásico problema del compromiso. El cuarto artículo, escrito por Nerea Lucrecia Jodor, reinterpreta algunas de las categorías centrales de Touraine desde una perspectiva feminista, señalando cómo se puede leer al autor para robustecer los estudios de género. Finalmente, el quinto artículo, elaborado por Miguel Hernández Monsalve, se concentra en la sociología del trabajo de Alain Touraine, observada a la luz de la historia del movimiento obrero y del aniversario de los cincuenta años de la caída de Salvador Allende. Sin dudas, la diversidad de aspectos rescatados en este apartado, por el modo en que se conectan entre sí, evidencia la visión holística que ofreció el sociólogo francés sobre las sociedades y sus modos de transformación.

En el último apartado del libro las y los lectores se encontrarán con las reflexiones de Touraine, sin mediación alguna. Para cerrar este homenaje decidimos republicar dos grandes textos del autor que toman como objeto a la propia sociología. Señalamos que se trata de trabajos relevantes por dos motivos: en primer lugar, porque exhiben un nivel de autocrítica inusual respecto del universalismo de la tradición sociológica europea y sus réplicas en el Sur global; y, en segundo lugar, porque testimonian el modo en que Alain Touraine se abrió a la realidad latinoamericana, alimentando un debate a fondo, sin concesiones, con la sociología autóctona de la región, siempre preocupada por el desarrollo, la democracia y la transformación social. El primer trabajo lleva por título "Los problemas de una sociología propia en América Latina" y el segundo, "Unidad y diversidad de la sociología". Si bien el autor proyectó a partir de su obra una imagen francesa y liberal de América Latina y el conjunto del Sur global que no termina de calzar con la cultura política de la región, no al menos con los idearios que acompañaron las experiencias de emancipación social más exitosas, es admirable el esfuerzo intelectual que realizó para hacer realidad el sueño de una sociología universal construida a partir de un diálogo democrático de carácter global. Y ese diálogo

global, para Touraine, de ninguna manera debía quedar confinado al campo académico.

Para nuestro homenajeado, una sociología desconectada de las y los actores que promovían el cambio social es una sociología anacrónica que no merece consideración. Esperamos que, con este homenaje, preparado con dedicación desde CLACSO, las y los lectores puedan encontrarse con las ideas de un autor que, por derecho propio, pertenece a la historia grande de las ciencias sociales de América Latina.

La sociedad mundial poscolonial y el legado de Alain Touraine

Esteban Torres

Dar un valor universal a la historia de determinados países es inaceptable, no por razones morales sino por razones, en primer lugar, intelectuales, ya que nada demuestra la formación progresiva de un modelo universal de civilización en el que se fundan los países a medida que se modernizan.

Alain Touraine, 1988c.

Estamos obligados a reconocer que están en crisis las categorías que hemos utilizado para pensar nuestra experiencia colectiva durante los dos últimos siglos, y principalmente en los últimos 50 años.

Alain Touraine, 2013.

Nada podría ser peor para Europa occidental que refugiarse en la esperanza ilusoria de preservar su grandeza pasada.

Alain Touraine, 2013.

Introducción

El primer cuarto del siglo XXI está siendo testigo de una verdadera revolución en la forma de comprender las sociedades del

Norte y del Sur globales, así como las formaciones sociales de Occidente y de Oriente. Esta transformación incluye una reconsideración sustantiva del paradigma moderno de las ciencias sociales, creado en el siglo XIX en el centro de la Europa imperial. Toda revolución intelectual –y esta no es la excepción– es precipitada a partir de cambios profundos en la estructura material de las sociedades. Y los campos intelectuales, todos ellos, sean expansivos o dependientes, emplean un tiempo llamativamente prologado hasta conseguir reconocer tales trastocamientos. En los cursos evolutivos óptimos, a este primer tiempo de reconocimiento le sigue un segundo, igualmente inercial. Me refiero al tiempo de gestación de un nuevo paradigma en condiciones de procesar las transformaciones ya detectadas. La sumatoria de ambas temporalidades a veces se asemeja a una eternidad. No podía tener más razón Fernand Braudel cuando sostenía que las ideas son cárceles de larga duración. En resumidas cuentas, cuando la realidad cambia, con suerte las ideas lo hacen décadas después. Este desacoplamiento temporal entre lo material y lo simbólico, lo social y lo teórico, lo real y lo imaginario, no solo se cristaliza en el trabajo y en las trayectorias de los intelectuales, sino también en la propia estructura de las ciencias sociales como campo.

Tomando como referencia el escenario esbozado, mi hipótesis es que desde mediados del siglo XX se viene conformando una sociedad mundial poscolonial. Y creo que el legado de Alain Touraine, para poder aprovecharlo hacia el futuro, debe considerarse desde esta formación social que recién se está previsualizando en la tercera década del siglo XXI. La mejor manera que conozco de homenajear a un intelectual, y particularmente a un sociólogo del cambio social como Alain Touraine, consiste en demostrar el modo en que su perspectiva puede iluminar las realidades emergentes y alimentar un ideario renovado de transformación social. Aquí simplemente mencionaré el marco que tomaré como referencia para recuperar los aportes del

sociólogo francés, y para rendir homenaje a su destacada producción. Tal como lo concibo, la sociedad mundial poscolonial se fue edificando a partir de la progresión de al menos tres procesos históricos de profundo calado, estrechamente articulados entre sí. El primero de ellos es el movimiento de descolonización en su fase avanzada, el cual involucra la trabajosa conquista de las independencias formales de los países africanos y asiáticos. El segundo, algo más acotado en el espacio, pero más extendido en el tiempo, se asocia a la emergencia y la progresión contestataria de los movimientos de liberación nacional del Sur global, dotados de un poder singular de transformación estructural desde abajo. Y el tercero, que integra parcialmente a la vez que trasciende a los dos anteriores, remite al ascenso sostenido del bloque del Asia-Pacífico. Este movimiento ascensional tuvo su primer epicentro en Japón, luego en los llamados tigres asiáticos y actualmente se concentra en una China globalizadora que no para de expandirse. Muy seguramente, en un futuro próximo, a China se sumará la India como polo de gravitación dominante en el mundo (Torres, 2024). Desde mi perspectiva, y llevado a un plano abstracto, esta sociedad mundial es una unidad superior que se realiza a partir del entrelazamiento de tres planos: i) el de las interacciones en y entre esferas nacionales, regionales y globales; ii) el de un entramado de poder que integra en su núcleo diferentes interacciones centro/periferia; y iii) el de las interacciones entre modernidades, flujos modernizadores y arreglos no-modernos (Torres, 2021a; 2021b; 2023a). De aquí en adelante, y a lo largo del texto, intentaré demostrar cómo la experiencia histórica de la mundialización, partera de esta nueva sociedad propulsada desde el Sur, se hilvana con la obra de Touraine.

Lo cierto es que ningún autor puede sustraerse a su cultura de origen, a su tiempo histórico y a su marca generacional. Esta premisa es válida para sopesar las obras de Marx, de Weber, de Hanna Arendt, de Prebisch, de Cardoso y también la de Alain Touraine. Nuestro ilustre homenajeado perteneció a un campo

global de izquierdas y a una generación de intelectuales para los cuales las culturas y las sociedades del Norte global aún eran consideradas superiores a todas las restantes, y por lo tanto ofrecían la única vara legítima para medir y enjuiciar al planeta en su conjunto. Es verdad que esta superioridad percibida en el mundo a mediados del siglo XX, principalmente en el hemisferio occidental, no fue tan acentuada como en las generaciones precedentes, sobre todo las que habitaron aquella Europa superdominante del cruce del siglo XIX al XX que Hobsbawm universalizó con el rótulo de "Era del Imperio" (Hobsbawm, 1987). Pero resulta igualmente cierto que Touraine no llegó a reaccionar a tres procesos de alto impacto que se sucedieron en simultáneo: la mundialización de la crítica al eurocentrismo, la proliferación de marcos holísticos alternativos al paradigma moderno de las ciencias sociales, así como la generalización de las nuevas lecturas revisionistas de la historia del siglo XX, las cuales integraron las diferentes realidades del Sur global desde la óptica de los intelectuales de esta fracción insular mayoritaria. La producción teórica de Touraine es anterior a la primera ola de crítica al eurocentrismo, desatada en la década del noventa del siglo XX (Torres, 2025). La cuestión central aquí es que las transformaciones intelectuales mencionadas recién consiguen mundializarse cuando se acelera el declive de Europa en la sociedad mundial. En sus últimos textos, Touraine reconoce abiertamente el avance de la retracción del viejo continente. Incluso deja entrever que para el sentido común europeo es sumamente dificultoso asumir que ello está ocurriendo. En este momento tardío, lo que transmite su visión sociológica es una sensación de desorientación, que lo lleva a anunciar la mayor crisis del pensamiento occidental desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Y es en esta coyuntura adversa que nuestro autor desarrolla la tesis del fin de las sociedades. ¡La sociedad ha muerto!, nos advierte Touraine. Me ocuparé de analizar este punto de quiebre más adelante. En cualquier caso, creo que es a partir de las transformaciones

contemporáneas mencionadas que hay que dimensionar los aportes del intelectual francés a la cultura de la sociología, así como valorar su visión de Europa, del Sur global y del mundo íntegro.

En este texto sostendré cuatro premisas centrales en relación con Touraine y su notable producción sociológica. La primera es que fue un autor adelantado a su tiempo en relación con la crítica al proyecto moderno occidental. La segunda, derivada de la anterior, es que Touraine exhibió un grado de apertura inusual hacia América Latina, y en particular hacia las perspectivas sociológicas producidas en la región en las décadas del sesenta y del setenta del siglo XX. Este solo hecho convierte al proyecto intelectual de nuestro homenajeado en una empresa europea prácticamente única. La tercera es que, pese a su compromiso internacionalista y a la potencia revolucionaria de su sociología, Touraine no alcanzó a trascender el meollo del eurocentrismo tardío de la corriente moderna de su época.[1] Finalmente, la cuarta y última premisa es que la sujeción del sociólogo a un imaginario eurocéntrico tardío abre un interrogante aún no explorado respecto al modo de comprender y de proyectar la nueva realidad europea del siglo XXI. La constatación de la existencia de una marca eurocéntrica en su obra es un dato significativo que no oscurece su legado, sino que simplemente lo sitúa en el horizonte acotado de sus propias circunstancias históricas.

Desde mi punto de vista, como decía, creo que el aporte central de Alain Touraine a las ciencias sociales se asocia a su crítica pionera a la tradición moderna dominante en Europa, la cual se desprende de su visión de la historia de Occidente. Touraine consiguió convertirse en un sociólogo destacado porque siempre fue un historiador inquieto. Es probable que su apreciación

[1] Con el término *eurocentrismo tardío* me refiero al tipo de eurocentrismo intelectual, desanclado de una base material céntrica, que prosperó a partir de la segunda Guerra Mundial, una vez que se desmoronó la estructura social imperial de Europa (Torres, 2025).

de la evolución expansiva del viejo continente lo haya llevado a interesarse por América Latina y sus procesos de cambio social. O quizás el movimiento que prevaleció fue el inverso: se interesó primero por la efervescencia singular de los procesos políticos latinoamericanos del siglo XX, y ello trajo como consecuencia una revisión del papel jugado allí por Europa. En cualquier caso, lo que voy a sostener aquí es que el aporte revolucionario de Touraine se concentró sobre todo en el ofrecimiento de una visión universalista de la producción sociológica, positivamente disruptiva, y en su apreciación de la modernización europea como un proceso de dominación ambivalente. Ahora bien, esta potencia autocrítica apenas se trasladó a su visión de la sociedad, así como a su enfoque sobre las realidades del Sur global. Y finalmente creo que la sustancia que evidencia en mayor medida el apego del sociólogo francés a una corriente eurocéntrica tardía es su utopía libertaria, la cual eslabona una idea de libertad, un principio de democracia y una agenda de derechos universales, todas ellas opuestas o bien distanciadas del accionar de los Estados (Touraine, 1994; 1996), en particular de los gobiernos populares del Sur global comprometidos con el "espíritu de Bandung" (Batthyány et al., 2024). Este horizonte normativo, arraigado en su visión de la modernidad, alimentó en la práctica una ideología antiestatal que contrasta con el conjunto de las agendas desplegadas por CLACSO desde su fundación en 1967 hasta hoy. Todas ellas integraron una visión positiva del papel de los Estados latinoamericanos progresistas, resaltando uno u otro accionar de los mismos según las prioridades reconocidas en la región en cada momento histórico: el Estado desarrollista (décadas del sesenta y del setenta), el Estado democrático (décadas del ochenta y del noventa), el Estado nacional y popular –o de izquierdas– (fines de la década del noventa y primeras dos décadas del siglo XXI), hasta llegar al Estado de los cuidados, en la

gestión actual de Karina Batthyány.[2] De este modo, en los hechos, Touraine ponderó negativamente el desarrollo de los dos procesos que permiten la emergencia de la sociedad mundial poscolonial a mediados del siglo XX, así como el comportamiento de los líderes políticos involucrados en aquellos. Me refiero a los movimientos de liberación nacional del Sur global en toda su variedad, los cuales conforman el ADN de CLACSO, y luego al ascenso del bloque de poder del Asia-Pacífico. Ambos procesos impactaron en el diseño democratizador de las Naciones Unidas desde su gestación (Santa Cruz, 2024). En cualquier caso, el argumento central de mi trabajo es que la sociología de Touraine es lo suficientemente crítica, global e histórica como para erigirse en una fuente de inspiración para todos aquellos proyectos sociológicos que consiguen descubrir que para comprender la realidad europea actual y la evolución de la sociedad mundial poscolonial en su conjunto tienen que comenzar por desembarazarse del paradigma moderno originario, creado en la vieja Europa imperial, dado que ha sido el partero autista de una sociología sin mundo.

[2] a) Este ideario desarrollista de las décadas del sesenta y del setenta se instaló en CLACSO a partir de la dirección del economista argentino Aldo Ferrer (1967-1969), el primer secretario ejecutivo de la red (ver Ferrer, 2002).
b) El sociólogo argentino Francisco Delich, director ejecutivo de CLACSO entre 1976 y 1983, entabló una discusión esclarecedora con Alain Touraine sobre el rol del Estado en América Latina en las décadas del ochenta y del noventa del siglo XX, en relación con la democracia. Allí se evidenció el fuerte contraste entre la posición de Delich, a favor de la idea de un Estado democratizador, y la posición de Touraine, quien oponía el poder del Estado latinoamericano al avance de la democracia (ver Touraine, Delich, y Mora y Araujo, 2004). El sociólogo boliviano Fernando Calderón, director ejecutivo de CLACSO entre 1983 y 1991, también se ocupa de promocionar la agenda del Estado democrático (Calderón, 2002). Para un análisis exhaustivo de la agenda posdictatorial de la democracia en CLACSO, ver Torres y Russo, 2018.
c) El Estado nacional y popular –o de izquierdas– se promociona en las gestiones de Atilio Boron, Emir Sader y Pablo Gentili (ver Boron, 2003; Sader, 2009; Sader y Gentili, 2003).
d) Para un desarrollo de la agenda de los cuidados de CLACSO, y del rol del Estado en el desarrollo de la sociedad de los cuidados, ver Batthyány, 2020, 2021 y 2023.

La reinvención de la sociología: crítica al universalismo europeo

En el centro de la revolución intelectual que alimenta Touraine, se sitúa la pretensión de ofrecer una sociología universalista en condiciones de criticar, y luego de trascender, el falso universalismo europeo arraigado en el paradigma moderno dominante. Esta preocupación estuvo presente a lo largo de toda su obra. En la década del sesenta del siglo XX, en tiempos de plena ebullición de África y del Sur global, Touraine dejaba en claro que la conquista de una universalidad genuina desde la sociología involucraba, por un lado, la creación de una unidad no homogénea sino plural, y, ligado a ello, la promoción de un principio de *multilocalización* para la práctica sociológica. Para el sociólogo francés, las experiencias localizadas, cada una de ellas, habilitan a la vez que limitan el conocimiento de la realidad social. Lo habilitan en la medida en que el conocimiento sociológico no se puede escindir de la experiencia de los intelectuales, y también lo consiguen habilitar de una forma decisiva en la medida en que las visiones sociológicas arraigadas en diferentes países y regiones integren un registro del mundo como requisito para el conocimiento de su propia sociedad de origen. Por otra parte, como señalaba, el reconocimiento de la centralidad de la experiencia vivida también limita todo conocimiento social, dado que solo es posible vivenciar en primera persona, o de forma indirecta, algunas pocas realidades y nunca todas ellas. En cualquier caso, la conquista de la universalidad deseada exigiría el conocimiento de todas las realidades, y ese conocimiento superior, constituido en el fin último de la sociología, solo se puede adquirir a partir de una dinámica de diálogo mundial democrático. En palabras de Touraine:

> Solo puede haber universalidad de la sociología si su trabajo se desarrolla en todos los tipos de situaciones sociales. No sería suficiente que el área de aplicación de una escuela se extendiese al planeta

> entero. Aún más, este éxito sería catastrófico, porque haría ininteligible la mayoría de las experiencias sociales observables. Una sociología no puede asimilar una experiencia que no es la suya. En cambio, puede comunicarse con la sociología de esta experiencia diferente. No es recurrir a un relativismo elemental del análisis sociológico, sino afirmar que el mundo del presente solo puede ser comprendido a través de toda la conciencia que tiene de sí (Touraine, 2024, p. 224).

De este modo, el arribo meritorio al conocimiento profundo del mundo íntegro se consigue a partir de una experiencia vital y analítica que reúne un momento de localización y otro de multilocalización.[3] Es el reconocimiento del primer momento, centrado en la experiencia directa, como instancia irreductible del conocimiento, el que torna deseable para Touraine la multiplicación de las más variadas corrientes sociológicas en el mundo:

> La verdadera unidad de la sociología reside en su universalidad, es decir, también en la diversidad, en el enraizamiento social de los sociólogos. Porque toda la realidad social puede ser interpretada a partir de la conciencia que posee una de sus partes, pero el conjunto de la experiencia social solo puede ser comprendido recomponiendo el espejo roto de la conciencia social [...]. Es en este sentido que hay que desear la multiplicación de las escuelas sociológicas, no para disolver la unidad del análisis científico en el oleaje de las tradiciones o de las ideologías, sino para crearla, puesto que cada aproximación de la teoría sociológica solo puede definirse a sí misma en su encuentro con otras que organicen de manera distinta los mismos elementos (Touraine, 2024, p. 225).

Ahora bien, si este ideal comunicativo no se realiza, si la universalidad europea dominante no es superada a partir de un diálogo de sociologías globales conscientes de su localización histórica, lo que sucede es que se refuerza una ideología de la dominación que aprisiona a las fuerzas intelectuales subalternas. Y ese sería

[3] Para un desarrollo del principio de localización, y del momento de la multilocalización, ver Torres, 2023a.

el principio del fin de una sociedad que busca su autonomía. Para Touraine, el fracaso de la sociología profundizaría:

> [...] la imitación, la falsa experiencia y la falsa conciencia, de tal manera que los sociólogos de los países mejor equipados en instrumentos de investigación, aunque pueden extender más que antes el campo de sus observaciones, lo ven volverse cada vez más monótono, oyendo en todos lados el eco de su voz, caminando siempre sobre su sombra, en lugar de descubrir en el espejo que otro les tendería una imagen desconocida de sí mismos, y por lo tanto un medio de liberarse de sus propias determinaciones sociales (Touraine, 2024, p. 225).

Si bien puede resultar dudosa la imagen de la falta de libertad de una sociología dominante y globalizadora, lo que sí se convierte en una certeza es el despojo intelectual que genera la sumisión a ella. Parece que las cosas no evolucionaron muy bien con el trascurrir de las décadas, porque, hacia el final de su vida, Touraine seguía insistiendo en la necesidad de superar el universalismo europeo como discurso de poder:

> La pretensión ostentada por los occidentales, sobre todo en su acción colonizadora, de identificar su cultura y su sociedad con valores universales, justificando así su dominación sobre pueblos cuya vida cultural y social juzgaban particularista, explica por qué su voluntad de imponer su modelo ha sido repudiada con vigor. Incluso las críticas más acerbas de Occidente consideraban el universalismo igual que otros particularismos y explicaban su construcción en Europa por circunstancias históricas específicas. Aunque comparto este rechazo de la presunción de los más fuertes, de considerarse superiores a los demás, esta crítica no debe eliminar la referencia a lo universal pues, por el contrario, es preciso ampliarlas y a la vez transformarlas (Touraine, 2013, p. 84).

Si bien en esta referencia el autor no alude directamente a la sociología, la mención a la cultura occidental incluye una cultura sociológica. Ahora bien, lo que va a cambiar aquí es la idea de

universalidad que acuña Touraine. De ser una unidad gestáltica, en constante transformación, que integra una diversidad enraizada en múltiples experiencias localizadas, la universalidad recreada más adelante por nuestro autor se retradicionaliza, hasta convertirse nuevamente en un valor homogéneo y estático referenciado en las democracias del Norte Occidental de la segunda mitad del siglo XX. Esta regresión eurocéntrica no le quita mérito a la profunda revisión de la tradición sociológica que inició Touraine. En sus trabajos hay una invitación permanente a abandonar una visión parroquial de la vida social, así como un registro subjetivista de la historia nacional. Desde la óptica de Touraine, la experiencia sociológica se tiene que reconducir hacia un escenario plenamente global, atento a procesos históricos de mediana o de larga duración. Su inspiradora recomendación de "saltar fuera del círculo" se inscribe en esta ambición totalizante:

> [...] quien mira su misma sociedad, no ve su propio rostro en el espejo? ¿No es prisionero de la posición que ocupa en el mundo que, en teoría, mira objetivamente? ¿No es a la vez juez y parte? La única respuesta a esta dificultad, que en principio parece insoluble, es saltar fuera del círculo [...] colocar de nuevo la sociedad propia en el conjunto más amplio y en una duración más larga que la de la experiencia vivida (Touraine, 1988, p. 16).

Esta metáfora atlética del salto no se contrapone a la centralidad adjudicada por Touraine a la experiencia. Más bien se conecta con el momento ya mencionado de la multilocalización. Al recolocar a las formaciones nacionales en la unidad mayor que las contiene, se abre una vía para superar las explicaciones endogeneístas que ofrecen las teorías de la sociedad del paradigma moderno dominante (Torres, 2023c). Tal como señala nuestro autor, "Las corrientes dominantes del pensamiento occidental siempre han supuesto que los cambios fundamentales eran endógenos" (Touraine, 1988, p. 20). O planteado en una clave similar: "[l]a Europa occidental industrializada ha difundido en el mundo la idea de que la vida

de una sociedad estaba dominada por el conflicto de las clases, es decir, por conflictos y negociaciones entre fuerzas sociales organizadas de manera autónoma" (Touraine, 1988, p. 164). Ya en el siglo XXI, Touraine insistirá en la idea de que la necesaria renovación de la conciencia de los individuos, de las sociedades y de la propia sociología europea exigía renunciar a la inercia parroquial de sus visiones nacionalistas:

> Esto no significa que no debamos interesarnos por las realidades más cercanas a nosotros, sino que debemos tener siempre en mente la convicción de que la explicitación se hallará cada vez más a menudo en el nivel mundial, más que en un nivel nacional que nunca es separable de tradiciones intelectuales y políticas que, cualesquiera que sean, ponen trabas a la innovación (Touraine, 2013, p. 312).

Pese al llamado a la refundación de la sociología a partir de la adopción –entre otros aspectos– de un enfoque global, lo cierto es que el autor observó con pesimismo, a lo largo de su vida, la evolución social e intelectual de Europa. Lo que inicialmente describe como una situación de estancamiento intelectual se termina convirtiendo en el siglo XXI en una crisis profunda, sin vías de superación a la vista. Según el autor, el estancamiento se inicia en la década del setenta del siglo XX con el decaimiento de la potencia insurgente del mayo francés de 1968 (Touraine, 1992, p. 346) y se profundiza dramáticamente a partir de la década del ochenta, con el avance del posmodernismo antimoderno en Europa y particularmente en Francia. Y la principal pérdida intelectual que detecta a partir de la década del ochenta se relaciona precisamente con "el abandono total de cualquier sistema de referencia a entidades histórico-sociales más o menos globales" (Touraine, 1988b, p. 361).[4]

[4] El reconocimiento de la existencia de una entidad global estructurante de las sociedades nacionales lleva a Touraine, con total acierto, a criticar el empleo de las lógicas comparativas entre países de las ciencias sociales positivistas: "[n]o necesitamos un mundo unificado sino un pensamiento global del mundo entero, un pensamiento que avance lo más lejos posible en la comprensión de los problemas, más allá del

Las reflexiones de Touraine se apagaron en el momento en que comenzó a señalar la correspondencia creciente entre el declive estructural de Europa y el avance legitimador de la crítica al eurocentrismo (Touraine, 2013, p. 110). En mi lectura, la crisis que declara Touraine se relaciona con la imposibilidad de reconocer la emergencia de una sociedad mundial poscolonial a partir de mediados del siglo XX, la cual se edifica precisamente a partir del descentramiento del continente europeo. El período que sugiere el autor para delimitar el problema permite avalar este supuesto: "estamos obligados a reconocer que están en crisis las categorías que hemos utilizado para pensar nuestra experiencia colectiva durante los dos últimos siglos, y principalmente en los últimos 50 años" (Touraine, 2013, p. 33). Creo que la batalla que libró Touraine para intentar convencer al campo intelectual que los problemas centrales de cada sociedad se mundializaron durante el siglo XX, y que por lo tanto es imposible comprenderlos si previamente no situamos el análisis en un nivel más global (Touraine, 2017, p. 38), hoy resulta más vigente que nunca. Entre los desafíos que detectó el sociólogo aparece el viejo problema de las desigualdades entre sociedades: "es imposible entrar en el pensamiento sociológico contemporáneo sin sentirse impresionado por la importancia de las desigualdades entre las sociedades y en el seno de cada una de ellas" (Touraine, 2013, p. 101). En cualquier caso, la premisa que aquí propongo, no compartida por Touraine, es que si los problemas principales que registramos se vienen mundializando es porque antes se mundializó la sociedad. Más exactamente, como ya mencioné, lo que sucedió desde mi punto de vista es que se creó una nueva sociedad mundial poscolonial a espaldas del imaginario europeo dominante, en cuyo seno interactúan y se interpenetran desde mediados del siglo XX las diferentes sociedades de los cinco continentes del planeta.

---

comparatismo que no puede enseñarnos nada sino descubrimos la unidad de estos problemas" (Touraine, 2013, p. 20).

La modernidad revisitada y el occidentalismo

La categoría de Touraine que condensa sus esfuerzos de revisión y de actualización del legado europeo es sin dudas la de modernidad. Y ello ocurre porque la modernidad expresa para Touraine, y para el conjunto del pensamiento moderno clásico, la esencia distintiva de la Europa anticatólica y, más aún, su esencia eminentemente superior. Creo que el aporte del sociólogo francés en este punto, que resultó innovador para su campo intelectual regional, consistió en abrir una discusión largamente postergada sobre los límites del proceso de modernización europeo, así como sobre los problemas que este generó al propiciar una ola de dominación global sin precedentes. Ahora bien, en concreto, ¿qué entiende Touraine por "modernidad"? Siguiendo al autor, lo primero que hay que diferenciar son las atribuciones del individuo y las de su sociedad. Para Touraine, la modernidad se referencia en el individuo europeo antes que en su formación social. Nuestro autor ofrece una definición anticolectivista. Las veces que la definición se aproximó a una idea de sociedad, lo que señaló Touraine es que la modernidad es "la representación de la sociedad como producto de su propia actividad" (Touraine, 1992, p. 360). Y esa actividad autónoma, que define la esencia de los actores, remite primeramente a un tipo de individuo desanclado ontológicamente de su sociedad, y en particular del Estado. Se trata de un individuo imaginario que emerge de la separación teórica abstracta que propone Touraine entre los sistemas y los actores (Touraine, 1965; 1984; 2013). De esta manera, en la acepción dominante del autor, la modernidad, en tanto modo de formación del sujeto individual, se contrapone a la racionalización, la cual sería en su génesis una forma europea primitiva de subjetivación (Touraine, 1988b, p. 166). En resumidas cuentas, la modernidad es un componente cultural singular, que por momentos se ontologiza, y que se asocia a un mandato único de libertad profundamente arraigado en la idiosincracia europea, así como a

la acción individual creativa e innovadora propiciada por el espíritu racional allí localizado (Touraine, 1992; 1988a). Tal como señala nuestro homenajeado, "la idea de la modernidad no se vincula al mundo y a las máquinas, pero sí a nosotros como creadores y liberadores de nosotros mismos" (Touraine, 2018, p. 46). En cualquier caso, siempre debería quedar claro que para Touraine "no es la sociedad la que es moderna, es el ser humano que deviene o rechaza convertirse en moderno, o es perjudicado, es decir, el individuo es moderno en tanto es creador de sí mismo y transformador del mundo" (Touraine, 2018, p. 170). De este modo, lo que el sociólogo francés insinúa es que la subjetivación profunda de Europa, su psicogénesis, y no así su forma de socialización, actualiza el dualismo central del pensamiento moderno, al distinguir entre lo tradicional y lo moderno. Ahora bien, en vez de ubicar tales ámbitos diferenciados en un orden secuencial, siguiendo un patrón clásico, los hace cohabitar de una forma verdaderamente conflictiva. A su vez, lo tradicional tampoco sería una manifestación de todo el pasado cultural de Europa. La evolución del individuo europeo se estructura a partir de la interacción incierta entre dos corrientes culturales: una tradicional y dominadora, y otra moderna y liberadora. La primera sería una tradición negativa, que podría emparentarse con la visión frankfurtiana, y la segunda positiva. Para Touraine, la tradición cultural negativa es la que crea y reproduce los sistemas, tanto el Estado como el mercado capitalista, mientras que la tradición positiva es la que permitió la emergencia revolucionaria de la ciencia moderna, del individuo autónomo y de la ética de la libertad. La modernidad se asocia, así, con "el poder de la ciencia y la igualdad de los derechos, dos fuerzas universalistas y a la vez liberadoras de las formas tradicionales de autoridad e identidad" (Touraine, 2013, p. 279). En ningún momento el autor explicita esta conceptualización de una forma nítida. Pero, en los hechos, la categoría funciona en los términos comentados. Luego queda por dilucidar cómo el autor distribuye las religiones europeas históricamente en pugna en su esquema. Por lo pronto, no

duda en señalar que la tradición moderna de formación del individuo, la vertiente positiva de la civilización europea de los últimos siglos, "se apoya en la tradición cristiana y en la tradición griega" (Touraine, 1992, p. 65).

Es recién a partir del breve rodeo conceptual realizado que resulta posible observar cuál es el aporte revisionista y crítico de Touraine en relación con la modernidad. La operación teórica central del autor consiste en distinguir entre la modernidad, que será una y universal, y las diferentes formas de modernizaci*ón* esparcidas por el mundo. Para el sociólogo francés, si la construcción del individuo es el núcleo de la modernidad, la formación y la evolución de una determinada sociedad obedece a una dinámica concreta de modernización. Esta última sería "un proceso que conduce al encuentro de una noción general, universal, con una historia peculiar, la de un individuo, una sociedad o una institución" (Touraine, 2013, p. 283). De este modo, podríamos decir que la tradición cultural negativa de Europa, a la que aludía recién, es aquella que se cristaliza en la modernización dominante de la sociedad. En los hechos, ello significa para Touraine que no sería posible la existencia histórica de una modernidad dominante, dominadora, negativa, porque la propia modernidad es esencialmente liberadora. Serían las formas concretas de modernización de la sociedad las que reproducen la dominación. De este modo, la modernidad habita en la base del proceso de modernización europeo, pero sin plegarse a él: "[l]a modernidad es para nosotros un punto de vista universalista dentro de la experiencia del gobierno y de las fuerzas económicas, políticas y culturales de nuestros países" (Touraine, 1992, p. 65). Ahora bien, una vez delineado este marco de evolución cultural, ¿cuál sería finalmente la crítica central de Touraine a los poderes europeos? En resumidas cuentas, lo que sostendrá el sociólogo es que las élites del poder se apropiaron de la idea de modernidad y de su sustrato universal, para, a partir de ello, imponerles a los individuos europeos y al mundo en su conjunto su forma peculiar de modernización política, económica y cultural:

> El modelo occidental se define él mismo no como una forma de modernización, sino como la modernidad misma; y su orgullo consiste en afirmar que la modernidad puede imponerse por su propia fuerza, por la irresistible corriente que lleva hacia la racionalización, la secularización y una mayor eficacia (Touraine, 1988, p. 20).

Y finalmente aparece aquí, de una forma lateral, la conexión entre Europa y su globalización colonialista: "[n]o acepto la pretensión de Occidente de identificarse con la modernidad. No es de recibo después de tantas guerras intraeuropeas o coloniales, después de la gran crisis de los años treinta y los horrores del nazismo" (Touraine, 1988, p. 22). En resumidas cuentas, la inmensa destrucción generada por la Europa imperial a lo largo y ancho del mundo resulta para Touraine un problema acotado, que atañe al segmento superior de las sociedades europeas, y que se sintetiza en una sola palabra: occidentalismo. El occidentalismo será para el sociólogo francés la utopía supremacista del viejo continente. Este imaginario dominante consistirá, como vengo indicando, en la plena identificación de "una parte del mundo y sus tipos de modernización con la modernidad en general" (Touraine, 2013, p. 278). Bajo esta definición, occidentalista no solo sería la obra de Max Weber sino también la de Jürgen Habermas. Según Touraine, cualquier alternativa para reconstruir a Europa en los albores del siglo XX exige "deshacernos de todo 'occidentalocentrismo' porque *ningún tipo de sociedad puede identificarse con la modernidad"* [itálicas en el original] (Touraine, 2013, p. 84). Ahora bien, al pretender separar la modernidad europea de su modernización concreta, lo cual incluye escindir el comportamiento de los millones de individuos que habitan el campo popular del accionar de sus respectivos Estados y empresas, o bien cada sistema científico del propio Estado y el mercado nacional que lo hace posible, ¿en qué medida Touraine está ofreciendo una crítica contundente al pasado colonialista de Europa y a sus formas integrales de dominación a partir de la

segunda mitad del siglo XX? Para nuestro autor, la existencia de Europa se puede reducir a dos constataciones fundamentales:

> la primera es que Europa fue profundamente moderna, es decir, afirmó, defendió y aplicó antes que las otras partes del mundo el universalismo de la razón y de los derechos humanos fundamentales; la segunda es que su modo de modernización se mantuvo muy alejado de su discurso sobre sí misma, y descansó en una concentración extrema de los recursos en manos de una élite dominante movida por la voluntad de conquista y explotación de toda la población. La modernidad de occidente radica en su desarrollo científico, su laicidad y sus movimientos de reforma; su modernización fue obra de los conquistadores, de los monarcas absolutos, de las tropas de Napoleón y de los colones del capitalismo financiero e industrial (Touraine, 2013, p. 294).

No resulta sencillo imaginar esta separación tajante entre dos mundos europeos cuando la supuesta cultura de la modernidad que recrearon los intelectuales, los científicos y los movimientos sociales no alcanzó a enfrentarse seriamente a la cultura de la modernización, sobre todo en lo que respecta a la cuestión colonial. Touraine busca resolver las dificultades que acarrea su propuesta de diferenciación a partir de recurrir a una lógica de desviación durkheimniana. En concreto, sugiere que a lo largo del siglo XX terminó prevaleciendo un tipo de evolución social patológica, y no normal, a partir de la cual la modernización deglutió a la modernidad: "[...] a partir de mediados del siglo XX, la idea de modernidad quedó cada vez más cubierta por la de modernización, por la movilización de recursos no económicos y no modernos con miras a asegurar un desarrollo que no puede ser espontáneo, endógeno" (Touraine, 1992, p. 360).

De este modo, la historia de Europa de los siglos XX y XXI se convertirá para Touraine en la historia del alejamiento creciente de la modernidad y no de su plena realización. En cualquier caso, como señalaba, la separación entre ambas culturas, la correspondiente a la modernidad y la propia de una modernización siempre

espúrea, es lo que le permite a Touraine garantizar la salvación en última instancia y a cualquier precio de la cultura noreuropea como pieza superior de civilización universal. Todo indica que el sociólogo no está dispuesto a revisar el estatus universal que le adjudica a determinados valores liberales europeos. Si para Touraine la corriente positiva de la civilización sigue siendo de raíz europea, la corriente negativa se mundializó, generando múltiples modernizaciones ajustadas a los diferentes tableros nacionales y regionales. Göran Therborn –entre otros autores– disentirá en este aspecto con Touraine. Lo hace a partir de pluralizar la noción completa de modernidad. Therborn empleará la noción de "modernidades entrelazadas" para dar cuenta, precisamente, de la reconversión mundialista de los valores modernos. Ello involucra, a partir de mediados del siglo XX, el reconocimiento de los pueblos postergados y de los nuevos Estados del Sur global como sujetos de derecho (Therborn, 2003). Al declarar universal a la modernidad, Touraine está obligado a reconocer que no es exclusivamente europea. Pero dispuesto a hablar más en concreto, parece que no quedan dudas de cuáles serían los países y las ciudades que, según nuestro autor, iluminaron positivamente al mundo en su conjunto:

> Es posible, por lo tanto, definir la modernidad por la asociación del pensamiento racional y el reconocimiento de derechos fundamentales, es decir, universales [...]. No obstante, esta definición, que parece tan general, correspondía mejor al París, al Londres o al Nueva York de los siglos XIX y XX que a otros contextos (Touraine, 2013, p. 279).

Esta resolución eurocéntrica, o norcéntrica, que en buena medida actualiza el legado de Max Weber, no desmerece el aporte que realiza Touraine al criticar a las teorías de la modernización única, las cuales estarían asociadas a lo que el autor denomina "ideologías de la modernización" (Touraine, 1965, 1989). Al reconocer la existencia de diferentes formas de modernización más allá del viejo continente, Touraine invitó a la sociología europea a estudiar las

realidades del Sur global. Tiempo atrás, situado en un escenario de Guerra Fría y de rebelión del Tercer Mundo, Touraine provocaba a las visiones globalizadoras dominantes:

> Durante mucho tiempo no tuvimos que reflexionar más que sobre la oposición, que se convirtió en ritual, de la vía capitalista y de la vía socialista. ¿Quién osaría hoy en día satisfacerse con esta simplificación, cuando la vía china se opone a la vía soviética, cuando México o Brasil no reproducen la experiencia de Francia o de Italia, cuando cada región del mundo o cada país quiere ser inventor de una "vía" particular hacia la industrialización o hacia el socialismo? (Touraine, 1976, p. 23).

Ahora bien, una limitación que encierra el reconocimiento de esta diversidad de modernizaciones, o aquello que Touraine llamará luego "modos de modernización" (Touraine, 2013, p. 90), es que cada una de ellas permanece desconectada de las demás en términos causales. El homenajeado no se interrogó con el detenimiento suficiente por la unidad que contiene estas diferentes formas de materialidad social. A modo de ejemplo, Touraine no explicará a lo largo de su obra cómo el modo de industrialización europeo o norteamericano viene imponiendo sus reglas a nivel mundial, las cuales terminan coproduciendo el modo latinoamericano de desarrollo en su singularidad posicional (Touraine, 1988, 1989).[5] De esta manera, cada una de las formas de modernización que detecta el autor queda atrapada en aquellas teorías de la sociedad que criticaba por su nacionalismo autorreferencial. Esta forma de circunscribir el campo de la acción modernizadora a los escenarios domésticos de las sociedades se conecta con la utopía libertaria de Touraine y con los severos juicios de valor que proyecta desde Europa sobre los procesos políticos y los gobiernos autonomistas del Sur global.

[5] En mi caso empleo el concepto de *sistema intercapital* para dar cuenta del modo en que interactúan los capitalismos de cada país y región de la sociedad mundial (Torres, 2022).

La sociedad moderna en su laberinto

Resulta difícil sintetizar lo que Touraine entiende por sociedad sin cometer un error de interpretación. Es complicado, sobre todo, porque emplea diferentes acepciones que no solo van cambiando a lo largo de sus textos, sino que por momentos se contraponen entre sí. Lo que sí resulta bastante sencillo de constatar es que cuando el autor define a la sociedad en términos genéricos ("la sociedad"), y luego cuando se ocupa de analizar las transiciones de un tipo de sociedad a otra, está tomando como referencia a las sociedades europeas de la segunda mitad del siglo XX en adelante. Y luego esa conceptualización particular de la sociedad europea la universaliza sin demasiados miramientos, al igual que Touraine universaliza –como vimos– la idea de modernidad occidental. De este modo, las múltiples modernizaciones a las que nos hemos referido, que permiten contemplar la especificidad estructural de los procesos de cambio social en América Latina y el mundo entero, se resuelven analíticamente en relación con la idea de modernidad única que ya analicé, como así también en relación con una idea única de sociedad. Una excepción parcial a esta formulación, como luego mostraré, es la conceptualización de las sociedades latinoamericanas como sociedades dependientes, iniciada por el autor en la década del sesenta del siglo XX, en los tiempos en que se orientaba por las visiones críticas de la sociología de América del Sur. Pero se trata de una excepción parcial y no total, ya que la *sociedad dependiente* de Touraine será un tipo específico de la misma sociedad industrial, posindustrial o programada de la Europa de posguerra. En cualquier caso, creo que la teorización de Touraine de la sociedad dependiente representa una contribución invalorable a la sociología europea actual. Y aquí mi premisa es que se trata de un aporte decisivo porque permite entender en mejores términos a la Europa del presente, sujeta a un proceso de declive estructural. Uno de los primeros en reconocer la decadencia sostenida

de Europa en el campo sociológico será Touraine, lo cual también resulta meritorio. Ahora bien, como luego veremos, este decide no reflexionar sobre la caída de Europa en términos del advenimiento de una nueva sociedad dependiente, sino a partir de la tesis del fin de la sociedad. De este punto me ocuparé más adelante.

Realizada esta primera aclaración, veamos entonces qué es lo que Touraine entiende por "sociedad". Creo no equivocarme si señalo que el componente central que define lo que nuestro autor entiende por sociedad es el de *interdependencia*: "una sociedad se define por la interdependencia en una misma entidad territorial de los más diversos sectores de la actividad colectiva" (Touraine, 2007, p. 22). Para el sociólogo francés, la fortaleza o la debilidad de una sociedad dependería del grado de interdependencia alcanzado: "[l]a sociedad llegó a ser una noción más central que la de nación porque la fuerza de una sociedad dimana de la interdependencia de todos sus componentes" (Touraine, 2013, p. 30). Aquí es importante reconocer que la potencia de una determinada sociedad no dependería del desarrollo de cualquier tipo de interdependencia sino de una modalidad que integre a todos los actores. Esa idea de totalidad interactiva e inderdependiente, anclada en un territorio, aparenta ser la fórmula que define una sociedad plenamente conformada. Pero si para Touraine la interdependencia es lo que define a una sociedad como tal, la acción será el motor que la produce: "La sociedad no debe jamás aparecer como un dato, como una organización social, sino ante todo como una acción" (Touraine, 1973, p. 32). De este modo, la idea de sociedad del autor se asemeja a un tipo de vida social compuesta por una multiplicidad de actores en interacción recíproca que reconocen a la sociedad existente como propia. Es por ello que, para Touraine, la cultura será el cemento de la sociedad. Y esa cultura, podríamos decir, se manifiesta a partir de un sentido de pertenencia, de una conciencia social, y eventualmente de una conciencia nacional que tiende a reforzar la conciencia anterior (Touraine, 2013). Y luego, para nuestro autor, siguiendo la tradición moderna dominante, la

sociedad se organiza en torno a un Estado soberano: "una sociedad organizada alrededor de instituciones políticas" (Touraine, 1992, p. 365). A grandes rasgos, juntando todos los elementos de la definición ofrecidos hasta aquí, podríamos decir que Touraine ofrece una visión durkheimniana de la sociedad que luego calibra a partir de una utopía libertaria. Creo que el siguiente extracto es concluyente respecto a la deuda contraída con el fundador de su tradición sociológica nacional:

> A los ciudadanos de la Unión Europea, la experiencia nos enseñó lo que era nuestra sociedad: una economía con voluntad de lucro limitada por el Estado, estimulado a su vez en esta vía por la mayoría de la población, ansiosa de que protegiera los derechos y los intereses de los más débiles, pero también de que defendiera a la nación contra las demás y regulase la violencia interior. Para los países que conocieron medio siglo de Estado de Bienestar, de crecimiento económico y de extensión del campo de acción de los poderes públicos, esta imagen corresponde a una realidad vivida. Para toda la población, la palabra *social* designaba las políticas sociales que acotaban la lógica capitalista y desarrollaban los instrumentos de participación de las mayorías en la vida común. Esta conciencia social era aún más fuerte cuando estaba asociada a una conciencia nacional apegada a la defensa de un territorio y de una lengua designada como nacional. ¿Qué queda de esta realidad y de estas representaciones de la sociedad a principios del siglo XXI? (Touraine, 2013, p. 92).

Fue Durkheim quien señaló que sin Estado no hay sociedad, pero que la sociedad en su conjunto debe limitar el poder del Estado para que este último no tiranice a la sociedad. Siguiendo a este clásico de la sociología, para que la sociedad exista como tal, de una forma vigorosa, resulta necesario institucionalizar un sistema de contrapeso de poderes que garantice el equilibrio dinámico entre todos los actores en pugna (Durkheim, 2012). La diferencia principal entre Touraine y Durkheim es que para este último el actor central será el Estado, y más exactamente un tipo de Estado

democrático hacia el interior de su territorio, que entre otras cosas garantice las libertades de sus ciudadanos, mientras que para Touraine el actor de referencia siempre será un individuo libre que se opone al aparato estatal, al que percibe como una institución mayormente opresiva que cancela toda libertad. En cualquier caso, para dimensionar el contrapunto anterior, vale la pena señalar que para Touraine las sociedades-modelo del siglo XX serán las escandinavas:

> [...] las sociedades escandinavas modernas fueron más fuertes que otras pues supieron combinar una participación en la economía internacional con un poderoso movimiento sindical y con el papel activo del Estado distribuidor. Por el contrario, los países de Europa central no se constituyeron en sociedades más que en reacción frente al poder de los imperios turco, ruso o austrohúngaro (Touraine, 2013, p. 30).

Hasta aquí he comentado a grandes rasgos qué es lo que Touraine entiende por sociedad y qué modelo le atrae. Mi análisis debería continuar con el registro, ya más concreto, de los tipos principales de sociedad que inspiran el análisis sociológico del autor, así como de la relación que mantienen entre sí. Y aquí correspondería decir que Touraine básicamente se ocupó de teorizar sobre las transformaciones experimentadas en las sociedades europeas de posguerra. Se trata de aquellas formaciones sociales del Norte de Europa, a las que definió como "sociedad industrial", las cuales nacen en el siglo XIX y se proyectan hasta mediados del siglo XX. El autor no ofreció una teoría novedosa de la sociedad industrial, ese trabajo ya lo hicieron Marx, Weber y Sombart, entre otros. Tampoco desarrolló una teoría avanzada de la sociedad europea que vino después. Touraine más bien se sitúa analíticamente en la transición entre un tipo de sociedad a otra, dejando bastante más en claro cuál es la sociedad que comienza a desintegrarse que la forma de la nueva sociedad emergente. En concreto, Touraine se propuso analizar el paso de la sociedad industrial a la "sociedad posindustrial"

o "sociedad programada". Lo primero que es imprescindible aclarar aquí es que se trata de una hipótesis de transición estructural enfocada en las sociedades centrales del Norte global. El año de inicio seleccionado para el proceso general creo que basta como evidencia del reduccionismo comentado: "Desde 1968, vivimos la crisis y la descomposición de la sociedad industrial, de su campo cultural, de sus actores sociales y de sus formas de acción política" (Touraine, 1992, p. 353). Esta circunscripción francesa no desincentiva al autor al empleo de esa misma idea de sociedad para analizar la realidad latinoamericana.[6] Y luego digamos que lo que cambia centralmente para Touraine en ese tránsito societal son dos aspectos: pierde centralidad social el mundo productivo de la gran industria y sus dinámicas conflictivas en Europa, y por otra parte avanza desde allí mismo un proceso de concentración de poder que se distribuye entre el Estado y las grandes empresas, ligado a una revolución tecnológica que a su vez provoca una reestructuración gerencial.[7] La sociedad programada será la sociedad de

[6] En una conversación con Fernando Calderón, Touraine afirmaba lo siguiente: "Yo no veo por qué tendría que cambiar mi análisis de estos problemas de la sociedad posindustrial (observados en París o en San Francisco) para referirme a Buenos Aires o a México. Eso no significa que las sociedades sean semejantes, se sabe que no; pero el mismo marginal tiene también esta experiencia de los problemas modernos de la identidad" (Touraine, en Calderón, 2000). Creo que aquí se manifiesta, precisamente, la tensión entre las modernizaciones de Touraine, que postulan la existencia de especificidades estructurales para las diferentes sociedades, y su teoría de la sociedad posindustrial, que las ignora en su formulación general.

[7] Para Touraine, la pérdida de centralidad del trabajo industrial es reemplazada en buena medida por la nueva centralidad de un tipo de consumo que es a la vez económico e identitario. Con el paso de la producción al consumo la primera no desaparece, sino que queda integrada en un proceso de mercantilización integral de la vida social que, a su vez, produce nuevos tipos de conflictos y de movimientos sociales de resistencia. De hecho, Touraine se refiere a veces a la "sociedad de consumo" y no a la sociedad posindustrial o programada: "El concepto de sociedad de consumo ha reemplazado el de sociedad industrial porque aquel tiene en cuenta la separación del mundo de la producción y el universo del consumo" (Touraine, 1992, p. 365). Para una revisión de la noción de sociedad de consumo de Touraine, ver Torres y Garretón, 2022.

las grandes organizaciones que buscan expandir su poder hacia el interior y el exterior del espacio nacional europeo:

> Por último, esa sociedad de aparatos, dominada por grandes organizaciones que son a la vez políticas y económicas, se orienta más que nunca hacia el poder, hacia el control propiamente político de su funcionamiento interno y de su entorno. A ello se debe que sea tan aguda la consciencia que tiene el imperialismo de estos aparatos (Touraine, 1969, p. 10).

En los términos de Touraine, cuando se inicia la transición en Europa hacia el postindustrialismo, en la década del sesenta del siglo XX, quien concentrará un mayor volumen de poder será el Estado, mientras que los perjudicados principales, dada su creciente impotencia, serán los actores del campo popular. Más adelante, a partir de sus textos de la década del ochenta, momento en el que la crisis transicional termina para Touraine, las organizaciones concentradoras de poder serán las empresas multinacionales de los países centrales. El proceso de agigantamiento y de expansión de estas últimas quedará subsumido en la sociología de Touraine bajo el término algo eufemístico de "globalización económica". A partir de esta dinámica renovada de concentración no solo saldrían debilitados nuevamente los actores del campo popular sino también los propios Estados. En cualquier caso, para el sociólogo francés la lógica de programación propiamente dicha es una forma de dominación tecnocrática que se asocia a la capacidad de administrar el cambio a partir de la gestión del sistema estatal y del sistema económico (Touraine, 1984, 1995). Y para despegar esta idea de sociedad de su antecesora, dotada de un ADN marxiano, Touraine dirá que lo más importante consiste en "subrayar que las sociedades industriales avanzadas ya no son sociedades de acumulación, sino sociedades de programación" (Touraine, 1969, p. 48). En esta cita también se evidencia cómo la hipótesis transicional del autor no deja atrás tan fácilmente la centralidad de la industrialización a la hora de observar las economías y las sociedades contemporáneas

del Norte de Europa. El componente posindustrial será siempre un indicador esquivo en la sociología de Touraine. Una de las conclusiones centrales que extrae el sociólogo al postular el ocaso de la sociedad industrial es la ampliación de los conflictos nucleares de Europa más allá de la esfera del trabajo asalariado: "La hipótesis de la sociedad programada llevaba así una consecuencia mayor, a saber, la ampliación del conflicto de clases a ámbitos ajenos al trabajo" (Touraine, 1978, p. 34). Ahora bien, pese al acierto en la observación de los nuevos conflictos, cuya ampliación es evidente en relación con los anteriores, aquí Touraine se vuelve a aferrar a las dinámicas endogeneístas de la vieja teoría de la sociedad moderna. La ampliación de los conflictos de la nueva sociedad quedará confinada a su cara interna. Nunca alcanza a las relaciones de poder internacionales. Y quizás la mejor frase que evidencia cómo su ruptura teórica deja intacto el cerrojo nacionalista de la teoría de la sociedad del paradigma moderno dominante es la siguiente: "[n]o son las contradicciones internas del sistema económico las que dominan nuestro tipo de sociedad, sino las contradicciones generales entre las necesidades de los sistemas sociales y las necesidades de las personas" (Touraine, 1969, p. 65). Aquí es interesante observar cómo la apertura del campo de contradicciones más allá del sistema económico, que es una legítima demanda al marxismo, no conlleva una apertura más allá del plano doméstico de la sociedad. Se trata de una ruptura que queda confinada al viejo problema de las dimensiones de la sociedad moderna, que es un asunto central del paradigma moderno del siglo XIX.[8] No se traslada al "nivel global", en el cual se configura un campo de posiciones ligado al entramado mundial de poder. La revisión acotada del núcleo de las contradicciones de la sociedad, tal como Touraine la presentó en la década del sesenta, permanecerá vigente hasta sus últimos trabajos. Es así como su crítica al occidentalismo, la cual inspira la

[8] Para un desarrollo exhaustivo del viejo problema de las dimensiones, así como del nuevo problema de las posiciones, ver Torres, 2023b.

reconceptualización de su visión de la modernidad, no se traslada a su esquema transicional.

¿El fin de la sociedad o la nueva sociedad dependiente?

Con el paso de la sociedad industrial a la posindustrial entre las décadas del sesenta y del ochenta del siglo pasado no concluyen para Touraine las transformaciones de las sociedades europeas contemporáneas. Resta un cambio estructural más, precipitado a partir de la década del noventa, pero que se consolida recién en el siglo XXI. Me refiero a la directa desaparición de la sociedad. La conversión de la idea del fin de la sociedad en la tesis central de Touraine expresa su preocupación por el modo en que el declive tendencial de Europa está reconfigurando a las sociedades de la región hacia su interior. ¿Se trata realmente del fin de toda sociedad europea? Con la desaparición de la sociedad, desaparecería también para Touraine la modernidad. No ocurriría lo mismo con los procesos de modernización que, como vimos, siguen avanzando a partir de sus lógicas de dominación. En cualquier caso, creo que la tesis del fin de la sociedad constituye un aporte muy significativo del autor a la sociología mundial. Y desde mi punto de vista ello ocurre, antes que nada, porque con ella Touraine se atreve a señalar el agotamiento definitivo de las teorías de la sociedad del paradigma moderno dominante, las cuales aún determinan los marcos de referencia vigentes para intentar comprender a Europa y su posición en el mundo. Como suele suceder con los grandes autores, el análisis sociológico de Touraine integra una reflexión metateórica, así como una historia intelectual. Esto significa que el modo en que se interroga por la realidad social incluye la pregunta por las categorías empleadas para aprehenderla. De este modo, el fin de la sociedad será antes que nada "*el fin de la definición de las sociedades modernas por su nivel y su tipo de historicidad*" [itálicas en el original] (Touraine, 2013, p. 89). Esto es, en los términos

del autor, el fin de una idea de sociedad autónoma, soberana, en la cual el conjunto de las fuerzas sociales que la determinan se encuentran radicadas en su interior. El autor también lo expresará del siguiente modo: "¿[n]o es posible preguntarse si [...] no ponen de manifiesto una ruptura mucho más profunda no solo con las formas anteriores de sociedad industrial, sino con el conjunto de las sociedades 'modernas' que pudieron definirse por su capacidad de autoproducción y autotransformación, que designé como su historicidad?" (Touraine, 2013, p. 58).

Es por ello que para Touraine la tesis del fin de las sociedades resulta indisociable del reconocimiento de una crisis intelectual de profundo calado: "estamos obligados a reconocer que están en crisis las categorías que hemos utilizado para pensar nuestra experiencia colectiva durante los dos últimos siglos, y principalmente en los últimos 50 años" (Touraine, 2013, p. 33). Ahora bien, el reconocimiendo de la crisis terminal de la teoría de la sociedad moderna no condujo a nuestro autor a un cuestionamiento sustantivo del paradigma moderno que la produjo. Por el contrario, Touraine buscó salir de la crisis que anuncia a partir del retorno a una ideología de la modernidad centrada en Europa. O mejor dicho, pretendió superar una crisis intelectual provocada –según sus propios términos– por el declive pronunciado del viejo continente a partir de relegitimar el paradigma creado en el momento de su máxima expansión imperialista. Creo que es el apego en última instancia de Touraine al paradigma moderno dominante el que le dificultó discernir si la premisa del fin de la sociedad significará el fin de *toda* sociedad europea o tan solo de un tipo de sociedad histórica específica. El problema que trae aparejado esta indefinición se manifiesta en la teminología que emplea nuestro autor. El fin de la sociedad será para el sociólogo francés el equivalente a una "sociedad postsocial" o bien a una "sociedad posthistórica" (Touraine, 2013, pp. 52-90). En este punto, Touraine manifiesta explícitamente su desconcierto: "utilicé una palabra que parece sin sentido, oscura, y es que vivimos en sociedades postsociales, donde lo social

ha desaparecido" (Touraine, 1992, p. 65). De este modo, estaríamos frente a una nueva sociedad de la no sociedad, o del fin de la sociedad, sin poder saber muy bien cómo se puede entender una idea por el estilo. O quizás tan solo estamos observando las reacciones inconexas de una sociología histórica que no acepta la desaparición de una determinada sociedad.

En cualquier caso, tal como señalé, la tesis del fin de la sociedad se ancla en el registro de un cambio estructural en los países europeos. Líneas arriba me refería al proceso de declive histórico de Europa. Se trata sin dudas del registro evolutivo central que toma en consideración Touraine para elaborar dicho supuesto, y que decide explicitar de diferentes modos. Nuestro homenajeado asume el riesgo de hacerlo a sabiendas del rechazo que puede generar: "[n]adie se atreve a hablar del 'declive de Occidente' debido a los efectos negativos que tuvo en su momento el libro de Oswald Spengler" (Touraine, 2013, p. 32). Una de las formulaciones más claras que ofrece sobre la pérdida de gravitación de Europa es la siguiente: "[e]n estos comienzos del siglo XXI, Europa es testigo, a la vez, de un debilitamiento de su capacidad de acción interna y del aumento de las inquietudes ante las amenazas llegadas del exterior, de las regiones con bajos salarios y en mal estado económico" (Touraine, 2013, p. 40). Pero su explicación central sobre las causas que provocan el fin de la sociedad transita por un camino diferente. En concreto, Touraine va a sostener que la descomposición indicada se produce porque "la economía se separa del conjunto de la sociedad, que ya no puede controlarla" (Touraine, 2013, p. 31). La disolución social que el viejo continente estaría padeciendo sería entonces "un efecto directo de los procesos de globalización de la economía" (Touraine, 2013, p. 143). Que la sociedad es cada vez más impotente para controlar a la globalización significa para Touraine que el Estado también lo es. La creciente globalización de la economía, tal como la presenta el autor, debilita a los Estados europeos: "¿la globalización de la economía no conlleva necesariamente el declive del Estado nacional y, en consecuencia, una

desregulación cada vez más masiva de la economía?" (Touraine, 2007, p. 22). La producción globalizada "pasa por encima de todos los sistemas de control social y político", y ello provoca la ruptura de la sociedad (Touraine, 2013). Según Touraine, estaríamos frente a una "economía globalizada cada vez más incontrolable" (Touraine, 2013, p. 42).

Ahora bien, ¿que sería en sentido exacto el fin de la sociedad para Touraine? El autor alude a varios aspectos. Al parecer lo principal sería el avance de un "individualismo de desocialización" (Touraine, 2013, p. 86); un proceso de "desocialización de las conductas que muchos de nosotros estamos viviendo y que crea una desorientación" (Touraine 2013, p. 86). Según el autor, el déficit de socialización estaría asociado a la creciente ausencia del sentido de pertenencia a una sociedad, a la pérdida creciente de una identidad y de una conciencia nacional, así como a la generalización de situaciones de anomia, en los términos ya planteados por Durkheim (Touraine, 2013, p. 86).[9] La indicada sería la explicación central que ofrece Touraine a partir de la década del noventa del siglo XX. Pero lo cierto es que su idea del fin de la sociedad nace en el mismo momento en que plantea el advenimiento de la sociedad programada. En las décadas del sesenta y del setenta no era el capitalismo globalizado sino el poder creciente del Estado el que liquidaba a la sociedad: "la sociedad estalla cuando es absorbida por el poder estatal" (Touraine, 1984, p. 26). La idea de que los Estados destruyen la sociedad nunca desaparece del análisis de Touraine. Lo que sucede más bien es que su verificación se traslada

[9] Entre otros aspectos, Touraine se referirá con preocupación a la desnacionalización de la cultura francesa y su creciente norteamericanización: "la presencia de la bandera norteamericana en la ropa de los jóvenes –que se negarían a ostentar la señal de su nacionalidad francesa– es un indicio muy claro del deterioro de la identificación de los franceses con Francia. Estos, conscientes del declive de su país, emiten sobre él un juicio negativo de tal grado que Francia es una de las naciones más criticadas por sus ciudadanos" (Touraine, 2013, p. 86). También alude al problema de la degradación idiomática en Europa: "Las lenguas nacionales subsisten, pero las élites dirigentes se comunican únicamente en el idioma angloamericano" (Touraine, 2013, p. 92).

de Europa hacia el Sur global. Al referirse al gobierno chino y a los gobiernos autonomistas del Sur global, el autor señalaba que "es incluso difícil hablar de sociedad en el caso de países dirigidos por un poder central, sea militar, religioso o político" (Touraine, 2013, p. 54). De este modo, lo que se perfila en el análisis de Touraine son dos formas prototípicas de liquidación de la sociedad. Una causada por el mercado y otra por el Estado.[10] Las sociedades europeas desaparecerán a partir de la década del noventa del siglo XX por un exceso de debilidad de sus Estados, mientras que

[10] La tesis del fin de la sociedad de Touraine se sostiene en abstracto a partir de la premisa de la separación o de la ruptura entre los sistemas y los actores (Touraine, 1965; 1984). Dichos sistemas y actores operan al interior de la teoría clásica de la sociedad moderna, la cual está dotada de los ingredientes nacionalista y eurocéntrico que moldean el paradigma moderno dominante. La adopción de este encuadre de la sociedad por parte de Touraine significa que los sistemas y los actores que identifica solo existen en la teoría al interior de un campo de juego europeo, intranacional, y, visto desde hoy, extrañamente diminuto. Para el autor, el Estado (o el gobierno) y el capitalismo, ambos en singular, son los dos sistemas de la sociedad. En el esquema teórico de Touraine estas organizaciones operan como sistemas y no como actores. Y a partir del advenimiento de la sociedad posindustrial o programada, que es el punto histórico de partida de la teorización del autor, estos sistemas se desarrollan paradigmáticamente contra los actores, distanciándose de ellos, a partir de una lógica interna de funcionamiento. Así lo expresa Touraine: "La consecuencia más radical de esta ruptura es que el universo del sistema –de las técnicas, de los cálculos, de las ganancias– está encerrado en su propia lógica interna, en lo que podríamos llamar su *interés*, en el sentido más amplio de la palabra" (Touraine, 2013, p. 121). El autor también recurre a una formulación más historizada y reclinada sobre la política: "No asistimos al triunfo de una democracia social y cultural sino a la formación de una élite dirigente que, en nombre de la razón y del proletariado, aplastó a los movimientos populares. Un nuevo poder reemplazó al antiguo, pero el nuevo poder únicamente obedece a la lógica de su propio fortalecimiento" (Touraine, 2013, p. 55). Por su parte, para Touraine los actores son paradigmáticamente los individuos de abajo, más o menos organizados, y ligados o no a los movimientos sociales emergentes. A su vez, los dos sistemas mencionados tienen la capacidad de anularse mutuamente, dependiendo de cuál consigue acumular más poder en cada momento. Si lo hace el capitalismo, este se convierte en sistema diluyendo al Estado. Y a la inversa, si consigue hacerlo el Estado, este se transforma en sistema descentrando al capitalismo y su lógica de maximización. En el caso de la China del siglo XXI, según Touraine, el Estado y el Partido Comunista se convierten en un sistema contra los actores. En cambio, en los países occidentales del Norte global, a partir de la década del ochenta del siglo XX, nuestro autor sostendrá que el Estado es liquidado por el sistema capitalista, y más en concreto por el sistema financiero globalizado.

las sociedades del Sur global lo harán por un exceso de brutalidad estatal. El registro de este desdoblamiento aparece cuando Touraine señala que el fin de la sociedad cobra realidad en los hechos en tanto y en cuanto la sociedad, junto con la idea de ella misma, "se ha vuelto a la vez demasiado débil y brutal para conservar su papel; designa pertenencias cada vez menos, y cada vez más pugnas internas y externas" (Touraine, 2013, p. 54). En cualquier caso, es importante registrar una diferencia determinante entre la idea del fin de la sociedad en su formulación temprana, y aquella que luego ofrece el sociólogo francés como una tesis central en el siglo XXI. Mientras que en el paso de la sociedad industrial a la sociedad programada son las fuerzas internas (el Estado) las que amenazan la existencia de la sociedad nacional, en las sociedades europeas del nuevo siglo el impulso destructor proviene mayoritariamente del exterior. Creo que es recién aquí cuando suena la alarma de Touraine: las sociedades europeas están perdiendo el control de su propio destino. Y lo están perdiendo porque otros Estados y otras economías están globalizando a la propia Europa. Mientras unos incrementan su poder globalizador, otros son globalizados por los anteriores, en buena medida contra su voluntad. Detecto un solo texto en el que Touraine esboza con claridad el escenario mundial que está descomponiendo al viejo continente. Se trata de una ponencia presentada en 2015 en el marco de una reunión del Círculo de Montevideo. Allí el autor señala:

> [...] mi hipótesis es que estamos viviendo en un mundo dominado –y, para mí, esa es la palabra que da la respuesta a nuestras preocupaciones– por tres imperios. Y por "imperio" me refiero a un poder total que es, a la vez, económico, político y cultural. Y ¡oh casualidad!, uno está dominado por orientaciones económicas, que es el nuestro, el mundo occidental; el segundo por intereses políticos, que es China, el país del partido-Estado; y el tercero es la parte del mundo islámico que está dirigida por fuerzas básicamente religiosas, sean chiitas, poscomunista, o el mundo de *Daesh* y su acción sobre el mundo sunita (Touraine, 2015, p. 65).

Ahora bien, aunque Touraine se refiere aquí al imperio occidental empleando un "nosotros" inclusivo ("nuestro mundo occidental"), lo cierto es que termina reconociendo que se trata del Imperio norteamericano. El poder dominante en Occidente, señala el autor, es "un capitalismo financiero no nacional, con doble capital Londres-Nueva York, y con un solo gobierno que es, más bien, una parte o algunos momentos de los gobiernos norteamericanos" (Touraine, 2015, p. 65). Paso seguido, Touraine advierte que estamos transitando hacia el fin de la sociedad en la medida en que "no hay espacio para el universalismo porque hay una vuelta al imperio: al imperio chino, al imperio occidental y, en el momento actual, al imperio yihadista" (Touraine, 2015, p. 65).[11] ¡Pero el Imperio ya no es Europa! La premisa general del paso de la sociedad al Imperio se convierte así, antes que nada, en la evidencia de la transformación del viejo mundo en una sociedad cada vez más dependiente de los Imperios norteamericano y chino. Esta aclaración ayuda a entender que allí donde Touraine alude genéricamente a la globalización económica como la madre de todos los problemas, se está refiriendo en concreto a la globalización del Imperio norteamericano sobre Europa, y eventualmente a la globalización de China. Se inaugura así un nuevo capítulo de la relación milenaria entre los imperialismos y las dependencias que aquellos generan, esta vez con Europa ingresando en el campo de los países oprimidos de la historia mundial. Algunos atisbos de esta situación de subordinación no deseada aparecen cuando Touraine reconoce que los Imperios como nuevo modelo social se combinan con "tipos de sociedades más o menos dependientes, ya sea de los antiguos poderes colonizadores como de los Estados que sostienen más claramente el nuevo modelo social" (Touraine, 2017, p. 11). Lo que nuestro autor no termina de

[11] Touraine emplea la expresión "imperio yihadista" para referirse centralmente a la red al-Qaeda como organización terrorista global. Pero, por lo pronto, este "tercer imperio" no es equiparable a los anteriores como centro de poder. No constituye un poder económico globalizador y por lo tanto no se aproxima a la potencia expansionista de Estados Unidos y China.

asumir explícitamente es que Europa está ingresando a paso firme al club de las sociedades dependientes.

De este modo, lo que voy a sostener aquí es que al salir del paradigma moderno dominante, abonado por el propio Touraine, aquello que el autor tematizó como el fin de la sociedad se comprende mejor como la evolución gradual desde una vieja sociedad dominante a otra nueva de carácter dependiente. Y lo interesante aquí es que en los propios estudios sociológicos de Touraine sobre América Latina podemos encontrar un antecedente central para apuntalar el cambio conceptual indicado. Para nuestro autor, las sociedades latinoamericanas fueron desde siempre sociedades dependientes. Esta afirmación, así como su visión integral de América Latina, es deudora de la obra clásica de Cardoso y Faletto (Cardoso y Faletto, 1973). Al observar la realidad regional en las décadas del setenta y del ochenta del siglo XX, Touraine sostendrá que una sociedad dependiente se define "[...] por la desarticulación de las relaciones económicas y las relaciones sociales, lo que corresponde a la dualización de la sociedad, es decir a la discordancia entre el funcionamiento del sistema económico centrado en el exterior, y de la sociedad y la cultura nacional regional" (Touraine, 1976, p. 72). La sociedad dependiente se explica, ante todo, "por la disociación de la vida política y de un poder económico que esta, en buena medida, en manos extranjeras, que depende del estado del mercado mundial, de un lado, y de las decisiones de gobiernos extranjeros y de empresas transnacionales, de otro" (Touraine, 1988, p. 137). En la misma dirección, Touraine señalaba que "forma parte de la naturaleza de las sociedades dependientes el hecho de que la dominación exterior a la que están sometidas las desarticule, las dualice" (Touraine, 1976, p. 93). Incluso, para nuestro autor, las formaciones dependientes no se pueden definir como sociedades propiamente nacionales: "[e]l conjunto de las observaciones hechas lleva a decir que en una sociedad dependiente no existe una sociedad nacional, no posee cultura nacional, no tiene ni siquiera a veces Estado nacional, en el sentido que la tradición

europea le ha dado al término después del siglo XVII francés" (Touraine, 1976, p. 75).

Esta caracterización pionera de una sociedad dependiente, inspirada en sus estudios de América Latina, es prácticamente idéntica a la que empleará décadas más tarde para declarar el fin de la sociedad una vez constatado el deterioro creciente de la realidad europea. Llama la atención cómo los problemas ligados a su premisa de la *desocialización* europea (ver arriba) son muy similares a los que aparecen en su tesis de la *socialización* latinoamericana dependiente. En la década del setenta, discutiendo con las teorías marxistas de la dependencia, Touraine incluso llega a señalar que su aporte distintivo a la sociología consiste en señalar que el problema histórico de la dependencia en la región del Sur, para poder ser comprendido en sus aspectos decisivos, debía procesarse a partir de una nueva teoría de la sociedad dependiente antes que desde una vieja visión del capitalismo imperialista o monopolista. En aquellos años, para Touraine se trataba de pasar del estudio de la dependencia al de la sociedad dependiente (Touraine, 1976, p. 49). Entonces, ¿qué sucedió en el camino? ¿Cómo es posible que un autor que alcanzó a esbozar una teoría innovadora de la sociedad dependiente para comprender las realidades del Sur global, y que luego empleó prácticamente la misma explicación social para analizar la situación de Europa en el siglo XXI, haya optado por no reconocer que el viejo continente se estaba convirtiendo en una nueva sociedad dependiente antes que en una no-sociedad? ¿Por qué Touraine no explicitó esta asociación elemental entre continentes siendo que fue uno de los máximos renovadores de las visiones globales y universales para la sociología? ¿Por qué no optó por declarar el fin de la sociedad, o bien su imposibilidad, allá en la década del setenta del siglo XX, apenas le tomó el pulso a la realidad latinoamericana? Lo cierto es que Touraine ni una sola vez emplea el concepto "sociedad dependiente" para referirse a la Europa del siglo XXI. Pero al mismo tiempo no duda en poner el foco de la transformación regresiva en su propia región: "[h]asta ahora,

la descomposición del capitalismo occidental, provocada por la separación entre la especulación financiera y la vida económica y social, ha acarreado la impotencia económica de los Estados, sobre todo en Europa" (Touraine, 2013, p. 305). Incluso deja en claro que es una prioridad adaptarse a las nuevas circunstancias: "Nada podría ser peor para Europa occidental que refugiarse en la esperanza ilusoria de preservar su grandeza pasada" (Touraine, 2013, p. 106). Supongo que la recuperación de su propia perspectiva de la sociedad dependiente le habría permitido orientar a la sociología europea actual hacia la salida del encierro nacionalista y eurocéntrico de la teoría de la sociedad moderna que esta disciplina aún emplea allí en buena medida. Se trata de un reduccionismo que, como vimos, el propio autor denunció con lucidez desde sus primeros trabajos. Sin dudas que el primer paso del movimiento de superación teórica, que consiste en abolir la separación entre el estudio del interior y del exterior de una determinada sociedad, ya lo había dado el autor en la década del setenta: "El objetivo de un estudio de las sociedades dependientes debe ser superar la contradicción entre el estudio del interior y del exterior, de las clases y de la dependencia nacional" (Touraine, 1976, p. 55). Pero la posibilidad de que su investigación sobre la historia de América Latina le aporte algunas claves centrales para actualizar su análisis de la Europa del futuro quedó trunco. ¿Qué pasó? ¿Será que antes de admitir la situación de dependencia de la sociedad y de la cultura europea, prefirió abolirla en el papel para así conservar la independencia de los individuos y de los intelectuales europeos? ¿Acaso la separación teórica entre la modernidad y las modernizaciones, tan difícil de discernir en los hechos, no fue su último intento de salvar del naufragio al proyecto europeo de la Ilustración?

Aquí lo que voy a sostener, apoyado en el diagnóstico de Touraine, es que los países europeos se están convirtiendo en nuevas sociedades modernas dependientes. Se trata de una nueva dependencia y no de una vieja porque desde la plena industrialización de las sociedades europeas del Norte en el siglo XIX estas nunca

se desarrollaron como colectividades subalternas. Por lo tanto, se trataría de la primera experiencia de subalternidad social de la Europa modernizada. Para muchos representa una situación impensable hace pocas décadas atrás. A un siglo y medio de alcanzar el cénit de su poderío mundial, Europa está reubicándose en el arco de los países y de las regiones dependientes de la globalización de los Imperios contemporáneos. Aquí es necesario aclarar que una sociedad se convierte en dependiente cuando comienza a ser más dependiente que autónoma, no cuando es absolutamente dependiente. La situación de dependencia absoluta se ajusta más bien a lo que Touraine llamaba "sociedad colonial" (Touraine, 1976; 1988). De este modo, parto de suponer que Europa occidental deja de ser una sociedad imperial pero no una sociedad autónoma luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando queda parcialmente subordinada a los Estados Unidos, mientras que la Europa del Este se convierte en un conjunto de sociedades dependientes de la URSS por esos mismos años. Ahora bien, mi hipótesis central es que Europa inicia su lenta reconversión hacia una sociedad dependiente cuando China se convierte en la segunda economía mundial, al mismo tiempo que en el centro de poder más expansivo del planeta, y sobre todo cuando se desata la globalización pronunciada del gigante asiático sobre la economía europea. Desde 2020, China es el principal socio comercial de la Unión Europea en materia de bienes, y el intercambio entre ambos bloques se resuelve crecientemente a favor del primero (Di Marco, 2024). Por lo tanto, lo que Europa está experimentando, como decía, es una dependencia tanto de Estados Unidos como de China. Si bien el viejo mundo no posee una nítida estructura dependiente en la actualidad, la tendrá en el futuro mediato. Lo que avanza a toda marcha en la actualidad es un proceso indetenible de dependización de Europa, o, en los términos de Stephan Lessenich (2024), de "semiperiferización de Europa". Cuando una dinámica dominada por fuerzas centrípetas le deja su lugar a otra orientada por fuerzas centrífugas, es allí cuando se conforma una nueva sociedad dependiente. De este

modo, siguiendo el esquema de Touraine, si con la trasformación de la sociedad industrial europea hacia una forma posindustrial el núcleo de poder aún permanecía "dentro" de las formaciones sociales europeas, con la desaparición de las sociedades europeas como sociedades autónomas, la fracción dominante de ese núcleo se traslada inevitablemente hacia "afuera".

En resumidas cuentas, desde mi perspectiva, la pregunta por la emergencia de la sociedad, esa misma que Manuel Castells señala en este libro como el aporte central de Touraine a la sociología, se convierte ahora para Europa en la pregunta por la emergencia de la sociedad dependiente. ¿Cómo pasó el viejo continente de ser un bloque autónomo e imperial a ser una sociedad dependiente? Creo que el propio Touraine ofrece algunas pistas para ensayar una respuesta plausible cuando reconoce en la década del setenta del siglo XX que "no toda sociedad se estructura sobre un principio de autonomía" (Touraine, 1976, p. 130). Y si una determinada sociedad no se desenvuelve a partir de una dinámica autónoma, entonces es necesario reconocer que otras sociedades están moldeando el destino de la primera de alguna manera y en determinada dirección.

Reflexiones finales

A diferencia de la evolución histórica de Europa, la historia de América Latina desde las colonizaciones española y portuguesa hasta hoy quedó encorsetada en la reproducción conflictiva de una dependencia estructural ininterrumpida de diferentes imperios occidentales. La corriente intelectual de la que Touraine participó en las décadas del sesenta y del setenta, la cual se encargó de teorizar sobre esta situación de dependencia, ofrece un punto de apoyo teórico insoslayable para procesar la nueva situación europea. Ahora bien, la mayoría de las teorías de la dependencia latinoamericana del siglo XX, incluida la perspectiva de la sociedad dependiente de Touraine, proyectaron una visión limitada de la región.

Por una parte, es necesario reconocer que la apuesta de Cardoso y Faletto, enriquecida por Touraine, resultó acertada, desde el momento en que situó la palanca del cambio social de las sociedades latinoamericanas en el juego político interno, pero sin desconocer su incrustación dependiente en la economía mundial. Los tres sociólogos mencionados pretendieron superar tanto el weberianismo trasplantado de las teorías de la modernización, que reducía la dinámica de los procesos de cambio en la región a sus determinantes internos (Medina Echavarría, 2007), como las variantes derivadas de la teoría leninista del imperialismo, que convertían a la región en un simple territorio de impacto de la globalización capitalista occidental (Marini, 1973). Ahora bien, las perspectivas de Cardoso, Faletto y Touraine, interesadas en activar una política de cambio social, encontraron su límite en la reconstrucción de ese "afuera" de la región dependiente. Luego de señalar que los procesos de cambio social en América Latina se producían en situaciones de poder singulares a partir de una dialéctica entre factores internos y externos, reconstruyeron ese ámbito "externo" con un exceso de corrección política y de diplomacia internacional. Ese mundo "externo" de la sociedad dependiente no incluía el registro del tablero político mundial y de los conflictos que emanaban de él, tampoco de los tableros nacionales de los imperios occidentales, y mucho menos aún de las conexiones determinantes entre las élites de los países dominantes y las élites latinoamericanas.[12] De este modo, Cardoso, Faletto y Touraine aportaron a la construcción de una idea sociológica de América Latina, pero desacoplada de una visión mundial, de conjunto, y por lo tanto desprovista de las herramientas para conocer la realidad europea, los movimientos internos y externos de Estados Unidos, y los procesos rectores del cambio social mundial. Estos campos sensibles de observación,

[12] Es precisamente esta relación de poder entre élites la que oficia de puente entre las modernidades vasalla y autonomista en América Latina. Para un análisis preliminar de la evolución de las modernidades en la sociedad mundial poscolonial, ver Torres, 2024a y 2024b.

que indudablemente faltan allí, en tales autores, resultan estratégicos para que los proyectos autonomistas de América Latina puedan conocer a fondo su escenario de actuación, siempre edificado sobre las tendencias dominantes en el mundo. Los tres sociólogos no alcanzaron a ofrecer una idea del continente como esfera periférica de una sociedad mundial que, como señalaba Touraine en sus textos metodológicos, necesita ser comprendida en su unidad relacional mayor. En resumidas cuentas, las teorías de la dependencia latinoamericana más avanzadas, como las de Cardoso, Faletto y Alain Touraine, no llegaron a convertirse en verdaderas teorías de la sociedad mundial, y por lo tanto tampoco consiguieron proyectar un ideario universalista alternativo al desarrollado por el paradigma moderno dominante. Touraine ofreció una sociología de Europa, por un lado, y de América Latina, por el otro, la primera abierta hacia la segunda y la segunda hacia la primera, pero no una sociología de la relación entre Europa y América Latina. Seguramente el desarrollo de una visión por el estilo le habría permitido trasladar una fracción de sus críticas frecuentes a la política popular latinoamericana hacia el accionar de las élites del viejo continente. Una premisa que entonces hay que reconocer es que una sociedad siempre se conforma a partir de la interacción asimétrica con otras. Toda sociedad es una intersociedad (Torres, 2023). Entonces aquí es cuando nos damos cuenta de que para entender la nueva dependencia de Europa hace falta una nueva teoría crítica de la globalización imperial que supere los determinismos externos del pasado, así como las viejas utopías modernas de transformación social. Me parece que Touraine es consciente de ello cuando esboza su visión de los tres Imperios (Touraine, 2015), al mismo tiempo que cuando señala que la novedad estructural más gravitante en el mundo a inicios del siglo XXI es la globalización de China (Touraine, 2013). Ahora bien, la perspectiva del imperialismo que necesitan con urgencia las fuerzas autonomistas de Europa y del conjunto de la sociedad mundial ya no puede desprenderse de la teoría de la sociedad del paradigma

moderno dominante, por el simple hecho de que Europa no dictamina el rumbo del mundo desde hace largas décadas. Hoy tampoco lo consigue hacer Estados Unidos por su propia cuenta. Desde mi punto de vista, una visión renovada de los Imperios actuales y de sus fuerzas globalizadoras necesita desarrollarse a partir del reconocimiento de aquella sociedad mundial multipolar que nace a mediados del siglo XX de los escombros de la Europa imperial, y que prospera a partir del impulso de los movimientos de liberación nacional del Sur global y de la expansión del bloque de poder del Asia-Pacífico.

Bibliografía

Batthyány, Karina (2020) (Coord.). *Miradas latinoamericanas a los cuidados.* México-Buenos Aires: Siglo XXI-CLACSO.

Batthyány, Karina (2021). *Políticas del cuidado.* Buenos Aires-México: CLACSO-UAM Cuajimalpa.

Batthyány, Karina (2023*). Los desafíos de las ciencias sociales en la coyuntura latinoamericana.* Buenos Aires: CLACSO-TNI.

Batthyány, Karina et al. (2024). *Por el equilibrio del mundo. El nuevo orden económico internacional (1974-2024).* Buenos Aires: CLACSO.

Boron, Atilio (2003). *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Calderón, Fernando (2002). *La reforma de la política. Deliberación y desarrollo.* La Paz: Idis- Friedrich Ebert Stiftung-Nueva Sociedad.

Calderón, Fernando (2000). Ni transformar la razón en armas ni la identidad en teocracia o intolerancia. Conversación con Alain Touraine. En Calderón, Fernando (2011), *Caminos de la libertad. Diálogos latinoamericanos* (pp. 51-108). La Paz: CESU-Plural.

Cardoso, Fernando y Faletto, Enzo (1973). *Dependencia y desarrollo en América Latina.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Di Carlo, Ivano (ed.) (2024). *EU–China relations at a crossroads, Vol. III: Business unusual.* Brussels: European Policy Centre.

Durkheim, Emile (2012). *El Estado y otros ensayos.* Buenos Aires: Eudeba.

Ferrer, Aldo (2002). *Vivir con lo nuestro. Nosotros y la globalización.* Buenos Aires: FCE.

Marini, Ruy Mauro (1973). *Dialéctica de la dependencia.* México: Era.

Medina Echavarría, José (1969). *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico en América Latina.* Buenos Aires: CLACSO.

Hobsbawm, Eric (1987). *The Age of Empire: 1875–1914*. Londres: Weidenfeld & Nicolson

Lessenich, Stephan (8 de agosto de 2024). La semiperiferización de Europa. Conferencia Inaugural de la Cátedra Libre Immanuel Wallerstein. [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=arp19ZSmLR0&t=3171s

Sader, Emir y Gentili, Pablo (eds.) (2003). *Las tramas del neoliberalismo*. Prólogo de Atilio Borón. Buenos Aires: CLACSO.

Sader, Emir (2009). *El nuevo Topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Santa Cruz, Hernán (2024). *Cooperar o perecer: el dilema de la comunidad Mundial. Tomo I. Los años de creación (1941-1960).* Santiago de Chile: Naciones Unidas.

Therbörn, Göran (2003). Entangled Modernities, Volume 6, Issue 3. *European Journal of Social Theory,* 293-305. https://doi.org/10.1177/13684310030063002

Torres, Esteban (2021a). World Paradigm. A proposal for Sociology. *Global Dialogue*, Vol 11, 1, https://globaldialogue.isa-sociology.org/articles/the-world-paradigm-a-new-proposal-for-sociology

Torres, Esteban (2021b). Hacia una revolución de la sociología en América Latina: el nuevo paradigma mundialista. En *La gran transformación de la sociología* (pp. 421-462). Buenos Aires: UNC-FCS/CLACSO.

Torres, Esteban (2022c). Las explosiones sociales en América Latina: del orden neoliberal al mundo pos Covid-19. En Torres, Esteban y Leite Goncalves, Guilherme (2022), *Hacia una nueva sociología del capitalismo* (pp. 285-324*).* Buenos Aires-Jena: CLACSO-Friedrich Schiller Universität Jena.

Torres, Esteban y Garretón, Manuel Antonio (2022). Los nuevos actores sociales en América Latina: rupturas, continuidades y transformaciones. *Anuario de Historia Virtual*, 13, 21, 1-14. https://doi.org/10.31049/1853.7049.v.n21.38288

Torres, Esteban (2023a). El paradigma mundialista: una nueva propuesta para la sociología. *Estudios Sociológicos*, *42*, 1-19. http://dx.doi.org/10.24201/es.2024v42.e2431

Torres, Esteban (2023b). La sociedad mundial, los intersistemas y una nueva historia del capitalismo. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, *28*(101), 1-22. https://doi.org/10.5281/zenodo.7767811

Torres, Esteban (2023c). *El cambio social: teoría, historia y política.* Buenos Aires: CLACSO.

Torres, Esteban (2024). La sociedad mundial poscolonial: una aproximación. *Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades,* 10, 20, julio-diciembre 2024, 223-255. https://doi.org/10.32776/arcsh.v10i20.479

Torres, Esteban (2025). *El eurocentrismo tardío. Crisis, crítica y superación.* Buenos Aires-Frankfurt: CLACSO-Institut für Sozialforschung (En prensa).

Torres, Esteban; Russo, Juan (eds.) (2018). *Francisco Delich y América Latina*. Buenos Aires: CLACSO-FLACSO Argentina-UNC.

Touraine, Alain ([1965]1969). *Sociología de la acción*. Barcelona: Ariel.

Touraine, Alain (1969). *La sociedad postindustrial*. Barcelona: Ariel.

Touraine, Alain ([1976]1978). *Las sociedades dependientes. Ensayos sobre América Latina*. México D.F.: Siglo XXI.

Touraine, Alain ([1984]1987). *El regreso del actor*. Buenos Aires: Eudeba.

Touraine, Alain ([1988a]1989). *América latina. Política y sociedad,* Madrid: Espasa-Calpe.

Touraine, Alain (1988b). Actores sociales y modernidad. En Calderón, Fernando (comp.), *Imágenes desconocidas: la modernidad en la encrucijada postmoderna* (pp. 357-366). Buenos Aires: CLACSO.

Touraine, Alain (1988c). Modernidad y especificidades culturales. *Revista internacional de ciencias sociales*, XL, 4.

Touraine, Alain (julio-septiembre de 1989). Los problemas de una sociología propia en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, *51*(3), 3-22

Touraine, Alain ([1992]1998). *Crítica de la modernidad.* Buenos Aires: FCE.

Touraine, Alain ([1994]1995). ¿Qué es la democracia? México: FCE.

Touraine, Alain (1995). *La producción de la sociedad.* México: UNAM.

Touraine, Alain (1996) ¿Podremos vivir juntos? Buenos Aires: FCE.

Touraine, Alain (2007). *A New Paradigm for Understanding Today's World*. Cambridge: Polity.

Touraine, Alain ([2013] 2016). *El fin de las sociedades.* México DF: FCE.

Touraine, Alain (octubre de 2015). De los conflictos internos de la sociedad industrial a las contradicciones de los nuevos imperios [Ponencia]. XXI Plenario del Círculo de Montevideo, Universidad de Alicante, España, pp. 63-67.

Touraine, Alain (2018). *La défense de la modernité*. Paris: Seuil

Touraine, Alain et al. (2004). Democracia y desigualdades sociales. *Estudios*, *15*, Otoño 2014, 189-217.

Primera parte

Alain Touraine, el sociólogo de la libertad*

Manuel Castells

Alain Touraine es uno de los más grandes sociólogos de nuestro tiempo. Su obra ha marcado definitivamente la forma de pensar la sociedad, la política y la cultura, y ha proporcionado hipótesis innovadoras a miles de investigadores en ciencias sociales en todo el mundo. Ha formado generaciones enteras de sociólogos y de intelectuales, a algunos a través de su enseñanza, a otros por sus escritos y a todos por su ejemplo como investigador riguroso, teórico fundacional e intelectual comprometido a partir de una independencia absoluta en relación con los aparatos de poder y con las sectas de la ideología. Alain Touraine forma parte de esta élite cultural francesa que constituyen los antiguos alumnos de *L'École Normale Supérieure* de París. Historiador en sus orígenes, ha evolucionado pronto hacia la sociología; en realidad, fue la sociología la que ha evolucionado hacia él, puesto que él se propuso desde el principio su refundación. Su tesis de doctorado en La Sorbona, en 1965, presenta un sistema teórico coherente que redefine los procesos y la estructura de la sociedad por un cambio de perspectiva

* Discurso ofrecido durante la entrega a Alain Touraine del título de doctor Honoris Causa de la UOC (Universidad Abierta de Cataluña), el 19 de junio de 2007. Desgrabado por CLACSO y publicado como texto por primera vez. El título del trabajo fue agregado por el autor para esta publicación.

que sitúa al actor en el centro de la dinámica social, de ahí su título *Sociologie de l'action*. Muy joven, fue nombrado *directeur d'études*, el equivalente del catedrático español, en *L'École Pratique des Hautes Études* de París, que después se llamó *L'École des Hautes Études en Sciences Sociales*, la más prestigiosa institución francesa de investigación y enseñanza de doctorado en ciencias sociales y humanidades. Ha conservado este puesto a lo largo de su carrera, excepto por un breve período como catedrático y fundador del departamento de sociología en el nuevo campus Nanterre de la Universidad de París, período breve pero agitado, porque era entre 1966 y 1969. En *L'École des Hautes Études* ha fundado y dirigido sucesivamente tres centros de investigación que han transformado la investigación sociológica francesa: el *Laboratoire de Sociologie Industrielle*, el *Centre d'Études des Mouvements Sociaux* y el *Centre d'Analyse et d'Intervention Sociologiques*. Ha enseñado también en algunas de las más importantes universidades del mundo, tales como *Columbia University*, UCLA o *University of California-Berkeley*, así como en las principales universidades latinoamericanas y de Quebec, con una mención especial para la Universidad de Montreal, de la cual es también doctor *honoris causa*, puesto que Touraine siempre ha tenido una relación privilegiada con Quebec y con el proyecto nacional *Québécois*. Ha conducido múltiples seminarios y ha dado conferencias en todas partes del mundo: en Tokio, en Pekín, en Seúl, en Taipei, en Moscú, en San Petersburgo, en Praga, en Budapest, en Varsovia, en Medio Oriente y en el Magreb y, naturalmente, en las principales universidades europeas, en particular en Italia. Su obra es estudiada desde hace treinta años en el conjunto de América Latina, donde su pensamiento siempre ha sido de referencia por oposición al empirismo tecnocrático y al funcionalismo americano. En la Universidad de Teherán, en 2006, yo personalmente pude apreciar el extraordinario interés suscitado por la obra de Touraine, que es libro de cabecera de los sociólogos iraníes que resisten al oscurantismo. Es que, de hecho, allá donde haya movimientos sociales que intentan pensarse y pensar la sociedad

de forma alternativa, la referencia a Alain Touraine es obligada. También ha dado conferencias y ha dirigido seminarios muchas veces en Cataluña, un país que conoce bien, a veces mejor que los propios catalanes, porque siempre ha planteado preguntas a la vez inconvenientes y pertinentes a los numerosos estudiantes catalanes que ha tenido a lo largo de los años.

Alain Touraine es un gran teórico, pero es también un investigador extraordinario, con una vasta trayectoria de investigación empírica en sociología del trabajo, sociología de los movimientos sociales, sociología política y sociología cultural, generalmente en una perspectiva comparativa. Su primera investigación y su primer libro fueron sobre la evolución del trabajo obrero en las fábricas Renault de París. En ese estudio, realiza una observación directa de la relación entre el puesto de trabajo y la evolución tecnológica, entre el trabajador y sus máquinas. Pero va más allá: sobre la base de su observación, propuso una tipología de las formas de relación entre trabajo y tecnología que ha sido utilizada por muchos investigadores en todo el mundo.

También sus investigaciones sobre los proyectos de vida de los obreros de origen agrícola en Francia, sobre las prácticas de trabajo y de lucha de los mineros de Lota y de los siderúrgicos de Huachipato en Chile, y su tesis de doctorado complementaria, como decíamos en Francia en aquellos tiempos –las complementarias eran solo de quinientas páginas–, sobre la formación de la conciencia obrera estuvieron basadas en encuestas por cuestionario y en análisis estadísticos muy avanzados, además de un enfoque etnográfico siguiendo los procedimientos clásicos de la investigación. Más aun, para estudiar los movimientos sociales de forma rigurosa, por encima de los análisis documentales y de historia social que eran habituales en los grupos de investigación, inventó un método que llamó "intervención sociológica". Digamos en una palabra que partió de la tradición de estudio de los *focus groups*, seleccionando actores clave de un movimiento social, pero fue mucho más allá, encerrándolos en un espacio durante numerosas

semanas e interpelándolos, haciéndolos reaccionar a las propuestas del sociólogo, de manera de detectar en vivo los procesos de construcción de las relaciones y también de los proyectos, más allá de la psicología y más acá de la ideología. Sobre la base de su método de intervención sociológica, condujo un vasto programa de investigación sobre el movimiento estudiantil, sobre el sindicalismo, sobre el movimiento de mujeres, sobre el movimiento antinuclear y, *last but not least*, sobre el movimiento occitano, lo que hace de Alain Touraine probablemente el único investigador que haya analizado de forma cuasiexperimental la formación de la conciencia identitaria del nacionalismo sin Estado. También ha estudiado de manera precisa, con una metodología más ecléctica, el movimiento de Mayo del 68, el movimiento de solidaridad en Polonia, y así como la tragedia, más que el movimiento, del Chile de Allende.

Así pues, Touraine no es un filósofo social o un pensador en la vieja tradición francesa: es, ante todo, un científico que busca la fundación de una nueva ciencia, de una sociología basada en la observación, pero que vaya más allá de los datos para encontrar su sentido e integrarlos en un conjunto teórico coherente basado en conceptos originales que intentan comprender la sociedad, descomponiéndola en procesos sociales identificables y analizables. En este sentido, se sitúa a contracorriente de todas las sociologías habituales, entre una sociología de matriz europea, para no decir francesa o alemana, que es en realidad un anexo de la filosofía, con una inclinación por el discurso ecológico y, sobre todo, el ideológico, y una sociología de matriz americana, que se relaciona más bien con la estadística social y con el cálculo sofisticado de la banalidad.

Puesto que la relación entre teoría y empiria es el fundamento de toda ciencia, se puede considerar a Alain Touraine como uno de los fundadores de la sociología científica todavía en sus balbuceos, a pesar de un siglo de existencia. Proyecto difícil que le ha valido muchos sinsabores a lo largo de su vida, pero proyecto que ha sido comprendido y continuado por muchos investigadores en todo el

mundo. Si un día llegamos a la creación de una sociología que se sitúe con su especificidad al nivel de otras disciplinas científicas hoy afirmadas, como es el caso de la economía –con todas las reservas–, será en buena medida gracias al esfuerzo pionero de Alain Touraine.

Alain Touraine es también un intelectual comprometido, siempre lo ha sido, y para una universidad como la UOC, que sitúa la ética al lado de la ciencia sin ver contradicción en ello, es también un criterio importante para otorgarle el mayor honor que nosotros podemos otorgar desde nuestra modestia. Estuvo al lado de la resistencia argelina en los años sesenta en Francia, comprendió las aspiraciones de cambio contra una Francia arcaica por parte de los estudiantes de Mayo del 68 y esto le costó muy caro en su carrera académica. Ha vivido intensamente Chile al lado de su mujer Adriana, chilena, y particularmente, vivió el Chile de Allende y escribió un diario sobre ese episodio histórico que continúa siendo indispensable para comprender uno de los dramas que marcaron nuestras vidas. También siguió en directo los principios de *Solidarność* en Polonia, participó de cerca en las transformaciones políticas de la Europa del Este, fue cercano al movimiento *Québécois*, siempre advirtiendo del peligro de una deriva ideológica ultranacionalista. Y también, naturalmente, estuvo en la vanguardia de la solidaridad democrática francesa contra la dictadura franquista, ayudando generosamente a numerosos estudiantes exilados de España y de Cataluña. De hecho, ha luchado contra todas las dictaduras, particularmente en América Latina, en donde estableció una amistad fundada sobre la práctica solidaria con intelectuales y dirigentes políticos de toda América Latina, en particular con Fernando Henrique Cardoso y con Ricardo Lagos. Pero también centró su esfuerzo en la ayuda a los prisioneros y a los exilados, ha salvado vidas y ha ayudado a reconstruir muchas otras, ha sido pragmático en su solidaridad: había que salvar las personas más que las causas perdidas.

Desde luego, siempre ha estado cerca de la política francesa, italiana o española, generalmente crítico y angustiado, con una conciencia clara de los límites de la política y una alergia profunda a la ideología manipuladora, pero nunca ha abandonado su independencia ni dejado reducir al silencio su voz crítica, nunca ha pertenecido a un partido político, si bien muchos dirigentes lo han querido cooptar, sino que se ha mantenido fiel a sus principios fundados sobre su teoría: la relación entre los movimientos sociales y la política de Estado es una danza de la muerte, el intelectual domesticado se convierte en lacayo de las burocracias. Al mismo tiempo, llevado por su lucidez y por la necesidad de la política para gestionar la sociedad, siempre ha estado cercano y ha prodigado sus consejos a quien quisiera escucharlos, en el ámbito de la política. Muchos dirigentes del mundo entero lo han llamado y lo han escuchado, pero pocos han realmente utilizado su sabiduría, puesto que los políticos en general no siguen más que aquellas opiniones que confirman lo que ya han decidido en función de sus intereses de poder. Así pues, Alain Touraine quedó fuera del poder, testigo lúcido de su tiempo, sin otra escucha sincera que la pléyade de actores sociales que creen todavía que otro mundo es posible.

A pesar de todo esto, si Alain Touraine ya tiene su lugar en la historia es a causa de su obra: cuarenta y dos libros traducidos a numerosas lenguas, decenas de artículos científicos, centenas de artículos de análisis y opinión. Quizás su libro fundamental es aquel que fue hasta el final de la radicalidad teórica: *Production de la société*, publicado en 1973 y en una nueva edición en 1993. Más de quinientas páginas de teoría pura, original, coherente, estructurada y sin apenas referencias bibliográficas, porque Touraine no ha querido esconder su construcción teórica detrás de la formalidad de una letanía de referencias que, a menudo, no tienen otro objeto que la sumisión a los ritos de la academia. Es en este libro donde se encuentra lo esencial de su proyecto científico, después desarrollado en numerosas investigaciones y ensayos analíticos.

La cuestión que Touraine quiso responder es la cuestión primera de una ciencia de la sociedad: de dónde viene la sociedad, cuál es el proceso de generación de los valores, normas e instituciones de una sociedad; porque la mayor parte de los análisis sociales, y también los de la economía, presuponen los valores y las normas de la sociedad y sitúan la observación de las conductas y de las relaciones sociales en ese cuadro, y así se estudia la escuela como fuente de desigualdad o las relaciones de trabajo como determinadas por la lógica de la ganancia capitalista o la resistencia de las leyes del mercado en nombre de las necesidades de los trabajadores. Pero ¿cómo se constituyen las relaciones sociales que dan nacimiento a una cierta escuela, a un cierto modo de producción, a un Estado fundado sobre la nación, a una economía basada en el conocimiento o a una familia que sea expresión del patriarcado? Una respuesta clásica consiste en referirse a la historia para explicar el origen de las sociedades, pero, desde el punto de vista científico, no se puede explicar el presente simplemente por la alusión al pasado, porque ¿qué es lo que explica el pasado? La evolución social y la evolución natural tienen leyes en la sociedad como en la biología. Y son estas leyes de la evolución y sus variaciones lo que constituye el objeto de estudio de la sociología, cualquiera sea el nombre que se quiera dar a este campo científico. Se podría recurrir a la historia causal, pero, de hecho, no es lo que la mayor parte de la práctica de los historiadores nos enseña, excepto en las construcciones ideológicas disfrazadas de leyes de la historia, como es el caso de las ideologías liberales o marxistas del progreso de la humanidad guiado por la razón o las fuerzas productivas.

La investigación reciente en neurociencia ha mostrado el error fundamental de Descartes y demostrado de manera experimental el papel de las emociones biológicamente condicionadas en la producción de los sentimientos y de estos en la formación del juicio racional. Así, de la misma manera, los procesos de formación de los valores fundacionales de las instituciones de toda sociedad resultan de las relaciones conflictuales entre actores, definidas por

su lugar en una estructura social dada, pero capaces de salir de su determinación estructural para reinventar su vida y, por tanto, la sociedad a partir de sus proyectos. Este es el corazón de la teoría de Touraine: la sociedad está producida por el sujeto, es decir, por los actores sociales individuales o colectivos que, en su práctica, a partir de su conciencia, conciben proyectos de vida e intentan construir formas de organización social, cultural y política que llamamos sociedad.

Desde luego, la práctica social es diversa y encontramos una multiplicidad de formas sociales, de culturas y de instituciones, pero todas ellas resultan de la combinación entre ciertos elementos que se puede identificar mediante un sistema conceptual y cuyas relaciones pueden ser establecidas por la observación metódica. De ahí la centralidad de los movimientos sociales en la teoría de la producción de la sociedad. El sujeto es un concepto que se materializa en la observación de los movimientos sociales, que no son organizaciones o movilizaciones, aunque se apoyan sobre estas formas de expresión, sino que son prácticas transformadoras de los valores sobre los cuales se constituye la sociedad. No son movimientos revolucionarios, aunque a veces lleven el potencial de revolución. Pero las revoluciones son acciones políticas, actúan sobre el poder de Estado, en cambio, los movimientos sociales se sitúan a un nivel más profundo de la realidad social, intentan cambiar nuestra forma de pensar y, al hacerlo, acaban por transformar nuestras instituciones: "pienso diferente, por tanto, trataré de vivir diferente y lucharé para poder hacerlo". La identificación de las prácticas constitutivas de un movimiento social no puede ser decidida de antemano por la ideología o las preferencias del investigador, sino que debe ser establecida por los resultados de la investigación, examinando qué prácticas fundamentan nuevas relaciones que están en la base de cambios profundos en las instituciones de la sociedad. Así se identifican los actores de la transformación social.

El caso más ilustrativo de esta metodología es el feminismo, el tema del último libro de Alain Touraine, *El mundo de las mujeres*, publicado por Fayard en 2006. En efecto, podemos constatar la transformación profunda de la conciencia de las mujeres en los últimos tres decenios y la crisis del patriarcado que de ella resulta en todos los niveles de las instituciones, de la familia y del Estado, con consecuencias extraordinarias sobre la socialización de los niños y, por consiguiente, sobre la formación de la personalidad. Touraine muestra cómo la conciencia de las mujeres suscita la emergencia de nuevos valores que tienden a universalizar la especificidad femenina y, por tanto, a disolver los mecanismos de dominación en el nivel más profundo de la práctica social. Claro que la formación del feminismo también tiene que ver con cambios estructurales en la producción y en el trabajo, y se arraiga en el movimiento de las mujeres por la igualdad de derechos entre los sexos. Pero es a partir del desarrollo de un nuevo proyecto de vida en común, de las luchas, de la práctica de las mujeres, que se va más allá de la simple igualdad de derechos y se entra en la construcción de una organización social capaz de fundar otra sociedad, en la que los valores del sentido de vivir pasen por encima de los valores de la acumulación o de los valores del consumo.

Así, el proyecto de las mujeres en este sentido transforma el conjunto de la sociedad. Dice Touraine:

> Le renversement qui fait passer d'une société de conquérants du monde a une société de construction de soi a remplacé la société des hommes par la société de femmes. Aujourd'hui les femmes ont plus de capacité que les hommes pour se comporter en sujet, à la fois parce qu'elles portent l'idéal historique de la recomposition du monde et le déplacement d'un dualisme ancien et parce que prendre plus directement en charge leur corps, leur rôle de créatrices de vie, leur sexualité.[1]

[1] La inversión que pasa de una sociedad de conquistadores del mundo a una sociedad de autoconstrucción ha reemplazado la sociedad de hombres por la sociedad de

Así pues, lejos de ser una sociología romántica que nos cuenta los sueños de los gloriosos perdedores, la sociología de Touraine, centrada sobre el sujeto, hace los primeros pasos hacia una genética social, un análisis de la génesis de la sociedad de la cual derivan los valores que organizan el mundo de los signos estudiados por la semiótica, el mundo de las instituciones estudiado por la ciencia política y la macroeconomía, y el mundo de los comportamientos estudiado por la microeconomía y la microsociología. La dificultad extraordinaria de este gran proyecto científico explica por qué esta obra todavía está sin completar, pero será continuada y quizá un día, terminada, no por mi generación, pero sí por la generación de los sociólogos que vendrán después.

En realidad, Alain Touraine y sus discípulos ya han avanzado considerablemente en la práctica de investigación inspirada en este proyecto teórico: Touraine ha construido una máquina teórica de análisis de los movimientos sociales que se inspira en la dialéctica. Para él, un movimiento social se define en la relación entre tres términos: la identidad del movimiento, la designación del adversario o principio de oposición y el principio de totalidad del movimiento, es decir, la visión del movimiento en relación con la organización de la sociedad. Combinando las relaciones entre estos tres componentes y haciendo variar la dominancia de una sobre la otra, según la observación de las prácticas de investigación, se llega a un análisis preciso de la relación entre la estructuración diferencial de cada movimiento, las orientaciones normativas de su acción y los efectos del movimiento sobre los valores y las instituciones de la sociedad.

Pese al carácter abstracto de estas formulaciones, Touraine ha podido realizar sobre esta base análisis muy precisos de la transformación social, con consecuencias considerables para nuestro

---

mujeres. Hoy las mujeres tienen más capacidad que los hombres para comportarse como sujetos, tanto porque llevan el ideal histórico de la recomposición del mundo y el desplazamiento de un antiguo dualismo como porque asumen más directamente su cuerpo, su papel como creadores de vida, su sexualidad (trad. de la corr.).

entendimiento de procesos esenciales que configuran nuestro mundo. Así, en sus análisis sobre América Latina, un terreno privilegiado de su observación, ha explicado la complejidad de los procesos de luchas sociales y políticas a partir de la variación y de la articulación entre tres principios de totalidad que definen los movimientos: el desarrollo, el nacionalismo y la democracia. La mayor parte de los movimientos en América Latina ha intentado articular una conciencia nacional y la construcción de la democracia con objetivos de desarrollo que son, a la vez, económicos –crecimiento– y sociales –redistributivos–. La mayor o menor capacidad de un movimiento de articular los tres objetivos –democracia, desarrollo, nación– determina el efecto social y el futuro del movimiento, pero esta articulación requiere la construcción de principios de identidad compatibles. Por ejemplo, el populismo articula desarrollo y nación, pero se olvida de la democracia; el neoliberalismo separa el desarrollo de la nación al insertarse en la globalización. Esto condiciona la capacidad de identificar correctamente los adversarios y las bases sociales que apoyo. De esta manera, se entiende la influencia de la teoría de Alain Touraine en América Latina; como se ha dicho a veces, no hay nada más práctico que una buena teoría.

Asimismo, Alain Touraine ha utilizado su potente máquina analítica para descifrar las crisis de nuestro mundo en una serie de ensayos que intentan despertar la conciencia de la profundidad de nuestros problemas. En 1997, antes de la explosión de los conflictos culturales suscitados por la oposición entre globalización e identidad en el conjunto del planeta, publicó un libro extraordinario titulado *Pourrons-nous vivre ensemble? Égaux et différents* (1997), en el cual se puede leer:

> Les informations, comme les capitaux et les marchandises, traversent les frontières. Ce qui était distant sera proche, le passé devient présent. Le développement n'est plus la série des étapes à travers lesquels une société sort de son sous-développement et la modernité ne

> succède plus à la tradition. Tout se mélange, l'espace et le temps sont comprimés. Ne y vivons-nous pas dans une société mondialisée, globalisée, qui envahie de toutes partes la vie privée, la vie publique, de plus grand nombre. La réponse à la question posée (pouvons-nous vivre ensemble ?) parait donc appeler à une réponse simple et formulée au présent : nous vivons *déjà* ensemble. Est-ce qu'assez pour dire que nous appartenons à la même société ou à la même culture ? Certainement pas. [...] Devant nos yeux des ensembles à la fois politiques et territoriaux, sociaux et culturelles, que nous appelions société, des civilisations ou simplement des pays, des ruines de société moderne, et des leurs substitutions sortent, d'un côté, des réseaux globaux de production, de consommation et de communication, et de l'autre côté, un retour à la communauté.[2]

Pero la separación entre instrumentalidad e identidad destruye las bases institucionales de la sociedad, y así, Touraine propone una hipótesis de salida de la crisis sobre la base de su observación:

> Nous ne pouvons vivre ensemble, c'est à dire, combiner l'unité de la société avec la diversité des personnalités et de cultures qu'en plaçant l'idée du sujet personnel au centre de notre réflexion et de notre action.[3]

[2] La información, como el capital y los bienes, cruza fronteras. Lo que estaba lejos estará cerca, el pasado se vuelve presente. El desarrollo ya no es la serie de etapas a través de las cuales una sociedad emerge de su subdesarrollo y la modernidad ya no sucede a la tradición. Todo se mezcla, el espacio y el tiempo se comprimen. ¿No vivimos en una sociedad globalizada, que invade la vida privada, la vida pública, de cada vez más personas de todos lados? Por lo tanto, la respuesta a la pregunta de si podemos vivir juntos parece requerir una respuesta simple formulada en tiempo presente: ya vivimos juntos. ¿Es esto suficiente para decir que pertenecemos a la misma sociedad o a la misma cultura? Ciertamente no. [...] Ante nuestros ojos, grupos que son a la vez políticos y territoriales, sociales y culturales, ya sea que llamemos sociedad, civilizaciones o simplemente países, ruinas de la sociedad moderna, y sus sustitutos, surgen, por un lado, redes globales de producción, consumo y comunicación y, por otro lado, el retorno a la comunidad (trad. de la corr.)

[3] Sólo podemos vivir juntos, es decir, combinar la unidad de la sociedad con la diversidad de personalidades y culturas, colocando la idea del sujeto personal en el centro de nuestra reflexión y de nuestra acción (trad. de la corr.)

Así, la teoría de Touraine desemboca en un diagnóstico de la crisis de coexistencia que amenaza a nuestro mundo, un mundo desgarrado entre la guerra y el terror, entre la imposición de una racionalidad única y la deriva fundamentalista, e identifica los factores sociales que pueden llegar a ser las fuentes de reconstrucción de la sociedad. Sin embargo, el reconocimiento de la obra y de la figura de Alain Touraine por la *Universitat Oberta* de Catalunya no es simplemente un homenaje genérico a su contribución científica y a su magisterio intelectual, sino que se sitúa en una perspectiva específica en relación con las ideas de Alain Touraine, porque la UOC tiene una personalidad propia, se proyecta como universidad a la vez catalana y universal e intenta innovar la institución universitaria en las nuevas condiciones de la sociedad de la información.

Así, nos referimos a dos contribuciones fundamentales de Alain Touraine: en primer lugar, al teórico que formuló por primera vez, al mismo tiempo que Daniel Bell, la existencia de un nuevo tipo de sociedad: la sociedad postindustrial. De hecho, aunque Bell y Touraine trabajaron en paralelo sobre el mismo tema hacia el final de los años sesenta, el libro de Touraine, *La sociedad post-industrial,* fue publicado por Denoël en 1969, es decir, cuatro años antes de la publicación del libro de Daniel Bell, *The Coming of Post-Industrial Society*. En este libro, Touraine ha identificado el proceso de transición de la sociedad industrial hacia una nueva estructura social que ha definido más precisamente como la sociedad programada, en donde la producción y la apropiación conflictiva del conocimiento se convierten en el principio organizador del poder, la riqueza y la influencia en la sociedad.

He aquí una tesis que encuentra una resonancia directa en una universidad que ha titulado su programa de doctorado como Doctorado Interdisciplinario sobre la Sociedad de la Información y del Conocimiento. Más aun, en el análisis de Alain Touraine, la universidad es una institución central de la nueva sociedad, por ello, ha consagrado numerosos trabajos a su estudio, particularmente de las universidades en Estados Unidos, y ha luchado toda su vida

para hacer salir la universidad europea de un arcaísmo corporativo medieval que le impedía asumir de verdad el papel que la teoría de la sociedad programada le reservaba.

Alain Touraine

Mente brillante, espíritu comprometido con las luchas sociales y solidario con los perseguidos

Gerónimo de Sierra

Su ruptura teórica: sociología de la acción versus funcionalismo y estructuralismos

Hace tres o cuatro años, tomamos con Touraine, junto a Manuel Antonio Garretón, una copa de Limoncello italiano con un rico pastel que nos ofreció en su casa de Montparnasse. Veníamos del homenaje académico en la Maison d'Amérique Latine a propósito de su penúltimo libro, *Défense de la Modernité*. Ambos tuvimos la sensación de que quizá fuera el último encuentro con el maestro. No por su salud y gran lucidez mental, sino por el evidente e inexorable paso de los años.

Hoy que ha fallecido, ese cálido último encuentro me viene con fuerza a la memoria. Allí dialogamos como si fuera en sus lejanas clases de los jueves por la mañana en l'Ecole Pratique des Hautes Etudes en los años sesenta y setenta. Touraine con todo su brío intelectual intacto, con su discurso profundamente sociológico que marcó para siempre la cabeza y el intelecto de todos quienes pasamos por sus aulas.

Discurso sociológico y a la vez profundamente humanista y ávido de todo el pensamiento social y filosófico de su época. Impactante erudición para crear el entorno de su pensamiento radicalmente original, creativo, de ruptura con la sociología dominante en esos años en Europa y Estados Unidos. Su libro *Sociologie de l'Action* abrió el ciclo de reivindicación sucesiva de la sociología de la sociedad posindustrial, de la sociología del actor, de los movimientos sociales y las sucesivas etapas de análisis de la modernidad, hasta llegar al reciente libro que referimos al inicio*: Défense de la Modernité, libro que Touraine definió en algún momento como quizás el más importante que haya escrito.*

Podemos decir que allí cierra el bucle de su largo camino escrutador de la sociedad pos industrial, siempre de la mano de los actores sociales, del sujeto de la acción, de los movimientos sociales que construyen su propio futuro. Confrontando siempre –en un difícil equilibrio– con la sociología dominante en esa época: principalmente la sociología de la interacción psicosocial, funcional y al límite estructural funcionalista, y también con el estructuralismo radical de un Levi Strauss o de un Althusser.

En 1965, publica la *Sociologie de l'Action y* su nuevo modelo teórico, con eje en el sujeto de la acción y su rol creador en los procesos societales. Confrontando el análisis funcionalista con su eje en valores, normas, colectividades y roles, versus el sujeto histórico y el sistema de acción histórica. Ante las instituciones y la sociedad vista como sistema de relaciones sociales, Touraine las conceptualiza como aquellos medios que se interponen entre el trabajador y sus obras. Escrutando los procesos de desarrollo –en el primer mundo pero con mucho énfasis en América Latina– y proponiendo por un lado superar los esquemas clásicos de estudio del cambio social (incluyendo aquí a Smelser, Wilmert Moore, Costa Pinto, Peter Heintz y el propio Gino Germani), y por otro el equilibrio e integración de la sociedad como consecuencias y condiciones sociales del desequilibrio económico, utilizando para ello conceptos alternativos como

desarrollo, razón de ser de la sociedad, vías del desarrollo y orientaciones normativas de los movimientos sociales.

A su vez polemiza con el uso de los enfoques de anomia estructural, asincronía y diferenciación estructural (Heintz y Germani) utilizando los conceptos de desintegración del sistema de acción histórica y de los tipos de autonomía de los subsistemas de acción histórica. En ese marco, muestra lo límites del enfoque de movilización, tan central en el funcionalismo, desarrollando el concepto de activación del actor y sus niveles de orientación.

En lugar de operar a partir del concepto de sistema social como sistema coherente de relaciones entre las partes, como sistema de intercambio regido por normas sociales, actitudes colectivas, valores normas y roles, pasa a operar con los conceptos de sujeto de la acción y sujeto histórico, y de las relaciones entre el actor y su acto, habiendo una doble orientación normativa creación-control del sujeto histórico y sus proyectos en el marco del sistema de acción histórica, y no del sistema social en sentido funcionalista.

En ese marco es que Touraine pasará a estudiar los sistemas de orientaciones normativas y los movimientos sociales que constituyen su propio campo de acción social, aplicándolos especialmente a la problemática del desarrollo y el cambio societal.

En esos años, Touraine se esfuerza en definir las condiciones propias del análisis del desarrollo de las sociedades, más allá de los estudios clásicos del cambio social y su sucedáneo de la modernización, concebida como llegada de un punto inicial a otro final ya conocido de antemano. O sea, el modo de análisis que él llama "del antes y el después", y que Wilbert Moore caracterizaba tan bien como de estática comparativa. Trata Touraine de estudiar el desarrollo en sí mismo como proceso y tener en consideración directa las conductas sociales que crean, en cuanto tales, las condiciones del desarrollo económico propiamente dicho. Propone que el desarrollo técnico y económico es posibilitado, y hasta promovido, por los movimientos sociales, por las conductas sociales de los actores que lo hacen en la medida en que definen los objetivos

y orientaciones normativas del proceso. Dicho más abstractamente, lo novedoso *es pasar de la acción social vista como atributo de un sistema social con exigencias estructurales y funcionales, a la acción en tanto ella misma constituye* y define el campo de rapports sociaux. Es por ello que el accionalismo *de Touraine innova y pasará siempre a hablar de las "vías sociales de desarrollo" y de los "procesos sociales de industrialización", y no más de "implicaciones sociales del desarrollo" o de "condiciones y consecuencias sociales de la industrialización" en tanto fenómenos específicos del gran tema "cambio social".*

Movimientos sociales, sistema de acción histórica e hipermodernidad

Touraine pasó una parte importante de su carrera como sociólogo estudiando los movimientos colectivos. Comenzando con sus estudios clásicos sobre las fábricas Renault y sus correlatos de la conciencia obrera, aborda el estudio de una clase social que tiene una identidad propia y que lucha contra un orden estatuido buscando imponer su propio proyecto colectivo. Esboza ya allí su famosa tríada IOT (Identidad, Oposición, Totalidad), que estructura las luchas en el sistema de acción histórica, o campo de acción histórica. Y de esa forma constituye sus estudios de los movimientos sociales y la lucha de estos por imponer su propia historicidad. La acción histórica la define como aquello que modifica el campo mismo de la acción, ya sea teórica o materialmente.

Para Touraine el principio de totalidad de la acción constituido por la dialéctica del sujeto histórico (desarrollo /democracia a nivel societal) se manifiesta en general a través del conflicto de grupos de interés, que se refieren a la tríada compuesta por un principio de identidad (es decir, defensa de intereses particulares legitimados), un principio de oposición (dirigido contra una fuente de alienación) y un principio de totalidad (que define un sistema de acción histórica). Siendo aquí la totalidad concebida no como

referencias al sistema social global, sino como un cierto campo de acción histórica. Es el principio de legitimación de una acción histórica concreta, el principio en nombre del cual el movimiento social combate.

Aplica este modelo también a los procesos de desarrollo en América Latina, habiendo realizado estudios en Chile, Brasil, Argentina y República Dominicana. En este último caso con un proyecto desarrollado por mí durante mi estadía en ese país en 1967 (*La Republique Dominicaine. Dependence, Sous-développement, et Mouvements populares, in L'Amérique Latine par Elle Meme*, Paris 1969).

A partir de los años 1968-1970, Touraine ve a orientar cada vez más sus estudios hacia los movimientos sociales no obreros, comenzando por el movimiento estudiantil y su revuelta del Mayo francés y, posteriormente, los movimientos regionalistas y los movimientos feministas. Va así a fundar el Centre d'Etude des Mouvements Sociaux y posteriormente el Centre d'Analyse et d'Intervention Sociologique, mostrando su incansable búsqueda de nuevos horizontes analíticos y hasta filosóficos, nuevas preguntas y nuevas respuestas.

Poco a poco pasa a estudiar cómo el compromiso de los actores se mueve hacia la "búsqueda de sí mismo" y la búsqueda de una identidad personal y menos hacia los movimientos colectivos. Publica en ese período sus obras *Le Retour de l'Acteur*, 1984, y posteriormente el importante *Critique de la Modernité*, 1992. Es significativo ese pasaje al estudio del sujeto individual en el marco de un nuevo contexto social.

Ya casi al final de su vida, escribe su penúltimo libro *Défense de la Modernité*, donde frente al economicismo radical que amenaza el futuro de las ciencias sociales, es justamente con la idea de modernidad que Touraine intenta repensar el mundo actual; en primer lugar, reconstruyendo una concepción de la acción social basada en el ser histórico, hijo de la modernidad, un hombre capaz de transformar no solo su contexto social, sino la propia condición humana.

Pasa así a concentrar su atención en la nueva sociedad que va poco a poco tomando el lugar de la sociedad industrial. Y señala que se trata en realidad de la entrada a lo que él llama la hipermodernidad, con todos los peligros ligados a las nuevas formas de dominación, pero al mismo tiempo implica el surgimiento de nuevos movimientos sociales que afirman más directamente que en el pasado los derechos de los sujetos humanos.

Touraine, al hacer esto, subraya la importancia de los movimientos de liberación femenina y señala como eje principal de las políticas nacionales las actitudes asumidas frente las poblaciones originarias de culturas diferentes. Al hacer eso, trata de enfrentar a las fuerzas dominantes en el mundo actual –y su fatalismo económico– y asociar estrechamente la reelaboración de los objetos centrales del análisis sociológico y el conocimiento del mundo real para volver a dar vida y oxígeno a los movimientos de liberación.

Mayo del 68

A esta altura de la historia es un lugar común referirse a Mayo del 68 como un punto de ruptura en el proceso político y cultural francés, e incluso más globalmente de los países desarrollados. Quiso las circunstancias que me tocara compartir esos acontecimientos estudiando y trabajando con Touraine y su equipo, entre los que ahora recuerdo a Daniel Pécaut, Daniel Vidal, Bernard Mottez y Manuel Castells, entre otros. También compartíamos aulas con varios colegas y luego amigos latinoamericanos que recalaban en Paris, en el centro de estudios de Touraine, en la Maison des Sciences de l'Homme, o en los salones de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales. Puedo quizás equivocarme en el año justo, pero recuerdo a Manuel Antonio Garreton, Tomás Moulian, Fernando Calderón, Sergio Zermeño, Vinicio Caldeira Brandt, Guillermo Campero, Ricardo Sidicaro, entre varios otros.

Fueron meses de intensos acontecimientos donde todo parecía acelerarse. El Laboratoire de Sociologie Industrielle, dirigido por Touraine, era un hervidero de discusiones y también de producción de textos y participación en manifestaciones. Manifestaciones que además en su gran mayoría comenzaban justo en la rue Soufflot, a escasos metros del Laboratoire. Quiso la casualidad que además varias de ellas terminaban con muchos gases al final de la noche en la esquina de mi casa, en la Place de la Contraescarpe.

En medio de ese fárrago de declaraciones, manifestaciones y movimientos políticos y discursivos, se destacaba el rol activo, esclarecedor y progresista de Touraine, también en los medios de comunicación. Recuerdo en especial su intervención de alta repercusión defendiendo a los dirigentes estudiantiles de Nanterre y entre ellos a Cohn Bendith, en ese momento un joven estudiante, quien luego pasaría a ser un referente para muchos jóvenes. Era un dirigente radical del movimiento estudiantil y siendo alemán, y además judío, estuvo a punto de ser detenido, debiendo Touraine intervenir en público en su defensa. La universidad, entre otras instituciones, tuvo al final de ese ciclo profundas transformaciones y creación de nuevos espacios de enseñanza e investigación. Mas, en general, las relaciones de trabajo y la situación política de Francia ya no volvieron a ser las mismas. El propio General De Gaulle debió renunciar luego de algunos meses.

Alain Touraine era ya en mayo de 1968 un sociólogo relevante que impartía clases en la Universidad de Nanterre, lugar donde realmente se gestó la revuelta estudiantil que luego se extendió a la Sorbonne y al resto de centros universitarios y culturales. "De forma consciente o inconsciente, en ese momento había el sentimiento de estar entrando en la historia" decía Touraine.

Como lo haría algunos años después con su libro sobre el golpe en Chile, Touraine, profundamente comprometido con esos cambios, fue además un analista de lujo de los acontecimientos y escribió enseguida su libro sobre el Mayo francés, (*Le mouvement de mai ou le communisme utopique,* Du Seuil, 1968) en el que llegó a

definir la revuelta como "el despertar de una juventud cargada de una nueva conciencia, que supo leer el sentido de la historia".

Quienes tuvimos la suerte y el privilegio de convivir con él en esos años, quedamos en cierto modo marcados no solo por un sistema teórico y una metodología de análisis, sino también por una ética y una moral de intelectual comprometido con su tiempo y con sus cambios.

Solidario con los perseguidos

Siempre se ha señalado su profunda solidaridad con sus alumnos y colegas perseguidos por sus ideas, muy especialmente en América Latina. Desde el momento tan dramático del golpe de estado de Pinochet que lo llevó no solo a escribir en 1973 el magnífico y doloroso libro *Vida y muerte del Chile popular* (1974), sino a pasar a coordinar desde París una asociación internacional de apoyo a los intelectuales perseguidos o exiliados, tanto de Chile como de todo el Cono Sur.

Junto a esa labor solidaria, digamos institucional, siempre supo tener uno y mil gestos de amistad y solidaridad personalísimos para varios de sus alumnos y colegas perseguidos. Desde la invitación a Fernando Henrique Cardoso a dar clases en París cuando fue destituido en la Universidad de San Pablo, pasando por la contratación en su Laboratoire de Sociologie Industrielle de Roberto de las Casas, destituido de la Universidad de Brasilia, y la visita en su celda a Vinicios Caldeira Brant, prisionero político en San Pablo. También, en lo personal, cuando habiendo yo regresado a Uruguay en 1969, luego de trabajar varios años en su equipo de investigadores de París, tuve en 1973 que asilarme abruptamente y en esa ocasión volvió a acogerme generosamente.

Esta tercera estadía mía en París junto a Touraine se terminó en 1975, cuando por razones políticas decidí volver a Buenos Aires a trabajar en la FLACSO en su nueva sede recién instalada. Ya el

clima allí era fuertemente represivo y recuerdo aún como si fuera hoy que bajábamos en el ascensor de la Maison des Sciences de l'Homme y Touraine me dijo con radical sinceridad: "Gerónimo, usted está loco yendo para la Argentina. Allí los van a matar a todos los izquierdistas, los homosexuales, y demás transgresores". Inútil señalar que tenía razón y pocos meses después la represión se extendió y tocó a algunos investigadores que trabajábamos en FLACSO (Portantiero, Marin, Chudnosky, etc). También golpeó mucho a los exiliados uruguayos en Buenos Aires y eso hizo que, al tiempo, debí nuevamente exiliarme en México para luego volver a recalar en París en 1977. Esta vez ya no pude reintegrarme al equipo de Touraine, pero sí recibí una vez más de su parte generosas y sucesivas ofertas de trabajo en París, la OIT en Ginebra, e incluso para dirigir la UNESCO en Teherán. Hasta la traducción de uno de sus libros al castellano me solicitó.

Por fin, quiero hacer una mención especial a su arriesgado gesto hacia Manuel Castells, cuando tuvo que sacarlo literalmente de Francia en un avión hacia la FLACSO de Chile, en momentos que la policía en París lo perseguía en medio de las movilizaciones por el Mayo del 68.

Alumnos esparcidos por toda América Latina

Comienzo este párrafo recordando con afecto –y también con cierta emoción– el encuentro /seminario académico de varios ex alumnos latinoamericanos y colaboradores con Touraine, realizado en Isla Negra en el año 1989 aproximadamente. Fue un sentido homenaje que tuvo la presencia del maestro y su esposa, y dos decenas o más de ya sesudos ex alumnos y colaboradores que trabajamos aplicadamente sobre varias exposiciones suyas y los debates posteriores. Fueron tres días llenos de intercambios responsables y a su vez gratuitos, en el sentido fuerte del ejercicio intelectual. No había certificados ni diploma, no había ruido externo. Era solo

el solaz de intercambiar varias generaciones, todos juntos, motivados por la presencia de Touraine y acompañados por el ruido del mar y el recuerdo casi solemne del desaparecido Neruda.

Enzo Faletto, Julio Labastida, Juan Carlos Torre, Fernando Henrique Cardoso, Alain Touraine y (su esposa), Manuel Antonio Garretón, Sergio Zermeño, Fernando Calderón, Boris Falaha, Denise Dulmont, Marcela Serrano, Cristhian Vives, Guillermo Campero, Eugenio Tironi y Gerónimo de Sierra.

La influencia docente y magistral de Touraine es algo reconocido por todos sus alumnos y colegas. Su enseñanza cada jueves en París duró muchísimos años y siempre tuvo una presencia significativa de alumnos latinoamericanos. Tanto fue así, que con el tiempo eso se naturalizó como si fuera algo normal y obvio, cuando no lo es en absoluto. Más bien eso fue un fenómeno cultural y social que merece reflexión y explicación.

¿Por qué esa capacidad de atraer a jóvenes sociólogos latinoamericanos –en general de talante progresista– que iban a París buscando orientaciones teóricas y también políticas en muchos casos? Más aún si tenemos en cuenta que su magisterio en la École

Pratique des Hautes Études se prolongó durante décadas y debió *competir* en diversos momentos con nombres tan relevantes como fueron Levi Strauss, Althusser, Poulantzas, Foucault, Bettelheim, Bourdieu, Crozier, Derrida, etc.

Sin duda pesó en ello el hecho de que Touraine trabajaba e investigaba también en los países de América Latina, y no solo en Francia y el resto de Europa. Es decir que manejaba los problemas teóricos de la sociología, pero vinculándolos también a las problemáticas del Estado, el desarrollo y las luchas sociales en países de la *periferia* y en particular América Latina. Y más en particular existía el hecho de que sus investigaciones sobre el movimiento obrero en Francia las replicó y expandió luego hacia nuestro continente.

Pero a ello se agrega –creo yo– la influencia de su cultura sociológica europea clásica, su manejo de las temáticas de las clases sociales, los conflictos de clase, el estudio del movimiento social como eje analítico, y más en general a su teoría de la acción, del sujeto histórico, y del conflicto como ejes de la historicidad. Toda esa problemática se empataba naturalmente con las inquietudes progresistas de muchos de sus alumnos latinoamericanos. Y ello a pesar de que Touraine no era marxista y su enseñanza era fundamentalmente ajena al economicismo predominante en el marxismo latinoamericano de la época. A esto hay que agregar su jerarquización del tema nacional y su contradicción con el poder extranjero, tan presente en América Latina.

En síntesis, la trilogía clásica en Touraine de clase, nación y movimiento, empataba fluidamente con las preocupaciones epocales de los jóvenes sociólogos latinoamericanos que llegaban a París. Ello en una época donde se iba a los posgrados a Francia y aún no se había impuesto el peregrinaje posterior a los Estados Unidos y sus universidades.

Un caso: la sociología de la acción en la República Dominicana

Las circunstancias casi fortuitas hicieron que en 1966 –meses después de haber yo regresado a Uruguay desde la Universidad de Lovaina– y habiendo Touraine planificado el plan general de investigación sobre los movimientos sociales de desarrollo en América Latina, me propone hacerme cargo de la investigación sobre República Dominicana. Influyó en esa invitación que yo había publicado en la universidad de Lovaina mi trabajo *Analyse sociologique du développement. Le modèle actionaliste (1965).*

Para ello aprovecha que la Universidad Nacional de Santo Domingo me acababa de contratar para reabrir allí la carrera de Sociología, luego de su cierre anterior motivado por el derrocamiento de Juan Bosch, la violenta revuelta popular que lo siguió y la posterior invasión norteamericana y la guerra civil que se desencadenó. A ello debe sumarse que, con anterioridad, había sido asesinado en una emboscada el dictador Rafael Trujillo, férreo dominador de la política y la economía dominicana.

Con la colaboración de Daniel Pécaut –asistente de Touraine– elaboramos los cuestionarios y yo dirigí la investigación junto con un equipo de profesores y alumnos locales. Luego publiqué en 1969 parte de los resultados en el texto: "La République Dominicaine, dépendence, sous-développement et mouvements populares", en *L´Amérique Latine par elle meme,* editado por Roberto de las Casas en París en 1969.

Por ser un análisis pionero, y muy poco conocido, me permito presentar aquí un resumen como testimonio de la fecundidad del modelo de análisis tourainiano aplicado a un caso extremo de subdesarrollo económico, social y político en América Latina.

Movilidad social, relaciones de clase y nacionalismos es el eje de la reflexión tourainiana en su análisis de América Latina de esos años. Solo que ello debía cruzarse con las fases de desarrollo

de cada sociedad y más en particular con el nivel de organización del sistema histórico en ellas y el despliegue de los movimientos sociales. Y justamente la sociedad dominicana era un ejemplo extremo en la panoplia latinoamericana y caribeña de esa época.

La dominicana era una sociedad extremadamente opaca a sí misma, una sociedad atravesada por los conflictos estructurales de un mundo capitalista avanzado en el plano mundial pero que ella solo vive en *negativo*, en tanto *objeto* de la sociedad industrial. Era insuficiente considerarla como una *sociedad tradicional* en crisis de modernización. Es al mismo tiempo una *sociedad moderna* y los movimientos sociales que surgen en ella son mucho más que una crisis de adaptación. Algo más y sobre todo otra cosa que los sobresaltos naturales de una sociedad tradicional, oligárquica y agrícola cuando inicia su proceso de modernización, el pasaje a la sociedad urbana e industrial. En una palabra, los clásicos *desórdenes sociales* de una sociedad en transición.

Ellos expresan un conflicto entre actores sociales ya vinculados con los problemas de una sociedad industrial, sus exigencias de crecimiento económico, sus contradicciones de clase, sus conflictos internacionales. Justamente lo que *sorprende* en estos movimientos es su *modernismo*, su referencia a los problemas de la sociedad industrial y la relativa autonomía de las fuerzas populares que intervienen. La investigación mostró la fecundidad de este enfoque *tourainiano* para el análisis también de ese caso extremo de sociedad caribeña, habitualmente clasificada como ejemplo de dictadura, subdesarrollo y dependencia de Estados Unidos.

Además, la ausencia casi total de movimientos sociales de tipo popular hasta el fin del período trujillista (1961) contrastaba con la explosión social que comienza con el desembarco de un grupo guerrillero en 1959 (Comandado por el abogado "Manolo" Tavarez Justo), pasa por el *despertar popular* del periodo en que gobierna Juan Bosch, y culmina en la *revolución constitucionalista* de abril de 1965. En cinco años, los conflictos sociales parecen resumir varios decenios de desarrollo en otros países latinoamericanos.

Estas características peculiares al *caso dominicano* son las que conferían a su estudio un indudable interés teórico en vista a una comprensión sociológica de los movimientos sociales en los países más *subdesarrollados* del continente, permitiendo de esa manera presentar las características esenciales del movimiento social naciente y sus relaciones con las formas de crecimiento económico, la estructura de clase y la dependencia exterior propias a la República Dominicana.

La temprana penetración allí del capital extranjero norteamericano, complementada con el control militar, limitó desde el comienzo la transformación de la burguesía comercial en burguesía industrial, así como la inversión productiva del excedente interno acumulado por los grandes productores rurales.

Pero esa forma de presencia extranjera se debió en parte a las propias características del equilibrio económico y de clases existentes en ese momento del país. En particular, la ausencia de una hegemonía neta o de un pacto *viable* entre, por un lado, los sectores vinculados al comercio exterior y por otro, los viejos centros de poder latifundistas, con sus consecuencias sobre la formación de la unidad nacional y sobre todo del Estado. Pero también la relativa *debilidad* de los sectores nacionales vinculados a las producciones básicas para el comercio exterior.

Desde sus comienzos pues, la nueva nación careció de una gran parte de su autonomía de decisión, lo cual sumado a su débil estructura estatal-administrativa y al carácter básicamente monoproductor de su agricultura, la hacían profundamente dependiente del *extranjero*.

Por el contrario, desde la década del cincuenta la alta concentración de las decisiones de inversión y ahorro en un mismo grupo social –que además controla el poder político en forma total– produjo un crecimiento sensible de la actividad industrial a través del mecanismo de sustitución de importaciones, así como la ampliación de la infraestructura necesaria a esas actividades. Una parte importante del ahorro nacional que asciende entre 1950 y 1958 a

18 % del PNB por año es invertido en la industria que multiplica su capital por 3, casi otro tanto su capacidad ocupacional y alcanza un crecimiento anual del 10 %.[1]

Pero este crecimiento económico se realiza en provecho de una extrema minoría, bajo un régimen en que prácticamente coinciden el Estado, el gobierno y la familia Trujillo, la cual ejerce un rígido control militar de las tensiones internas propias a la evolución de la estructura económico-social bajo la forma de *dictadura-capitalista-dependiente*.

Un crecimiento pues que no era dinamizador para el conjunto de la economía y además estructuralmente dependiente de la economía americana.

Existía una ausencia endémica de acuerdo político entre los sectores latifundistas tradicionales y los miembros de la burguesía comercial vinculados al sector exportador, es decir, a los intereses del centro dominante, los Estados Unidos. La ausencia de ese pacto de *dominación* creó un vacío político llenado por la primera invasión norteamericana y la implantación de la dictadura. Ese hecho no hizo sino agravar las características de economía de enclave que ya tenía el país. En ese contexto, las relaciones sociales asumen características particulares que las distinguen de otros países de América Latina, particularmente en cuanto a las relaciones entre el grupo que controla el crecimiento económico e industrial y las masas urbanas.

La estructura de clases en el campo era extremadamente polarizada y tradicional coincidiendo la dominación estructural económica, con la dominación brutal del trabajador rural por el poder político y represivo de sus patrones. La violencia y el asesinato garantizaban una acumulación de capital exenta de reivindicaciones populares.

Es cierto que esa *burguesía atrofiada* ya lo era en 1916 cuando la invasión americana, y que muy probablemente lo hubiera sido de

[1] Mientras que el PNB crece en ese período a un ritmo de 6,7 % anual.

todas maneras sin la dictadura *trujillista* dada la presión del capital americano. Pero la acción del trujillismo tuvo una importancia que no se puede negar en varios planos, sobre todo en el de las relaciones entre las clases populares, la elite que controla el desarrollo industrial y el equilibrio de poder al nivel del Estado.

En efecto, en otros países de América Latina los empresarios económicos *modernos* portadores del desarrollo industrial se vieron obligados a apoyarse en cierta medida en los sectores populares para obtener por un lado una cierta legitimidad a su control político del Estado –hasta entonces bajo control de la oligarquía tradicional– y por otro lado una relativa capacidad de negociación con los centros económicos dominantes del extranjero. En la mayoría de los casos, esta alianza produjo el desbordamiento de las formas de *democracia limitada* allí donde ella existía, dando nacimiento a los movimientos nacional-populares o populistas (Argentina, Brasil).

Ahora bien, en la República Dominicana no existían, ni las condiciones de mercado interno, ni la relativa autonomía frente al capital extranjero necesarias para ese doble despertar de la *burguesía nacional* y de los sectores populares. La casi inexistencia del Estado nacional al comienzo de la era trujillista es un reflejo más de esa situación. Trujillo consolida el aparato estatal a través de una dictadura sostenida por el poder extranjero, tolerada por la vieja oligarquía y carente de otra legitimidad que no sea la otorgada por el uso de la fuerza.

Esta situación le permite mantener formas extremadamente *primitivas* y *preburguesas* de dominación política de clase, reservando el usufructo del ejercicio del poder a una ínfima minoría. Y, como esta minoría no necesitaba la legitimidad popular, impuso límites estrictos a toda forma de *movilización* tanto expresada en forma de *potencial político amenazante* como a través de un reclamo de participación en los frutos del crecimiento económico.

Es así que no encontramos en la República Dominicana hasta fines de la década del cincuenta la clásica "revolución de las

aspiraciones", ni el "ascenso de las clases medias", ni la participación "anticipada" de los obreros en la sociedad de masas sea indirectamente, sea a través de organizaciones de clase. Es recién a partir de la muerte de Trujillo que por primera vez los sectores populares comienzan a pesar en la vida política; su comportamiento va a influir en forma cada vez más directa sobre las decisiones que definirán las características de la nueva sociedad en gestación.

Las crisis sucesivas que se acumulan a partir de 1960 hasta 1965 son mucho más que los "desórdenes sociales" en el camino de la adaptación de los "marginales" a la sociedad moderna; en realidad ésta no existe sino como proyecto. A lo que asistimos es al nacimiento de un movimiento social de gran importancia histórica ya que cambia el campo de acción de la sociedad en formación y las relaciones de los actores en dicho campo.

Ni la clase dominante ni los sectores populares situaban su conflicto al nivel de la sociedad global. A pesar de un cierto crecimiento económico el verdadero problema del cual dependía el desarrollo del país permanecía oculto. Los conflictos de clase se manifiestan al comienzo solo como lucha contra la *gente de primera*, contra la dominación de casta y las restricciones a la *libertad*.

La lucha contra los intereses antinacionales que había mantenido la dictadura es ahogada por la lucha contra el *trujillismo* como forma de gobierno. El estancamiento económico y social es aún percibido como un hecho natural, una necesidad. Pero a partir de 1961 las relaciones de clase al nivel político tienden a decantarse rápidamente.

Es el momento en que la *casta de primera*, la *burguesía frustrada*, se lanza a la conquista del poder, porque como dice Juan Bosch "necesitaban el poder para darle a su casta lo que le faltaba, que era sustancia económica" (Bosch, 1965). Para heredar el poder político y económico debían despojarse de todo el *aparato* trujillista y esto a través de la lucha contra los *vestigios de la dictadura*. Para esa tarea movilizan por primera vez a ciertos sectores populares que juegan solamente el rol de masa de maniobra.

Es solamente a través del Partido Revolucionario Dominicano –dirigido por Juan Bosch vuelto de un exilio de casi treinta años– que los sectores populares, las masas campesinas y urbanas comienzan a ser movilizadas y a jugar un rol más *autónomo*. "Nuestra función –dice Bosch– era organizar a las grandes masas del país para llevarlas al terreno político, donde pudieran reclamar y obtener... lo que nunca habían obtenido: libertad y justicia social. [...] Debíamos hacer campaña sobre las grandes masas pobres...irlas sumando a la formación de una conciencia revolucionaria nacional" (Bosch, 1965).

La acción del Partido Revolucionario Dominicano inicia el proceso de *revolución popular*, dando conciencia de identidad a los sectores populares, dándoles conciencia de pertenecer a una masa explotada. Es en su nombre que Bosch es elegido presidente de la República en 1962.

La ausencia de una burguesía industrial desarrollada hace que la lucha por el poder estatal –y por lo tanto por los bienes productivos que él había heredado– esconda parcialmente las referencias directas a los conflictos de clase en sentido estricto.

El período *boschista* significa además una explosión de la voluntad de consumo en el pueblo que participaba así indirectamente a la realidad del desarrollo, no solo como una exigencia de cambios, sino a través de sus frutos esperados: los bienes y servicios. Es el momento de los aumentos masivos de salarios, del nacimiento acelerado de sindicatos obreros, del derecho de huelga legalizado. La constitución promulgada por Bosch en 1963 pretende legitimar esa irrupción popular en la vida de la nación, pero es violentamente atacada por los restos del aparato trujillista y, sobre todo, por la vieja oligarquía y la *burguesía atrofiada*, que le negaban todo valor con el pretexto de que el parlamento que la había redactado carecía de gente de "altura", de gente de "primera".

Pero el movimiento tenía ciertas debilidades intrínsecas que favorecieron su fracaso en esta etapa, fracaso que culmina con el golpe de estado que derroca a Bosch a fines de septiembre de 1963.

En primer lugar, era un movimiento de masas no estructurado en su base, sin el apoyo de la clase media y sin el control de la fuerza armada, aún bajo control del trujillismo. Pero su debilidad mayor era una vivencia del problema nacional básicamente en términos de *identidad nacional* sin tener conciencia clara de la necesidad de la independencia del sistema político nacional como objetivo estratégico (Touraine y Pécaut, 1967). La referencia al *imperialismo* como el principal enemigo y bajo el cual se cobijaba la oligarquía nacional era expresada por el movimiento *14 de junio* de inspiración *cubana* y animado por la juventud intelectual de clase media. Este movimiento poseía además los cuadros politizados y radicalizados de que carecía el Partido Revolucionario Dominicano. La distancia entre estos dos polos del movimiento social en formación lo privó de unos de sus componentes claves como el mismo Bosch lo reconocerá más tarde.

Es por eso que más allá del intento guerrillero frustrado del *14 de junio* (1963), o la politización del naciente sindicalismo que produce el golpe de estado, es en la *revolución constitucionalista* de abril de 1965 donde se produce la cristalización a un nivel más alto del movimiento popular.

El proceso social desencadenado y dadas las circunstancias internacionales exigía un cambio profundo en la estructura de poder y del equilibrio de clase existente como condición de la puesta en movimiento de la sociedad. Para ello era necesario –dado el escaso nivel de desarrollo del país– la estructuración de una revuelta popular con una fuerte conciencia de identidad de clase (lo cual no significa los aparatos y una ideología autónoma de clase) y al mismo tiempo una referencia al enemigo del desarrollo nacional, al imperialismo como obstáculo estratégico. Es lo que se produce *durante* la revolución constitucionalista. Y decimos durante porque es en la dinámica misma del proceso que se produce la unión de ambos polos del movimiento.

Cuando los cuadros medios y bajos del ejército, en contacto con el Partido Revolucionario Dominicano esbozan un golpe contra el

Triunvirato en el poder, se produce una explosión popular –sobre todo urbana– que bajo la consigna "Constitución vuelta de Bosch" desborda rápidamente a los primeros líderes del movimiento. En pocos instantes una marea humana –sobre todo en los barrios populares– desciende a la calle provista de algunas armas y de todos los objetos que encuentra en el camino.

Cuando estos *communard* (por comparación con el pueblo en armas de la Comuna de París) dominicanos están prontos para apoderarse del poder luego de varios días de violentos combates, los Estados Unidos deciden intervenir militarmente y desembarcan los *marines* para impedir la victoria *constitucionalista*.

En ese momento, se produce un cambio cualitativo en el movimiento popular. La rebelión urbano-popular contra la dominación tradicional se transforma al mismo tiempo en una lucha contra el imperialismo. La alianza poder extranjero-oligarquía nacional aparece claramente. La predica de los cuadros clandestinos del 14 de junio y de otros militantes de inspiración marxista incorporados al movimiento tiene una confirmación en la acción.

El movimiento revolucionario posee en ese momento una amplia base popular con fuerte conciencia de identidad y se enfrenta al enemigo estratégico principal en vistas a la transformación y desarrollo del país.

Paradójicamente es cuando el movimiento social adquiere su máxima significación histórica que la supremacía militar americana lo obliga a capitular, al menos en su forma original y estructurada.

Bibliografía

Bosch, Juan (1965). *Crisis de la Democracia en América en la República Dominicana*. México D.F.: Centro de Estudios y Documentación Sociales.

CEPAL (1963). *El desarrollo social de América Latina en la post-guerra.* Buenos Aires: Edición Solar.

Germani, Gino (octubre-diciembre de 1961). Democratie représentative et clases populaires en Amérique Latine. *Sociologie du Travail*.

Heintz, Peter (enero-diciembre de 1964). El problema de la indecisión social en el desarrollo económico. *Anales de la FLACSO,* 1(1).

Smelser, Neil J. (1963). Mechanismes of change and Adjustment to change. En Haselitz y Moore (ed.), *Industrialisation and Society*. Paris, Unesco, La Haye, Mouton.

Touraine, Alain (enero-marzo de 1965). Mobilité Sociale, rapports de clase et nationalisme en Amérique Latine. *Sociologie du Travail*, VII(1).

Touraine, Alain y Pécaut, Daniel (julio-septiembre de 1967). Conscience Ouvriere et développement économique en Amérique Latine. *Sociologie du Travail*.

Repensar a Touraine. Una introducción

Fernando Calderón Gutiérrez

A lo largo de toda su vida resulta fundamental reconocer varios Touraine, como lo demuestran los diversos estudios que realizó combinando historia, teoría, empírea, territorios, modos de desarrollo, cultura, sociedad y política. Todo esto en diferentes partes del mundo, dialogando y estudiando con actores, analistas y estudiantes chinos, rusos, árabes, europeos, estadounidenses, canadienses y sobre todo latinoamericanos.

Y también es preciso reconocer el concepto de historicidad como transversal en su producción, concepto que permite comprender que las sociedades constantemente están a la vez reproduciéndose y transformándose en medio de complejas relaciones de poder. Para avanzar en sociología, decía, tienes que caminar siempre sin parar, autocriticándote y tratando de reinventar en función de una historicidad que no para.

Para comprender la perspectiva de Touraine hay que repensar la sociología del actor. Vale la pena considerar, aunque sea muy sucintamente aquí, la evolución teórica de sus conceptos de identidad, oposición y totalidad como elementos constitutivos de su pensamiento, así como el de capacidad de agencia de los actores, es decir su capacidad de transformar sus orientaciones en resultados.

En sus escritos, Touraine trabajó la noción de *producción de la sociedad* como núcleo de la tensión entre reproducción social y

cambio social. Su libro *Production de la société,* 1973, comienza con el siguiente párrafo: "Las sociedades aprenden a conocerse sociológicamente cuando se reconocen como el producto de su trabajo y de sus relaciones sociales, cuando aquello que parece un conjunto de 'datos' sociales es reconocido como el resultado de una acción social, de decisiones o de transacciones, de una dominación o de conflictos" (Touraine, 1973, p. 7).

Más adelante, en *El retorno del actor* (1984), analizó el cambio producido por la transición de la sociedad industrial a la *sociedad programada*, como la llamó en su momento, y la emergencia de nuevos conflictos sociales, en su mayoría culturales y globales (Touraine, 1984). Primaban entonces conflictos en los que los distintos actores cuestionaban prácticas políticas totalitarias y la racionalidad del poder, cambiando su orientación hacia una cultura y unas prácticas libertarias.

Hacia fines de la década de los noventa amplió su teoría de la producción de la sociedad en contextos multiculturales y valoró positivamente el marco teórico del enfoque de desarrollo humano propuesto por Sen en el PNUD para introducir una nueva definición de la modernidad que enfatizaba la libertad política, la creatividad, la alteridad y la dignidad personal (Touraine, 1997). También afirmó, como conclusión de sus estudios, que en una economía crecientemente global, la única fuerza capaz de oponerse a su lógica deshumanizadora es la de los derechos humanos universales: "es decir, el derecho a la vida, a la libertad, y el reconocimiento de esas libertades, dondequiera que las identidades sociales y culturales sean amenazadas por el mundo inhumano del lucro" (Touraine, 2010). En esta perspectiva, la vida social es amenazada y debilitada por el capitalismo especulativo financiero, que es contrario al interés de la población y del mismo mercado. Touraine coloca, en este sentido, los temas del sujeto y del rol emancipatorio de la ética y de los movimientos de mujeres en el centro del escenario del cambio, frente al poder del capital financiero global y al papel estructurante de la cultura de consumo.

En una obra más reciente, *El fin de la sociedad* (2013), Touraine analiza la crisis global y observa la emergencia de movimientos socioculturales que plantean demandas democráticas que van más allá de las instituciones políticas y que se orientan a "transformar todos los aspectos de la vida privada y de la vida pública, en un contexto caracterizado por la desaparición de la frontera entre la vida pública y la vida privada" (Touraine, 2013, p. 626).

En su perspectiva, el actor es sobre todo un sujeto que se construye en la acción y en relación con otros, y es precisamente en sus relaciones con otros cuando construye sus distintas formas de alteridad. La construcción de la dignidad del sujeto y del actor es entonces inseparable de la vida colectiva de su sociedad.

Defensa de la modernidad (2018) y *La sociedad de la comunicación* (2022), sus dos últimos libros, son la continuidad de una reflexión conceptual, crítica y autocrítica de largo plazo, que vino realizando a lo largo de su vida. Para Touraine, *Defensa de la modernidad* es la base epistemológica de la nueva modernidad o quizás, más bien, la necesidad de repensar nuevas modernidades. *La sociedad de la comunicación* analiza el retorno de actores renovados del cambio en medio de dinámicas de comunicación esencial y sobre todo tecnológicamente globales y con ello de una nueva subjetivación humana. Varios de nosotros, desde distintos puntos de la geografía global y desde diversas experiencias históricas colectivas y personales, hemos tenido el privilegio de acompañarlo. En algunas oportunidades no fue fácil y en otras se nos adelantó. Siempre hay que leer, releer y estudiar a Touraine, como a todo autor clásico, con prudencia.

Para los latinoamericanos el pensamiento de Touraine, en varios aspectos fundamentales, es parte de nuestra propia tradición. También creo que él buscaba que los europeos entendieran que no pueden comprender el mundo si no conocen lo que pasa en Latinoamérica y en otras regiones. Su libro *La palabra y la sangre* , que recorre un siglo de análisis sobre los regímenes latinoamericanos, es en este sentido una referencia fundamental (Touraine, 1989).

En una conferencia sobre nación y globalización, discutimos los casos de cambio revolucionario a nivel mundial y conversamos sobre las revoluciones boliviana, egipcia, mexicana, cubana y china en la globalización (Calderón, 2003). En otras oportunidades discutimos sobre el neo-desarrollismo indígena de Evo Morales, sobre el Chile de Allende y Bachelet, sobre las dictaduras, la democracia y los nuevos movimientos sociales en América Latina, sobre los cambios en las relaciones entre Estado, sociedad y economía en los ochenta y sobre las posibilidades de la modernidad en la *periferia* (Calderón 1988), sobre las tensiones entre desarrollo y modernidad y sobre la crisis global. La discusión del libro *20 tesis sobre el Estado en América Latina* (Calderón y Dos Santos, 1991) fue un interesante ejemplo de producción académica y diálogo con académicos y políticos de la región sobre las opciones de desarrollo y democracia en Latinoamérica. Allí sobresalió la presentación y la polémica entre Cardoso y Touraine y cómo repensaron los escenarios planteados: Touraine más sustantivo, Cardoso más práctico.

Más recientemente pude participar de la presentación de su penúltimo libro en la Maison de l´Amerique Latine, que gira en torno a la búsqueda de una nueva modernidad basada en tres principios interdependientes: "una civilización material, una interpretación cultural de la creatividad humana y una conflictividad social". *Defensa de la modernidad* (2018) es un libro que uno necesita tiempo para *masticar*, pues en él hay una búsqueda de refundación de la modernidad, o de las modernidades, en la era de la información.

En relación con este libro en particular, permítanme cuatro breves reflexiones que ha suscitado en mi propio trabajo.

En primer lugar, pienso que las ideas que allí se expresan invitan a revisar críticamente el pasado para revalorizar o cuestionar a la luz de una visión de continuidad histórica, experiencias políticas y discusiones sociológicas actuales. Hoy las sociedades que produjeron las mutaciones del siglo XX no solo se transformaron sino también se agotaron, pero no desaparecieron. Y nosotros, los sociólogos, pensamos con el pasado. Necesitamos retomar la idea

de un tiempo renovado de la modernidad sin olvidar el pasado y sin dejar de lado lo fundamental que la produce: su propia crisis. O sea, no vamos a entender los desafíos de una modernidad revisitada si no entendemos la crisis que la produjo, y esta es intrínsecamente multidimensional y global. Está asociada con el desbalance y las tensiones entre la velocidad de los cambios producidos por una modernización científica, tecnológica, comunicacional, altamente individualista, impulsada por los nuevos poderes a veces muy etéreos u ocultos, y las dificultades de una sociedad con sus intelectuales y políticos que no alcanzan a procesarla pero que actúan como si pudiesen hacerlo. Al final de cuentas, la democracia perdió vitalidad al tiempo que aumentó el peso de las elites y de los poderes ocultos. Por ejemplo, ¿cuánto dinero se ha lavado de cocaína en Europa los últimos 10 años? El capital financiero que se asociaba con la industria hoy es meramente especulativo. Nadie controla ni las instituciones financieras, ni las instituciones internacionales, ni los Estados, que cada día se separan más de sus naciones (Elon Musk controla más de 45 mil satélites que giran y venden información en todo el mundo, más allá de las orientaciones políticas nacionales).[1]

Vivimos en una sociedad donde el tiempo, como ha subrayado Castells, es a-temporal, instantáneo, volátil. Lo moderno, como ya enfatizó Baudelaire, es la eternidad del instante, el descubrimiento de la experiencia humana más profunda en los cambios acelerados de la vida contemporánea.

En segundo lugar, en Latinoamérica destaca un rasgo cultural particularmente significativo para entender la posibilidad de una modernidad reinventada: la existencia de una particular *interpenetración porosa* de diferentes modos de vida, de civilización y de creatividad humana, donde se articulan o entrecruzan culturas originarias, experiencias coloniales, procesos modernos e industriales e informacionales. La región es un tejido histórico donde

[1] Periódico *La Vanguardia* (10 de octubre de 2023).

las dialécticas de dominación y resistencia, de estratificación social de origen colonial, de negación del otro, del rito sacrificial, del politeísmo religioso han marcado su devenir. Este tejido histórico-multicultural es un tema central que recorre la obra sociológica latinoamericana.

En tercer lugar, Touraine afirma en la última página de su último libro *La sociedad de la comunicación y sus actores*, que frente a la crisis global multidimencional que destruyó los viejos sistemas de vida, "a nosotros, desde una perspectiva ética, nos toca encontrar los medios para construir el futuro[...]" (Touraine, 2022).

En varios estudios recientes sobre protestas y demandas colectivas por un nuevo sentido de la vida cotidiana en la región, sobresalen los movimientos por la equidad, las demandas de las mujeres, los movimientos ecológicos y de resistencia al *extractivismo informacional*, así como las demandas de la *generación de la tecno-sociabilidad* por una nueva ética en la política y por una educación incluyente y creativa, y sobre todo aquellas por el reconocimiento, la participación y la distribución de los grupos más excluidos y mayoritarios del continente como los migrantes, los pueblos originarios y afrodescendientes. Así, emergen rasgos de una nueva politicidad, de una nueva gramática de conflictos y también de nuevos totalitarismos y actores autoritarios. Touraine enfatizó que en las economías cada vez más globales, las únicas fuerzas opositoras son los derechos universales, derechos a existir, a la libertad y al reconocimiento de las libertades, considerando que las identidades sociales y culturales están siendo amenazadas por un mundo inhumano de ganancias. Y todo esto en medio de procesos catastróficos de pandemias, de guerra, de sequías e inundaciones, de migraciones inhumanas y de inseguridades en la vida cotidiana. Con el consumo y el fetichismo de las mercancías y la sociedad de mercado, la seguridad humana y de la vida misma está en duda. Y con ello emerge un nuevo totalitarismo de mercado.

Compartimos sin dudas con Alain Touraine una perspectiva de emancipación que descansa en valores y en una ética de

responsabilidad en torno de los conceptos de dignidad y derechos humanos y al reconocimiento del conflicto y de los actores involucrados como la fuerza que produce sociedades y órdenes políticos distintos y, en definitiva, modernidades.

En cuarto lugar, desearía explorar la idea de pedagogía del sujeto ya trabajada por Touraine en otro texto, *Un nuevo paradigma* (2005) en el cual enfatiza el rol estratégico de la educación y las leyes de un sujeto como la conciencia de formación del ser en los individuos y en las colectividades.

Y me pregunto, ¿cuál es la pedagogía política de los sujetos del cambio? O, mejor aun, ¿cuál es la pedagogía de la inter subjetivación? ¿cómo se comunican y qué producen o pueden producir los nuevos sujetos históricos en la era de la información?, lo individual y lo colectivo ¿se complementan en la deliberación?

A mi juicio, en la dinámica de una modernidad o de modernidades revisitadas, los resultados de los procesos de cambio son inseparables de los procedimientos para alcanzar tales cambios. Está emergiendo una suerte de cultura de solidaridad que cruza resultados con procedimientos. En este sentido, la deliberación entre actores sería el modo para plasmar sus aspiraciones y permitiría optimizar los intereses personales y extenderse hacia el conjunto social.

Da la impresión de que una pedagogía deliberativa será más eficaz y eficiente en la medida que mayores sean los aportes particulares. Esta pedagogía se orientaría al bien común en base a un intercambio informacional y de valores que benefician a todos.

Finalmente, como ha insistido Touraine, un eje fundamental es el papel de la educación como pedagogía creativa del actor para enfrentar los cambios en sociedades hipermodernizadas y hacerlo desde una cultura y una práctica de valores centrados en los derechos humanos y la dignidad de las personas. Allí, a mi juicio, resulta fundamental el desarrollo de las capacidades informacionales de agencia del actor.

Una breve nota final no menos importante: deseo agradecer a Alain Touraine, amigo y maestro, por su solidaridad permanente conmigo y con muchos latinoamericanos en los momentos difíciles de las dictaduras y de nuestro arraigo temporal en Francia y por su leal y creativo apoyo en nuestras aventuras humanas y profesionales. También quiero extender este agradecimiento a los colegas y amigos tourenianos que siempre fueron solidarios. Y desde luego a su familia.

Seguiremos repensando a Touraine.

Bibliografía

Calderón, Fernando (coord.) (2003). *Tenemos pechos de bronce, pero no sabemos nada*. La Paz: Plural.

Calderón, Fernando (comp.) (1988). *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna*. Buenos Aires: CLACSO.

Calderón, Fernando y Dos Santos, Mario (1991). *Hacia un nuevo orden estatal en América Latina*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.

La Vanguardia (10 de octubre de 2023).

Touraine, Alain (1973). *La production de la société.* Paris: Seuil.

Touraine, Alain (1984). *Le retour de l'acteur.* Paris: Fayard.

Touraine, Alain (1997). *Pourrons-nous vivre ensemble? Egaux et differents.* Paris: Fayard.

Touraine, Alain (2005). *Un nouveau paradigme. Pour comprendre le monde d'aujourd'hui*. Paris: Fayard.

Touraine, Alain (2010). *Après la crise*. Paris: Seuil.

Touraine, Alain (2013). *La fin des sociétés*. Paris: Seuil.

Touraine, Alain (2018). *Défense de la modernité*. Paris: Seuil.

Touraine, Alain (2022). *La société de la communication*. Paris: Seuil.

Touraine, Alain (1989). *América latina Política y sociedad*. Madrid: Espasa Madrid.

Segunda parte

Contribuições da Intervenção Sociológica de Alain Touraine para a pesquisa em ciências sociais

Ana Beatriz Oliveira Reis

Introdução

Alain Touraine (1925-2023) foi um dos sociólogos mais importantes da segunda metade do século XX e início do século XXI. Nascido na França, sua obra é precursora da *sociologia da ação* que é pautada numa crítica à sociologia funcionalista. Além de pensar a sociedade francesa pós-industrial, Touraine é reconhecido por seu diálogo com as questões da América Latina. Destaca-se ainda suas importantes pesquisas empíricas sobre os novos movimentos sociais e os sujeitos.

Geralmente, a obra de Alain Touraine é dividida em três períodos. O primeiro período, que durou até 1967, é aquele em que o autor estuda sobre as sociedades industriais e tem como foco a classe operária. No segundo período, entre 1967 e 1992, as investigações se dão sobre as sociedades pós-industriais e a centralidade passa a ser os novos movimentos sociais. Em 1992, ano em que publica *Crítica da Modernidade*, Touraine inicia a sua terceira fase. Nesta obra, a ideia de sujeito (seja ele histórico, individual, coletivo, pessoal ou social) surge como elemento central da ação social, imprescindível

para a compreensão dos movimentos sociais na atualidade. Perpassam por esses três períodos questões relacionadas aos temas da consciência operária, das sociedades industriais e pós-industriais, dos novos movimentos sociais, da modernidade, da democracia e do sujeito.

Desde a publicação de *Sociologia da Ação* (1965), Touraine tem contribuído para a corrente sociológica que denominada como *acionalismo*. Por intermédio da noção de historicidade, a proposta Touraineana simbolizou a ruptura com o funcionalismo do estadunidense Talcott Parson uma vez que, para o sociólogo francês, a sociedade não apenas se reproduziria, mas se produziria. Numa sociedade de classes, a classe dominante se apropria da historicidade que está em disputa sendo que essa historicidade diz respeito a possibilidade de a sociedade agir sobre si mesma. Nesse contexto, a ação social da sociedade é o trabalho que a sociedade realiza sobre ela mesma (Falbo, 2017, p. 5). Para Touraine, a sociedade deve ser compreendida a partir da sua dinâmica interna, ou seja, pela forma que os atores produzem a história por meio dos seus próprios conflitos. Logo, a ação social e os conflitos são os principais objetos de investigação do acionalismo de Alain Touraine.

Nesse artigo, pretendemos resgatar o método de intervenção sociológica criado por Touraine para responder as necessidades da sociologia da ação. Inicialmente, apontamos como a questão do sujeito está presente na obra do autor. Em seguida, resgatamos o método de intervenção sociológica desenvolvido por Touraine nos contextos de suas pesquisas sociológicas e, por fim, vamos apresentamos as possíveis contribuições do método de intervenção sociológica para as pesquisas em ciências sociais bem como os limites do uso do referencial teórico Toureineano para a nossa realidade latino-americana.

O sujeito em Alain Touraine

Nas diferentes fases da obra de Alain Touraine, as questões acerca do sujeito assumem centralidade uma vez que é o sujeito histórico vetor da ação social. Se na sociedade industrial a classe operária é compreendida como o sujeito da historicidade, nas últimas décadas, o sujeito passaria a ser identificado por ele na luta das mulheres, dos trabalhadores sem-teto e sem-terra, nos movimentos ecologistas, dentre outros. Touraine passa a considerar outras possibilidades de motivação das ações sociais pelos atores que desejam modificar seu meio social ao invés de serem apenas determinados por ele.

Em *Pensar outramente: o discurso interpretativo dominante*, publicado em 2007, Touraine apresenta uma tentativa de reformular as formas de pensamento capazes de explicar a nossa situação e a nossa conduta (Touraine, 2009, p. 12). Nesta obra, o autor expõe uma crítica ao que denominou como *discurso interpretativo dominante*, um discurso que, para ele, é pautado numa sociedade sem atores, submetida aos determinismos externos. Essa visão seria predominante tanto nos grandes meios de comunicação como em grande parte da academia. O assassinato do sujeito é denunciado por Touraine que, na segunda parte do livro, procura reconstruir uma sociologia do sujeito capaz de nos levar a um novo pensamento e uma nova ação social. "A imagem da sociedade vazia, sem atores e incapaz de agir, e aquela do Estado todo-poderoso e da revolução, única suscetível de transformá-lo, está associada aos discursos interpretativos dominantes que pretendem impulsionar até o fim a já longa guerra contra o sujeito" (Touraine, 2009, p. 57).

No âmbito das reflexões propostas nessa obra, a questão da modernidade é apresentada pelo autor como aquela que afirma a presença do universal dentro de cada experiência particular. Nesse contexto, a importância do sujeito está relacionada a avaliação das condutas sociais por meio de uma referência positiva ou negativa

na construção do sujeito como portador de direitos universais. É a noção de sujeito que complementaria, direta e necessariamente, a noção de modernidade (Touraine, 2009, p. 138).

A afirmação do universalismo de direitos em todos os domínios concretos da vida possui centralidade nas formulações teóricas de Touraine sobre a modernidade. Essa ideia universalista, contudo, não pode ser separada, segundo o autor, da crítica àqueles que tentam opor a sua modernidade e o seu desenvolvimento ao atraso e ao desenvolvimento dos outros, ainda que para o autor não exista uma única modernidade, mas sim uma pluralidade de modos de modernização (Touraine, 2009, pp. 122-123).

Atreladas à questão da modernidade, as ideias de racionalização e subjetivação são fundamentais para o autor. A racionalização se refere a relação dos homens com o meio (a razão instrumental), bem como a relação entre os homens (a razão normativa). Já a subjetivação diz respeito à vontade que o sujeito tem de ser ator da sua vida. Uma interpretação possível destas ideais a partir da obra de Touraine na sua relação com esse trabalho é de que a racionalização está ligada à estrutura enquanto a subjetivação está relacionada ao sujeito (Peralva, 2019).

Na análise da ação dos sujeitos coletivos, as ideais de racionalização e subjetivação podem aparecer como universo instrumental e universo simbólico. Essas duas dimensões estão em constante tensão, inerente à relação entre sujeito e estrutura. Nesse movimento, a ação coletiva não ignora a política institucional, mas é exercida para além dela (Gadea y Scherer-Warren, 2005).

No capítulo III da segunda parte de *Pensar Outramente*, Touraine se volta para o desenvolvimento da definição do sujeito enquanto ser social, cujas relações consigo mesmo são mais importantes do que aquelas que consideram a sua posição dentro da sociedade (Touraine, 2009, p. 140). Para Touraine, são três os elementos do sujeito: o duplo sentido pela palavra e criação de expressões simbólicas; a presença do corpo reconhecido como não sendo somente social; e a separação ativa do indivíduo em relação à sociedade.

Este último elemento seria mais frequente entre as minorias Na chave do acionalismo, Touraine deseja que *as grandes narrativas* da vida pública e da História sejam substituídas por outras narrativas, as *grandes narrativas* do sujeito (Touraine, 2009, pp. 143-144). Eis a explicação presente em *O que é a democracia?*, obra de 1996:

> De fato, a ideia de sujeito combina três elementos cuja presença é igualmente indispensável. O primeiro é a resistência à dominação; o segundo é o amor de si pelo qual o indivíduo estabelece sua liberdade como a condição principal de sua felicidade e como um objeto central; o terceiro é o reconhecimento dos outros como sujeitos e o consequente apoio às regras políticas e jurídicas que proporcionam ao maior número possível de pessoas o máximo de oportunidades de viver como sujeitos (Touraine, 1996, p.172).

Embora as noções de sujeito individual e ator social sejam, em princípio, inseparáveis, uma vez que o sujeito é uma reflexão do ator sobre ele mesmo, Touraine afirma que essa separação possa ser necessária já que o sujeito não é definido nem pelos papeis sociais nem pelas relações sociais. Segundo o sociólogo, pelo fato de vivermos o fim do social e o desaparecimento das sociedades, o sujeito deve ser definido pela relação consigo mesmo, por sua reflexão sobre si e por sua autolegitimação (Touraine, 2009, p. 146). Nesse sentido, o autor se vale da noção de reflexibilidade de Anthony Giddens.

> É por isso que o sujeito é tão bem definido pela ideia de reflexibilidade, introduzida por Anthony Giddens e largamente adotada no pensamento contemporâneo. O sujeito procura o caminho que o reconduza a ele mesmo; ele se vê, se toca, escuta a si mesmo antes de lançar-se em sua grande aventura de reconhecer o outro como sujeito, depois de criar categorias que se definem por sua luta contra os aparelhos e conjunturas, até alcançar uma definição de si que se entende ao campo histórico inteiro (Touraine, 2009, p. 151).

Para Touraine, a categoria *sujeito* aparece cada vez mais central e determinante na análise das ações sociais na atualidade uma vez essas teriam cada vez menos relação com a posição social e mais com o desejo de ser reconhecido como ator. A capacidade de existir enquanto sujeito é o objeto de conflito que motiva a ação social sendo que as lutas sociais não são realizadas apenas por demandas materiais, mas pela necessidade do sujeito de ser reconhecido. O sujeito é o ator que, situado no nível da historicidade, busca produzir as grandes orientações normativas da vida social. Nesse sentido, o sociólogo rejeita os determinismos para explicar os atores sociais.

O sujeito não se reduz ao indivíduo embora o sujeito pessoal possa ser assim compreendido desde que manifeste sua vontade de ser reconhecido em sua liberdade, de ser ator da sua própria história. O sentido negativo do ator, presente do discurso interpretativo dominante, é aquele que anula o sujeito enquanto ator, sufocando-o por meio de estruturas sociais e ideologias. Já o sentido positivo se manifesta na experiência concreta de sujeitos que lutam pela superação das condições de opressão. O sujeito ainda não se confunde com um "eu", figura fechada, pois o sujeito é entendido enquanto um processo aberto de criação de si mesmo (Falbo, 2017, p. 138).

Na pesquisa com sujeitos coletivos, Alain Touraine rejeita ainda a postura que pretende investigar a consciência dos sujeitos como condição de se explicar o sentido de suas ações. Ao investigar a consciência dos sujeitos, apreende-se apenas suas ideologias. Para Touraine, para alcançar o projeto de um movimento social é necessário conhecer a relação entre os seus elementos constitutivos, quais sejam: identidade, oposição e totalidade.

O primeiro elemento, identidade, diz respeito à autoproclamação pelo movimento social enquanto ator e a defesa de seus próprios interesses. Já o segundo elemento, oposição, se refere à identificação do seu adversário. Por fim, a totalidade, relaciona-se com o pertencimento dos movimentos sociais ao mesmo campo

histórico em relação ao qual disputam controle (Falbo, 2017, pp. 19-20). Quando há integração entre esses três elementos, há um "projeto superior" (Falbo, 2017, pp. 58-59). Logo, o sentido das ações dos atores deve ser procurado nas relações sociais das quais esses mesmos são parte (Falbo, 2017, p. 86). Importante considerar ainda como a categoria sujeito se transformou na própria obra de Touraine, deixando de ser uma categoria abstrata para existir como realidade concreta (Falbo, 2017, p. 134).

Na relação entre sujeito e democracia, é possível observar, por intermédio do referencial Touraineano, que essas categorias são inseparáveis, uma vez que é a democracia que garante as condições políticas de emergência do sujeito. A democracia é compreendida para além de um regime de garantias institucionais, uma vez que deve estar presente na cultura. Nesse sentido, ela se expressa na criação dos espaços de participação e nas lutas por reconhecimento dos diversos modos de existência em seu pluralismo.

A intervenção sociológica

A sociologia da ação não deve ser considerada como uma mera reconstituição da práxis dos sujeitos. Ela é a análise das relações de dominação que determinam os conflitos, responsáveis por constituir e organizar os atores. Logo, é pretensão do acionalismo de Touraine estudar as organizações, os grupos sociais e os movimentos históricos (Falbo, 2017). Para fazer valer a pretensão do acionalismo, Alain Touraine, desenvolveu uma metodologia própria. O método da intervenção sociológico é frequentemente referido por Touraine em suas obras, como na seguinte passagem de *Pensar Outramente*.

> A forma a partir da qual eu busco me definir como indivíduo está próxima daquela que eu mesmo utilizei na intervenção sociológica. Ela difere em todos os pontos de uma pesquisa. Ela repousa sobre

> a intervenção do pesquisador que apresenta a um grupo hipóteses sobre o sentido de sua ação e observa como a adoção desta hipótese muda, positiva ou negativamente, a capacidade de pensar e de agir sobre o grupo. Aqui trata-se menos da individualidade ela mesma do que de um esforço coletivo para conquistá-la. A intervenção do sociólogo reenvia o grupo a ele mesmo, o ajuda a conquistar a imagem de si. A sugestão que deve ser guardada desta breve incursão do domínio da psicologia dos indivíduos é que o conhecimento de si não é nem espontâneo nem puramente refletido. É através do exame crítico de sua situação que o ator pode se avizinhar da consciência de seus próprios engajamentos. A individualidade não está confortavelmente instalada na consciência; geralmente dela é banida, talvez mais frequentemente do que o desejo, que ultrapassa as interdições e pode conceder-se livre acesso ao fluxo do consumo imediato (Touraine, 2009, pp. 136-137).

Na obra *La voix et le regard* (A voz e o olhar, tradução livre), de 1978, Touraine desenvolve o método de intervenção sociológica como forma de romper com a visão tradicional de sociedade como um objeto natural. Nesse livro, estão expostos os princípios e os métodos de uma sociologia que compreende a sociedade como ação social e relações sociais.

> La sociologie étudie les rapports sociaux. Sa méthodo principale doit donc permettre l'observation em l'analyse directe de ceux-ci. Se donner comme objet d'étude une situation, une tendance ou une opinion est déjà s'éloingner du champ principal de la sociologie [...]. Le problème principal de la sociologie est de faire apparaitrê, de nes plus être dupe des catégories de la pratique sociale.
>
> A sociologia estuda as relações sociais. Seu método principal deve, portanto, permitir a observação e análise direta deles. Dar-se como objeto de estudo uma situação, uma tendência ou uma opinião já é se distanciar do campo principal da sociologia [...]. O principal problema da sociologia é fazer com que as categorias da prática social apareçam e não mais sejam enganadas (Touraine, 1978, p. 181, tradução livre).

Logo, a intervenção sociológica surgiu para satisfazer as exigências teóricas da sociologia da ação quanto à investigação dos mecanismos da ação social. Ela não se resume a uma pesquisa puramente empírica, ainda que possa apresentar qualidade descritiva. Sendo a intervenção sociológica a prática da teoria que é o acionalismo, metodologia e teoria estão intimamente ligadas (Falbo, 2017).

A intervenção sociológica desenvolvida por Alain Touraine foi criada para responder a necessidade de uma sociologia da ação no âmbito das pesquisas sobre os movimentos sociais. Partindo do pressuposto de que a sociologia estuda as relações sociais, Touraine propõe que seu principal método deva possibilitar a observação e a análise mais direta dessas relações, principal objeto de investigação (Touraine, 1978, p. 182).

O método da intervenção sociológica se orienta pelas seguintes diretrizes: 1) análise do pesquisador sobre a ação coletiva a partir da autoanálise dos próprios militantes; 2) consideração do conteúdo dos confrontos e não de uma percepção ideológica sobre a atuação destes mesmos; e 3) papel de mediador do pesquisador, não apenas observar, nem naturalizar (Touraine, 1978, pp. 41-42).

Para evitar que a pesquisa acerca das relações sociais fique limitada a própria consciência desses sujeitos ou escapar deles para explicar situações, Touraine apresenta quatro práticas de pesquisa fundamentais no âmbito da intervenção sociológica. Primeiramente, o pesquisador deve entrar em contato com os próprios sujeitos da ação, não se contentando em estudar apenas atos ou pensamento, cruzando seu olhar com os desses sujeitos. Em segundo lugar, o pesquisador deve ir além do discurso ideológico, confrontando a reflexão desses sujeitos coletivos sobre si mesmo não apenas com os adversários, mas com os representantes de ações de outros níveis (líderes, participantes). Uma outra prática de pesquisa é trazer à tona o conflito, ou seja, o pesquisador não deve se identificar com os militantes. Por fim, o grupo faz sua autoanálise sobre a situação de ação e o pesquisador deixa de ser mero intérprete da situação para participar do trabalho de análise do grupo

não como um membro comum. Embora suas categorias de análise permaneçam ligadas àquelas da ação, o pesquisador realiza ainda uma reflexão histórica sobre essa mesma ação (Touraine, 1978, pp. 184-187).

O método da intervenção sociológica garante a distância necessária entre o pesquisador e o movimento social sem excluir o comprometimento daquele com este. Essa distância possibilita um saber novo sobre o próprio os sujeitos no âmbito de lutas mais exigentes uma vez que os participantes da intervenção distanciam de sua própria prática para entender as posições de seus interlocutores, integrando esses posicionamentos a sua própria ação (Touraine, 1978, p. 187). Nesse contexto, a função do pesquisador é fundamental para que o grupo questione sua atuação, os seus próprios objetivos, bem como a imagem que têm acerca dos confrontos em que está envolvido para, enfim, alcançá-los.

A intervenção sociológica se orienta pelos seguintes princípios (Touraine, 1978, pp. 184-187; Falbo, 2017, p. 95): o primeiro princípio afirma que a observação é sempre mediatizada; o segundo princípio diz respeito a necessidade de se realizar estudos aprofundados e de longa duração, a intervenção deve considerar a formação de grupos restritos, a expressão dos protestos e objetivos dos atores sociais bem como a consciência a respeito dos conflitos dos quais eles mesmos tomam parte; o terceiro princípio se refere a intervenção direta do pesquisador que possibilita a passagem dos atores sociais a outro nível de realidade social.

Além dos princípios, existem ainda dois procedimentos possibilitados pela intervenção sociológica: a autoanálise e a conversão (Falbo, 2017, pp. 95-96). A autoanálise consiste na constituição experimental e artificial de grupos de intervenção formados por atores sociais para que eles reflitam sobre as suas práticas. Nesse momento, o pesquisador elabora hipóteses que são apresentadas aos grupos. Já o segundo procedimento se refere ao momento em que os membros dos grupos passam da narrativa de suas ações às análises destas em virtude das hipóteses apresentadas pelo

pesquisador. A conversão possibilita a reinterpretação das ações passadas como forma de reorientar as ações futuras.

Maria da Glória Gohn destaca que o método de intervenção sociológica de Alain Touraine importa ainda na criação de condições de distanciamento ideológico entre o pesquisador e o objeto de análise. Para tanto, o método propõe uma situação de interação entre o entrevistador e o entrevistado (Gohn, 2008, p. 102).

A intervenção sociológica é ainda uma alternativa aos métodos tradicionais de pesquisa que, na visão de Alain Touraine, não apreendem a natureza dos movimentos sociais. Uma das técnicas de pesquisa criticada é o questionário com objetivo estatístico que, segundo Touraine, releva apenas opiniões pessoais quanto aos fenômenos sociais investigados (Falbo, 2017, p. 96).

A intervenção sociológica de Touraine difere-se ainda de outras propostas como a etnometodologia de Harold Garfinkel. Enquanto a intervenção sociológica consiste na reunião de grupos compostos por um número determinado de membros para discutir as hipóteses propostas pelo pesquisador, a etnometodologia parte do pressuposto de que os procedimentos para se chegar ao conhecimento do senso comum não se diferem dos procedimentos para se chegar ao conhecimento científico. Os dois sociólogos, portanto, divergem quanto o que seja a realidade prática e o papel da vida cotidiana na apreensão do social (Falbo, 2017, p. 99). Na obra *Estudos de etnometodologia*, publicado originalmente em 1967, Garfinkel apresenta um programa etnometodológico.

> A etonometodologia indica que as regras sociais, embora tenham caráter imperativo para as pessoas, dependem de avaliações contextuais que ocorrem o tempo todo na vida cotidiana. O etnométodo, implícito na palavra etnometodologia, refere-se assim, aos métodos do senso comum usados pelas pessoas no mundo social para entender e gerenciar a realidade. Trata-se de uma microssociologia que trouxe como um problema teórico maior a ideia de que as estruturas sociais que –de acordo com certa sociologia paradigmática– deveriam guiar atores repetindo cursos de movimentos e reproduzindo

> a sociedade, não podem desempenhar esse papel independente do gerenciamento contextual de sua aplicação pelos atores. Assim, as instituições sociais devem ser investigadas por meio de suas rotinas reais, e também pelas situações que quebram as expectativas da rotina e terminam por explicitar temas conflitantes entre os atores (Garfinkel, 2018, pp. 9-10).

Embora a etnometodologia se apresente enquanto uma opção interessante para se construir uma microssociologia, a intervenção sociológica de Touraine possibilita que os sujeitos investigados na pesquisa reflitam sobre as hipóteses de pesquisa. Nesse momento, os sujeitos saem da condição de mero objetos de pesquisa para contribuírem substancialmente com as reflexões realizadas na investigação, realizando, ainda, uma autoanálise sobre suas ações.

Considerada por Touraine como a *sociologia da liberdade*, o acionalismo de Touraine entende a sociologia como uma ciência sem determinação (Falbo, 2017, p.3). Nesse sentido, a intervenção sociológica possibilita que a pesquisa seja orientada pela busca do conhecimento por meio dos sujeitos.

Tendo em consideração a relação entre estrutura e agência, é possível ainda realizar uma aproximação entre o acionalismo de Touraine e a teoria da estruturação de Anthony Giddens. A perspectiva de Giddens, que propõe a reconceituação das dicotomias e dualismos modernos, possibilita condições para a relação entre ator social e sistema social. Assim como em Touraine, são rejeitas as ideias de objetividade universal e determinismo absoluto (Falbo, 2017, pp. 12-13).

Conclusão

Concluímos nosso trabalho apresentando as possíveis contribuições da intervenção sociológica de Alain Touraine para as pesquisas em ciências sociais bem como os limites do referencial Touraineano tendo em consideração a nossa realidade latino-americana.

A primeira contribuição da intervenção sociológica, é o que Touraine chamou de *autoanálise* realizada pelos próprios sujeitos. Nesse sentido, as perguntas a serem realizadas na intervenção sociológica devem possibilitar que os sujeitos entrevistados reflitam sobre a própria ação que protagonizaram e que protagonizam. Ao proceder dessa maneira, é possível conhecer o pensamento desses sujeitos sobre si mesmos e sobre a sua ação social.

Outro uso interessante é, a partir da intervenção sociológica, permitir que os sujeitos entrevistados discutam a hipótese da pesquisa. Ao incorporar as discussões que os sujeitos coletivos fazem sobre a hipótese, esses sujeitos tornam-se também sujeitos ativos da pesquisa, saindo da posição de *meros objetos de investigação*.

Uma outra prática oriunda da intervenção sociológica é trazer à tona o conflito, confrontando as falas dos diferentes sujeitos coletivos como, por exemplo, quando Touraine sugere confrontar as falas de um mesmo movimento social. Para evitar naturalizações, esses discursos podem ser interpelados ainda por outras técnicas de pesquisa, como a observação direta.

Por fim, segundo Touraine, os pesquisadores devem realizar uma análise histórica a partir das falas tomando distância destas a fim de se criar um saber novo sobre os próprios sujeitos. Essa análise pode ser realizada como forma de produzir uma reflexão a partir do discurso dos próprios sujeitos. Ou seja, os resultados da investigação não se encerram no conteúdo das entrevistas.

Apresentadas algumas contribuições da intervenção sociológica, passamos agora aos limites da perspectiva teórica Tourraineana, tendo em vista a experiência latino-americana.

Na década de sessenta, ao apresentar sua tese de doutorado, Touraine foi criticado pela ausência de dados concretos para validar suas categorias teóricas, embora suas pesquisas fossem baseadas em pesquisas de campo. Isso faz com que o sujeito histórico aparecesse como sujeito abstrato na sua obra *Sociologia da Ação*, uma manifestação do positivismo sociológico, também presente em outras obras como *Produção da Sociedade* (FALBO, 2017, p. 40 e p. 68). Touraine critica as

pesquisas só empíricas que, apesar de apresentarem qualidade descritiva, pecam por não exporem seu objeto de estudo de acordo com o modo geral de análise da vida social (Falbo, 2017, p. 90). Para evitar o *erro* de Touraine, Ricardo Nery Falbo entende que é importante considerar as determinações sociais como condição de constituição dos indivíduos e da coletividade (Falbo, 2017, p. 41).

No terceiro período da sua obra, Touraine apresenta sua crítica à modernidade, enquanto uma redefinição pautada nas ideias já explicitadas de racionalização e subjetivação. Contudo, a sua perspectiva eurocêntrica é revelada a partir da ideia de *Nós* que não contempla as outras faces da modernidade que se expressaram para os *Outros* (asiáticos, latino-americanos, africanos). Na sua crítica, portanto, não está presente a relação entre produção teórica e realidade histórica (Falbo, 2017, pp. 114-115). Os problemas quanto à compreensão sobre a modernidade são revelados também na categoria sujeito em virtude da ausência de crítica às contradições e aos paradoxos da modernidade ocidental que não enxerga o *outro* da modernidade (Falbo, 2017, p. 121).

Se considerarmos a dicotomia presente na obra de Touraine, que separa as sociedades com e as sem historicidade, poderíamos chegar à conclusão de que não há historicidade presente nas sociedades Latino-Americanas por não serem estas formadas por sociedades industriais, um requisito pautado pelo sociólogo. O sujeito latino-americano, dada as condições de dependência, muitas vezes é compreendido por Touraine em seu sentido negativo, ou seja, pela ausência de movimentos sociais que deem conta de lutar pela sua autodeterminação.

Mesmo com as limitações apresentadas em virtude de uma perspectiva de modernidade e de sujeito que se revela, muitas vezes, eurocêntrica, a intervenção sociológica, utilizada à maneira dos cientistas sociais latino-americanos, pode trazer grandes contribuições para as investigações por delegar aos sujeitos um novo lugar nas pesquisas em ciências sociais. Esses sujeitos deixam de ser mero informantes ou objetos de pesquisa para construírem a investigação junto ao

pesquisador. Ressalta-se que Touraine é um grande interlocutor dos pesquisadores latino-americanos tendo orientado vários trabalhos sobre a nossa realidade. Apresentamos, portanto, uma abordagem que pretende avançar na proposta metodológica de Alain Touraine reconhecendo as suas potencialidades e os seus limites.

Bibliografia

Falbo, Ricardo Nery (2017). *O acionalismo de Alain Touraine em questão.* Rio de Janeiro: Lumen Juris.

Gadea, Carlos A y Scherer-Warren, Ilse (2005). A contribuição de Alain Touraine para o debate sobre sujeito e democracia latino-americanos. *Rev. Sociol. Polít*., Curitiba, 25, 39-45.

Garfinkel, Harold (2018). *Estudos de etnometodologia*. Petrópolis: Vozes.

Gohn, Maria da Glória (2008). *Novas Teorias dos Movimentos Sociais*. São Paulo: Edições Loyola.

Peralva, Angelina (2019). Conflito e movimentos sociais no acionalismo de Alain Touraine. *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, (106), 160-194.

Touraine, Alain (2009). *Pensar outramente: o discurso interpretativo dominante.* Petrópolis: Vozes.

Touraine, Alain (1996). *O que é a democracia?* Petrópolis: Vozes.

Touraine, Alain (1978). *La voix et le regard*. Paris: Seuil.

Alain Touraine y el modelo latinoamericano de desarrollo

Rafael Paternain

Introducción

Durante la década del ochenta, América Latina vivió tiempos de crisis económicas y sociales sin precedentes. También tuvo que padecer dictaduras militares y procesos de reapertura democrática en muchos de los países. En ese contexto, los cambios sociales, políticos y culturales no dejaron de trasladarse de inmediato a las ciencias sociales, las que quedaron envueltas en la renovación de temáticas y procedimientos metodológicos. El marxismo se abre a una reflexión de tipo gramsciano, la teoría crítica es recibida en la versión de la acción comunicativa habermasiana, la sociología revigoriza su proceso cientificista y profesionalista, mientras que del mundo académico francés se absorben teorías tan dispares como el reproductivismo de Bourdieu, el postestructuralismo de Foucault y el modelo de la acción colectiva de Touraine. Sin olvidar la gravitación de los enfoques dependentista y modernizador, tanto los nacional-populismos, las debilidades de la acción revolucionaria, las dictaduras militares como los problemas estructurales de la economía y los desafíos de la democracia, son

asumidos como tópicos de interpretación para las ciencias sociales latinoamericanas.

Alain Touraine es uno de esos nombres asociados a la revitalización teórica y a la idea de una nueva sociología para América Latina. En su caso, además, con un doble anclaje: por un lado, su línea de producción teórica en términos de la *acción colectiva* y de la *crítica de la modernidad*, y por el otro, su programa de investigación sobre América Latina a partir de su *modelo latinoamericano de desarrollo*. Si bien ambos anclajes están sustantivamente interconectados, en este articulo priorizaremos la interpretación del segundo. En este sentido, con el aporte de Touraine, a) se mantiene la tradición de análisis del desarrollo en América Latina, b) se privilegia una visión sociológica y política antes que económica, c) se introducen los principios sistemáticos del actor y de la acción social, d) se critican los modelos interpretativos de las décadas anteriores y e) se obtiene una síntesis teórica inédita para dar cuenta de las especificidades del proceso evolutivo de América Latina. El resultado de esos cinco aportes es el llamado *modelo latinoamericano de desarrollo* (Touraine, 1989b).

En términos generales, Touraine concibe el *desarrollo* como el tránsito de un tipo de sociedad a otro, en donde cada uno de esos tipos, antes que por su nivel de modernización, es definido por un conjunto de características específicas "que nos hacen hablar, por ejemplo, de sociedad industrial o sociedad mercantil" (Touraine, 1989ª, p. 46). Además de su noción sobre el desarrollo, Touraine ensaya una tipología de *modos* de desarrollo. En consonancia con la propuesta diacrónica de los cuatro *tipos de sociedad* (sociedad agraria, mercantil, industrial y programada), tenemos cuatro tipos sincrónicos de *modos* de desarrollo: el *racionalizador*, el *culturalista*, el *industrializador* y el *dependiente*. La realidad de América Latina queda comprendida dentro de este último modo, en el que se registra una disociación estructural entre, por un lado, la racionalización y la economía, y, por el otro, la movilización social, política y cultural.

A su vez, Touraine aborda el asunto de los *modelos* de desarrollo, los que se definen por la naturaleza de la élite que controla el proceso de transformación histórica y el cambio de un tipo societal a otro. Las características de esa élite que dirige el desarrollo determinan el modelo de relaciones entre la modernización, los actores sociales y el Estado nacional. En un continente en donde la dominación es más económica que política, América Latina forma parte de un modelo *dependiente* que se singulariza por el papel central que desempeñan los actores sociopolíticos. Esta evidencia habilita el despliegue del paradigma del actor y de la acción colectiva, punto de vista teórico privilegiado por Touraine para la reconstrucción interpretativa de América Latina.

Es sobre estos aspectos que el presente artículo quiere profundizar. Este enfoque de Touraine, que tanta incidencia tuvo durante los años noventa, admite las siguientes preguntas: ¿qué ocurre con el *modelo latinoamericano de desarrollo* en épocas más actuales, cuando la política queda absorbida por la lógica del capital, cuando los actores sociales se desdibujan y cuando la modernización socioeconómica en clave neoliberal se vuelve hegemónica?, ¿el paradigma de la acción colectiva es una perspectiva única y productiva para apreciar la complejidad actual de América Latina?, ¿acaso el decisivo giro teórico de Touraine hacia el enfoque de la acción colectiva, que alumbró uno de los enfoques sociológicos más relevantes sobre América Latina, no es también un freno para una sistematización conceptual que tome en cuenta las exigencias de los nuevos procesos sistémicos de dominación?

El actor y su circunstancia

Para Touraine, el desarrollo en América Latina posee aspectos negativos y positivos. Entre los primeros, el más visible es la dependencia económica del exterior, lo que conforma un capitalismo limitado y dependiente. A su vez, en nuestro continente, el

crecimiento económico no implica ni la integración social ni la disminución de las desigualdades. En Touraine, la *dualización* es una noción evocada y criticada en las versiones de la *modernización* y la *dependencia*, pero imposible de ser descartada (Paternain, 2001). La producción dependiente, moderna y el consumo importado, por un lado, y el mundo de los excluidos y los marginados, por el otro, configuran una imagen dual de alto poder de sugestión en América Latina. La dualización no significa que un país moderno y un país arcaico vivan uno junto con el otro, como sostenía la hipótesis de la modernización. Al contrario, puesto que ambas realidades son interdependientes, la dualización supone que

> [...] la capacidad de integración económica y social del país moderno está limitada, en parte, cierto, porque la presión demográfica y otras causas de emigración impulsan hacia las ciudades a masas constantemente renovadas de nuevos recién venidos, pero también porque la extrema concentración de la renta no conduce más que a inversiones económicas y sociales insignificantes, mientras el dinero huye al extranjero o se derrocha en gastos suntuarios cuya espectacular riqueza es un insulto para la miseria completamente cercana (Touraine, 1989a, p. 39).

Entre los aspectos positivos de nuestro desarrollo figuran las altas tasas de crecimiento. A través de la dependencia y la desigualdad, América Latina ha entrado en un movimiento acelerado de industrialización y urbanización. Todo ello entraña que la imagen tradicional de Latinoamérica como un continente rural ya no se corresponde con la realidad. Lo mismo ocurre para esa América Central campesina y ampliamente ocupada por comunidades indígenas: la violencia política que se ha desarrollado en esos países no puede ser comprendida sin una referencia a una rápida transformación económica.

La suma de elementos negativos y positivos da como resultado un *modelo latinoamericano de desarrollo*, es decir, un capitalismo limitado y dependiente, una segmentación de categorías sociales,

una importante capacidad de inversión y una fortísima movilización (migraciones, participación, etc.). Esta suma constituye, además, el marco situacional en el cual se desenvuelven los actores sociales y políticos, cuyas conductas no se derivan de lógicas externas, ni de valores culturales, ni de leyes de la evolución histórica, ni tampoco de un carácter nacional. Antes bien, las conductas "manifiestan las orientaciones y las tensiones internas de un tipo específico de desarrollo, de un modelo definido por la interacción de características sociales y económicas, de las cuales unas son favorables y otras desfavorables al desarrollo" (Touraine, 1989a, p. 46). Es el actor en su situación y en su circunstancia. Son sus comportamientos no deducidos automáticamente, sino a través de una constelación de interacciones (productiva y contingente) dentro de un modelo más general de desarrollo. A la luz de la evidencia social, Touraine traza cuatro grandes rasgos de la acción colectiva latinoamericana. En primer lugar, advierte la debilidad de los actores de clase, la segmentación de las clases sociales y la ausencia de correspondencia entre la situación objetiva y la capacidad de acción. En segundo término, resalta de inmediato el contraste entre el mundo de los privilegiados y el de los excluidos. Mientras que el tercer rasgo consiste en los altísimos niveles de movilidad (social y geográfica), el cuarto refiere al predominio de las categorías políticas y a las elevadas cotas de participación sociocultural.

En definitiva, el universo social latinoamericano es heterogéneo, y esa falta de adecuación entre las situaciones y las conductas es consecuencia de la simultaneidad de etapas que en otros modelos de evolución registran un despliegue sucesivo. Es muy difícil caracterizar de una sola manera a los países de América Latina. Al igual que Gino Germani, Touraine no puede aplicar sus criterios etapistas sin establecer una comparación –explícita e implícita– con los modelos de desarrollo europeo y norteamericano. ¿Sociedad rural, mercantil, industrial, o incluso postindustrial?

El modelo latinoamericano de acción social se define por la interdependencia estructural de las categorías vinculadas a la

industrialización, la dependencia y la modernización. Bajo todo el alcance de esta afirmación, se desprenden cuatro consecuencias relevantes: 1) los actores y los modos de acción pertenecen a un tipo de sociedad, la industrial, y a un proceso de desarrollo, el industrializador; ello justifica la mixtura de análisis sincrónico y diacrónico, estructural y procesal. 2) No existe una relación de representatividad entre los grupos sociales, las fuerzas políticas y las expresiones ideológicas, sino una fusión entre esos diversos órdenes de hechos, y al mismo tiempo una desarticulación que destruye cualquier correspondencia directa. 3) En América Latina, los límites entre la sociedad civil y el Estado son borrosos. El Estado interviene como actor político, cultural, social y económico, mientras que "los actores sociales responden de forma más directa a las intervenciones del Estado que a la iniciativa de otros actores sociales" (Touraine, 1989a, p. 54). 4) Una vez más, Touraine también sucumbe al magnetismo de las imágenes dualistas y asume la historia de América Latina como el enfrentamiento entre unas fuerzas de integración política y social y unas fuerzas centrífugas "que representan, de un lado, el mantenimiento de un importante sector marginado y excluido, y, de otro, la existencia de una categoría privilegiada asociada a un capitalismo dependiente y limitado" (Touraine, 1989a, p. 55).

Realizadas las descripciones sobre los contextos de desarrollo y sobre las características estructurales de la acción social y política en América Latina, cabe preguntarse: ¿cuáles son los actores reales de nuestro desarrollo? Touraine se aproxima al tema a través de la clásica interrogación: ¿existen clases sociales en América Latina? Propone así un análisis cuidadoso de las categorías socioprofesionales a las cuales debe apelar cualquier mirada sociológica, y afirma que el agravamiento de las desigualdades sociales entraña directamente la extensión del sector informal en la economía. Comienza, pues, por los sectores obreros y populares. En América Latina se produce un curioso solapamiento entre las categorías sociales y las políticas en el ámbito de las clases obreras, al punto que

el sindicalismo latinoamericano persigue como objetivo prioritario la apertura del sistema político –y el aumento de su influencia en él– antes que la movilización de clase: "es el Estado, más que la empresa o la clase dirigente, el interlocutor o el adversario principal de los sindicatos" (Touraine, 1989a, p. 76). Esta verificación diluye la potencialidad de cualquier situación revolucionaria, ya que la noción de *clase obrera* adquiere menos fuerza que la de *pueblo* (Touraine, 1989a, p. 76).

Si resulta difícil hablar de una clase obrera en estado puro, otro tanto ocurre con la élite dirigente, puesto que los mayores niveles de inversión están asegurados tanto por el capital extranjero como por el Estado. Del mismo modo, en un continente en donde la mezcla de los elementos tradicionales y modernos es todavía el hecho predominante, Touraine descarta toda asimilación de la oligarquía terrateniente a un papel de élite dirigente. En una reflexión que lo acerca a varias lecturas gramscianas, Touraine razona en términos de hegemonía: "en la segunda mitad del siglo XX, esta oligarquía no es tanto una élite dirigente como una clase dirigente; no ejerce ninguna hegemonía sobre el proceso de desarrollo y no controla el Estado, ni siquiera, aunque los gobiernos hagan con frecuencia una política que les resulta favorable" (Touraine, 1989a, p. 81).

La introducción del lenguaje de la hegemonía es otra manera de expresar la idea de no correspondencia entre los intereses económicos y las fuerzas políticas. El proceso de desarrollo latinoamericano, basado en la industrialización, no está comandado por los industriales, quienes tienen que incorporarse a una coalición política cuyo principio de unidad es el fortalecimiento del Estado antes que la defensa de los intereses de clase. Tanto la centralidad semántica de la nación y el pueblo –por encima de las apelaciones clasistas–, así como la ausencia de una categoría social y económica hegemónica, explican de alguna manera la heterogeneidad sociológica e ideológica de los llamados regímenes nacional-populares.

Por su parte, en América Latina también la clase media desempeña un papel decisivo en la descripción de la vida social y en los debates políticos: "en América Latina, lo mismo que en los Estados Unidos, la sociedad mira hacia el centro" (Touraine, 1989a, p. 85). Sin embargo, nuestras clases medias no están exactamente en el centro de la sociedad. Para Touraine, estos sectores se esfuerzan por ser los más dinámicos, los más modernos y los más hegemónicos, tratando de aumentar la integración social y de disminuir la importancia relativa tanto de los privilegiados como de los subprivilegiados:

> [...] lo que se denomina clase media no es ni una clase ni un estrato social, sino más bien una categoría definida por su papel central en el proceso de desarrollo [...]. Pero la característica principal de la clase media latinoamericana, al menos durante la parte esencial del siglo XX, es su estrecho vínculo con el *Estado* como agente de formación, de integración y de control de un modelo nacional de desarrollo (Touraine, 1989a, pp. 85-86).

En última instancia, lo que llamamos clases sociales –en la acepción europea del término– es una realidad que en América Latina está desbordada por otro tipo de categorías. A diferencia también de los contextos europeo y norteamericano, en nuestro continente conviven los *ciudadanos* con los *excluidos*. Los primeros han apostado fuerte por la modernización, aunque sin muchos márgenes de riesgo a la hora de balancear sus seguridades y sus ventajas. Los excluidos, mientras tanto, se han encolumnado tras la acción de su líder populista, o bien se han ilusionado con la posibilidad del éxito personal. Sea lo que fuere, frente a desigualdades sociales tan extremas y frente a una dualización tan ostensible, Touraine destaca que la sociedad latinoamericana ha experimentado en contadas ocasiones guerras civiles o explosiones revolucionarias.

La tridimensionalidad y la desarticulación de la acción colectiva

Los rasgos básicos del *modelo latinoamericano de desarrollo* se trasmutan en cuatro peculiaridades de los actores sociopolíticos, las que desembocan en otras tantas características de la acción colectiva en América Latina: a) oposición de los segmentos superior e inferior del grupo de acción, b) lucha contra la reproducción de privilegios, c) interdependencia de la experiencia individual y colectiva y d) politización. Tanto por las dificultades en la formación de una acción de clase, por la personalización de las relaciones y de los conflictos de clase, como por el faccionalismo y la desintegración de movimientos, Touraine observa que estas características de la acción colectiva pueden ser consideradas como un obstáculo a la movilización de los actores colectivos.

Sin embargo, la acción colectiva en América Latina no está compuesta solo de claves negativas:

> [...] su *contrapartida* positiva es la gran fuerza *motivacional* de esta acción frente a un instrumentalismo económico de tipo norteamericano; se forma una movilización más amplia –comunitaria y nacional a la vez que social y política. *Factores positivos* y *factores negativos* de la movilización se combinan para dar a la acción colectiva en América Latina una fuerte capacidad expresiva y una marcada debilidad instrumental. Se movilizan valores y afectos poderosos para conseguir ventajas limitadas y muchas veces más importantes para la cúpula política que para la base social movilizada [...]. El 'rendimiento' económico de la movilización social parece en general bajo y su 'costo' político muy alto (Touraine, 1989a, p. 88).

Crítico de la teoría de la dualización, no obstante reconocer la plausibilidad lógica de la imagen dualista para América Latina, ¿puede Touraine escapar a las estrecheces de una epistemología dualista? Desde el momento que las aproximaciones a un ámbito objetual –como son el desarrollo y las acciones colectivas– balancean

elementos positivos y negativos creemos que, a su modo, Touraine es un teórico y un investigador cautivo de la lógica dualista. El *modelo latinoamericano de desarrollo* funciona metodológicamente mediante el recurso de la comparación. Con ella se proyecta toda clase de generalizaciones a través de razonamientos dicotómicos. Ocurre que, en Touraine, los dualismos se hallan en la raíz de su propia conceptualización, son un rasgo intransferible de su propuesta teórica. Los problemas se suscitan cuando los mismos se encarnan histórica y objetualmente, es decir, cuando las complejas mediaciones de la realidad concreta no pueden trascender el ancho de banda fijado por el dualismo.

Con prescindencia de estas limitaciones comprensivas, Touraine lleva su análisis hacia el plano de lo que, en el lenguaje habermasiano, puede catalogarse como *acción comunicativa*. Lo lleva un poco a ciegas y sin demasiada autoconciencia de las consecuencias que esta opción tiene para sus reflexiones teóricas sobre la acción social. En este sentido, podemos ordenar las siguientes afirmaciones:

a) aunque poco eficaz en el mundo de las fuerzas políticas organizadas, en América Latina la acción de las mujeres vincula con fuerza la vida privada y la acción social;

b) en Latinoamérica, la política tiene una alta carga de simbolismo, con apelaciones a los sufrimientos y a las demandas vividas de la forma más personal: "la apelación orgullosa a la grandeza del Estado o a la fuerza liberadora de una ideología se agota en seguida en una población más centrada en una esperanza vivida que en una visión de la historia" (Touraine, 1989a, p. 108);

c) la acción y las contradicciones de los movimientos cristianos recuerda la necesidad de pensar y de actuar tanto en nombre de una *imagen voluntarista* de la dependencia y del desarrollo como en nombre de actores sociales "apoyados

no solo en su conciencia de la dominación sufrida, sino también en la defensa de su vida comunitaria" (Touraine, 1989a, p. 118);

d) en la actualidad, las expectativas se inclinan hacia la vida privada y hacia sus expresiones religiosas y morales: "la creciente influencia de la Iglesia le ha venido de que es el reverso del optimismo político y social de los regímenes nacional-populares: estos han sido arrastrados por el crecimiento; ella vuelve con la crisis, con la pobreza, con la ausencia de perspectivas y de modelos de acción" (Touraine, 1989a, p. 124).

La línea de análisis atinente a la acción colectiva es oscilante y cambiante. Es rígidamente dualista –lo positivo y lo negativo–, es un principio que penetra en las claves del mundo de la vida, es una evidencia empírica con potencialidades suficientes como para zanjar el choque de tradiciones filosóficas, y es también un momento privilegiado para equilibrios meramente desiderativos. En paralelo, la acción colectiva se torna en concepto eficaz cuando se desarrolla en un plano tridimensional. Así, América Latina ha producido una acción política y social que ha combinado la *lucha de clases* y las *luchas nacionales* en vínculo directo con la construcción de la *integración* social, cultural y política de cada país. La llamada tridimensionalidad de la acción colectiva supone: a) las luchas económicas y sociales referidas a la lucha de clases; b) combate por la independencia nacional contra una dominación extranjera; c) integración nacional y formación de un Estado nación, en contra de la segmentación de la economía y el poder de las oligarquías.

La tridimensionalidad de la acción colectiva representa la característica central del *modelo latinoamericano de desarrollo*. Si en la mayor parte de los países la movilización social se organiza en torno al movimiento obrero, o a la nación, o al partido-estado, en los países que pertenecen al modelo dependiente se mantiene una *pluralidad* de orientaciones (integradas o en oposición), lo que

configura, a la vez, una gran capacidad movilizadora y una notable fragilidad política.

Como concepto complementario a la tridimensionalidad, aparece la *desarticulación de la acción colectiva*, que puede ser entendido como la falta de correspondencia entre los diversos niveles de intervención de los actores sociales: económico, político e ideológico. Según Touraine, hay una aparente contradicción entre estos dos conceptos: por un lado, la tridimensionalidad de la acción implica la no separación entre sociedad civil y Estado, entre liberación nacional y reivindicaciones sociales; por el otro, la desarticulación habla de la separación de conductas propiamente económicas, políticas e ideológicas. Sin embargo, los conceptos se complementan: "es, en efecto, la amalgama de diversas dimensiones de la acción colectiva lo que vuelve imposible la correspondencia directa entre las conductas económicas, políticas e ideológicas" (Touraine, 1989a, p. 136). En otros términos, lo que se presenta unido en la estructura o en la *palabra* está desarticulado en los comportamientos y en los *padecimientos*, con lo cual la multidimensionalidad del análisis vuelve a quedar reducida a un dualismo esencial.

En América Latina, esta desarticulación de la acción colectiva se refleja en varios planos. En primer lugar, en la hiperautonomía de los actores políticos en relación con los actores económicos, lo que se explica básicamente –en las economías dependientes– por la inexistencia de un Estado asociado al poder económico. En América Latina, un actor político no es solo un representante de los actores sociales, sino que además es parte integrante del Estado, al punto que aquí la política se define más en términos de *participación* (o no participación) que de *representación*.

En segundo lugar, es más visible todavía la autonomía de la producción ideológica en relación con los intereses económicos y con las fuerzas políticas. Los intelectuales latinoamericanos han ostentado siempre una gran capacidad en la creación de *sistemas de interpretación* que no están al servicio de ningún actor social específico. Con intelectuales primordialmente organizados en

Universidades, que durante varios decenios ocuparon un lugar central en la vida política, y que en los años sesenta sufrieron una crisis profunda creada por la disociación entre el espíritu revolucionario y el profesionalismo modernizador, esta hiperautonomía simbólica tiene como consecuencia, para Touraine, la imposibilidad de conformar una ideología dominante, ya que esta supone "la presencia de una clase hegemónica, capaz de extender su dominio de la economía hacia la vida política y el control de la vida cultural. La ausencia de una clase dirigente hegemónica es casi general en la América Latina contemporánea" (Touraine, 1989a, p. 141).

En tercer y último lugar, la desarticulación de la acción colectiva en América Latina se revela en la contraposición entre violencia y convivencia, exclusión e integración. Bajo el feroz dualismo de los *out* y de los *in*, en América Latina la violencia está en todas partes donde el poder es local, donde el poder central no penetra y donde las reglas generales del derecho no se aplican. Se sabe, a su vez, que la violencia social y militar es la principal frontera del modelo de desarrollo dependiente, en el cual la vida política y social muestra un contraste entre un exceso de *civilidad* y una fuerte marginalización que produce la violencia.

La desarticulación de la acción colectiva en torno a la violencia replantea el tema del dualismo en América Latina. En un continente de enorme capacidad integradora, existen también grandes masas de no integrados. No hay una América Latina dividida en dos clases principales, una encima de la otra, sino que aquí el dualismo es doble y remite a dos oposiciones distintas. Dentro del sistema político-económico los conflictos son limitados, dada la pertenencia común de los de arriba y de los de abajo en este *sistema*. Pero al mismo tiempo está la oposición más profunda entre los de adentro y los de afuera: "cuando los dos tipos de conflictos se mezclan, el sistema institucional está destruido y la violencia domina a la vida política" (Touraine, 1989a, p. 156).

La subordinación de la acción social a la intervención del Estado, la combinación –en toda acción política– de la defensa de los

intereses económicos, la lucha contra la dominación exterior y la voluntad de integración nacional, y la desarticulación de la economía, la política y la ideología, son los tres principios de análisis con los que Touraine reconstruye la acción colectiva latinoamericana. Con ellos, la sociología sobre el continente accede a nuevos niveles de conocimiento, aunque sin desembarazarse de las limitaciones del pensar dualista.

El Estado y los movimientos sociales

En el *modelo latinoamericano de desarrollo* la perspectiva del actor se dibuja, entre otros tantos tópicos, en la relación entre el Estado y los movimientos sociales. Más aún: según Touraine, en América Latina la subordinación de los movimientos sociales a las exigencias del Estado constituye la limitación más grave para su capacidad de acción colectiva autónoma. Nuevamente bajo el patrón comparativo, la subordinación no llega a la absorción (como en regímenes socialistas o nacionalistas), del mismo modo que se opone a la formación de movimientos sociales cabales, de tipo occidental. En nuestro continente, la intervención del Estado determina a los actores políticos; estos, a su vez, dirigen la acción de unos movimientos sociales débilmente integrados.

En los últimos cincuenta años, el sistema político latinoamericano ha estado dominado por las irradiaciones de los llamados regímenes nacional-populares. Noción tomada de Germani, Touraine, sin embargo, no realiza un ensayo de evolución en etapas, sino que apuesta por una reconstrucción mucho más impresionista e indefinida. Y así plantea la hipótesis de que en América Latina existe una forma dominante de intervención social del Estado, que denominará *política nacional-popular* y que corresponde a la naturaleza política de una sociedad dependiente.

El populismo es considerado como una reacción de tipo nacional frente a una modernización que está dirigida desde el exterior

y como un control antielitista del cambio social. En la misma dirección, los regímenes nacional-populares registran la interdependencia de tres componentes: el Estado como defensor de la identidad nacional frente a una dominación extranjera, los mecanismos políticos y sociales de integración, y la custodia de la cultura nacional y popular.

Hay una extrema diversidad de regímenes nacional-populares. Los hay civiles y militares, autoritarios y democratizantes, de orientación de clase y nacional-revolucionarios. En cualquier caso, el discurso nacional-popular no es un agente de representación social, sino un instrumento de participación política. De allí que el propio pensamiento del continente haya estado dominado por la separación y la complementariedad del tópico fuerte de la *nación* (más político que social) y por el tópico débil de la *masa* (que pauta más la exclusión que una condición social). Touraine dualiza, pues, las opciones del discurso: por un lado, la nación es el espacio de los ciudadanos, y por el otro, la masa es el modo de existencia de los excluidos. El pueblo es la imagen mítica de una reunificación deseada –pero lejana– de la sociedad.

Touraine está en contra de la idea de que las transformaciones económicas determinen un cambio político. Al contrario, el conjunto de las transformaciones políticas, económicas y culturales se opera en el seno de un modo general de desarrollo: se trata de reemplazar el "estudio de los 'efectos sociales y políticos' de situaciones económicas mediante la construcción de un *modelo de acción colectiva*, que determina a la vez la formación de las políticas económicas y sociales y las formas de organización social y cultural" (Touraine, 1989, p. 286).

Nuestro continente no conoce *factores dominantes* ni *voluntades totalizadoras* de la vida social. La interdependencia entre lo social, lo político y lo estatal significa una autonomía relativa de cada sector de acción colectiva. Así, por ejemplo, las luchas campesinas son las que más dependen de la intervención del Estado, dentro de las cuales el *problema indígena* no admite una definición en términos

de cultura tradicional o de situación de clase. En una interpretación del todo opuesta a la de Gunder Frank, Touraine señala que la contraposición del indio y del blanco

> [...] representa la dominación de la economía de mercado, y más todavía del poder político, sobre categorías excluidas y definidas por unos atributos étnicos más que por su papel económico. Así, realidad étnica y dominación político-militar están asociadas y determinan el campo de una acción que no es ni puramente defensiva ni únicamente económica. En este sentido, es peligroso caracterizar a los indígenas como una minoría o un grupo marginal. El hecho central es la naturaleza de la dominación que crea la figura del indio: es una dominación racista, es decir, que naturaliza lo dominado (Touraine, 1989a, p. 212).

Por su parte, el sindicalismo obrero muestra, en los últimos decenios, una tendencia a la autonomización a medida que se organiza de manera más coherente una sociedad industrial en muchas partes de América Latina, no obstante lo cual continúa *marcado por una participación dependiente del sistema político*. Tomando en cuenta que la historia latinoamericana es la historia de un modo de desarrollo y que el movimiento obrero de allí no puede buscarse en los modelos triunfantes de Europa y Estados Unidos, y asumiendo, por ejemplo, la excepcionalidad de algunos casos (en donde la acción sindical, en su organización y en sus objetivos, posee margen de independencia), resalta de inmediato una característica de la acción socio-política latinoamericana: "movimiento obrero pero también popular, que lleva a cabo una acción reivindicativa y también comunitaria, en la que la conciencia de clase se mezcla con una defensa ética, religiosa, de los pobres, y con un rechazo global de un orden social que se considera está al servicio de los intereses de los ricos y del extranjero" (Touraine, 1989a, p. 276). Se forma, así, un movimiento más popular que obrero, más organizado en los barrios que en las empresas, más radical, pero también más heterónomo.

Más allá de las peculiaridades de los actores sociopolíticos, la oposición central del modelo latinoamericano de desarrollo es la de *ciudadanos* y *excluidos*, pues por ella sabemos que el sistema social y político del continente integra y rechaza al mismo tiempo, separa y amalgama a la vez, "de suerte que todos los actores sociales participan, pero solo parcial y débilmente, en la transformación social por ella misma" (Touraine, 1989a, p. 288). América Latina no es la tierra de los movimientos sociales conscientes y organizados, ni de las luchas de clases, ni de los movimientos nacionalistas. Aquí entre nosotros los actores siempre están divididos entre la integración y la violencia: "ningún continente ha conocido más actores; ninguno los ha conocido más débiles" (Touraine, 1989a, p. 288).

En el análisis de los actores sociales latinoamericanos se repiten los tres niveles del comportamiento. En primer lugar, la defensa comunitaria, mezcla de moralidad personal, solidaridades primarias y violencia interindividual. Segundo, aparece el impulso hacia la integración social, puesto de manifiesto, en el caso latinoamericano, a través de la confianza ilimitada en la educación. Por último, existen los movimientos sociales propiamente dichos, aunque más presentes en la conciencia que en la acción.

Pero de un triple nivel analítico transitamos de nuevo hacia el mundo de los dualismos. América Latina es un continente con actores y formas de acción quebrados, es una realidad que evidencia los límites de la modernización económica y de la integración social. América Latina es una sociedad en donde cada actor, cada tema y cada discurso, poseen dos caras: las clases obrera o campesina son, al mismo tiempo, pueblo; el poder económico de la oligarquía es también dependencia respecto al capitalismo extranjero, los arranques de desarrollo presuponen siempre la afirmación nacional, la existencia de un sistema político no significa necesariamente que los actores sociales y el Estado se definan completamente por su participación en el mismo.

Integrados y excluidos, adentro y afuera, ciudadanos y pueblo, convivencia y violencia: el propio Touraine confiesa que no acabaría nunca de enumerar las parejas de oposición que definen la vida política y social de América Latina. Realidad y concepto abdican de sus pretensiones multidimensionales para caer en las mallas estructurantes del pensar dualista.

Crisis y democratización

¿Qué ocurre, mientras tanto, con la América Latina contemporánea? En plena descomposición de los regímenes nacional-populares, el continente se vio envuelto en las dictaduras militares. Sobre fines de la década del ochenta –cuando Touraine escribe– la ilusión redemocratizadora convive con el agobiante peso de la deuda externa y con las consecuencias lamentables de una crisis económica de profundidad radical. ¿Cómo influyó ese cambio de época en la consistencia analítica del *modelo latinoamericano de desarrollo*?

En las dos últimas partes de su libro *América Latina. Política y sociedad*, Touraine abandona las tranquilas aguas de la construcción de un modelo de desarrollo para interrogarse primero sobre sus límites, y más tarde sobre sus formas de descomposición, inversión y transformación. Touraine se instala, sin más, en el tema de la crisis, y allí deja más interrogantes que respuestas.

El sociólogo francés reconoce que América Latina no puede mantener, en una situación de crisis, su modelo anterior de desarrollo y de funcionamiento, y admite también que las nuevas manifestaciones de acción política y social tampoco pueden ser comprendidas sin una referencia directa a la interdependencia entre los actores sociales, las fuerzas políticas y el Estado, "del que ahora sabemos que es el corazón del modelo nacional-popular". En efecto, este modelo estuvo limitado, en primer lugar, por la poca fuerza de los parlamentos en muchos sistemas políticos

latinoamericanos, lo que le permite a Touraine indagar en las débiles implantaciones de la democracia (democracia oligárquica, democracia antioligárquica, gobiernos de clase media, etc.).

En segundo lugar, hubo una limitación mucho más fuerte que fue la de la violencia. Políticamente dominada por una hiperparticipación política y cultural de las masas urbanas y por una violencia que es producto de la exclusión, en América Latina son muy pocos los casos en los que esa violencia social se ha transformado en revolución o en poder revolucionario. Por último, la circunstancia que precipitó la crisis definitiva del modelo nacional-popular fue la emergencia de lo que Touraine llama el *estado antipopular*. El sentido principal de las dictaduras militares en la región debe interpretarse como un impulso destructor de los nacional-populismos y no como la creación de un nuevo tipo de economía y sociedad. Movimiento reactivo antes que fundacional, tanto en el orden social y cultural como en el económico, las dictaduras militares no tuvieron proyecto hegemónico.

Para Touraine, las dictaduras militares hay que definirlas como regímenes antipopulares y, más precisamente, antipopulistas. Por un lado, los militares consideraron que las erupciones populistas conducían a la desintegración del país; por el otro, las políticas económicas que aplicaron no fueron idénticas en todas partes, y en muchos casos hubo notable continuidad con las políticas anteriores. En definitiva, estos regímenes antipopulistas son parte de un conjunto definido por los regímenes nacional-populares, a los cuales se han opuesto, y no se dan con ellos "los inicios de un nuevo período del fin del proteccionismo, y la entrada a una economía abierta con sus ventajas y sus peligros. Los regímenes antipopulares pertenecen al mismo conjunto que los nacional-populares, que han dominado el continente durante medio siglo" (Touraine, 1989b, p. 17).

Por todas estas razones, el punto de inflexión en la transformación del modelo latinoamericano de desarrollo no queda comprendido entre los regímenes nacional-populares y las dictaduras

militares, sino entre las formas de creación y destrucción de los nacional-populismos y las gigantescas consecuencias políticas y sociales desatadas por la crisis financiera y económica de comienzos de los años ochenta. Sorprende, en verdad, que la reconstrucción del proceso de crisis se realice fuera de los contenidos discursivos de los actores y fuera de las pretensiones de verdad presentes en toda acción social. En este punto, Touraine se olvida de la acción colectiva y recala en la lógica autónoma de ciertos conceptos y en la evolución natural de un modelo de desarrollo que no se sabe cómo se integra ni cómo se desintegra.

A mediados de los ochenta, América Latina está paralizada: no produce, ni dispone de los recursos imprescindibles como para montar un conjunto de medios técnicos y humanos, de innovaciones y de organizaciones que hacen al aparato productivo. Los que poseen el capital quieren beneficios inmediatos. Un Estado desbordado por una crisis sistémica es incapaz de corregir una distribución cada vez más desigual de la renta nacional. Muy a pesar del incremento del desempleo y de la pobreza, *afortunadamente* apenas se han visto sublevaciones, y mucho menos movimientos revolucionarios. Del mismo modo, el costo social de todos esos años de crisis no ha hecho estallar la precaria arquitectura de los procesos de democratización.

En este contexto, Touraine repite la vieja opinión acerca de la insuficiente formación, en la mayoría de los países de América Latina, de una burguesía industrial y de una voluntad industrializadora. En consecuencia, propone aumentar la capacidad directriz del Estado, reforzar esa burguesía nacional y asegurar la redistribución de las rentas y la reintegración económica y social de los pobres: "he ahí tres objetivos que parecen más opuestos unos a otros que complementarios. Pero al definir un modelo de conflictos al mismo tiempo que uno de iniciativas, ¿no nos acercamos a los problemas centrales de los países latinoamericanos?" (Touraine, 1989a, p. 400).

Alain Touraine es uno de los teóricos más agudos acerca de los desafíos de la democracia en América Latina. Tanto en oposición al poder de las dictaduras como a las esperanzas de tipo revolucionario, la democracia es una idea nueva en nuestro continente. Producto de los años ochenta, enfrenta una doble exigencia: por un lado, organizar el resurgimiento económico de los distintos países, apuntando a la capacidad de negociación entre los principales actores del sector dinámico de la economía; por el otro, integrar una masa considerable de pobres, pero esta vez sin poder recurrir a los facilismos distribucionistas del populismo, y sin poder tampoco mantener los condenables niveles de exclusión y de empobrecimiento propios de la época de las dictaduras antipopulares. Ante esto, la pregunta surge sola: ¿cuáles son las chances que la democracia tiene en América Latina?

Lo que se denomina democracia no corresponde, en realidad, a un principio único de organización de la vida política y social, sino que más bien obedece a la interdependencia de tres rasgos complementarios: a) existencia de una ciudadanía, pertenencia de todos a un conjunto propiamente político, todo lo cual está en la confluencia de las nociones de pueblo y de nación; b) la democracia es representación de intereses y acceso de las mayorías al poder, y c) la democracia es, en el plano de las personas y de los grupos, el reino de la ley y el respeto de derechos que se consideran fundamentales: derechos de los individuos y de las minorías, derechos de expresión, de organización y de resistencia a la opresión. En América Latina, concluye Touraine, ninguno de estos tres principios fundamentales de la democracia se ha instalado con fuerza, ni en las prácticas ni en las ideas.

La democracia en América Latina está plagada de debilidades. Por un lado, es notoria la ausencia de actores sociales que posean una autonomía de acción suficiente; por el otro, el proceso democrático se desarrolla a menudo sin referencia a los problemas sociales más urgentes. Del mismo modo, otra debilidad profunda de nuestra democracia estriba en el predominio de las políticas de

participación sobre las políticas de representación, lo que supone la supremacía del Estado y su capacidad para manipular las demandas sociales. Sin embargo, los restos supervivientes del sistema nacional-popular operan como una contratendencia desde el momento que empujan hacia la integración política y social, hacia la lucha contra los privilegios y la exclusión y hacia la revuelta contra la dependencia exterior.

En este punto, creemos que la capacidad de análisis va perdiendo contorno. El futuro de América Latina es apenas la posibilidad de *una tercera vía*, de un camino intermedio flanqueado por el *orgullo occidental*, que cree ser el depositario del único modelo de modernización, y por el culturalismo del Tercer Mundo que desespera en la búsqueda de una especificidad más ideológica que real. Nuestro continente ha intentado levantar una estructura de desarrollo que combina el universalismo con la especificidad de la cultura.

Latinoamérica es parcialmente moderna. Su capacidad de acción técnica, económica, social y política es insuficiente ante los desafíos de la competencia internacional. Sin una redistribución masiva de las rentas, que sustituya la dramática contraposición actual entre privilegiados y subprivilegiados por la oposición entre empresarios y asalariados, no es posible aguardar el resurgimiento de un continente agotado, además, por los efectos desorganizadores del tráfico de drogas y de la actividad criminal, y por una economía dominantemente informal. En cualquier caso, una sociología comprensiva de los modos de acción colectiva en América Latina no puede separarse de una pretensión normativa:

> [...] cómo llevar la capacidad de acción de los actores latinoamericanos sobre su historia colectiva, cómo reforzar a la vez a los actores estructurales –como los empresarios, los sindicatos, la administración pública o los intelectuales– al mismo tiempo que se verán más fuertemente asociados con actores definidos de su lado por su capacidad de movilizar recursos, de reinterpretar el pasado cultural y político, y convertirlos en un agente de organización del porvenir (Touraine, 1989b, p. 22).

Un modelo latinoamericano de desarrollo que sucumbe a los dualismos y que se desinfla en la interpretación de los procesos de crisis, al mismo tiempo zozobra con plena conciencia en su capacidad generalizadora. Es muy difícil hablar de América Latina desde la lógica de un modelo analítico. Este enorme reconocimiento de Touraine le abre las puertas al ejercicio crítico, a los replanteos teóricos y a los nuevos paradigmas de investigación. El problema latinoamericano se mantiene como un perpetuo desafío.

Final

A lo largo de la década del ochenta, el continente latinoamericano conoció las dictaduras militares, la crisis económica y financiera y las restauraciones democráticas. Aquel contexto exigió una profunda renovación de nuestras ciencias sociales. El nombre del francés Alain Touraine se asoció especialmente a esa pretensión de nuevas perspectivas, y en su caso en una doble vertiente: por un lado, los trabajos teóricos de Touraine evolucionaron desde una línea que habla de la "producción de la sociedad", de la "sociedad postindustrial" y de la "sociedad programada" (Touraine, 1970, 1975 y 1978), hasta otra que se refiere al "postsocialismo" (con su concepción sobre los movimientos sociales) y a la "crítica de la modernidad" (Touraine, 1980 y 1994). Por el otro lado, su sociología sobre América Latina obtuvo como resultado el llamado *modelo latinoamericano de desarrollo*, con el cual a) el análisis se mantiene dentro del paradigma del desarrollo, b) la sociología y la política están antes que la economía, c) se prioriza una lectura en términos de actor y acción sociales, d) se ejerce una crítica de los modelos interpretativos anteriores, y e) se construye una síntesis teórica para dar cuenta de las especificidades evolutivas de América Latina.

¿Cuáles son las relaciones sistemáticas entre la sociología *general* de Touraine y su modelo latinoamericano de desarrollo? Si bien esta pregunta ha tenido sus respuestas implícitas a lo largo de

este artículo, para nosotros es imposible, en estas circunstancias, profundizar en semejante paralelo. Aunque en el *modelo latinoamericano de desarrollo* se busca una visión sintética e integradora tanto de las *situaciones* como de las *acciones colectivas* y se aclaran las relaciones multidimensionales entre la modernización, el capitalismo nacional y la dependencia externa, ello no es suficiente para agotar las mediaciones del universo sociológico de Touraine.

¿Cuál es la *novedad* que introduce el *modelo latinoamericano de desarrollo* en el marco de la evolución interpretativa de América Latina? Creemos, en primer lugar, que Touraine parte de una idea de *desarrollo* muy distinta a la sustentada por la modernización y el dependentismo. No exageramos si afirmamos que tanto Germani como los dependentistas observan el continente desde una *sociología industrial*:

> [...] en los diversos casos específicos de sociedad industrial –el capitalismo de empresa y el socialismo real– la innovación viene siempre comprendida en el interior de un modelo cultural general dominado por la idea del desarrollo de las fuerzas productivas, que resulta una suerte de principio metasocial del cambio en las relaciones sociales. Como la antigua sociedad agraria y mercantil, también las sociedades industriales son todavía incapaces, según Touraine, de liberarse del modelo cultural conforme al cual cada cambio de la sociedad debe ser reconducido a un más general orden metasocial, que en este caso es el 'progreso histórico' comprendido como 'desarrollo' (Repetto, 1986, p. 69).

Por el contrario, la óptica touraniana se afilia al paradigma de la *sociedad postindustrial*:

> [...] el lugar de la lucha social no es más simplemente la producción social total, vista como una suma de bienes de producción y de consumo, sino más bien el control del cambio social y el control de la rejilla social de información, soporte de tal control, así como del sistema de formación de la fuerza-trabajo. El cambio de la sociedad no interesa más simple y directamente en cuanto desarrollo económico

> y disponibilidad de bienes y tiempo libre, es decir, como producción industrial, sino como cambio del territorio, de su población, de la cultura y de las costumbres, o sea, como 'producción de la sociedad' (Repetto, 1986, p. 71).

Sin embargo, creemos que la perspectiva de Touraine sobre América Latina pasa con demasiada facilidad de la tridimensionalidad al dualismo. De alguna manera, sus percepciones generales de la realidad europea las traslada al terreno latinoamericano:

> [...] en 'Introducción a la sociología' afirmaba hace algunos años que el campo entero de la experiencia cultural está dominado hoy por las tensiones entre un modelo cultural orientado hacia el desarrollo y otro orientado hacia la defensa de la identidad. Si entonces insistía sobre el hecho de que la clase dirigente es 'modernista' y 'racionalista' y que la resistencia popular contra ella es, sobre todo, defensa de la identidad personal y de grupo, ligada al nivel de la expresión y de lo imaginario, hoy insiste sobre el hecho de que los nuevos movimientos sociales deben de participar entre ambos modelos, y esto es por una parte proponer y estimular la innovación cultural, y por la otra defender la identidad atacada por el cambio social programado desde lo alto (Repetto, 1986, p. 77).

Del mismo modo, el modelo de Touraine necesita de principios teóricos más firmes para incorporar evidencia contemporánea sobre una modernización neoliberal, un capitalismo globalizado, una cultura heterogénea y una técnica y una ciencia entendidas como ideologías. ¿Cuál es el destino actual del Estado latinoamericano? ¿Qué margen de incidencia tiene hoy en día la política? ¿Qué autonomía poseen los intelectuales? ¿Cuáles son los nuevos actores sociales que dominan la escena? ¿Qué relaciones estructurales y funcionales existen entre los excluidos y los incluidos? ¿Cuál fue la suerte de los "mitos" desarrollista, nacionalista y revolucionario? ¿Cuáles son los vínculos entre el mundo de lo público y el de lo privado? Sostenemos aquí que el *modelo latinoamericano de desarrollo* de Alain Touraine presenta problemas de reservas

teóricas para enfrentar los desafíos de estas preguntas. En rigor, este modelo está definitivamente atado a las peripecias de un momento histórico en América Latina. La perspectiva de Touraine es una forma muy particular de observar y aprovechar una historia que, por presencia o ausencia, también le susurra cosas importantes a la sociología. En esos susurros palpitan las debilidades y las fortalezas de uno de los enfoques sociológicos más ambiciosos y convincentes sobre América Latina.

Bibliografía

Paternain, Rafael (2001). *América Latina: los límites de la interpretación. Cuatro modelos ejemplares y un apéndice* [Tesis de Maestría]. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

Repetto, Federico (1986). Postsocialismo e identidad cultural marxista según Touraine y Habermas. En Galván, Francisco (comp.), *Touraine y Habermas. Ensayos de Teoría Social*. México D.F.: UAM-A/UAP.

Touraine, Alain (1970). *La societa postindustriale*. Bologna: Il Mulino.

Touraine, Alain (1975). *La produzione della societa*. Bologna: Il Mulino.

Touraine, Alain (1978). *Per la sociología*. Torino: Einaudi.

Touraine, Alain (1980). *L'apres-socialisme*. París: Grasset.

Touraine, Alain (1987a). *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. Santiago de Chile: Prealc/Oit.

Touraine, Alain (1987b). *El regreso del actor*. Buenos Aires: Eudeba.

Touraine, Alain (1989a). *América Latina. Política y sociedad*. Madrid: Espasa.

Touraine, Alain (1989b). Los problemas de una sociología propia de América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, (3).

Touraine, Alain (1994). *Crítica de la modernidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Alain Touraine: el silencio de los intelectuales, los nuevos movimientos sociales y el altermundismo

Osbaldo Amauri Gallegos de Dios

En este ensayo, se analizan tres ejes temáticos vinculados con Alain Touraine que permiten entender la evolución de su pensamiento sobre el compromiso: el silencio de los intelectuales, los nuevos movimientos sociales y el altermundismo. El análisis de Touraine de la historia intelectual en Francia le permite abordar la desaparición del intelectual comprometido en ese país. De esta forma, se pueden contextualizar sus análisis sobre los movimientos sociales a principios del siglo XXI.

Touraine y su lectura de la historia intelectual en Francia

En Francia, la figura del intelectual cobró notoriedad con el Affaire Dreyfus a finales del siglo XIX, así como a partir de la promoción de los valores universales de verdad, justicia y razón, tal como establecen Hourmant y Leclerc en *Les intellectuels et le pouvoir. Déclinaisons et mutations* (Hourmant y Leclerc, 2012, p. 10). Los intelectuales participan en la política en Francia desde el "Yo acuso" de Émile Zola, como lo señala Wilhelm Hofmeister en *Intelectuales*

y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico (Hofmeister y Mansilla, 2003, p. 9). Sin embargo, los hombres de letras o pensadores participan en la búsqueda de justicia y verdad, desde el Siglo de Oro y la Ilustración, pero no lo hacían con el nombre de intelectuales; antes se les llamaban hombres de letras, filósofos, pensadores, etc. Es decir, el Affaire Dreyfus fue el momento histórico icónico de la participación intelectual en Francia en la búsqueda de verdad, justicia y razón.

A finales del siglo XX, Alain Touraine analizó la historia intelectual de su país y estableció que, cuando no existe un principio efectivo de unidad de la vida social y política es cuando interviene el intelectual. Por ello, según su visión, han existido cinco categorías de intelectuales: denunciador, orgánico, utópico, de la acción social y, por último, intérprete (entre los que se cuenta Touraine). El intelectual denunciador que critica al sistema dominante es la figura clásica y la más visible. En *Cómo salir del liberalismo?* Touraine explicó la relevancia de estos intelectuales en Francia y le adjudicó a Bourdieu esta categoría. Los intelectuales orgánicos son los ideólogos del Estado o el Partido, que se convierten en una especie de vedettes en las reuniones públicas, por lo que existe una contraposición entre el intelectual denunciador y el orgánico (Touraine, 1999).

Los intelectuales utópicos existieron mucho en Francia, con una crítica corrosiva y referencias sociales y políticas inadaptadas: entre ellos se encuentra la izquierda comunista, la Unión de estudiantes comunistas, y André Malraux fue la figura más emblemática. Para Touraine los intelectuales utópicos son quienes tienen el rol más importante porque no se trata de políticos, pero reconocen en la acción social un principio no-político que no es aceptado por el sistema. Los intelectuales de la acción social también pueden ser vistos como utopistas en el sentido positivo del concepto, porque se identifican con las nuevas tendencias de la sociedad y la cultura sin cegarse ante los conflictos sociales alrededor de la gestión social (Touraine, 1999).

Finalmente, los "intelectuales intérpretes" (Touraine se consideraba uno de ellos) fueron los que analizaron las coyunturas sociales y acompañaron la caída del comunismo y el renacimiento de la idea democrática. Luego, vinieron los años de la descomposición de la acción política. Touraine considera que todas las familias de intelectuales deben coexistir para dar consistencia al debate intelectual y a ellos mismos, para que se dediquen a analizar las situaciones históricas reales. La única familia de intelectuales que se debilitó, incluso estaba desapareciendo, fueron los ideólogos ligados orgánicamente a una organización política (Touraine, 1999).

Touraine establece la desaparición del intelectual comprometido en Francia

Alain Touraine en *Crítica de la modernidad* señala que a partir de los años setenta el antimodernismo fue la corriente de pensamiento utilizada por varios intelectuales, con la que denunciaron al mundo moderno como destructor de la razón y criticaron el autoritarismo de las dictaduras modernizadoras. El pensamiento de Foucault corresponde a un periodo de desaparición de los actores sociales de oposición, donde los nuevos movimientos sociales son más cercanos a la contracultura que al conflicto social, y los antiguos actores sociales como el movimiento obrero fueron transformados en aparatos de poder. La segunda mitad del siglo XX fue dominada por la ruptura entre práctica y teoría. Por un lado, estaban quienes pusieron su inteligencia al servicio de las empresas, gobiernos o intereses personales, por otro lado, quienes veían sobre todo en la sociedad moderna el incremento y la difusión de los controles sociales (Touraine, 1992).

A partir de los años setenta en Francia comenzó la ruptura con la figura del intelectual comprometido. El universitario tuvo un declive en la vida intelectual a partir de la Segunda Guerra Mundial y hasta finales de los años sesenta, debido a que dos temas tomaron

importancia: la cuestión colonial y el comunismo. En esa época el compromiso sartreano en la universidad estaba relacionado con la izquierda, y muy pocos estudiantes en las décadas del cincuenta y sesenta se declaraban abiertamente de derecha; el apoyo al comunismo estaba en primer plano por la preocupación que generaba y fue sobrevaluado por el encanto que ofrecía. En la Francia de 1945 a 1968 la responsabilidad del universitario politizado se relacionó con la izquierda. A partir de mayo de 1968 en Francia, la participación universitaria se transformó y conservó su rol de vanguardia en causas como Vietnam, l'Affaire Lip, Larzac, etc., pero la audiencia comenzó a desvanecerse. En los años setenta, las formas del compromiso fueron cambiando. El declive de la figura del intelectual está asociado con el resurgimiento de la universidad y los trabajos académicos de profesores e investigadores (Leymarie, 2003).

El silencio del intelectual en Francia comenzó a partir de los años ochenta y estuvo asociado con la erosión del compromiso, tema que fue desarrollado por algunos investigadores, como Yves Charles Zarka quien en *La destitución de los intelectuales* explica que en el tipo ideal de intelectual existen cuatro características: responsabilidad, autoridad, el riesgo de la verdad y estar tentado por la traición. *Destitución* significa que la función del intelectual ha perdido credibilidad y se ha vaciado de contenido, debido a que las condiciones de la toma de palabra en el espacio público han cambiado completamente; es importante la lucha contra el poder, pero los medios de comunicación han sido esenciales en la destitución. Para abordar la *destitución,* Zarka retoma conceptos de Deleuze, quien afirmó que dos actividades modificaron el mundo intelectual: la aparición del marketing en las obras y la influencia de los medios de comunicación (Zarka, 2010).

El silencio de los intelectuales fue una idea que, como señala Alain Touraine en *¿Cómo salir del liberalismo?*, desarrolló Max Gallo desde principios de los años ochenta, abordando el silencio por razones incorrectas, porque se refería a que los intelectuales no participaron en la corte del presidente francés Mitterrand. Touraine

explica que el silencio relativo de los intelectuales en las últimas décadas se explica por el fin de un periodo histórico asociado al remplazo del análisis de los sistemas (Touraine, 1999).

Zygmunt Bauman, por su parte, en *La décadence des intellectuels. Des législateurs aux interprètes* (*La decadencia de los intelectuales. De legisladores a intérpretes*), problematiza la transformación de los pensadores de legisladores a intérpretes (Bauman, 2007). Por su parte, François Dosse en su ensayo "Histoire intellectuelle" ("Historia intelectual"), publicado en *Historiographies, concepts et débats* (*Historiografías, conceptos y debates*), aborda la desaparición del intelectual comprometido y revisa las ideas tanto de Pierre Nora como de Michel Foucault quien ya había percibido esta mutación con su concepción del *intelectual específico* (Delacroix et al., 2010).

Con estos planteamientos se podría pensar que durante los años ochenta desapareció la literatura comprometida. Al respecto, basta recordar el derrumbe del bloque soviético en esa etapa y las revisiones ideológicas que contribuyeron a que se haya llamado exageradamente a esa época "el fin de las ideologías". Este contexto generó un desinterés en la política y que la responsabilidad literaria perdiera su razón de ser, como lo establece Benoît Denis en *Littérature et Engagement, de Pascal à Sartre* (*Literatura y compromiso, de Pascal a Sartre*) (Denis, 2000). Finalmente, Michel Winock en *Le siècle des intellectuels* (*El siglo de los intelectuales*) argumenta que al final del siglo XX cabía cuestionarse si era posible hablar del fin de los intelectuales, asociado con la caída del muro de Berlín en 1989, hecho que terminó de arruinar el historicismo de la izquierda (Winock, 1999).

Touraine, la historia y los nuevos movimientos sociales

Touraine en sus investigaciones sociológicas mantuvo una relación significativa con el análisis histórico, lo que le permitió leer y entender los eventos que le eran contemporáneos con una amplia

visión de la historia. Uno de sus análisis más relevantes fue el que correspondió al estudio de la sociedad programada y los "nuevos movimientos sociales" (Martuccelli, 2019).

En los años setenta surgieron movimientos sociales distintos a los modelos marxistas y estructural-funcionalista: la teoría del comportamiento colectivo, la teoría de la movilización de recursos y de la oportunidad política y, la teoría de los nuevos movimientos sociales. Alain Touraine puede vincularse con la teoría de los nuevos movimientos sociales que se refiere a un amplio conjunto de acciones colectivas que no habían podido ser analizadas desde las perspectivas anteriores porque se dirigen hacia otras lógicas de acción basadas en la política, ideología, cultura, etnicidad, género o sexualidad (bases de la acción colectiva) (Berrío, 2006).

Touraine fue quizá el exponente más importante la teoría de los nuevos movimientos sociales. Para él, los movimientos sociales son fuerzas centrales que combaten entre sí para controlar la producción de la sociedad y regular la acción de las clases en la conformación de la historicidad. La historicidad se trata de la acción de actores históricos y depende del poder de dominación de que dispone cada uno de ellos, lo que permite explicar la transición de un tipo de sociedad a otro. Las relaciones de clase se convierten en luchas sociales por el control de la dirección social de la historicidad (Berrío, 2006).

Los movimientos sociales representan una acción de clase orientada culturalmente ya que los actores interactúan y entran en conflicto dentro de un modelo ético. El análisis del modelo ético de Touraine permite definir tres sistemas de acción: institucional, organizacional y de acción histórica. Estos sistemas están mediados por las relaciones de clase que caracterizan al tipo de sociedad donde se sitúan organizaciones e instituciones (Berrío, 2006).

En este sentido, Pleyers y Álvarez, en el artículo "La producción de la sociedad a través de los movimientos sociales", analizan si es válida la idea de Alain Touraine de que los movimientos sociales producen la sociedad. En 1973, Touraine propuso que se podía

considerar a los movimientos sociales como protagonistas de la producción de la sociedad por sí misma y esa propuesta parecía apropiada durante los primeros años de la década de 2010, con "las primaveras árabes", los movimientos estudiantiles en Chile y Colombia, el 15M en España y *Occupy Wall Street*. A finales de la década del 2010, el panorama político y social estaba lejos de las esperanzas democráticas que movilizaron a millones de ciudadanos porque en todos los continentes los activistas fueron reprimidos por los poderes que pretendían derrocar, lo que conduce a cuestionar el rol de los movimientos sociales como protagonistas en las transformaciones sociales (Pleyers y Álvarez, 2017).

Pleyers y Álvarez consideran que los movimientos sociales pueden ser protagonistas de la producción de la sociedad (retomando el pensamiento de Touraine), si se considera la necesidad de ampliar el panorama de los actores considerados como *movimientos sociales*. Estos no se resumen en su impacto en la política institucional, ni en la protesta y la oposición. Es decir, los movimientos sociales contribuyen a producir la sociedad, pero no son los únicos actores que participan (Pleyers y Álvarez, 2017).

Touraine y su interpretación del altermundismo

Alain Touraine, en *Un nuevo paradigma. Para comprender el mundo de hoy*, asevera que la globalización es una forma extrema de capitalismo, con una separación completa de la economía y otras instituciones sociales y políticas que no pueden controlar la propia globalización (Touraine, 2005). En contraparte, el movimiento altermundista ocupó el lugar del socialismo en los primeros decenios de la sociedad industrial, porque ambos luchan contra la dirección capitalista tanto de la economía como de la sociedad y atacan al tipo de sociedad definida por las formas de producción, organización y autoridad. El altermundismo se trata de una gran diversidad de reivindicaciones y no se corresponde con una etapa

de la modernidad sino con una forma extrema de modernización capitalista (Touraine, 2005).

Para Touraine, la mundialización es el proceso que se desata con la caída del muro de Berlín y la caída de las Torres Gemelas de Nueva York, lo que hizo triunfar el espíritu de la guerra y condujo a una circulación acelerada de bienes, servicios, obras, prácticas culturales y representaciones político-sociales. A partir de entonces, la lógica de imposición imperial reemplazó a la lógica de la sociedad. Al respecto, es necesario tener en cuenta la obra *¿Choque de las civilizaciones?* de Samuel P. Huntington quien expuso que la idea de globalización sugiere un mundo dominado por empresas y redes tanto financieras como económicas. Touraine afirma que los movimientos altermundistas se crearon en contra de la hegemonía económica de Estados Unidos porque las redes mundiales están en manos de los estadounidenses (Touraine, 2005).

Noam Chomsky sostiene que la mundialización no se trata de la difusión global del mercado libre, porque el capitalismo nunca ha sido un mercado libre, sino de la consolidación de empresas estadounidenses a nivel mundial, que tienen la capacidad de obligar a los Estados a hacerles concesiones al imponer principios de libre mercado y marginando a las empresas locales. El objetivo de la mundialización neoliberal es político porque una de las metas es restaurar el poder político de las clases propietarias que había desaparecido desde la mitad del s. XX. Por ello, Chomsky no creía que el nacionalismo fuera el contrapeso para la mundialización, pero sí valoraba algunos aspectos de la integración mundial y consideraba que la consolidación de la Unión Europea era potencialmente progresista en la medida en que erosionaba el culto del Estado nación, aunque también criticaba su forma neoliberal (Bonfiglioli y Budgen, 2006).

Jaime Pastor en *Qué son los movimientos antiglobalización. Seattle, Génova, Porto Alegre... Los diferentes grupos y sus propuestas. El debate después del 11/09* señala que existe un gran debate en la definición de globalización. Por un lado, se refiere a un proyecto o intención

globalizadora a partir de intereses determinados; por otro lado, es necesario hablar de globalizaciones: financiera, económica, política, cultural, comunicacional, etc. De esta forma, dentro de esta integración global los mercados financieros han sufrido grandes cambios (Pastor, 2002).

La globalización tiene un carácter selectivo, jerárquico y excluyente, por lo que algunos investigadores hablaban de *triadización* debido a que la mayoría del capital circulaba entre Estados Unidos, Japón y la Unión Europea, lo que acentuó las relaciones de dependencia entre el centro y la periferia. La internacionalización de la economía crea una mayor concentración tecnológica, de saberes y sectores estratégicos que aumentan las desigualdades a escala global y en el interior de cada país. El inicio de la globalización se sitúa a comienzos de los años setenta y hasta los años noventa comenzó la irrupción pública de una protesta global a través de los medios de comunicación. En los años setenta hubo una campaña contra la compañía *Nestlé* por vender leche adulterada al "Tercer Mundo" (Pastor, 2002). Por ello, fueron significativas las *Contracumbres* de 1988 en Berlín y Rio de Janeiro, así como las acciones en 1992 contra el V Centenario del "Descubrimiento de América". No obstante, se considera que el movimiento contra la globalización comenzó en 1994 con el levantamiento del EZLN en Chiapas, México:

> El primer aldabonazo en la protesta de masas contra las consecuencias del proceso de "globalización", es el 1 de enero de 1994, con el levantamiento neozapatista de Chiapas, cuando se puede ubicar el detonante de este nuevo ciclo de movilizaciones frente a los efectos de la "globalización", tal como queda de manifiesto en la denuncia que de la entrada en vigor del Acuerdo de Libre Comercio en América del Norte hace el ejército Zapatista de Liberación Nacional con el grito de "¡Ya basta!". La novedad de un movimiento que recurre a las armas para desafiar, en nombre de los derechos de los pueblos indígenas y de "los de abajo" en general, ese pacto asimétrico entre México, Estados Unidos y Canadá, se ve reforzada además por

> el empleo de un nuevo lenguaje y un nuevo discurso a través de los medios de comunicación y de internet reivindicando valores como la "dignidad" y llamando a la resistencia y a la rebeldía social (Pastor, 2002, p. 31).

Dentro de este contexto fueron muy importantes los "Encuentros Intercontinentales contra el Neoliberalismo" como referencia política para los grupos que iniciaron el movimiento antiglobalización. En 1996, se desarrolló el primer Encuentro en Chiapas donde se observaba la intención de los zapatistas de unirse con otros movimientos. En 1999, las movilizaciones en Colonia (Alemania) y en Seattle (Estados Unidos) frente a la Cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC), muestran las redes e iniciativas que se habían creado contra el neoliberalismo. Lo ocurrido en Seattle no solo fueron acciones en las calles, sino que hubo una organización compuesta por debates antes, durante y después de esas jornadas, por lo que los medios de comunicación reconocieron el surgimiento del movimiento *antiglobalización* que generó diferentes protestas a nivel mundial contra las cumbres del G7 (Pastor, 2002).

A principios del siglo XXI hubo dos acontecimientos importantes en México y Brasil. En 2001, se organizó la "Marcha del color de la tierra" del EZLN hacia la ciudad de México para exigir respeto a los derechos de los pueblos indígenas y fue apoyada por diversas redes del movimiento altermundista. Por otra parte, en Brasil en 2001, se organizó el Foro Social Mundial de Porto Alegre como respuesta al Foro Económico de Davos. El primero buscaba demostrar que los nuevos movimientos tenían propuestas diferentes y creían que "otro mundo es posible". Estos movimientos establecieron una nueva relación entre lo social, lo político y lo cultural que obligaron a modificar la agenda política de las élites globalizadoras (Pastor, 2002).

Altermundismo y su lucha contra la lógica del imperio

Touraine afirmaba que a finales del siglo XX se podían observar tres formas de crítica social: la primera era la menos apta para comprender la mundialización porque se apoyaba en los sectores protegidos para disminuir la pobreza; la segunda reprochaba al poder financiero que motivaba la mundialización y denunciaba la miseria e inequidad. La tercera forma de crítica social inspiró la obra *¿Cómo salir del liberalismo?* Allí aparecieron nuevos actores en busca de la reivindicación de los derechos e identidades, intentando reconstituir una capacidad de acción que se comenzó a debilitar hace veinte años, debido a que defendieron un modelo económico que no se adaptaba a la sociedad (Touraine, 1999).

Los intelectuales tienen una responsabilidad particular y depende de ellos que la protesta se degrade o conduzca a la formación de nuevos actores sociales, e indirectamente, a la creación de nuevas políticas sociales y económicas. La aproximación de Touraine a esta realidad surgió a través de tres ideas, en primer lugar, la globalización es un conjunto de tendencias importantes, pero poco solidarias entre sí; en segundo lugar, las protestas sociales mejor fundadas pueden llevar a callejones sin salida si no buscan crear nuevas formas de control social de la economía y transformar la sociedad. En tercer lugar, el trabajo de reconstrucción supone una complementariedad entre la acción social y las intervenciones políticas (Touraine, 1999).

Los intelectuales liberales invitan a dejarnos guiar por los mercados, una idea a la que se contrapone la ultraizquierda que denuncia la dominación. Por ello, el propósito de su obra *¿Cómo salir del liberalismo?* es defender tres ideas: la mundialización de la economía no disuelve la acción política, los desprotegidos se rebelan contra la dominación para reclamar sus derechos y el orden institucional es ineficaz (Touraine, 1999).

Por otra parte, Touraine en *Un nouveau paradigme. Pour comprendre le monde d'aujourd'hui* (*Un nuevo paradigma. Para comprender el mundo de hoy*) aborda las causas y consecuencias del movimiento altermundista y afirma que ocupó el lugar del socialismo en los primeros decenios de la sociedad industrial, porque ambos luchan contra la dirección capitalista de la economía y la sociedad, atacando el tipo de sociedad definida por las formas de producción, organización y autoridad (Touraine, 2005). Por ende, a finales del siglo XX, aparecieron nuevos actores en busca de la reivindicación de sus derechos, mostrando una capacidad de acción contra un modelo económico inadecuado, por lo que se pueden establecer paralelismos entre el altermundismo y el socialismo, porque luchan contra la imposición del capitalismo y la lógica del imperio.

Conclusiones

Alan Touraine fue uno de los investigadores que a finales del siglo XX sostuvieron que el silencio o la crisis del intelectual en Francia comenzó a partir de los años ochenta, asociado al fin de un periodo histórico simbolizado con la caída del muro de Berlín y el derrumbe del bloque soviético, que motivaron diversas revisiones ideológicas. Consideraba que el debate sobre la figura del intelectual no había terminado a finales del siglo XX.

Touraine fue de los investigadores más conocidos por la teoría de los nuevos movimientos sociales. Estos movimientos son fuerzas centrales que combaten entre sí para controlar la producción de la sociedad y regular la acción de las clases en la conformación de la historicidad. Para él, los movimientos sociales representaban una acción de clase dirigida culturalmente y en su análisis del modelo ético definía tres sistemas de acción: institucional, organizacional y de acción histórica. En este sentido, afirmaba que a finales del siglo XX se podían observar tres formas de crítica social: la que apoyaba a los sectores protegidos para disminuir la pobreza, la que

reprochaba al poder financiero que motivaba la mundialización y denunciaba la miseria e inequidad, y la que analizaba a los nuevos actores que aparecieron en busca de la reivindicación de los derechos e identidades.

Finalmente, el movimiento altermundista fue la coyuntura histórica que despertó a los intelectuales a finales del siglo XX, es decir, que los sacó de su silencio relativo. De esta forma, se comprueba la idea de Touraine de que el silencio de los intelectuales se explicaba por el fin de un periodo histórico, simbolizado con la caída del muro de Berlín y el socialismo. El altermundismo con su lucha contra la imposición del capitalismo y la lógica del imperio era una muestra de que el debate intelectual no había terminado a finales del siglo XX. De esta forma, se puede entender la evolución del pensamiento de Touraine sobre el compromiso, desde el silencio de los intelectuales hasta los nuevos movimientos sociales y el altermundismo.

Bibliografía

Bauman, Zygmunt (2007). *La décadence des intellectuels: Des législateurs aux interprètes*. Paris: Éditions Jacqueline Chambon.

Berrío Puerta, Ayder (2006). La perspectiva de los nuevos movimientos sociales en las obras de Sydney Tarrow, Alain Touraine y Alberto Melucci. *Instituto de Estudios Políticos*. https://www.redalyc.org/pdf/164/16429057009.pdf

Bonfiglioli, Chiara y Budgen, Sébastien (coordonné par) (2006). *La planète altermondialiste. Guide critique de la pensée de: Samir Amin, Pierre Bourdieu, Bernard Cassen, Noam Chomsky, Susan George,*

Naomi Klein, Sous-Cdt Marcos, Toni Negri, Arundhati Roy, etc. Paris: Lés éditions Textuel.

Delacroix, Christian et al. (2010). *Historiographies, concepts et débats*. Paris: Gallimard.

Denis, Benoît (2000). *Littérature et Engagement, de Pascal à Sartre*. Paris: Éditions du Seuil.

Hofmeister, Wilhelm y Mansilla, H. C. F. (2003). *Intelectuales y política en América Latina: El desencantamiento del espíritu crítico*. Rosario: Homo Sapiens.

Hourmant, François y Leclerc, Arnauld (sous la direction de) (2012). *Les intellectuels et le pouvoir: Déclinaisons et mutations*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.

Leymarie, Michel (sous la direction de) (2003). *L'histoire des intellectuels aujourd'hui*. Paris: Presses Universitaires de France.

Martuccelli, Danilo (2019). Alain Touraine y la historia. *Lua Nova*. https://doi.org/10.1590/0102-036064/106

Pastor, Jaime (2002). *Qué son los movimientos antiglobalización. Seattle, Génova, Porto Alegre... Los diferentes grupos y sus propuestas. El debate después del 11/09*. Barcelona: RBA Libros.

Pleyers, Geoffrey y Álvarez-Benavides, Antonio (2017). La producción de la sociedad a través de los movimientos sociales. *Revista Española de Sociología*. https://doi.org/10.22325/fes/res.2018.53

Touraine, Alain (1992). *Critique de la modernité*. Paris: Fayard.

Touraine, Alain (1999). *Comment sortir du libéralisme?* Paris: Fayard.

Touraine, Alain (2005). *Un nouveau paradigme. Pour comprendre le monde d'aujourd'hui.* Paris: Fayard.

Winock, Michel (1999). *Le siècle des intellectuels*. Paris: Éditions du Seuil.

Zarka, Yves Charles (2010). *La destitution des intellectuels et autres réflexions intempestives*. Paris: Presses Universitaires de France.

Una perspectiva de análisis para la acción colectiva de mujeres desde la sociología de Alain Touraine

Nerea Lucrecia Jodor

Introducción

En general, los estudios latinoamericanistas sobre acción colectiva de mujeres, su burocratización y las diferentes formas que esta última adopta, han puesto el acento sobre las ventajas o desventajas de sus aspectos organizacionales. Para ello, se han seguido constructos teóricos como los de la movilización de recursos (MaCarthy y Zald, 1977) o el de las estructuras de oportunidades (Tilly y Tarrow, 2006); dejando poca atención al rol que cumplen los colectivos y sus organizaciones sobre la cuestión subjetiva (Touraine, 2007; 2012; 2016).[1] Es por ello que el presente texto viene a colaborar con esta línea de investigación compartiendo con la

[1] Ampliando, el trabajo de Rubio García (2004) recoge las líneas de análisis focalizadas en el aspecto estructural de los colectivos (Tarrow, 2001; 2006), sobre la acción y escenarios de oportunidades (Tilly y Tarrow, 2006) como las estrategias para la visibilización de demandas y/o para la obtención de recursos materiales y humanos (MaCarthy y Zald, 1977), entre otros aspectos organizacionales. Asimismo, recupera otras líneas de investigación que se concentran en los aspectos subjetivos (Touraine, 2006; 2007; 2012; 2016) e identitarios de la acción colectiva (Melucci, 1995, 1999) ya que tanto los objetivos y luchas como la identificación de un adversario externo al grupo (Garretón 2002; 2006) son elementos determinantes en los sentidos de pertenencia

comunidad académica un constructo teórico –ya utilizado en la propia tarea de investigación– que toma como lienzo la sociología de la acción fundada por Alain Touraine sobre el cual se combinan otras conceptualizaciones clásicas, latinoamericanas y feministas apropiadas para el análisis de las diferentes formas que adopta la acción colectiva de mujeres como sus procesos de burocratización desde una perspectiva subjetiva.[2]

Este entramado teórico y sus conceptos sirven para encarar investigaciones que busquen comprender cuál es el rol de las *organizaciones emergentes* en la construcción de una identidad feminista local y cómo es posible que la conciencia social femenina trascienda los límites del propio movimiento. Así es como, se expondrá la construcción o reconstrucción de conceptos analíticos enraizados en la vasta obra del autor homenajeado que resultaron útiles. Para el análisis subjetivo de la acción colectiva de mujeres, sus formas y procesos de burocratización. Entre los más importantes se retoma el concepto de situación post-social y sociedades en tránsito (Touraine, 2016), espacios meta-sociales (Touraine, 2013), llamamiento a la acción (Touraine, 2006), sujeto transparente (Touraine, 1969), subjetivación e intervención sociológica (Touraine, 2007), colectivos culturales (Touraine, 2012), entre otros.

Asimismo, sobre los conceptos touraineanos y su combinación con otros autores y autoras se pincelan categorías propias como son: amplitud de demandas, trascendencia, conciencia social femenina, espacios intermediarios o contenedores, práctica de

---

e identificación de los individuos respecto de un colectivo y sus demandas (Viguera, 2009).

[2] Los modelos teóricos no representan una generalidad ni especificidad de lo que se da en la realidad empírica sino que sirven para comprender estructuras como por ejemplo la burocracia, o bien procesos de desarrollo y cambio social. En otras palabras, el tipo ideal es una construcción del investigador, que a partir de su interés y orientación teórica le permiten abordar una interpretación de los acontecimientos sociales (Weber, [1922] 2002; Ritzer, 1993). Por ello, vale la pena aclarar, que este constructo ya ha sido aplicado a una investigación anterior, motivo por el cual en algunas ocasiones los conceptos teóricos serán ejemplificados con datos extraídos de ella.

regresar (se) o de (re) crearse, distancias creadoras. Este conjunto conceptual se amalgama con otras categorías ya desarrolladas por autores latinoamericanos y afines como es la idea de interacción colectiva (Domingues, 2020 y Guzmán Barcos, 2011), ongenización o procesos de burocratización, institucionalización de organizaciones (Álvarez, 2001), permeabilidad de demandas (Di Marco, 2011), entre otros.

Ahondando sobre los antecedentes y la línea de investigación con la que se pretende colaborar, autonomía o institucionalización sigue siendo una discusión vigente hacia el interior del movimiento latinoamericano de mujeres (Álvarez, 2019). La cuestión gira en torno a las limitaciones o potencialidades que implica para el colectivo de mujeres, en cuanto organización y espacio identitario, el conservar una voluntad libre de condicionamientos externos, horizontal y con bajos niveles de burocratización; o bien optar por formatos más estructurados que de alguna manera dan lugar a lo que se conoce como la pérdida del carácter movimentista, procesos de *ongenización* (Álvarez, 2001; 2002) o burocratización de las organizaciones.[3]

[3] Siguiendo a Álvarez (2001) la *ongenización* refiere a procesos de institucionalización que dan por resultado la emergencia de una organización no gubernamentales (ONG), no es otra cosa que la racionalización de los procedimientos y propuestas adecuándolas a un fin determinado. Positivamente, la ongenización brinda la posibilidad de generar demandas válidas y servirse de los recursos materiales y humanos provenientes de otros espacios sociales, colectivos, instituciones y el Estado (Toro de Céspedes, 2007; Jodor; 2021b). Negativamente, en nuestros contextos latinoamericanos la pérdida del carácter movimentista, excesiva burocratización y profesionalización de las organizaciones como el trabajo conjunto con otras instituciones estatales e internacionales atraen marcajes de agenda (Jaquette, 1994), estancamiento de las propuestas colectivas (Álvarez, 2019), cooptación e inmersión de los grupos en lógicas clientelares o políticas (Rivera Cusicanqui, 2018). Otros estudios más generalistas, pero no por ello menos latinoamericanos, han abordado la misma problemática. Entre los más significativos se encuentra Álvaro García Linera (2011), quien diagnostica a la ongenización como la enfermedad de los gobiernos de la región. Otro trabajo que aborda estos procesos sin observar la cuestión subjetiva es el de Filmus, Arroyo y Estébanez (1997) realizado en Argentina hace más de dos décadas. En él queda de manifiesto que la relación entre ONG y Estado atrae dificultades a los colectivos para enfrentar el clientelismo y la burocratización en Argentina.

En relación con mujeres, el trabajo de Sonia Álvarez (2001, 2014, 2019) se ha convertido en una referencia al momento de abordar las bondades y perjuicios del *boom de las organizaciones feministas no gubernamentales* o la ongenización de los movimientos de mujeres y feministas. Sus investigaciones dejan de manifiesto una correlación entre los programas y políticas públicas dirigidas a mujeres (Escobar, Álvarez, Danino, 2001), en particular, aquellas destinadas a fomentar prácticas ciudadanas y sociales que aseguren la equidad de género, y la creación de un número llamativo de ONG que reciben fondos (Álvarez, 2009). Dejando claro que las oportunidades para conseguir fondos, muchas veces, marcan la agenda de estas organizaciones según la *coyuntura del momento*; ya sea que estos provengan de entidades nacionales o bien supra nacionales (Álvarez, 1990), pero sin abordar a fondo la cuestión identitaria.[4]

La misma línea de investigación siguen los trabajos locales de Blondet (2001), Jaquette (1994), Barrig (1997, 1998), Vargas (2008), D'Atri (2011). Este conjunto de autoras coincide en señalar que la excesiva racionalización del movimiento feminista latinoamericano, iniciado en los ochenta en adelante, produce una y otra vez el vaciamiento de las filas militantes y su domesticación por parte del Estado u organismos internacionales. Asimismo, el trabajo local de Ruibal (2015; 2017) muestra la estructura de oportunidades utilizadas por el colectivo argentino en materia de litigio estratégico ante los tribunales. En igual sentido, el trabajo de Smulovitz (2015) analiza el abordaje de políticas públicas en materia de violencia

[4] Los contextos sociales, culturales, económicos y políticos a nivel mundial y local, determinan el destino de los fondos de fomento. En este sentido, los criterios y objetivos pactados por la comunidad internacional en acuerdos como Nairobi (1985) sobre derechos del Niño; Nueva York (1990) sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo; Río de Janeiro (1992) sobre Derechos Humanos; Viena (1993) sobre la Población y el Desarrollo; El Cairo (1994) y Copenhague (1995) sobre la Cumbre Mundial de Desarrollo Social; y la Plataforma de Acción de Beijing (1995) pusieron en funcionamiento mecanismos institucionales y financieros, a nivel nacional e internacional cuyos objetivo fueron el mejoramiento de la calidad de vida de las mujeres.

de género con recepción legislativa en las diferentes provincias argentinas. Temáticas que, si bien no están alejadas de la cuestión organizacional y sus formas, siguen sin abordar completamente cual es el rol de la acción colectiva y sus organizaciones en la construcción de una identidad y conciencia social feminista.

Además, dentro de la región existen tesis de posgrado específicas que toman como eje de análisis a la ongenización, como por ejemplo el trabajo de la chilena Toro de Céspedes (2007) quien realiza un recorrido por las estrategias de acción utilizadas por las diferentes olas del feminismo latinoamericano y sus ONG; o bien, el propio trabajo sobre procesos de institucionalización jurídica de colectivos de mujeres y feministas en Córdoba, Argentina, para el periodo 1999-2015 (Jodor, 2021b), el cual explora los contextos de institucionalización (Jodor, 2021a), las estrategias de acción, la permeabilidad de demandas dentro de las redes interorganizacionales y la continuidad o ruptura de identidades femeninas dentro de espacios intermediaros como son las organizaciones emergentes. En igual tónica, con anterioridad, Di Marco (2011) ha trabajado sobre la emergencia de un pueblo feminista a raíz de la permeabilidad de demandas y la interacción colectiva operada entre movimientos piqueteros y grupos de mujeres.

Otra académica chilena cuyo trabajo sirve de antecedente a esta propuesta, es el de Virginia Guzmán Barcos (2011), quien tomando como eje un análisis socio histórico de la sociedad civil chilena (1980-2010), aborda la generación de nuevas prácticas y sistemas de acción social, determinando cómo estas inciden sobre el orden social de género y el reconocimiento de los derechos de las mujeres. Guzmán Barcos (2011) y Guzmán y Bonan (2007), han aplicado la *teoría de la causalidad colectiva* desarrollada por el brasilero Mauricio Domingues (2009) para explicar en profundidad, desde una perspectiva latinoamericana, la construcción de las identidades individuales y colectivas hacia el interior de la acción colectiva, teniendo en cuenta que estas son generadas a partir de

las interrelaciones organizacionales (Di Marco, 2011) y están condicionadas por un contexto histórico (Jodor et al. , 2022).

Nótese que en general estos abordajes ponen el acento sobre aspectos organizacionales como la movilización de recursos (MaCarthy y Zald, 1977) o las estructuras de oportunidades (Tilly y Tarrow, 2006), dejando poca atención al rol que cumplen las *organizaciones emergentes* sobre la cuestión subjetiva (Touraine, 2007; 2012; 2016).[5] Es por ello que estas líneas invitan a reflexionar y construir a partir de las categorías teóricas propuestas por Touraine un marco analítico para comprender el rol que cumplen los espacios colectivos en la subjetivación de una identidad feminista local, y la trascendencia de sus demandas fuera de los límites del propio movimiento.

¿Desde dónde miramos a la acción colectiva de las mujeres y sus procesos de institucionalización?

En los últimos años, la obra de Touraine (2012; 2016; 2019) desarrolla la idea de que nuestras *sociedades capitalistas avanzadas* se encuentran *transitando* hacia una situación post-social alejada de los ideales modernos y sus procesos de implementación[6]. La

[5] Ampliando, el trabajo de Rubio García (2004) recoge las líneas de análisis focalizadas en el aspecto estructural de los colectivos (Tarrow, 2001, 2006), sobre la acción y escenarios de oportunidades (Tilly y Tarrow, 2006) como las estrategias para la visibilización de demandas y/o para la obtención de recursos materiales y humanos (MaCarthy y Zald, 1977), entre otros aspectos organizacionales. Asimismo, recupera otras líneas de investigación que se concentran en los aspectos subjetivos (Touraine, 2006; 2007; 2012; 2016) e identitarios de la acción colectiva (Melucci, 1995, 1999), ya que tanto los objetivos y luchas como la identificación de un adversario externo al grupo (Garretón 2002; 2006) son elementos determinantes en los sentidos de pertenencia e identificación de los individuos respecto de un colectivo y sus demandas (Viguera, 2009).

[6] Siguiendo a Touraine (2012) y Domingues (2009), el ideal moderno establece las posibilidades y limitaciones de los sujetos individuales y colectivos, regulando nuestras relaciones interpersonales y sociales, dividiendo dicotómicamente lo social en espacios públicos y privados al instituir subjetividades como propias de los sectores estatales y gubernamentales, de la sociedad civil, y mercantiles (Touraine, 2013, 2016;

ciudadanía, tradicionalmente concebida como la constante e imperfecta relación de un individuo con el Estado, es en sí misma una acción social con un nuevo sentido (Touraine, 2016). La propuesta teórica touraineana ata la acción social colectiva al ejercicio activo de la ciudadanía individual, permitiendo rescatar y reconstruir las disputas por los derechos y las estrategias utilizadas para su realización a partir de la construcción de subjetividades individuales (Touraine y Khosrokhavar, 2002). Pues, en la actualidad las personas individualmente, son invitadas, a ejercer una ciudadanía comprometida y consciente de los derechos y obligaciones que sobre ellas recaen como seres sociales integrantes de grupos humanos organizados (Sassen, 2015). Al mismo tiempo, las actuales luchas sociales requieren de las personas individuales involucradas en ellas, un ejercicio de la ciudadanía consciente y direccionado a garantizar la realización un conjunto de derechos universales propios del ser humano, o lo que llamamos *dignidad humana* (Sassen, 2021; Habermas, 2010).

En el avance hacia la situación post social planteada por Touraine (2006; 2016), nos adentramos en un estadio social amorfo, donde se constituyen e instituyen conflictos sociales (Castoriadis, 2007) con nuevos rasgos. Se destruyen viejas creencias y forjan nuevas convicciones alimentando viejas tensiones modernas o nuevas disputas post-sociales en un vaivén comunicacional de carácter inmediato (Habermas, 1999), exigiendo a los individuos

---

Habermas, 1999). Este modelo en plena deconstrucción y replanteo, ha sido adoptado en distantes espacios geográficos, dentro de los cuales las preexistentes cosmovisiones del mundo se entremezclan con los *procesos modernizadores o modernizaciones* operadas sobre sus territorios adoptando visos propios según los contextos (Rivera Cusicanqui, 2018; Flórez Flórez, 2018). Para el continente, estas *modernizaciones* tuvieron, tienen y tendrán un rol importante en la conformación del escenario donde se imprimen las luchas de los movimientos. Porque configuran un conjunto de prácticas, corrientes de pensamiento, institución de sistemas de acción social y aprovechamiento de las *distancias creadoras* que pusieron, ponen y pondrán en marcha la *institución o constitución* de nuestras sociedades latinoamericanas; y dentro de ellas y sus imaginarios sociales la recepción, reproducción y constitución local de "ciudadanías negadas" (Jelin, 2001).

atravesar por una experiencia de subjetivación individual y convertirse en actores sociales de su propia vida (Viguera, 2009; Jodor, 2016a). Así, la construcción de la subjetividad se da en una suerte de interacción y negociación constante con el medio, donde las personas logran reconocerse a sí mismas, y en comunidad con otros (Castoriadis, 2007; Touraine, 2012, 2016).

Relacionado con lo anterior, las demandas invocan y resaltan valores de tipo cultural arraigados o relacionados con el concepto de *dignidad humana* (Habermas, 2010), disputando un espacio de reconocimiento (Taylor, 1994) a lo largo del tiempo y según los contextos (Jodor et al., 2022). Más aún, los nuevos formatos de acción social en el espacio público logran disolver los límites antes impuestos por la especificidad y atribución de estas luchas a personas vinculadas con determinados sujetos colectivos, como son por ejemplo el grupo de trabajadores, estudiantes, mujeres, etc.

Actualmente, las demandas colectivas adoptan una gran *amplitud* que se justifica en la disolución de los límites, impuesta por el mismo tránsito hacia las sociedades post-sociales; y la miscibilidad de las demandas dentro del *imaginario* (Castoriadis, 2007) que terminan por encontrar recinto en el *ello* de cada sujeto individual (Touraine, 2006) independientemente de su identificación o vinculación con un grupo determinado (Jodor, 2016b).[7]

Ahondando sobre las categorías antes enlazadas, para Castoriadis (2007), el *imaginario* es un elemento social que representa la especulación, es decir, una imagen reflejada que no es idéntica a la original pero que contiene su posibilidad. Concepto que, al combinarse con la propuesta de Touraine, habilita espacios identitarios para la modificación social. Precisamente cuando la imagen que contiene la posibilidad es comprendida e internalizada por el individuo como un reflejo del otro que es similar a mí, se convierte en realidad y con ella opera la modificación. Así, cada sociedad

[7] La miscibilidad es un término utilizado la química para referir a un líquido con capacidad para mezclarse en una sola masa homogénea con otro.

plantea una visión de sí misma que se convierte en una visión del mundo, los individuos y colectivos inmersos en ese universo social, miran a los otros desde esa visión del mundo arraigada en el *ello* (deseo). Tal como explica Touraine (2006, 2016) a lo largo de su obra, el *súper yo* es un espacio donde reside un *ethos normativo* sobre lo social (las relaciones sociales); este traspasa el *yo*, y se arraiga en el *ello*, colonizando el deseo, alienándolo y dejándolo vacío de sentido. En esta lógica, el individuo es una unidad en la que se encuentran y se mezclan vida y pensamiento, experiencia y conciencia. Para Touraine (2006, 2016), el *llamamiento a la acción,* al cambio social y cultural, opera cuando el *individuo* se convierte en *actor social* porque comprende que en su propia existencia radica un *deseo*, *una libido* representada por un *ello.* Al tomar conciencia sobre el *ello* atrofiado por la asignación moderna de posibilidades y limitaciones a la subjetividad, el individuo se ve habilitado a tomar el control de su propia vida o de su vivencia. Esto le permite al *ello* pasar al *yo* a través de la impresión de un proyecto personal que *supera* la asignación y asunción de roles y estatus sociales aplicada por el *súper yo* (ethos normativo de las relaciones sociales) nutrido de un ideal moderno o posmoderno.

En la propuesta de Alain Touraine, el ethos viene nutrido por los ideales modernos y se encuentra en modificación hacia la situación post-social, en complemento, lo que en este texto se plantea es que para los casos de estudio sobre movimientos feministas y de mujeres como de las organizaciones emergentes de procesos de institucionalización de los primeros, resulta más que necesario e interesante atender no solamente a las particulares formas que adoptan estos ideales en contextos y situaciones locales, sino a las interacciones identitarias entre sujetos colectivos e individuales que permiten la permeabilidad de demandas a raíz de la *subjetivación individual* que experimentan las personas independientemente de su participación en estas organizaciones o grupos sociales (Jodor, 2016b).

La *subjetivación*, entonces, es un proceso mediante el cual el *sujeto universal* como posibilidad se presenta en *mí (self)* y de esa manera emerge una nueva interpretación del *sujeto de tipo personal o individual* (Touraine, 2012) que tiene la capacidad de modificar o transformar el orden cultural y social por medio de la acción individual, independientemente del grupo social al cual el individuo pertenezca. Verbigracia, si se piensa en las demandas históricamente planteadas por los colectivos de mujeres, desde lo que conocemos como feminismo de la igualdad, pasando por el sufragismo y el feminismo de la diferencia hasta su evolución actual en un posfeminismo (Barrancos, 2020; Brown, 2014) es notable cómo las actuales demandas son posibles y están construidas en base a disputas y logros anteriores relacionados con la dignidad humana, que van permeando primero a los sujetos individuales, luego a los colectivos feministas y finalmente a hacerse miscible en el todo social (Di Marco, 2011; Bellucci, Barrancos y Femenías, 2020).

De ahí que la mencionada *amplitud de las demandas* y sus efectos sobre la subjetivación sean entendidos para este constructo teórico como una *trascendencia* (Jodor, 2016b). Término que viene a completar lo que propone el sociólogo francés, refiriendo específicamente a la adopción de las demandas y propuestas de un colectivo por una innumerable cantidad de personas que las hacen suyas defendiéndolas como propias e incluyéndolas en su accionar cotidiano, aun cuando no formen parte de los grupos o colectivos que las proponen. O, dicho de otra manera, el alojamiento de los objetivos y tensiones que movilizan a un grupo determinado (movimiento social) en el *ello* (deseo) individual de múltiples personas. Esta propuesta no significa negar la posibilidad de que de alguna manera estas apropiaciones no sean completamente libres sino condicionadas en mayor o menor medida a las configuraciones de los espacios sociales en los que las mujeres desarrollan sus vivencias (Di Marco, 2011); por el contrario, suma como punto de vista a la autonomía de la voluntad de cada sujeto personal y cómo este se identifica con un *otro* que antes le era ajeno sin necesidad

de participar activamente de un grupo colectivo. Así, por ejemplo, una vez trascendidas las demandas feministas de igualdad en el ámbito laboral o sobre el reparto equitativo de las tareas de cuidado en espacios intrafamiliares y públicos, estas se convirtieron en una lucha y una buena práctica enarbolada no solamente por mujeres sino también por varones, personas cisgénero y transgénero, e instituciones públicas y privadas donde muchos de sus integrantes, independientemente de su identificación personal con el movimiento feminista o su pertenencia al grupo de mujeres trabajadoras y/o que desempeñen roles de cuidado, pusieron en marcha acciones individuales y colectivas que respondían a una posibilidad del imaginario, ese reflejo alojado en *ello* individual provoca el florecimiento de acciones que hacen posible la modificación.

Este ejemplo deja de manifiesto que las personas como individuos no necesitan ser miembros activos de un colectivo u organización feminista, ni conformar sus filas y militar en ellas para tomar conciencia de que existe un sistema heteronormativo (Butler, 2014), dicotómico y jerárquico de sexo-género (Rubin, 1986) que condiciona su desarrollo personal y colectivo. Porque el imaginario mismo visibiliza la ilegitimidad de una diferencia originaria, operando un reconocimiento y ruptura con el orden cultural moderno imperante que da por resultado una *conciencia social femenina.*[8] *Lo que es igual a sostener, desde una perspectiva touraineana, que*

[8] Reiteradamente se ha referido a la universalidad moderna como un ideal selectivo que dejó fuera a las mujeres y cualquier otra subjetividad no masculina (Pateman, 1996). Es decir, el ideal moderno de feminidad se asocia a rótulos de incapaz, falta de razón, histérica, loca, entre otros atributos que sellaron una operación de ocultamiento (Barrancos, 2020) atribuyendo a la femineidad un catálogo de estatus y roles, cuerpos e imaginarios femeninos que se traducen pública y privadamente a las figuras de madres, educadoras, cuidadoras, sanadoras, entre otras. La operación de ocultamiento da por resultado la opresión sobre las subjetividades femeninas y su *ello*; y la institución de un sistema jerárquico y dicotómico de sexo - género (Rubin, 1986) o un sistema heteronormativo (Butler, 2014) que distingue y naturaliza como femeninas o masculinas una serie de actividades, profesiones, habilidades y espacios según los sexos. De esta manera, la implementación del ideal moderno y sus dicotomías muchas veces encuentra una distancia con la realidad local a la que se pretendió aplicar. Es en este tipo de distancias donde se encuentran las posibilidades para la

cada individuo posee una conciencia y valoración de su dignidad humana y que, en el caso de las mujeres, esa *conciencia social femenina* tiene un valor agregado debido a la internalización como propias (en cada *ello,* en cada *deseo)* de los logros, reconocimientos y modificaciones sociales o culturales por las que lucharon sus predecesoras. En efecto, Touraine (2007), al realizar investigaciones sobre la subjetividad femenina y la fuerza del movimiento de mujeres para permanecer y renovar las demandas según el tiempo y espacio en el que este tomaba protagonismo, pone en práctica lo que el autor llama la intervención sociológica, consultando a sus entrevistadas *qué es ser mujer.* Las respuestas obtenidas fueron muy similares a las obtenidas durante las propias investigaciones, pues hoy por hoy, pocas mujeres occidentales podrían plantearse la idea de un mundo en el que no fueran titulares de derechos civiles y políticos, pero no hasta hace mucho tiempo los mismos les fueron negados; o bien, pocas de ellas definen su identidad en torno a la condición biológica o cultural de *ser madre o no serlo*.

Colectivos y organizaciones emergentes como espacios intermediarios

Ahora bien, para que ocurra este llamado a la acción de tipo individual al que refiere Touraine (2016) deben existir *colectivos culturales* y organizaciones emergentes de estos pertenecientes a un espacio social situado y localizado donde se manifieste la materialización de la posibilidad imaginaria y a raíz de ello *trascender*.[9]

---

acción, para la disputa de significados que dé lugar a una aprehensión respetuosa de sistemas sociales preexistentes (Rivera Cusicanqui, 2018). Sobre todo, si se tiene en cuenta que cualquier marco de referencia conceptual debe enraizarse en la realidad social, cultural e histórica donde será aplicado. Ejercicio intelectual de aprehensión al contexto de análisis específico que enriquece los conceptos y categorías utilizados para comprender y describir la realidad que se aborda (Jodor, 2014b).

[9] En trabajos anteriores de corte sociohistórico, se ha abordado la necesaria relación entre la producción de la subjetividad y los conceptos de localización y situalización

Antes de continuar, merece párrafo aparte la construcción teórica en clave latinoamericana que aquí se propone del concepto touraineano de *colectivo cultural*, ejercicio que anteriormente realizará Viguera (2009) quien ha trabajado la acción colectiva desde una perspectiva subjetiva (Touraine, 2012), definiéndola como una lucha por intereses específicos, enfocada contextualmente hacia un conflicto de carácter simbólico y cultural. El constructo teórico aquí expuesto, actualiza este concepto llamando *colectivos culturales* a aquella acción colectiva tendiente a proponer un cambio sobre el imaginario social (Castoriadis, 2007) que se apodera de los nuevos espacios metasociales de la ética y el capital (Touraine, 2013), emprendida por el conjunto de grupos, colectivos y personas individuales. Siendo las principales características de estos el estar identificados entre sí por un *ello* común y en constante *interacción colectiva*, independientemente de sus niveles de organización e institucionalización (Domingues, 2009), y siempre dependientes de la localización y contextos en los que se da la acción colectiva (Svampa, 2010) y la *trascendencia* (Jodor, 2016b).

La actualización y enraizamiento latinoamericano del concepto *colectivos culturales* permite asignarle a los espacios organizacionales y colectivos un nuevo rol dentro de nuestras particulares *sociedades en tránsito.* Son espacios en los que las personas independientemente de que participen activamente se encuentran entre sí y con ellas mismas, logrando imprimir un *proyecto personal* a sus propias vidas que les permite alejarse de la racionalidad reproductora impersonal propia de la situación postsocial y sus espacios metasociales (Touraine,2013). Así, esta *posibilidad de crear(se)* como una capacidad propia del ser humano se convierte en una *conciencia* liberada *de* y enfrentada *a* las dicotomías originarias ya instituidas sobre las que se construye la identidad, en este caso la identidad femenina. Pensamiento que permite interpretar que las

---

como marcos de un conjunto de acciones sociales individuales y colectivas que provocan cambios sociales o bien mantienen un orden instituido (Jodor et al., 2022).

participantes de las organizaciones de mujeres toman decisiones y orientan sus acciones mediante una *ética de la convicción* (Weber, 2002 [1922]), sin perder el carácter movimentista una vez institucionalizadas. Sus acciones no dejan de estar guiadas por valores absolutos y demandas incondicionales[10] que proponen un cambio cultural sobre los modelos de subjetividad femenina, las formas en las cuales las mujeres ejercen su ciudadanía y los derechos hacia los que enfocan sus demandas.

Este planteo, a diferencia de otras perspectivas que han estudiado los procesos de institucionalización llegando a la conclusión de que con ellos ocurre una necesaria pérdida del carácter movimentista, resulta esperanzador al interpretar que el rol de las organizaciones emergentes de los *colectivos culturales de mujeres*, lejos de burocratizarse, cristalizar demandas y estancar propuestas movimentistas pueden ser considerados como espacios intermediarios o contenedores de acciones individuales y grupales (Touraine, 1969; 2006). Espacios que, por un lado, permiten la construcción de una identidad feminista localizada y situada en un contexto determinado; y por el otro, avivan una conciencia social femenina que trasciende los límites del propio movimiento y se aloja en múltiples y disimiles subjetividades individuales.

Para comprender mejor, cabe señalar que desde la construcción teórica que se comparte, estos espacios son entendidos como lugares mediadores entre el sujeto individual y el imaginario social (Castoriadis, 2007). Es en ellos donde el sujeto individual

[10] En la tradición weberiana el llamado a la acción encuentra razón en dos conceptos de la ética, el primero es la *ética de la responsabilidad* donde existe un compromiso con los valores que lleva al análisis frío y objetivo de los medios para realizarlos. El segundo y en contraposición al primero, se encuentra la *ética de la convicción,* donde la elección racional de la acción esta predeterminada, el actor orienta su conducta hacia valores absolutos o demandas incondicionales. La *ética de la responsabilidad* implica una lucha por los valores dentro de la misma racionalidad del mundo moderno, a diferencia de la *ética de la convicción* que se aleja de la racionalidad reproductora; por ende, quienes puedan practicar la *ética de la convicción* son la esperanza ante los procesos *burocratizadores* (Touraine, 2012; Weber, 2002[1922]).

aprovecha creativamente la distancia entre un *ello* real y materialmente liberado y el imaginario (Touraine y Khosrokhavar, 2002; Castoriadis, 2007). Así es como la *distancia o espacio intermedio* es el lugar donde el sujeto individual logra un ejercicio consciente y comprometido de la ciudadanía porque se apropia de la distancia e imprime de deseo personal a sus acciones (Touraine, 2006, 2016). La propuesta cambia la mirada y focaliza sobre la subjetivación individual, pues para que existan colectivos con una demanda y una propuesta persuasiva y habilitante del cambio cultural, primero deben existir sujetos individuales que le den vida a ese colectivo y que, además, de manera previa, hayan dotado de sentido o impreso de un proyecto personal a sus propias vidas, liberando el *ello* subyugado al imaginario social. Es decir, que los sujetos hayan experimentado una *trascendencia* de las demandas, y en consecuencia hayan materializado como propio un *deseo colectivo* en un espacio intermediario –en el cual pueden o no participar–, y que al mismo tiempo invita a otras personas a ejercitar una práctica de regresar(se) o lo que Touraine (2006) nombró llamamiento a la acción

Para plasmar este constructo teórico en la realidad latinoamericana parece apropiado señalar a modo de ejemplo que algunos de estos *procesos de institucionalización dentro de los cuales se da una práctica de regresar(se)*, se desarrollan en espacios locales, comunales y barriales, donde son las mujeres quienes levantan banderas y llevan adelante luchas en relación con alimentación, salud, trabajo, educación, derechos sexuales y reproductivos. En muchos casos, ellas son quienes se encargan del funcionamiento de comedores y roperos comunitarios; de la planificación y ejecución de protestas o intervenciones, o bien de establecer articulaciones con otro tipo de organizaciones que conviven en el mismo territorio (Jelin, 2009; Jodor, 2013).

Este tipo de actividades, si bien siguen alimentando dentro del imaginario el culto de la "madre sufriente", habilitan una práctica en torno a la creación individual de la subjetividad que termina por traducir la acción social (individual o colectiva) en una

subversión de la *matriz heteronormativa* (Butler, 2014). Siempre que se asuma, como aquí se hace, que tal *práctica de regresar (se)* anida hacia su interior una inaugural re-significación –hacia lo privado– que cuestiona las bases sobre las que se forma la identidad y ciudadanía de las mujeres y, consecuentemente, se da una re-actuación en lo público –a través del ejercicio de la ciudadanía– de los roles y estatus asignados cultural y socialmente a la femineidad.

En suma, la práctica de *(re) creación o regresar (se) a uno mismo,* aquí teóricamente construida desde la sociología touraineana, encierra lo que Castoriadis (2007) llamó *poder social destituyente* que se hace posible en ese *espacio mediador.* Lo que es lo mismo que decir que la *distancia entre lo instituido y lo instituyente que permite una praxis de regresar (se), de re-crearse a sí mismo y con ello instituir una nueva forma social contribuyendo al cambio cultural.*[11] Por ello, la categoría *espacio mediador,* debe ser entendida como ese espacio que permite la concientización de un *yo, nosotros y los otros* que se identifican con un conjunto de demandas culturales y busca definir el contenido del imaginario social (Castoriadis, 2007) a través de la trascendencia (Jodor, 2016b) y el llamado a la acción social (Touraine, 2007). Precisamente, el carácter cultural de la disputa feminista hace que la lucha vaya más allá de la coyuntura específica que se pretende modificar en un tiempo y espacio dados, porque la demanda y la propuesta invitan a las mujeres y otras identidades a realizar primero una subjetivación individual, convirtiendo al colectivo, cualquiera sea su nivel de organización e institucionalización, en espacios de identificación que posibilitan la reconstrucción de una identidad personal –*práctica del regresar (se).* A partir de allí, las mujeres y/o cualquier otra persona que reconozca como

[11] La postura de Amar (2007), en consonancia con lo aquí propuesto, también percibe a los espacios colectivos como espacios intermediarios en los cuales a partir de la interacción se da la *práctica de regresar (se)* y con ella la posibilidad de resignificar los roles socialmente asignados. Igualmente, *la distancia creadora y la posibilidad de ejercer la práctica la de regresar (se)* implicarían –o no– un ejercicio real de la *vita activa* (Arendt, 2010) por parte de las mujeres, entendida como el real ejercicio de la ciudadanía y la participación en lo público.

propias esas demandas pueden considerarse como sujetos subjetivados en una identidad común con otros, con quienes comparten una serie de valores, principios, y –lo más importante– una lucha, una protesta y una propuesta que contiene la propia dignidad humana y la de otros (Habermas, 2010; Arendt, 2010).

Sin embargo, no puede dejar de observarse que las *distancias creadoras* deben ser interpretadas y descriptas teniendo en cuenta las desigualdades que operan en los planos económicos y políticos, identitarios y simbólicos, y formas organizativas de la vida social según la situación y localización de nuestras intervenciones como investigadores sociales. Estas particularidades arrojan luz sobre cómo se construye la práctica e identidad ciudadana y en especial aquella ejercida por mujeres en un medio social –como la sociedad civil latinoamericana– donde la *articulación mixta, la solidaridad y el clientelismo* se convierten en una lógica que fija estándares y habilidades a desarrollar para la construcción de redes y mecanismos de gestión asociada y cooperación voluntaria (Jodor, 2021; Di Marco, 2011).

Colectivos culturales, organizaciones emergentes e interacciones colectivas

Los *espacios* que comprendemos como *intermediarios* también pueden ser y son considerados como actores dentro de la sociedad civil por lo que mediante la interacción individual o colectiva estos son modificados y modifican instituciones e individuos. A su vez, tal como enseñó Touraine (2006, 2012, 2016), estos toman una posición respecto del acervo cultural imperante en un momento de la historia humana, ya sea alineándose con ella o disputando sus principios. En esta línea, Ciuffolini (2008) explica que las subjetividades colectivas o individuales se conforman e instituyen en un ir y venir, en una relación que enlaza realidades, representaciones y memorización de saberes, prácticas, símbolos e imágenes

instituidas culturalmente. Lo que permite pensar junto a Guzman y Bonan (2007) que todos los niveles de interacción social se encuentran relacionados. Así las personas interaccionan con los demás y consigo mismas imprimiendo proyectos personales que llevan adelante dentro de diferentes grupos sociales. La interacción a nivel interpersonal influye e impacta sobre la conformación de las colectividades, y viceversa. Estas a su vez interaccionan de manera grupal con otras organizaciones influyendo no solo sobre los individuos sino también en la formación de los grandes sistemas sociales. Simultáneamente al formar parte de la sociedad civil son intermediarias respecto de lo que hoy todavía, pero difusamente, reconocemos como el Estado y el capital (Sassen, 2021; Touraine, 2013), al tiempo que generan redes de gestión asociada y voluntariado cooperativo con otras colectividades o comunidades de su tipo dentro y fuera de los límites nacionales.

Así las cosas, siguiendo a Domingues (1998, 2014, 2020) y las antiguas notas de Alain Touraine (1969) sobre las relaciones que entablaba el movimiento de trabajadores hacia el interior y exterior de este para la consecución de sus objetivos, lo que aquí llamamos *subjetividad colectiva* es el producto de la interrelación que los agentes individuales mantienen entre sí hacia adentro de la organización y de la relación que el colectivo mantiene con otros de su tipo, instituciones, Estado y capital en las diferentes formas que pueden presentarse. Por su parte, la *causalidad colectiva* sumada a la interacción intraorganización es el engranaje del que se nutre la *subjetividad colectiva*; dando lugar a un *sujeto transparente* en el que sus miembros conocen las disputas enarboladas en un contexto dado precisamente porque también son sus disputas personales.[12] A su vez, este sujeto colectivo actúa en el mundo social con la

[12] El hecho de que se conciba al sujeto colectivo como transparente, está directamente relacionado con una perspectiva que recupera al sujeto individual. Al concebirlo como un ser que es dueño de su propia vida en la que ha impreso un proyecto personal, hace que tales características sean transferibles al sujeto colectivo del que participa o con el que se identifica (Domingues, 1998; Touraine, 1969).

capacidad de autoorganizarse e identificarse con uno o varios colectivos afines, sin perder la nitidez de sus demandas.

En este sentido, para Domingues (2020) y Touraine (2019), cualquier espacio social donde se dé la interacción entre individuos puede ser tomado como un sujeto colectivo dentro de la sociedad civil latinoamericana. La peculiaridad de esta última es que hacia su exterior e interior existe una interacción interpersonal y colectiva que acarrea y decanta en un auténtico acuerdo sobre normas, reglas y valores sostenidos en el tiempo por el grupo y los individuos.

Indiscutiblemente, nuestra realidad contemporánea nos demuestra que la acción colectiva emprendida por mujeres se mantiene en el tiempo y espacio latinoamericanos logrando influencia sobre los sistemas sociales instituidos, justamente por la centralización o descentralización de sus demandas respecto del constructo cultural imperante. Invitándonos a explorar cómo el nivel de identidad y organización de estos colectivos los hace pendular en torno a un contenido cultural, como por ejemplo los derechos humanos.

Siendo por demás interesante que a pesar de las diferencias internas entre los grupos identificados con todas o algunas de las demandas y propuestas del colectivo de mujeres y feminista (Vargas, 2008), hacia el exterior logran mostrarse aunados en una sola demanda: acabar con la dominación de las mujeres en cualquiera de sus versiones, creando un nuevo acuerdo comunicativo poscolonial en el que sus voces sean escuchadas y reconocidas (Espinosa, 2014). Resulta fácil advertir algunos ejemplos al localizar y situar esta acción colectiva en Latinoamérica, como ya se ha señalado, esta adopta los tintes propios del continente, convirtiéndose en espacios donde la ciudadanía femenina toma relevancia. Las mujeres se han encontrado liderando todo tipo de colectivos y organizaciones emergentes –no solamente de mujeres o feministas– cuyas luchas no solo giran en torno a demandas propias como el derecho a decidir o la garantía de una vida digna libre de violencias; sino

también movimientos piqueteros (Argentina), por los derechos humanos (Argentina, Chile y Brasil), contra las dictaduras militares (Argentina, Chile, Uruguay), movimientos por la paz y el desarme de la ciudadanía civil (Colombia, Venezuela), reconocimiento de los derechos a la diferencia cultural y étnica (Bolivia, Perú y Brasil), entre otros.

Entrelazando categorías y presupuestos útiles

A modo de colofón para esta construcción teórica, el movimiento latinoamericano de mujeres y sus organizaciones emergentes son consideradas como *colectivos culturales* que han *transcendido* los límites de la militancia, instalando dentro de nuestras *sociedades occidentales en tránsito* una *conciencia social femenina* que pone al descubierto la *diferencia originaria* solapada en el contrato social moderno aumentando así la cantidad de sujetos individuales que, en aras de una propia recreación, bregan por sus objetivos sin la necesidad de una participación activa *en* y *para* el movimiento.

Segundo y vinculado con lo anterior, el considerar junto a Touraine (2016) y Domigues (2020) a estos actores sociales como *colectivos culturales,* implica un ejercicio sociológico que los *instituye* dentro del imaginario social (Castoriadis, 2009) como *espacios intermedios* donde el *individuo* logra la *subjetivación*. Es decir, que este tipo de grupos cumplen un rol de intermediación, son espacios donde las personas logran imprimir un *proyecto personal a sus vidas* dejando atrás los tradicionales y hegemónicos roles femeninos asignados, al tiempo que sus acciones dan sentido al concepto colectivo de *dignidad humana* desde una perspectiva situada y localizada. Aquí, el mirarse a *sí mismas* de las mujeres o cualquier persona implica un *proceso de subjetivación* que no necesariamente se apoya en la continuidad de una experiencia colectiva, sino más bien en una ruptura individual con un orden cultural establecido, que deriva necesariamente en una impresión de sentido personal

a una vida. Esta autoafirmación como *agentes-activas/activos-para sí* está cimentada en una triada compuesta por: una apelación a un conjunto de derechos que garantizan la dignidad humana; la convicción de que la problemática de la vida pública se origina en la esfera privada; y una conciencia social femenina que busca una *equidad basada en la diferencia,* antes que en la *igualdad*.

Bajo este presupuesto, se puede sostener que tanto el *sujeto colectivo* como los *sujetos personales o individuales* que lo conforman y participan de una interacción colectiva, toman para sí el *discurso de los derechos humanos* como lenguaje universal en el que se imprimen una serie de *disputas y diálogos* que tienen la capacidad de generar un nuevo *acuerdo comunicativo* (Habermas, 1999), o *para la institución instituyente* (Castoriadis, 2007), *o para el avance hacia una mejorada situación postsocial* (Touraine, 2019). De manera tal que las mujeres en forma individual y colectiva, pese a la institucionalización u ongenización, continúan quitando a girones el telón de la *tolerancia* tendido sobre los *derechos humanos* y comienzan a concebirlos desde una doble óptica. La primera como un *acervo común* de principios que guían al proceso de producción de la vida personal y la *acción* (Habermas, 2010). La segunda como una *herramienta* indispensable para la definición de los ejes sobre los que giran el *conflicto de las sociedades en tránsito y el proyecto de los colectivos culturales o globales* (Touraine, 2012; Jodor, 2016b; Viguera, 2009).

No obstante, y a modo de cierre, la aplicación de esta construcción teórica deja al descubierto, como también lo han hecho otros autores y autoras dentro de la línea de investigación (Touraine, 2007; Di Marco, 2011, entre otros), que, dependiendo del contexto externo y la identidad interna del grupo, los sujetos personales terminan por reproducir – o no – ciudadanías femeninas relacionadas con tareas reproductivas y de cuidado. Por lo que, necesariamente, la perspectiva teórico analítica planteada debería ser combinada con perspectivas más organizacionales que logren exhibir otras variables como las lógicas clientelares, redes de cogestión estatal y/o marcajes de agendas influyentes sobre la

continuidad o ruptura de las subjetividades femeninas contenidas en estos espacios intermediarios.

Bibliografía

Álvarez, Sonia (1 de febrero de 2002). El Estado del Movimiento y el Movimiento en el Estado. *Agenda de las mujeres*. https://agendadelasmujeres.com.ar/

Álvarez, Sonia (1990). Women's Participation in the Brazilian "People's Church": A Critical Appraisal. *Feminist Studies*, 16 (2), 381-408.

Álvarez, Sonia (2001). El boom de las organizaciones feministas no gubernamentales en America Latina. En Helfrich, Silke (dir.), *Género, feminismo y masculinidad en América Latina* (pp. 51-80). San Salvador: Econoprint.

Álvarez, Sonia (2009). Beyond NGO-ization? Reflections from Latin America. *Development,* (52), 175-184.

Álvarez, Sonia (2014). Para além da sociedade civil: reflexões sobre o campo feminista. *Dossiê o gênero da política: feminismos, estado e eleições, Cuadernos Pagu*, (43), 13-56.

Álvarez, Sonia (2019). Feminismos en Movimiento, Feminismos en Protesta. *Revista Punto Género,* (11), 73-102. https://doi.org/10.5354/2735-7473.2019.53881

Amar, Mauricio (2007). Participación política y paridad de género en Chile. *Serie Estudios*, (11), 1-37.

Arendt, Hanna (2010). *La condición humana.* Buenos Aires: Editorial Paidós.

Barrancos, Dora (2020). *Historia mínima de los feminismos en América Latina*. D.F. México: El Colegio de Mexico AC.

Barrig, Maruja (1997). *De cal y de arena: Ongs y movimiento de mujeres en Chile.* Lima: Fundación Ford.

Barrig, Maruja (24-26 de septiembre de 1998). Los malestares del feminismo latinoamericano: una nueva lectura [ponencia]. *Latin America Studies Association Meeting*, Chicago, Illinois.

Bellucci, Mabel, Barrancos, Dora, y Femenías, María Luisa (2020). *El atlas de la revolución de las mujeres: las luchas históricas y los desafíos actuales del feminismo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Blondet, Cecilia (2001). Lecciones de la participación política de las mujeres. *The Japan Center for Area Studies. Ocasional Paper,* (9), 2-30.

Brown, Josefina Leonor (2014). *Mujeres y ciudadanía en Argentina: debates teóricos y políticos sobre derechos (no) reproductivos y sexuales.* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Teseo.

Butler, Judith (2014). *El género en disputa.* Barcelona: Editorial Paidós.

Castoriadis, Cornelius (2007). *La institución de la sociedad imaginaria.* Buenos Aires: Tusquets Ed.

Ciuffolini, María Alejandra (2008). Pensando el presente. Una construcción de herramientas conceptuales para comprender las luchas sociales. En Ciuffolini, María Alejandra (comp.), *En el llano todo quema: movimientos y luchas urbanas y campesinas en la*

Córdoba de hoy (pp. 21-44). Córdoba: EDUCC Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.

D´Arti, Andrea (2011). 2000-2010: una década de luchas feministas. Logros y deudas pendientes con las mujeres latinoamericanas en los albores del siglo XXI. *Observatorio Social de América Latina XII,* (30), 111-124.

Di Marco, Graciela (2011). *El pueblo feminista: movimientos sociales y luchas de las mujeres en torno a la ciudadanía.* Buenos Aires: Editorial Biblios.

Domingues, José Mauricio (2009). *La modernidad contemporánea en América Latina.* Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Domingues, José Mauricio (2020). Teoría crítica, sociología política y la reapertura del horizonte histórico. En Torres, Esteban (ed.), *Hacia una renovación de la teoría social latinoamericana* (pp. 265-288). Buenos Aires: CLACSO.

Domingues, José Mauricio (27-31 de octubre de 1998). A teoria da subjetividade colectiva como programa de pesquisa. *XXII Runião Anual da ANPOCS,* Caxambu, Brasil.

Escobar, Arturo, Álvarez, Sonia y Dagnino, Evelina (2001). *Política cultural y cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos.* Madrid: Taurus e ICANH.

Espinosa, Yuderkys (2014). Etnocentrismo y colonialidad en los feminismos latinoamericanos: complicidades y consolidación de las hegemonías feministas. En Espinosa Miñoso, Yuderkys, Gómez Correal, Diana y Karina Ochoa Muñoz (eds.), *Tejiendo de otro modo: feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala* (pp. 309-324). Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

Filmus, Daniel, Arroyo, Daniel y Estébanez, María Elina (1997). *El perfil de las ONGs en Argentina.* La Plata: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.

Flórez-Flórez, Juliana (2015). *Lecturas emergentes. El giro decolonial en los movimientos sociales.* Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

García Linera, Álvaro (2011). *El "onegismo", enfermedad infantil del derechismo (o cómo la "reconducción" del proceso de Cambio es la restauración neoliberal).* La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional. Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional.

Garretón, Manuel (2002). La transformación de la acción colectiva en América Latina. *Revista de la CEPAL,* (76), 7-24.

Garretón, Manuel (2006). Sociedad civil y ciudadanía en la problemática latinoamericana actual. En Cheresky, Isodoro (ed.), *Ciudadanía, Sociedad Civil y Participación Política* (pp. 145-159). Buenos Aires: Mino y Dávila.

Guzmán Barcos, Virginia (2011). *Procesos políticos - institucionales e igualdad de género Chile: 1980-2010* [Tesis de doctorado]. Universidad Autónoma de Barcelona, España.

Guzmán, Virginia y Bonan, Claudia (2007). Feminismo y modernidad. *Debate feminista,* abril (35), 257-274.

Habermas, Jürgen (1999). *Teoría de la Acción Comunicativa, I. Racionalidad de la acción y racionalización social.* Madrid: Taurus Humanidades.

Habermas, Jürgen (2010). El concepto de dignidad humana y la utopía realista de los derechos humanos. *Diánoia,* LV (64), 3-25.

Jaquette, Jane (1994). Los movimientos de mujeres y las transiciones democráticas en América Latina. En León de Leal, Magdalena

(comp.), *Mujeres y participación política. Avances y desafíos en América Latina* (pp. 117-143). Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Jelin, Elizabeth (2001). Exclusión, memorias y luchas políticas. En Mato, Daniel (comp.), *Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (pp. 91-110). Buenos Aires: CLACSO.

Jelin, Elizabeth (2009). ¿Ante, de, en, y? Mujeres, derechos humanos. *América Latina Hoy*, *9*. https://doi.org/10.14201/alh.2305

Jodor, Nerea Lucrecia (2016a). Perspectivas sobre la modernidad y el papel de los movimientos sociales en ella. Articulaciones entre las obras de Jürgen Habermas y Alain Touraine. *Anuario del Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales 2015*, (XVI), 465-480.

Jodor, Nerea Lucrecia (2021a). Tres contextos para la institucionalización jurídica de colectivos de mujeres y feministas en Córdoba, Argentina (1999-2015). *Cuestiones de género: de la igualdad y la diferencia*, (16), 836-857.

Jodor, Nerea Lucrecia (2021b). Acción colectiva, ONG y mujeres. Procesos de institucionalización de colectivos "de mujeres y feministas" de la ciudad de Córdoba (1999-2015) [Tesis de doctorado]. Facultad de Derecho. Universidad Nacional de Córdoba (Argentina).

Jodor, Nerea Lucrecia (21 a 23 de septiembre de 2016) (2016b). Trascendencia Feminista. El más allá del movimiento feminista o de mujeres. *VI Coloquio Interdisciplinario Internacional "Educación, Sexualidades y Género. IV Congreso Genero y Sociedad*, Córdoba, Argentina.

Jodor, Nerea Lucrecia (septiembre 2013). El Movimiento Social y las Organizaciones de Movimientos Sociales como espacios de Metalepsis Femenina. *III Jornadas CINIG de Estudios de Género y Feminismos*, La Plata, Argentina.

Jodor, Nerea Lucrecia et al. (2022). Perspectiva de análisis sociohistórico en torno a la eficacia jurídica: el caso de Colombia y Argentina. *Anuario del Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales* (XX), 321-334.

MaCarthy, John y Zald, Mayer (1977). Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory. *American Journal of Sociology, 82(6)*, 1212- 1241.

Melucci, Alberto (1995). El conflicto y la regla: movimientos sociales y sistemas políticos. *Sociológica. Actores, clases y movimientos sociales II, 10 (28).*

Melucci, Alberto (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia.* D.F. México: Colegio de México.

Pateman, Carol (1996). *El contrato sexual*. Barcelona: Anthropos.

Ritzer, George (1993). *Teoría sociológica clásica.* Madrid: McGRAW-HILL/INTERAMERICANA de España S.A.

Rivera Cusicanqui, Silvia (2018). *Un mundo ch´ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis.* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón.

Rubin, Gayle (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. *Nueva Antropología, VIII*(30), 95- 145.

Rubio García, Ana (2004). Perspectivas Teóricas en el Estudio de Los Movimientos Sociales. *Revista Circunstancia,* I (3), 4.

Ruibal, Alba (2015). Movilización y contra-movilización legal. Propuesta para su análisis en América Latina. *Política y Gobierno,* XXII (1), 175-198.

Ruibal, Alba (2017). Movilización Legal a Nivel Subnacional en la Argentina. El Caso Sisnero por la Igualdad de Género en el

Trabajo en Salta (Subnational Legal Mobilization in Argentina. The Sisnero Case on Gender Equality in the Workplace in Salta). *Desarrollo económico*, *57* (222), 277-296.

Sassen, Saskia (2015). Una nueva geografía trasnacional. En *El atlas de la globalización. Todas las claves del proceso que está cambiando el mundo* (pp. 8-9). Buenos Aires: Le monde diplomatique.

Sassen, Saskia (2021). Chapter one local actors in global politics saskia sassen. *Global Babel: Questions of Discourse and Communication in a time of Globalization*, 22.

Smulovitz, Catalina (2015). ¿Quién paga por los derechos en las provincias argentinas? El caso de las leyes de violencia familiar. *Desarrollo Económico,* 55(216), 155-185.

Svampa, Maristella (2009). *Entre la ruta y el barrio. Experiencias de las organizaciones piqueteras.* Buenos Aires: Editorial Biblios.

Tarrow, Sidney (2001). Beyond globalization: Why creating transnational social movements is so hard and when is it most likely to happen. *Annual Review of Political Science*, *5*.

Tarrow, Sidney (2006). The profession, confessions of a recovering structuralist. *European political science,* (5), 7-20.

Taylor, Charles (1994). The Politics of Recognition. En Taylor, Charles (ed.), *Multiculturalism. Examing the politics of recognition* (pp. 25-74). New Jersey: Princeton University Press.

Tilly, Charles y Tarrow, Sidney (2006). *How the Political Identities Work*. https://www.researchgate.net/publication/238691801_How_Political_Identities_Work

Toro de Céspedes, María Stella (2007). *Debates feministas latinoamericanos: Institucionalización, autonomía y posibilidades de acción política* [Tesis de maestría]. Centro de Estudios Culturales

Latinoamericanos. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile.

Touraine, Alain (1969). *Sociología de la Acción.* Barcelona: Editorial Ariel.

Touraine, Alain (2006). *¿Podremos vivir juntos?* México: Fondo de Cultura Económica.

Touraine, Alain (2007). *El mundo de las mujeres.* Barcelona: Editorial Paidós.

Touraine, Alain (2012). *Crítica de la modernidad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Touraine, Alain (2013). *Después de la crisis.* México: Fondo de Cultura Económica.

Touraine, Alain (2016). *El fin de las sociedades.* México: Fondo de Cultura Económica.

Touraine, Alain (2019). Sociologia, modernidade e américa latina: entrevista com Alain Touraine. *Lua Novaz,* (106), 195-217.

Touraine, Alain y Khosrokhavar, Farhad (2002). *A la búsqueda de sí mismo. Diálogo sobre el sujeto.* Buenos Aires: Editorial Paidós.

Vargas, Virginia (2008). *Feminismos en América Latina: su aporte a la política y a la democracia*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, FLACSO ANDES, CLACSO.

Viguera, Aníbal (2009). Movimientos sociales y lucha de clases. *Conflicto social, 2(1),* 7-25.

Weber, Max (2002 [1922]). *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva.* México: Fondo de Cultura Económica.

El legado de Touraine para el mundo del trabajo

A propósito de los cincuenta años del Golpe cívico militar

Miguel Alejandro Hernández Monsalve

Introducción

Escribir sobre la clase obrera fue una de las motivaciones más recurrentes de ciertos cientistas y corrientes sociales, en especial aquellos/as asociados al pensamiento crítico. Es así reconocible que Edward Thompson (1963) y Eric Hobsbawm (1987) han sido de los más insignes historiadores en lo que respecta a la clase obrera británica. En Latinoamérica, Pablo González Casanova contribuyó mucho con la sociología de la explotación y también De La Garza y Neffa, que hablan de los tremendos retos que el mundo del trabajo enfrenta actualmente, mundo que usa todos los eufemismos de hoy,[1] la automatización, la nueva explotación –presentada como sobrecarga laboral– entre otros elementos que la sociología del trabajo francesa bien describe desde Boltanski y Chiapello (1999).

[1] El concepto de trabajador/a en Chile se está reemplazando por el de colaborador/a.

Aquella sociología del trabajo recoge de Alain Touraine una obra comprometida con el pensamiento crítico, pero sobre todas las cosas, con la teoría de la acción social, en especial de los (nuevos) movimientos sociales, y con romántico énfasis en el movimiento obrero. Pero muy distintas son las clases obreras dependiendo de sus contextos, de sus situaciones, de sus colonizadores, de su historia y de sus masacres. Alain Touraine vivió en Chile, estudió al movimiento obrero y popular chileno y justo, en 2023, cuando se conmemoraron los cincuenta años del fatídico golpe cívico militar que truncó la vida democrática y la clase obrera chilenas, falleció, siendo uno de los autores más prolíficos sobre movimientos sociales y obreros en la sociología del trabajo. Pareciera que no hay nada de coincidente, todo lo contrario, invita mucho más a la región latinoamericana y del Caribe a pensar la relación con el mundo del trabajo y ver de qué manera los nuevos sujetos se enfrentan a las desigualdades producidas en este ámbito con la obra de Touraine como guía orientadora.

Resumen histórico

A modo de recorrido histórico, la clase trabajadora británica con sus características de vida hizo su aparición antes del decenio del 1880 y, en los años venideros, fue adquiriendo masividad, ejemplo de esto es la huelga o cierre patronal, que empezó a realizarse desde 1870, para popularizarse su uso en 1890. La forma de vida era lo que unía y acrecentaba el lenguaje de clase, como por ejemplo el aumento del costo de la vida por la Gran Depresión, la irrupción del supermercado, las viviendas estatutarias –en hileras de casas pegadas–, la venta mediante créditos, la cultura futbolística entre otras evidencias de segregación social, de "lo que hacen los trabajadores". Finalmente, esta segregación terminó convirtiéndose en un malestar que, a través de la *conciencia de clase*, desarrolló un

accionar político desde lo sindical hasta lo electoral, y el Partido Laborista alcanzó el 24 % del electorado en 1918 y, en 1929, el 37,5 %.

Ofrezco la situación anterior para situar históricamente a uno de los movimientos sindicales más estudiados y potentes del mundo: la clase obrera inglesa, que, desde lo estrictamente volitivo sindical, amplió su accionar a la política del Estado propiamente dicha.

En Chile, se podría situar a la *cuestión social* entre 1891 y 1919, período del parlamentarismo del salitre y la penetración de los capitales extranjeros (Ramírez, 1956 en Ortíz, 2005, p. 13) como origen y acelerante del movimiento obrero en Chile. En 1902, con una huelga en Lota por mejoras salariales y limitación de la jornada de trabajo, en 1903, con una gran huelga en Tocopilla, en enero de 1905, con una huelga de ferroviarios en Antofagasta, que en 1906 replican la movilización con solidaridad de obreros salitreros y portuarios y, finalmente, en 1907, se produce el apogeo de la clase trabajadora con la gran huelga de los obreros del salitre, que entre sus demandas figuraba mejorar sus salarios y abolir las pulperías y sistema de fichas.[2] Esta gran huelga es tristemente conocida como la Matanza de la Escuela Santa María de Iquique, donde el ejército abre fuego a discreción contra los manifestantes, que estaban acompañados por familiares. La matanza amilanó un par de años la movilización obrera, no obstante, en 1911, ocurre una huelga en la mina El Teniente, en 1912 en Punta Arenas y Coquimbo, en 1915 en la mina de cobre de Chuquicamata, en 1916 en Curanilahue y de nuevo en Iquique, siendo nuevamente reprimidos por militares, al punto que estos reemplazan a los trabajadores en sus faenas. En 1918, sucede otra huelga en la mina El Teniente, en 1919 se perpetra una matanza conocida como la Masacre de Puerto Natales, en la cual la huelga fue reprimida, pero el mismo pueblo de Puerto Natales se solidarizó con los obreros, la policía tuvo que retirarse y la

[2] El sistema de fichas era un mecanismo de pago (no en dinero) a trabajadores que solo podían canjear en las pulperías registradas bajo el alero de sus patrones.

población se hizo cargo de la conducción de la ciudad. Posteriormente, llegaron los policías y se produjo la masacre (Ortiz, 2005, p. 13-17).

La breve reseña histórica inglesa es útil para analizar la emergencia de la clase trabajadora chilena y puntualizar algunas de las diferencias más evidentes. Es inevitable notar la diferencia con la clase trabajadora chilena, resguardando las evidentes proporciones económicas referidas al modo de producción, el chileno más centrado en la minería y la agricultura; las diferencias culturales que vienen del mestizaje y la relación territorial con el entorno; la diferencia laboral con el *conchabamiento* (inquilinaje, peonaje, mineros, etc.) (Salazar, 2021), entre muchas otras. Al menos, lo económico sí generaba una segregación que se observa en la clase trabajadora chilena. En Europa, la clase obrera era respetada, el artesanado tenía un lugar activo en la sociedad, construían museos, catedrales, entre otras acciones que le entregaban prestigio y estatus al punto de sentirse partícipe de la Revolución Industrial, mientras en Latinoamérica, y en específico en Chile, los obreros eran "despreciados y maltratados (Diego Portales los encerró en jaulas de hierro para hacerlos trabajar en los caminos) [...], caracterizando la ocurrencia de la 'guerra civil'" (Salazar, 2005, p. 106). La situación en Chile recién vino a modificarse a fines del siglo XIX, cuando la oligarquía empezó a requerir de obreros para copiar estilos eurocéntricos, inclusive con constructoras extranjeras que replicaron el modelo salarial industrial, promoviendo de dicha manera un sindicalismo moderno, de corte liberal industrial, pero sin las características del inquilinaje, peonaje y mestizaje latinoamericano (Salazar, 2005, p.107).

Los elementos más divergentes entre la clase obrera inglesa y el movimiento obrero chileno serían la conciencia de clase y la conformación de un partido de clase que los pudiese representar. En el período que va de 1900 a 1933, la clase trabajadora se vio bien representada en el mundo con la política de masas. sin embargo, en Chile, esta representación se hace más porosa por

la heterogeneidad de oficios, de producción económica (mineras, pesqueras, agrícolas, etc) y por la naturaleza precapitalista del desarrollo económico. La clase obrera británica tuvo la madurez de expresar su conciencia política a través del Partido Laborista, que negociaba de igual a igual no solamente con empleadores (conflicto laboral), sino también con el Estado, con los grandes consorcios y con otros partidos políticos.

Por tanto, en Inglaterra, la transformación de la clase obrera en una fuerza política fue un hecho, mientras que en Chile la clase trabajadora se manifiesta más como un movimiento social contextual, centrado en demandas particulares pero que no logró incidir en la política nacional. Lo anterior se puede explicar desde la judicatura nacional, ya que, a partir de la concepción liberal, muy parecida a la lógica de Churchill, lo sindical es un grupo de interés específico, por tanto, no hay que permitir que se transforme en un actor político nacional. Así fue como, a través de la Constitución de 1925, en Chile solo los partidos pudieron representar intereses colectivos en el sistema democrático, mientras que los sindicatos vieron restringido su margen de acción a la negociación del conflicto laboral, mediante la edición del contrato colectivo, normando inclusive la huelga, la cual se ve fuertemente constreñida y en el contexto de la negociación colectiva. Estos principios se impusieron bajo régimen de dictadura, en el código de trabajo de 1931 (actualmente vigente), y luego se reforzó con el Plan Laboral instrumentado por José Piñera (hermano del ex-presidente Sebastián Piñera) en 1979, en plena dictadura cívico-militar de Pinochet.

Es así como, para las distintas clases obreras, hay elementos que se pueden distinguir como comunes a primera vista, tales como *las condiciones materiales, el lenguaje y la participación política*.

Apuntes sobre la obra de Touraine

Uno de los tantos propósitos de Touraine fue el de captar el significado de los movimientos sociales en los nuevos contextos del neoliberalismo. Teorizó sobre los conflictos colectivos, sus orígenes, actores, lenguajes, modelos de relaciones y todo cuanto pudo entregar luces para interpretar y comprender las nuevas formas de acción social, de individuación y los movimientos colectivos. En el caso de la sociología del trabajo, la obra tourainiana amplía el espectro de perspectivas para aproximarse a los mundos del trabajo, sus actores y relaciones, como también sus conflictos, sus luchas y revoluciones. De forma simultánea, Touraine analizó las modificaciones de los sistemas productivos con sus respectivos sistemas profesionales, los que, en el siglo actual, vienen a corresponder a lógicas aún mucho más burocratizadas, donde la racionalidad conduce la práctica profesional hacia un plano más técnico, siendo un ejemplo observable la uberización del trabajo y los oficios ligados a las aplicaciones, sin ningún tipo de protección laboral, pero que dota de libertad a las personas que laboran en tales empresas.

Hay algunas perspectivas que analizan la trayectoria del movimiento obrero chileno desde un enfoque eurocéntrico y norteamericano, donde las particularidades sindicales latinoamericanas escapaban inclusive de los mismos análisis criollos, que le entregan un protagonismo indiscutible al Sindicalismo Nacional o Movimiento Sindical que brillaba con luces propias (Farías, 2008), otorgando elementos históricos, pero que, según De la Garza y Neffa (2001), invisibiliza las contradicciones intestinas del sindicalismo desde su génesis reproduciendo más bien un imaginario esencialista y clasista, pero enclavado históricamente lo cual dificulta su análisis en la postmodernización, caracterizada por la precarización laboral y una revitalización sindical. Touraine vivió en Chile y acompañó a la clase obrera chilena en sus gestas, siendo un estudioso relevante de la misma. Al mismo Touraine se lo indica como

fundador de la profecía autocumplida de la decadencia del sujeto obrero (De la Garza y Neffa, 2001, p.18), sin embargo, la tesis de este ensayo es que se debe reinterpretar de otro modo la premisa de la decadencia obrera. Parece haber resistencias al capitalismo neoliberal, como el movimiento Sin Tierra en Brasil, los piqueteros en Argentina y en Chile, la nueva tendencia a la sindicalización, en especial su feminización en el sector servicios, uno de los sectores más crecientes en las transformaciones productivas latinoamericanas del nuevo siglo. Estas innovaciones –en el sentido de Latour– son respuestas desde los movimientos subterráneos de la memoria histórica que cada pueblo posee, en una directa interpelación al giro neoliberal y a sus puntos débiles y que, muchas veces, no se develan de manera evidente, como la alta feminización del sindicalismo chileno, sindicalismo con características movimentistas que se aleja de lo legal. Hay un carácter volitivo subterráneo, implícito, que más adelante podrá explicar la existencia de más dirigentas en cargos sindicales de importancia, como también un cambio en los oficios protagonistas del sindicalismo chileno, pasando de mineros, portuarios, a subcontratadas, comerciantes y mujeres precarizadas. Es necesario a la vez identificar nuevos dispositivos que permitan entender las representaciones y narrativas de las clases trabajadoras sobre su realidad, la precariedad laboral y en especial las crisis del neoliberalismo, modelo que permanentemente entra en crisis como la estanflación que se vive en Chile. Pese a esta crisis, ligada a la implantación de un neoliberalismo de manual por parte de los Chicago boys, y forzado a sangre por la dictadura cívico militar que Touraine alcanzó a vivir, en este laboratorio de neoliberalismo como diría Harvey, se pueden observar fugas como el estallido del 2019. De la mano de la perspectiva sociohistórica, del marxismo inglés de E. Thompson con su estudio de la clase y de los aportes de la sociología del trabajo de Touraine, se puede arribar a una especie de perspectiva fenomenológica que permita diagnosticar el campo laboral donde se desenvuelven las relaciones entre las fuerzas productivas, la clase trabajadora

precarizada –precarización como elemento en común de trabajadores/as– con los conglomerados económicos que detentan el PIB de Chile y Latinoamérica.

Tránsito del mundo obrero al sujeto histórico

El tránsito mencionado contiene etapas, que se inicia con el protagonismo del artesanado, para pasar a los modelos de producción en serie que caracterizan al fordismo, y al toyotismo con su versión aparentemente amigable, para vivir actualmente el proceso de automatización. Para cada etapa las lógicas de trabajo profesional y sus categorías ocupacionales (técnicas) se van intercalando, pero ocurriendo en distintas cuantías, siendo así evidente que, para la fase del artesanado, hay un protagonismo de la lógica profesional, más allá que en el contexto histórico prime una incipiente industrialización o tecnologización del proceso productivo. En la fase de la producción en serie hay una superposición, ya que el proletariado se hace parte del proceso, mientras a la vez coexiste una directriz potente realizada desde una orgánica sindical que desea controlar el proceso de producción. En la última etapa referente a la automatización, lo relevante es la reducción de labores. En la etapa de la producción en serie es donde el trabajo debe interpretarse de manera bidireccional, en el sentido que inicia el desmembramiento del sistema profesional y se afianza el sistema técnico con un sindicalismo que se instala fácticamente como un movimiento obrero con crítica social y potencia de cambios colectivos. Bajo esta lógica, el conflicto en las relaciones laborales siempre ha estado y seguirá estando presente en la evolución del trabajo, pero en la etapa de la producción en serie es cuando el sindicalismo y el movimiento obrero cristalizaron la tensión creada por las demandas obreras en la sociedad industrial. Esta cristalización y conciencia de clase, les entregó independencia y madurez política a trabajadores calificados que finalmente en muchas partes del

mundo, incluyendo Chile, llegaron a convertirse en partidos políticos (1912 fundación del Partido Obrero Socialista, 1922 fundación Partido Comunista) y opciones de gobierno entre otros movimientos sociales que fueron más allá del mundo laboral.

En estas etapas, se produjo una confrontación, que Touraine llama la *conciencia obrera*, como aquella autoidentificación de ser trabajadores productivos y la sensación de estar administrando una capitalización lejana a sus intereses y que no les retribuye de forma justa. De esta manera, se concilian dos ámbitos de la conciencia obrera: está la *conciencia proletaria* que son aquellos/as ejecutores y operarios, que saben cuál es su nivel socioeconómico, sus dificultades sociales y que poseen la esperanza de que actores del establishment político puedan defenderlos o al menos incentivar el hecho de recibir subsidios o ayudas estatales; la otra conciencia es la *conciencia orgullosa*, la que expresan por trabajadores de profesiones y oficios con una gran independencia profesional, confianza en su proactividad y capacidad intelectual, y por lo mismo, que consideran a sus empleadores como meros intermediarios con quien interactuar para reconstruir las sociedades por medio de la transformación de las relaciones laborales en unas relaciones justas (Martucelli, 2010, p. 405). Por tanto, el auge del movimiento obrero ocurre precisamente cuando ambas conciencias, es decir la *conciencia orgullosa* y la *conciencia proletaria*, se funden. La conciencia de la clase proletaria (oficios) aprehende la conciencia orgullosa de los profesionales, luchando así por una mayor autonomía y libertad para ser proactivos y llevar adelante sus propios planes sin que otros los representen, lo cual incluye cambios en los modelos de relaciones laborales. De igual manera, la conciencia orgullosa aprehende de los proletarios el conocimiento de su condición de carencia, de sobrecarga laboral y, por lo mismo, también se hacen conscientes de su explotación. Si no ocurre este complemento, se asiste al debilitamiento del movimiento obrero producto de la división de los actores obreros, al separarse la *conciencia orgullosa* (profesional) de la *conciencia de explotación* (obrero).

Esto, si se homologa a la clasificación que Salvador Allende realizaba de la clase trabajadora, resulta en que los trabajadores manuales e intelectuales no pudieran unirse en tanto trabajadores, debido a que la *conciencia* que cada uno posee de sus labores los hace diferenciarse antes que unirse. Y precisamente esto es lo que ocurre en la actualidad. Lo anterior fue un importante elemento que Touraine distinguió en la vía chilena al socialismo de Allende, donde pese a todos los esfuerzos, el movimiento obrero no pudo convertirse en una clase trabajadora con conciencia orgullosa y proletaria, sino que más bien se identificó como clases populares desde los controles de las fábricas, de las Juntas de Abastecimiento y de los cordones industriales. Pero pese a lo anterior, costó mucho llegar a la conciencia orgullosa de defender y luchar por el proyecto obrero, precisamente porque muchos sectores de la clase trabajadora, que eran profesionales, no adherían a la conciencia orgullosa y mucho menos reconocían su carácter de explotados. Por lo anterior, es que el proceso vivido desde 1967 a 1973 en Chile fue más bien un movimiento con características populares, donde ciertos sectores de la sociedad chilena simpatizaban con el gobierno de la Unidad Popular, es decir se manifestaba una conciencia proletaria, no muy avanzada, pero que reconocía sus carencias socioeconómicas, de explotación y que confiaba en los partidos de izquierda para que pudieran cambiar su realidad. Con la violenta llegada de la dictadura cívico militar, este movimiento popular poco pudo hacer sin tener la conciencia orgullosa y una clase trabajadora (proletarios y profesionales) unidos por la vía chilena al socialismo.

En la actualidad en Chile, esta diferenciación, distinción y autoconcepción entre trabajadores, hace más lejana su toma de conciencia (proletaria u orgullosa), ya que, en términos subjetivos, prefieren adherir a otras construcciones sociales, tales como las de clase media o consumidores, por sobre su condición de trabajadores, con renuencia a aceptar su estado de explotados o precarizados. Lo anterior, desde muchas ópticas contemporáneas de las

ciencias sociales, puede parecer determinista, en tanto que explica lo social dependiendo de las condiciones objetivas de vida de la clase trabajadora, sin embargo, Touraine sabe que esa fijación, en muchas de sus enunciaciones, tiene cambios y por lo mismo, empieza a tensionar esta lectura de los conflictos con la irrupción del Sujeto y sus nuevas representaciones sobre el mundo laboral.

El movimiento obrero se reconocía a sí mismo con conciencia de clase, encarando un conflicto con ciertos adversarios y en arenas que pueden ser más amplias que la fábrica, pero desde donde se defendía cada posición. El movimiento obrero, precisamente por la irrupción de distintas representaciones que hace el sujeto, se empieza a dibujar de otra forma, una manera en que la conciencia de clase transita hacia dispositivos más individuales de resolución de conflictos. Dispositivos que hablan de una racionalidad mucho más técnica, profesionalizante, sin conciencia de su carácter de explotado, pero con la certeza de que, con sus propias habilidades, puede salir adelante. El origen de la madurez política de organizaciones de trabajadores es el tránsito del manejo digno de las movilizaciones sociales, léase, ir del cuestionamiento de las desigualdades, a la inanición, al hacinamiento y la pauperización de la vida, a una conciencia de clase que reconoce dicha explotación y se hace cargo de remediarla. La figura del movimiento obrero fue la imagen –sin saberlo en ese entonces– de un sujeto histórico que provocaría las revoluciones y transformaciones societales más grandes según Touraine, junto con entregar un sujeto de estudio a la sociología del trabajo:

> El sentido de la historia no se recupera más que a nivel de un sujeto histórico, que no es ni una realidad empírica, ni una realidad trascendental, sino que es una noción sociológica cuya naturaleza dialéctica es tal que los actores históricos no pueden jamás identificarse con él ni tampoco ser comprendidos fuera de su relación con el (Touraine, 1965, p. 170).

Por tanto, la praxis social se encuentra en directa relación con el sujeto protagonista de la historia, que en este caso es el movimiento obrero. La tesis de este ensayo es que hay un giro hacia nuevas expresiones sindicales de trabajadores/as que tienen que ver con la feminización laboral, la revitalización sindical y la intersectorialidad del movimiento sindical, pero que se produce a partir de la preponderancia del sujeto personal, con sus principios rectores anclados en el individualismo y la libertad.

Touraine es uno de los autores relevantes analizar la acción social. Uno de sus postulados es que, en cada institución o entidad, se encuentra la voluntad e iniciativa de ciertos actores, estando los estudios de dichos actores imbricados en modelos de comportamiento colectivo según los contextos sociohistóricos y culturales que demarcan la organización e idiosincrasia de cada sociedad. En una bajada más concreta, lo anterior quiere decir que entre los modelos de normalización social y los valores que rigen determinadas sociedades, Touraine posiciona a las relaciones colectivas entre clases, la política y conciencia de sí, como posibilidades de emergentes movimientos sociales que se manifiestan. Un ejemplo de lo anterior son los obreros especializados, inclusive el artesanado, puesto que no solo son arquetipos sociohistóricos del trabajo humano, sino que a la vez se convierten en matrices esenciales para explicar las dimensiones sociales y contemplativas del trabajo en general. Para Touraine, el trabajo es una acción de creación, es el centro de toda la sociología de la acción social y del trabajo. Una visión dialéctica que integra los potenciales de realización y transformación histórica con una perspectiva de la acción social en determinados contextos. Esta acción posee distintos enfoques, desde aquellos que explican lo colectivo desde su constitución, cuestionamiento, organización y cambio, hasta otros, que principalmente son los que interesan en este ensayo, que corresponden a imaginarios sociológicos de la volitiva acción histórica enfocados a partir de sistemas de análisis que explican la directa relación de

los niveles de conciencia de trabajadores/as y su desarrollo colectivo en los modelos de trabajo actuales.

Justamente, en esta última comprensión sociológica, la tesis del ensayo es que el sujeto obrero, los movimientos de trabajadores/as, no están en decadencia, retroceso o debilitamiento, sino más bien en un giro que precisamente se ve imbuido por la influencia del nuevo sujeto histórico, a través de una dialéctica enfocada en las dimensiones subjetivas, según algunas ideas de Touraine. Me refiero a un sujeto histórico que permanentemente está incomodando el análisis de lo social.

Siguiendo la tesis del presente ensayo, no es el trabajo, lo esencialmente productivo (aquello que hoy las empresas reconocen como "colaboradores", "colocarse la camiseta"), no son los grandes movimientos obreros de otrora ni los oficios los que se oponen al gran capital, sino que el giro sindical se está explicando desde las identidades personales y colectivas, a partir de subculturas emergentes que se oponen directamente a la manipulación en el ámbito del trabajo, como en Chile supone la feminización del trabajo, lo cual ha aumentado la tasa de sindicalización al 22 % (Observatorio de Huelgas, 2021), resultando en un récord desde el retorno de la democracia de 1990. Esto lo explica Andrade (2022) como la predominancia de las *Pink Collars* en el sector servicio, empleos flexibles y en los sindicatos (Andrade, 2022). A la vez, según cifras de la Dirección del Trabajo (2019), las mujeres sindicalizadas representan el 42,2 % del total. Según Andrade (2021), a pesar de que las mujeres no son mayoría estadística en la sindicalización, la sindicalización femenina sí supera la masculina al hacer la comparación entre participación en el empleo y participación sindical. Lo anterior explica un cambio no solo en las relaciones laborales, sino también en aquello que identificaba Touraine, la normalización de la sociedad y los valores que la rigen. El trabajo, en tanto transformación de la realidad, es un acto creativo, que modifica la naturaleza, pero que se genera en relaciones de intereses contrapuestos. La sociología del trabajo y las ciencias sociales en general, una de

las tantas labores que poseen es describir la realidad, su orden y poder, pero implícitamente hay otras relaciones que sustentan esas descripciones, las que muchas veces están conectadas en el accionar histórico y en las relaciones de clases o conflictos entre grupos sociales.

> [...] mirar lo que está oculto, decir lo que está en silencio, hacer evidente la falla de un discurso, la distancia de la palabra y de la acción (Touraine, 1974, p. 88).

> Pero la extensión y la transformación de la dominación son tales que a menudo el actor no tiene otras posibilidades de resistencia más que haciendo un llamado a la naturaleza, a un cierto sustrato biológico, con el fin de ponerse a salvo de la intrusión del poder (Touraine, 1978, p. 175).

Lo anterior puede explicar la importancia que para Touraine tiene lo biológico, ligándolo a la naturaleza, a la transformación de la materia, al trabajo. Y dicho ámbito lo conecta con las nuevas expresiones de las generaciones, como la feminización, la juventud y otras manifestaciones originadas desde la diversidad, tales como las minorías sexuales, el fenómeno migratorio, entre otras, que terminan impactando en lo social. Ejemplo de lo anterior son los conflictos laborales generados por la uberización, que, en el caso de Chile, implica que muchas personas migrantes se someten a voluntad a estos modelos de trabajo completamente desprotegidos socialmente, con poca legislación y que la mayoría de las veces terminan contrariando la ley de tránsito con motocicletas adaptadas. A la vez, ocasionó choques con los gremios que nuclean a los taxistas, quienes empezaron a manifestarse en contra de estas aplicaciones con mucho sesgo etnocéntrico y racista. De ahí que la sociedad programada explica el incremento tendencial del conflicto de clases más allá de los márgenes propios de lo laboral.

En la actualidad existe una tensión que parece mutar con la llegada de la postmodernidad, que es inseparable de su raíz situacional y contextual, que permea al análisis social y que faculta

precisamente a comprender los sentidos de las acciones. Por tanto, la explicación sociológica se puede realizar asistiendo a una reflexión que dota de significados a la acción que emana directamente de una narrativa histórica en preparación.

Junto a lo anterior, la cultura también es parte influyente en cómo los movimientos y la acción social se forman, desarrollan y culminan en ciertos contextos históricos. Los movimientos sociales están culturalmente determinados y no pueden explicarse única y exclusivamente a partir de las condiciones objetivas y/o desarrollo material en un modelo determinado de hegemonía.

La razón objetiva que significó el desarrollo industrial, que implicaba uso de tecnología para acrecentar los bienes de capital y explotar todos los recursos que una fábrica pudiese hacer de su negocio, representaba la racionalidad instrumental del capitalismo de la que tanto hablaba Weber. Esta razón objetiva hoy muta, ya que el capitalista de hoy no solo quiere explotar su negocio, también busca innovar y diferenciarse de sus competidores, lo que implica el desarrollo de una cultura gerencial (o patronal de acuerdo con la historiografía chilena) sustentada en la razón subjetiva, el triunfo de un nuevo sujeto, donde las comunidades y el consumo son los nuevos aliados del neoliberalismo en el hemisferio occidental.

> La nueva modernidad une la razón y el sujeto, que integran individualmente dos de los elementos culturales de la modernidad fragmentada. La modernidad, que había inhibido y reprimido la mitad de sí misma, identificándose con un modo de modernización conquistadora y revolucionaria, el de la tabla rasa, puede por fin reencontrar ambas mitades de sí misma (Touraine, 1992).

La subjetividad del nuevo sujeto logra complementar la ética, las identidades y las representaciones, con la razón instrumental que busca acrecentar el consumo y la actividad empresarial. Este cambio se produce en el marco del ocaso del conflicto como motor de cambios sociales, de sujetos históricos y la aparición de

un conflicto focalizado en la protección del sujeto ante la potente sujeción del modelo hegemónico. En Touraine, esta protección del nuevo sujeto frente a la racionalidad de las comunidades y del mercado se convierte en el espacio de fuga de los movimientos sociales actuales. Con dicha protección aparecen nuevas formas de conflictos sociales, que en tanto movimiento social significan la extensión de la categoría *movimiento social* en su calidad de actores de *clase.*

Empero, ¿por qué son relevantes estas tensiones entre la racionalidad instrumental y el sujeto? Para la sociedad programada de Touraine, la lucha contra el avance de la tecnología, que siempre fue pensada para aportar a la humanidad y que a la postre sirvió para el crecimiento productivo y la explotación laboral, fue praxis habitual por muchos siglos en especial a través de movimientos de trabajadores/as. Posteriormente, la modernidad se vuelve porosa con la aparición preponderante del sujeto. Ya mencioné al movimiento de mujeres como un movimiento social significativo para el análisis social. El nuevo sujeto *es histórico y personal* a la vez. Es el sujeto el que está en el centro del contexto histórico, la persona como sujeto, como de igual manera es significativo aceptar que los conflictos de la vida privada, la cotidianeidad, cultura, identidad y personalidad, son los que están en el foco de la opinión pública. El nuevo sujeto de Touraine se define a partir de acciones sociales desarrolladas en la conflictividad colectiva y no exclusivamente desde parámetros individualistas o visiones extremistas. Los principios rectores del individualismo están muy asociados a lo individualista, a la visión extrema de las necesidades vitales de *cada persona* por sobre el colectivo, la libertad, el derecho a elegir. Esta situación proviene efectivamente de la alianza entre la razón instrumental y el nuevo sujeto, que es distinto al contexto donde se desarrolló el movimiento obrero, el cual fue sanguinariamente oprimido y aplastado en Chile. Pero hoy el sujeto histórico y sus espacios de fuga, sus intentos de politización y defensa, son reemplazados por una lógica de dominación que es mucho más sutil. Un

contexto epocal donde la industrialización pauperizó las vidas humanas de occidente, dio curso al nacimiento de las ciencias sociales entre medio, pero que en el tránsito de la industrialización se pasa de la identificación personal a la comunitaria, y de la sociedad de producción a la mercantil. Entonces, bajo estas transiciones, la demarcación de las estructuras sociales se debe establecer sobre la defensa y protección de la libertad del sujeto, el nuevo actor preponderante de la posmodernidad. La resistencia a la hegemonía en el mundo postmoderno proviene precisamente de la aversión al sufrimiento individual y esa sumatoria provoca la aparición de movimientos sociales, o al menos rebeliones populares, como en Chile fue el estallido del 18 de octubre de 2019. Hoy cualquier tipo de transformación social debe nacer desde un sentir del sujeto, su conversión social será en tanto solidaridad con otros sujetos con sentires similares. De allí que hoy existan organizaciones de consumidores, de víctimas "de", grupos antidelincuencia y cuantos ejemplos referidos a agrupaciones de otra índole que aquellas que se veían en el pasado, como centrales de trabajadores, mutuales, cooperativas, juntas de vecinos, partidos políticos, etc. La conciencia orgullosa emana antes que el reconocimiento de condiciones de explotación, y estás últimas más bien tienen que ver con el *compartir situaciones en común* y no necesariamente hablan de una situación de pobreza o exclusión social. En esta reflexión, parto del supuesto de que el desarrollo del mundo del trabajo y la conciencia de los/as trabajadores/as según el desarrollo material de la historia supone una decadencia y probable desaparición del movimiento obrero y de las categorías empleadas para analizarlo. El análisis que propone Touraine implica precisamente investigar estas transiciones, describir nuevos tipos de sociedades como también nuevos actores y movimientos sociales, diferenciándose radicalmente de aquellos que eran explicados según ópticas materialistas y dialécticas, para dar paso a las dimensiones subjetivas del sujeto, sus narrativas y repertorios de acción.

Los movimientos sociales se definen por la movilización de acciones y esfuerzos por parte de un determinado sector social que busca equilibrar la brecha de acceso a los diferentes derechos ciudadanos. Su origen es la conciencia y demanda por la inequidad social. Un movimiento social combina un principio de identidad, un principio de oposición y un principio de totalidad (Touraine, 2006). A juicio de Touraine, los movimientos sociales pueden comprenderse a través de tres sentidos que se le han atribuido al concepto:

- El movimiento social como defensa racional de intereses colectivos dentro de un contexto económico o político.
- Como reacciones ante la sacudida de uno de los principales aspectos del sistema social cuando las instituciones políticas no tienen capacidad para operar los ajustes necesarios.
- Como conflicto colectivo que enfrenta formas sociales opuestas de utilización de recursos y valores culturales, perteneciendo estos al orden del conocimiento, de la economía o de la ética. (Touraine, 2006)

Hay nuevas descripciones sobre los repertorios de acción, y la revitalización sindical y los aumentos de conflictos laborales en ciertas regiones e industrias no tradicionales. Garretón (2014, p. 143) nos advierte sobre la conformación de una "nueva" cultura sindical-laboral por parte de los trabajadores, crítica con el proceso post-dictatorial, lo cual también es corroborado por Julián (2017). Este último señala que la nueva cultura sindical surge y se consolida, mientras los sindicatos identifican una posibilidad de expansión de su área de influencia en la representación de los intereses de los trabajadores, fomentando y proyectando su *papel público*. A modo de recapitulación, sostenemos que el neoliberalismo es una nueva hegemonía que deteriora las relaciones laborales y obstruye la emergencia de un sujeto colectivo o movimiento social asociado al proletariado o a la clase trabajadora. Ahora bien, a pesar de que

el trabajo ha perdido centralidad, un nuevo sujeto colectivo o movimiento social puede emerger desde el campo de las relaciones laborales. En lo personal, recojo el diagnóstico de Touraine, entregando también evidencias que describen un giro en la manera de subjetivar el trabajo y generar un sindicalismo de nueva era, atento a la polivalencia, la heterogeneidad de oficios, la tercerización, subcontratación y la feminización y la juvenilización laboral.

Este ensayo trata de complementar algunos aspectos de la sociología del trabajo, la teoría de los movimientos sociales, revisando la premisa de la centralidad de la clase trabajadora en los proyectos de transformación, y cómo finalmente Chile y la Unidad Popular definieron su propio curso de transformación social. Transformación social que la clase obrera estuvo muy lejos de lograr. El campo popular tenía muchos perfiles que entregaron matices a la acción colectiva enmarcada en un contexto de la vía chilena al socialismo, una vía con olor a empanadas y vino tinto. Era un contexto en el que los partidos políticos y los sindicatos eran grupos intermediarios a los cuales el Estado sí escuchaba y las reformas iban en ese camino, como la reforma agraria y la chilenización del cobre. Los grupos populares, aún muy diversos pero con una clara expresión, se empezaron a mostrar con fuerza a través de los cordones industriales, las juntas de abastecimiento popular, las tomas de terreno y predios, cristalizando un poder popular que ponía de relieve una lucha de clases que desde 1981 no se hacía tan presente. Los sindicatos y partidos políticos se vieron en la obligación de procesar a estas demandas populares, en contraste con los modelos renanos en los cuales las capas populares seguían las directrices de los partidos. Para Touraine, Chile no es un país de revoluciones sino de institucionalidad y transformaciones dentro de dicha institucionalidad, pero la lucha de clases y el sujeto histórico se abría camino en esa senda, al punto incluso de empezar a construir una conciencia de clase a partir de las dimensiones que esbozó Hobsbawm: condiciones materiales, estilo de vida y lenguaje de clase. Si bien legalmente la jurisprudencia

chilena impedía a la clase obrera hacerse del poder político, esta acción volitiva evolucionó hacia el poder popular. Touraine, durante su estadía en Chile, fue enfático al mencionar que el proceso de la Unidad Popular no fue de consolidación de la clase obrera, pero sí de las organizaciones populares, aquellas de frente de masas, de colectivos barriales, de comandos comunales, de campesinado organizado y muchas otras articulaciones. ¿Qué faltó para que la conciencia obrera se consolidara? Es una pregunta que este ensayo no pretende contestar. Hubo una disociación entre el gran poder popular y las capas dirigenciales de los sindicatos y en especial de los partidos políticos y sus cúpulas, que entre ellas estaban tensionados. Lo anterior muestra efectivamente que el proceso de cambio estaba en marcha, la lucha de clase progresaba, el poder popular y el movimiento obrero día a día adquiría mayor madurez política, pero la cúpula dirigencial no supo contener la gran cantidad de demandas populares.

Una de las mejores formas de recoger el legado de Touraine es preguntarse por el contexto y los actores que permiten comprender la evolución del poder popular desde 1964 hasta el 1973, así como el rol que jugaron las orgánicas obreras. La perspectiva de Touraine permite cuestionar dichos contextos y actorías, para entender la influencia que pueden tener hasta el día de hoy, atendiendo a la incidencia del giro neoliberal, las transformaciones productivas, del mercado laboral y finalmente las nuevas formas de subjetividad. Como insistí en este trabajo, el sujeto adhiere a repertorios individualistas (subculturas, tribalización, revitalización sindical, agrupaciones de consumidores o de nuevo tipo) antes que a movimientos colectivos como los que prosperaron durante el gobierno de la Unidad Popular. Este es uno de los grandes desafíos para las ciencias sociales en Chile, a cincuenta años de la instauración de la última dictadura cívico militar.

Bibliografía

Andrade de la Horra, Valentina (2022). Determinantes institucionales y políticos del conflicto entre empresarios y trabajadores: los casos de Argentina y Chile en perspectiva comparada. En Andrade de la Horra, Valentina, *La feminización del conflicto laboral. Un análisis temporal y comparado de la densidad sindical mundial* [Tesis de grado]. https://valentinaandrade.github.io/tesis/

Andrade Valentina, Arteaga Catalina, Jiménez Ariel, Fuentes Javiera (2021). Fuentes Tácticas y estrategias de mujeres trabajadoras del sector servicios en Chile frente al conflicto: participación sindical, empleo, cuidados. *Revisto CUHSO*, Universidad de Temuco.

Boltanski, Luc y Chiapello, Eve (1999). La deconstrucción del mundo del trabajo. En Boltanski, Luc y Chiapello, Eve, *El nuevo espíritu del capitalismo* (pp. 299-362). Madrid: Akal.

De la Garza, Enrique y Neffa, Julio César (2001). *El Futuro del Trabajo. El Trabajo del futuro*. Buenos Aires: CLACSO.

Dirección del Trabajo (2019). *Anuario Estadístico: organizaciones sindicales*. Santiago: Equipo de Estudios, Dirección del Trabajo. https://www. dt.gob.cl/portal/1629/articles-119780_archivo_01.pdf.

Farías, Patricio (2008). *Desafíos del Sindicalismo en los inicios del siglo XXI*. CLACSO-OIT-Universidad Central, Santiago.

Garretón, Manuel Antonio (2014). *Las ciencias sociales en la trama de Chile y América Latina*. Santiago: Lom ediciones.

Hobsbawm, Eric (1987). La formación de la clase obrera (1870-1914). En Hobsbawm, Eric, *El mundo del trabajo: estudios históricos*

sobre la formación y evolución de la clase obrera (pp. 238-263). Barcelona: ed. Crítica.

Informe de Huelgas Laborales en Chile (2021). Observatorio Huelgas Laborales, Universidad Alberto Hurtado y Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social. https://fen.uahurtado.cl/wp-content/uploads/2022/10/informe_huelgas_2021.pdf

Julián, Dasten (2017). La sociología pública en la nueva cuestión del trabajo. Sindicatos, conflicto laboral e investigación social. En Del Valle, Nicolás (ed.), *Transformaciones de la esfera pública en el Chile neoliberal: luchas sociales, espacio público y pluralismo informativo* (pp. 71-99). Santiago: RIL Editores.

Martuccelli, Danilo (2013). *Sociologías de la Modernidad: itinerario del siglo XX.* Santiago: LOM Ediciones.

Ortiz, Fernando (2005). *El Movimiento Obrero en Chile (1891-1919).* Santiago: LOM ediciones.

Ramírez, Hernán (1956). *Historia del Movimiento Obrero en Chile. Siglo XIX.* Santiago de Chile: Austral.

Salazar, Gabriel, Salinas, Isidora y Bastías Guillermo (2021). *Historia del trabajo y la lucha política-sindical en Chile (Hitos Fundamentales).* Santiago: Lom Ediciones SINTEC.

Thompson, Edward ([1963] 1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra. 2 vols.* Barcelona: Crítica.

Touraine, Alain (2006). Los movimientos Sociales. *Revista colombiana de Sociología, (*27), 255-278.

Touraine, Alain (1974). *Vida y Muerte del Chile Popular*. Siglo XXI editores.

Touraine, Alain (1992). *Critique de la modernité*. Paris: Fayard.

Touraine, Alain (1996). *Sociologue du Travail, Proudhonian, Pessimist*. En Jon Clark y Marco Diani (eds.), *Alain Touraine* (pp. 17-31).

Touraine, Alain (1966). *La conscience ouvrière*. Paris: Seuil.

Touraine, Alain (1965). *Sociologie de l'action*. París: Seuil.

Touraine, Alain (1974). *Pour la sociologie*. Paris: Seuil.

Touraine, Alain (1978). *La voix et le regard*. Paris: Seuil.

Tercera parte

Los problemas de una sociología propia en América Latina*

Alain Touraine

La construcción del análisis

Durante mucho tiempo, el análisis de los cambios sociales, económicos y políticos en América Latina ha estado dominado por tres enfoques que, más que coordinarse entre sí, se yuxtaponen. Es de estos tres temas fundamentales de donde es indispensable partir.

a) La *modernización*, conocida también como movilización, en particular por Gino Germani. La evolución del continente se analiza en este caso como el tránsito de sociedades locales, encerradas en sí mismas y relativamente inmóviles, a una sociedad nacional o incluso internacionalizada, donde las ideas, los capitales, las técnicas y los hombres circulan de un modo más intensivo. En términos más abstractos, la modernización significa el triunfo de la acción racional, para expresarlo en términos weberianos. En América Latina, se ha concedido una importancia especial a la educación, considerada como el medio de sacar a los niños y jóvenes de los marcos locales y familiares, en los que se hallaban encerrados, para hacerlos participar en una vida económica, social y cultural

* Publicado originalmente en la Revista Mexicana de Sociología, en 1989.

más amplia. El tema de la modernización se ha asociado en ocasiones con el de la democracia, como sucedió sobre todo en Inglaterra y Francia en el siglo XVIII, pero también lo han enarbolado los regímenes autoritarios que se han presentado como los destructores de las estructuras sociales y culturales tradicionales, en un espíritu que se inspiraba a veces en la revolución francesa, y a veces también en la revolución soviética.

b) El segundo de los temas principales es el de la *integración nacional,* es decir, la formación de una nación consciente de sí misma a partir de una población a menudo fragmentada en subconjuntos con mala comunicación entre sí, ya sea por razones geográficas o étnicas. El tema de la integración nacional, que ha desempeñado un papel tan importante en todos los movimientos o regímenes populistas o nacional-populares, ha adoptado en algunas ocasiones la forma moderada de la búsqueda de una mayor participación social, política y cultural para las mayorías y, en ocasiones, una forma más radical, cuando se lo ha asociado con la denuncia de desigualdades o de procesos de exclusión.

c) El último tema es el de la *dependencia,* los desequilibrios económicos y, sobre todo, la heterogeneidad social que conlleva dicho tema. Algunas veces parece aproximarse bastante al anterior; otras, por el contrario, se aleja mucho del mismo, es decir, cuando el tema de la dependencia lleva al de la imposibilidad de organizar, en una sociedad dependiente, una movilización de masas; esto ha hecho, en especial en Cuba, que se oponga claramente la acción armada de las guerrillas a la rebelión o a la protesta que organizan los movimientos urbanos de tipo nacional popular. El tema de la dependencia, tal como ha sido desarrollado, particularmente en las obras clásicas de Stavenhagen y González Casanova, se ha concebido frecuentemente como una crítica del tema de la integración nacional, mostrando cómo la dependencia o la colonización por una potencia extranjera implicaban, en el interior mismo del

país dependiente, relaciones de desigualdades regionales que había que llamar colonialismo interno.
Este ejemplo muestra evidentemente que los tres temas que se acaban de mencionar rápidamente, y que han suscitado gran cantidad de trabajos importantes e influyentes, se han desarrollado o de manera independiente entre sí, o en conflicto. De tal manera que nos sentiríamos tentados a decir que el tema de la modernización es un tema de derecha, mientras que el de la dependencia es de izquierda, y que el de la integración nacional es solamente un tema de centro o, por lo menos, un tema tercerista.

No obstante, lo que salta a la vista es que ninguno de estos tres temas fundamentales, por muy fecundos que sean, parece capaz de dar cuenta de la realidad latinoamericana y de sus transformaciones.

a) El tema de la modernización se ha tropezado de continuo con el hecho insuperable del dualismo. El capitalismo dependiente, aun cuando ha conocido un crecimiento vigoroso, ha tenido efectos integrados muy limitados y, con frecuencia, incluso ha acarreado una concentración de los ingresos para permitir que una pequeña parte de la población tenga acceso a bienes duraderos de alto nivel tecnológico, como es el automóvil. Mientras que muchos observadores pensaban, hace veinte años, que el capitalismo se extendería poco a poco por todo el continente, tanto en el campo como en la ciudad, el hecho más importante que puede observarse en la actualidad es que tal integración capitalista no se ha producido; que la agricultura no capitalista se ha mantenido en multitud de regiones –y muy especialmente en el nordeste brasileño, aunque también, en condiciones muy diferentes, en una gran parte de México–, y que, en un número cada vez mayor de países, el sector que se denomina informal se ha desarrollado a expensas del sector formal, de suerte que, en numerosas ciudades y regiones, solo una minoría de la población activa está empleada en actividades con

una productividad relativamente elevada, y goza de la legislación social.

b) El tema de la integración nacional, que nutrió tantas políticas nacionales populares, se vio debilitado por ese dualismo permanente y a menudo reforzado de las sociedades latinoamericanas. Más directamente aún, con frecuencia acarreó un incremento de las demandas sociales al que no correspondía un crecimiento de la capacidad distributiva del Estado y menos aún de las empresas, lo cual trajo consigo desequilibrios que, en más de una ocasión, se tradujeron en crisis políticas de mayor envergadura.

c) En fin, la insistencia en la dependencia e incluso en las intervenciones más o menos directas de Estados Unidos en la región no implicó una generalización ni de las guerrillas ni de los movimientos de liberación nacional. Por el contrario, las guerrillas de inspiración castrista fueron desbaratadas rápidamente a principios de los años sesenta y, hoy en día, ni Sendero Luminoso ni las guerrillas colombianas o salvadoreñas parecen suscitar el entusiasmo que acompañó la acción de los guerrilleros de Sierra Maestra y, unos años después, la acción y muerte del Che Guevara en Bolivia.

Ninguno de los tres temas fundamentas que hemos traído a la memoria puede quedar eliminado, o siquiera marginado, del análisis: ninguno de ellos puede suplantar a los otros dos, y la vida intelectual latinoamericana ha estado dominada durante mucho tiempo por luchas ideológicas, a la vez que políticas, entre interpretaciones que en su totalidad daban cuenta de aspectos importantes de la situación latinoamericana, pero ninguna era capaz de dar una visión integrada de las situaciones y conductas colectivas.

La comprobación de lo anterior explica, así, la importancia central, en el transcurso de los años sesenta, de la obra clásica de Cardoso y Falleto, *Dependencia y desarrollo en América Latina,* que por primera vez reconoció con perfecta claridad la necesidad de combinar varios principios de análisis. Este libro y otros, escritos por

los mismos autores y por una gran cantidad de otros sociólogos o economistas, han dado gran importancia al tema de la dependencia, pero se han rehusado a explicar *desde fuera* las situaciones del continente, y han insistido en particular en la existencia de actores sociales reales, particularmente de actores de clase, ya sea en la agricultura o en la industria, y también han subrayado la gran importancia y la amplia autonomía de las intervenciones de los Estados en un continente en el que la dependencia no es más que el sinónimo ocasional de una situación colonial, sobre todo en los principales países de América del Sur, y en particular en el Brasil, donde en esta época se ha desarrollado en grupo más activo de estudiosos, y en especial el que más concienzudamente ha intentado combinar diversos enfoques.

La fuerza de este análisis multidimensional reside en que explica bien un rasgo visible de la historia política y social del continente, a saber: la debilidad permanente de las acciones colectivas dirigidas por un solo principio de acción. América Latina ha conocido pocos movimientos de clase, pocas acciones puramente nacionalistas; tampoco ha conocido gran cantidad de movimientos antiimperialistas de importancia. En este último caso, conviene no obstante poner aparte a los países que conocieron una situación más colonial que dependiente, como varios de los países de América Central y del Caribe.

El límite principal de este tipo de análisis, del que desde un principio dichos autores estuvieron conscientes, es que la interdependencia de los tres principios de análisis no constituye por sí misma una teoría. Falta hallar un principio de unidad. Con todo, es posible establecer la hipótesis, veinte años después de la publicación de este libro clásico, de que fue un acierto que buscara en el tema de la dependencia un principio central de análisis, con tal que diera una definición más sociológica y política de la dependencia misma, y no una definición simplemente económica.

d) Es por ello que hoy en día parece posible e incluso necesario proponer una interpretación integrada de las transformaciones de América Latina. Dicha interpretación puede formularse convenientemente como el análisis de un modo latinoamericano de desarrollo. De ahí que nos veamos obligados a desviarnos aquí brevemente a fin de definir esta noción de alcance general.

Los modos de desarrollo

a) Un modo de desarrollo es una combinación particular de la modernidad, definida por características generales, universales, con una forma particular de movilización de recursos sociales, políticos y culturales para elevar a efecto la transformación de una sociedad. Esta definición desecha de golpe la imagen en verdad ideológica de una modernización producida por la fuerza interna de la modernidad misma, imagen que acompañó el triunfo de la modernización de Europa Occidental y, luego, de América del Norte, y que ha querido ver en la modernización la acción directamente eficaz de la razón aplicada a la ciencia, a la tecnología, a la educación y a los intercambios económicos. El estudio de la modernización de Europa Occidental, al igual que el de todos los demás casos conocidos, da muestras evidentes de que la modernización meramente endógena no ha existido jamás, sino que, en todos los casos históricos conocidos, puede y debe distinguirse, por un lado, el proceso de racionalización que tan correctamente analizó Max Weber, y, por el otro, una forma de movilización del pasado hacia el porvenir, que de ningún modo puede reducirse al abandono del primero en favor del segundo. Si existe una pluralidad de modos de desarrollo, es porque existe simultáneamente con *una* sola modernidad *de los* procesos de movilización de los recursos. A título de ilustración, contentémonos aquí con distinguir cuatro grandes modos de desarrollo, sin que tal clasificación haya de preferirse de manera absoluta. El primer modo es aquel

que privilegia la racionalización, y que la acompaña de una destrucción o de una represión de las formas de vida sociales y culturales llamadas tradicionales. Podría decirse que este modelo es revolucionario en la medida en que descansa en la idea central de la destrucción de un antiguo régimen o de un antiguo modo de conocimiento, o, aún más, de organización social. Europa, desde la obra de Descartes hasta la Filosofía de las Luces, la revolución francesa y la revolución soviética, fue el lugar por excelencia de esta concepción *liberadora* de la modernidad, que insistió en la necesidad de fuerzas culturales y políticas capaces de marginar o destruir las formas tradicionales de organización social y cultural.

b) En el extremo opuesto se sitúa el modo de desarrollo que puede denominarse culturalista, pero que con mayor exactitud es una forma de defensa de una identidad y de una historia frente a fuerzas de modernización que aparecen como una conquista extranjera. Naturalmente, es en el interior de los antiguos imperios coloniales o en zonas de cuasi-colonización donde ha adquirido importancia semejante modo de desarrollo.

c) Un caso intermedio importante es aquel en el que la defensa de la independencia nacional ha sido la fuerza principal que ha guiado a los modernizadores. La industrialización tuvo, tanto en Alemania como en Italia, Japón, Turquía y en muchos otros países, motivaciones más nacionalistas que propiamente económicas. En tales casos, algunas tradiciones culturales, y sobre todo algunas formas de organización social y de autoridad, se pusieron al servicio de una modernización económica que con frecuencia tiene la apariencia de una movilización, y hasta de una militarización, y no es del todo casual que varios de los países que mejor representan este modo de desarrollo hayan conocido ya sea regímenes militaristas o bien regímenes propiamente fascistas.

d) Los tres tipos que acaban de describirse rápidamente sitúan al último de ellos como el que mejor se aplica de modo particular en América Latina. Se trata aquí, en contraposición con el tipo precedente, de una fuerte disociación entre racionalización y crecimiento económico, por una parte, y movilización de recursos sociales, culturales y políticos, por la otra. Esta dualidad, que he llamado de una forma más precisa la *desarticulación* entre la economía, por un lado, y la política y la cultura, por el otro, me parece que es la propia de las sociedades dependientes, por las razones que con tanta frecuencia y tan bien han analizado economistas como Aníbal Pinto y Oswaldo Sunkel, después de Raúl Prebisch, a saber, que las grandes decisiones económicas, al ser tomadas en el exterior de los países que sin embargo son independientes políticamente, hace que exista una fuerte disociación, una verdadera desarticulación, entre una lógica económica, establecida o transformada en el plano internacional, y una política o unas actividades culturales animadas tanto por conflictos de clases como por esfuerzos de integración nacional. Frecuentemente se ha lanzado críticas superficiales a la noción de *dualismo.* Estas no se justifican más que en la medida en que algunos se sentirían tentados a decir que en los países latinoamericanos coexisten, unas al lado de otras, regiones desarrolladas y subdesarrolladas, tradicionales y modernas, concepción que ha resultado tan cómoda para los autores mexicanos ya citados, y que ha recibido la reprobación de Francisco de Oliveira. Pero la verdadera concepción dualista, expuesta de manera constante por muchos de los sociólogos y economistas latinoamericanos, y en particular por Cardoso y Falleto, es de otra naturaleza. Esta reconoce evidentemente la unidad del sistema, unidad que define en general en términos de la dependencia, aunque ve en el dualismo un atributo duradero de sociedades que, como lo ha señalado el economista argentino Norberto García, tienen al mismo tiempo una gran capacidad de integración y un gran margen de exclusión.

Esta desarticulación, concepto más claro y central que el de dualismo, ha alcanzado un grado extremo en los países que han estado por un tiempo mayor dominados por la agricultura de exportación. En algunos análisis clásicos, O'Donnell ha mostrado ampliamente que Argentina nunca logró constituir para sí un sistema político en el que hubieran participado fuerzas sociales y económicas rivales y opuestas. Por el contrario, el poder de los exportadores causó una ruptura constante con las demandas masivas de consumo de las categorías urbanas, y únicamente la violencia política y la intervención del ejército pudo proteger a una oligarquía exportadora que jamás alcanzó una expresión política que correspondiera a su poder económico. Tal desarticulación se encuentra nuevamente tanto en los países que más precozmente se industrializaron, como en aquellos en los que las actividades tradicionales continúan siendo las más importantes.

Atributos principales del modelo latinoamericano de desarrollo

El más visible es con toda seguridad el dualismo. Casi todos los países que ingresaron en una fase de modernización acelerada conocieron ciertas formas de dualización, de una distancia creciente entre los focos de modernización y las zonas que siguieron siendo tradicionales o, mejor aún, que entraron en crisis por el desarrollo de nuevas actividades. Como bien lo han señalado los trabajos de Tokman y García, en los inicios de su gran período de industrialización, los Estados Unidos, Suecia o Japón también conocieron un considerable sector informal. Pero lo característico de una economía dependiente es que esta dualización se ha mantenido, durante todo el transcurso de un largo período de rápido crecimiento, e incluso se ha acentuado en el curso de la década actual, dominada por una grave crisis económica. Este dualismo hace que la oposición entre la ciudad y el campo y, de manera más

general, entre el universo de la participación y el de la exclusión, sea un elemento más esencial de la estructura social que la oposición entre las clases, de las que cada una continúa dividida entre un sector central y un sector periférico, formal o informal. Tal oposición entre el mundo de la participación y el de la exclusión es tan fuerte que pone en entredicho la existencia misma de las sociedades nacionales. En el nivel del análisis, explica la difícil integración de principios opuestos de análisis, los cuales se evocaron al principio de este texto. En un libro reciente, he llamado *la palabra* al mundo de la participación y *la sangre* al mundo de la exclusión. Todos los sociólogos y politólogos que han estudiado el modelo nacional popular, bajo sus diferentes formas nacionales, han centrado su atención en el mundo de la palabra, de la participación, más vasto en efecto y más precozmente desarrollado que en casi todas las demás regiones del mundo. Una fracción muy importante de la población urbana tuvo muy pronto acceso a la influencia política, al consumo y a la cultura de masas. Esto es igualmente cierto en el México postcardenista y en la Argentina peronista, en la Venezuela de la Acción Democrática o en el Chile de la Democracia Cristiana y de la Unidad Popular. Es verdad que el papel principal del Estado fue el de integrar, en torno a sí, a clases medias que se extendían a una parte de los asalariados de la industria y de los núcleos de las categorías populares más pobres, animadas por organizaciones clientelistas o de movilización local. Pero es igualmente cierto que este inmenso movimiento de participación e integración, aun cuando se apoyaba en una tasa de crecimiento elevada, nunca fue suficiente para responder a las demandas de participación, que se habían acrecentado grandemente a causa de una tasa elevada de crecimiento de la población y de movimientos masivos de migración del campo a las ciudades. Las mismas características del crecimiento, la rápida introducción de producciones de elevada tecnología destinadas a un público con altos ingresos, pero también la debilidad de los núcleos internos de industrialización, reforzaron la tendencia a la limitación de los

focos de modernización y al mantenimiento de vastas zonas de economía en crisis y de una productividad muy débil. A la par de una América Latina con un crecimiento y una modernización más rápidos de lo que se percibe desde el extranjero, no ha dejado de existir –y a veces de desarrollarse– una América de exclusión, que en ocasiones se mantiene bajo el control de los propietarios tradicionales, y en otras se reprime más directamente, cuando sus condiciones de subsistencia la empujan a la rebelión, o simplemente cuando ciertos focos de desarrollo capitalista tratan de apoderarse de los recursos en tierra y mano de obra situados en el sector periférico. Esta constante dualización de las sociedades latinoamericanas ha tomado su forma más extrema en los países andinos, pero se la encuentra por todas partes, a excepción de los países del Cono Sur, que se hallan más fuertemente integrados.

Es preciso que por *desarticulación* se entienda algo diferente que por dualización. No se trata, en este caso, de la separación permanente entre varios sectores económicos o regionales de desarrollo económico desigual, sino de una ausencia general de correspondencia entre la economía, la política y la ideología. No obstante, existen lazos profundos entre estas dos características generales de las sociedades latinoamericanas. Es la economía dependiente, pero asociada a la independencia política de las repúblicas o Estados latinoamericanos, lo que explica que el mundo de la *palabra*, de la participación social y política, se haya desarrollado bastante más allá de la integración económica limitada, que permitía un desarrollo muy desigual. En América Latina, la política precede a las realidades económicas y a las fuerzas sociales. Esto aproxima a los países latinoamericanos con los países eurolatinos, como Francia, Italia y España, donde las fuerzas políticas han estado siempre igualmente constituidas con más fuerza que los actores sociales, sean estos patronales o sindicales. Pero lo que más asombra en América Latina es la gran desarticulación de la vida intelectual y de la vida social o hasta política. En ninguna parte del mundo ha adquirido tal autonomía el mundo intelectual, y en particular el

universitario; esto se da hasta tal punto que las universidades han sido, durante medio siglo, un actor de la vida política que no estaba controlado por ninguna fuerza política, y que no podía identificarse con ninguna categoría social. Desde la reforma universitaria de Córdoba, las universidades se anticiparon al movimiento de integración social y política, y sería sumamente insuficiente reducirlas a la expresión de una burguesía ascendente. La acción universitaria se sitúa en un plano simbólico, y asocia integración nacional, modernización económica y luchas de clases en proporciones variables, de acuerdo con los países; es decir, los tres principios de análisis que se ha señalado constantemente, y a los que la práctica social nunca ha integrado por completo (dista tanto de ello), se han fundido todos en varias ocasiones en ideologías con efectos prácticos importantes que exaltan el nacionalismo revolucionario o el populismo revolucionario En América Latina, lo que está separado en la práctica está unido en las representaciones y las ideologías, lo cual da a la vez una fuerza de atracción considerable a estas últimas, y crea un desfase constante entre las fuerzas sociales y las expresiones ideológicas. Dicho desfase no tuvo jamás una importancia mayor que después de la revolución cubana, cuando los intelectuales y al mismo tiempo grupos urbanos o rurales se lanzaron a la guerrilla, es decir, emprendieron una acción política que no invocaba ni las acciones de masa organizadas ni tampoco a los partidos de vanguardia política, como bien se vio en la tentativa trágica del Che Guevara en Bolivia. A partir del momento en que se agotaron a la vez la fácil industrialización de la postguerra y los efectos del triunfo de la guerrilla en Cuba, el mundo de las universidades y de los intelectuales entró en una crisis que no puede reducirse a la represión a que se sometió cada vez más a las universidades por parte de los regímenes autoritarios, como si el papel del medio intelectual fuera el de amplificar la crisis de un modelo cuyas contradicciones internas estallaban de un modo cada día más evidente.

Además de la dualización y la desarticulación, el rasgo más importante de la vida política y social del continente es la ausencia de separación entre *vida pública* y *vida privada.* Lo que opone claramente a la América Latina frente a la Europa Occidental y la América del Norte industrializadas –en las que tal separación ha sido constante– dominó la cultura del siglo XIX y no dejó de acentuarse en el XX, conforme se desarrollaba el consumo privado y se introducía normas y formas de sociabilidad del todo opuestas a las de las grandes organizaciones de producción y gestión. Con mucha frecuencia, la mezcla de la vida privada y de la vida pública no se consideró sino como un elemento de arcaísmo, cosa que es verdad cuando se insiste en el papel de la familia, del compadrazgo y del clientelismo en las historias de vidas personales. Pero eso sucede al lado de lo esencial, a partir del momento en que no se ve que lo propio de una sociedad dependiente y desarticulada es el rechazo de la separación entre las formas tradicionales de organización social y cultural, y las fuerzas de modernización. América Latina también creyó durante un largo tiempo en la necesidad de la separación entre vida pública y vida privada, y más concretamente en la identificación de la modernidad y del laicismo. La América Latina republicana, positivista y francmasona, se alejó despectivamente del mundo de los campesinos, de los sacerdotes y de las mujeres, que se identificaba con el oscurantismo. Hasta la iglesia católica misma, en la línea del *aggiornamiento* de Juan XXIII, se *modernizó*, rompió con la religión popular para reconquistar a las clases medias, urbanas e intelectuales, en rápido desarrollo. Pero la realidad social y cultural siempre ha resistido tales tentativas medianamente arbitrarias de oponer la modernidad a la tradición. Y, en varias ocasiones, las ideologías modernistas solo sirvieron para reforzar la dualización de la sociedad y para acompañar la preeminencia del centro sobre la periferia. Conforme se extendía el campo de la participación social, y la política de los *ciudadanos activos*, es decir, del mundo de la palabra, quedaba desbordada, se advirtió la reaparición en el campo político de las

fuerzas culturales que se creían encerradas en la vida privada. Hoy en día, América Latina se caracteriza por el importante papel de las mujeres y de la religión en la vida pública.

Si bien es verdad que el *feminismo,* tal y como se desarrolló en Estados Unidos y en Europa Occidental, ha penetrado poco en América Latina y ha permanecido confinado en grupos de mujeres de clase media alta que han estado en contacto con los países del Norte, a menudo con motivo del exilio, nada sería más falso que concluir, a partir de ello, que las mujeres latinoamericanas permanecen encerradas en los esquemas tradicionales de conductas sociales. Por el contrario, es preciso afirmar con energía que la participación de las mujeres en la vida es mucho más considerable en América Latina que en Estados Unidos o en Europa Occidental. Y esto es así porque, por un lado, las mujeres que estudian o que han salido de la Universidad han asociado estrechamente la transformación de la condición femenina con la democratización política y con la modernización económica, pero sobre todo porque, en las zonas inmensas de la marginación y la exclusión, la función más tradicional de las mujeres, la de alimentar a sus hijos, ha sido la que las ha movido a organizarse para la supervivencia de su familia, para protestar contra su condición y para ejercer una influencia sobre los detentadores del poder, sean quienes sean. En fin, cómo no reconocer la poderosa carga simbólica de la acción de las madres de mayo quienes, invocando también el sentimiento más privado, el amor maternal, protestaron contra la violencia militar y la política de los varones.

En muchos casos, tal movilización de mujeres se efectuó en un marco religioso, siendo las *comunidades eclesiais* de base brasileñas el ejemplo más conocido, aunque tiene equivalentes en muchos países. Aquí, el asunto no es de orden religioso, sino que se trata de rebeliones, de protestas y presiones globales por parte de los pobres que no tienen acceso al mundo de la *palabra*, de la participación política y que, ante la exclusión y la represión, hacen un llamado más directo a la defensa de la vida y de la dignidad que a

reivindiciones propiamente económicas, siempre presentes, mas no apartadas de este cuestionamiento global. La vida política de América Latina se halla dividida tan profundamente que muestra, por un lado, juegos políticos e ideológicos encerrados en sí mismos, y, por el otro, una movilización ética y cultural. Entre ambos se desarrolla difícilmente lo que puede, en un sentido estricto, denominarse movimientos sociales, ya que la condición primera de formación de los movimientos sociales, es decir, de las acciones colectivas que impugnan las grandes orientaciones de la sociedad, consiste en asociar la acción instrumental con la acción expresiva, objetivos concretos y fuerzas generales de movilización. Aquello que en América Latina se halla más vagamente definido es siempre el adversario contra el cual se lucha. Por una parte, algunos hablan de unidad, de integración o de independencia nacional; por la otra, muchos se yerguen en nombre del pueblo o de la dignidad de cada individuo, protestando en aras de la vida contra la muerte; entre uno y otro, es imposible llegar a una definición integrada del adversario, que a veces se define en términos de clase, a veces como las fuerzas arcaicas de la oligarquía y, en fin, en otras ocasiones se define como una dominación extranjera. La tradición europea ha sido totalmente distinta, en la medida en que, en el transcurso de la industrialización, fue la lucha de clases la que estuvo en el centro de la vida social y política, mientras que la definición del actor movilizado seguía siendo confusa, mezcla de clase y de pueblo, así como la invocación a principios universales, al tiempo que los objetivos generales de la acción continuaban mal definidos, particularmente en términos económicos.

Tal movilización cultural, y a menudo religiosa, puede tomar orientaciones políticas diferentes. Incluso es facilísimo insistir en el conflicto entre una teología de la liberación, considerada como de izquierda, y la labor de Juan Pablo II, que se juzga más conservadora e incluso como neo-tradicionalista. Dichas diferencias son reales, pero no deben ocultar lo esencial, como tan bien lo mostró la reciente reconciliación de las posiciones existentes, en especial

en el momento de la publicación de la encíclica *Solicitudo rei socialis.* Las comunidades de base brasileñas y los grupos que organizan los viajes triunfales de Juan Pablo II, tienen en común el llamado que hacen a la comunidad y al pueblo de Dios contra un orden económico o político impersonal y lejano, así como el de ser, bajo las formas más diversas, invasiones del dominio público por el privado, lo cual da a la vida social y política en América Latina una vehemencia en la convicción, una fuerza de participación y de testimonio personal, que raramente se encuentran en otras partes del mundo, donde la participación política se encuentra animada con más frecuencia por el espíritu de servicio, de sacrificio y de respaldo a las leyes de la Historia o de la Nación.

Renunciar a la comprensión de la importancia central de las relaciones entre la vida privada y la vida pública es aceptar la división de la sociedad latinoamericana y situarse arbitrariamente en el interior del mundo de la palabra, lo que solo logra reforzar las desigualdades y las distancias sociales y la forma dramática de la exclusión.

¿Existe América Latina?

No obstante, antes de concluir es preciso volver sobre la interrogante que, desde un principio, se ha suscitado en la mente del lector: ¿tenemos el derecho de hablar de un modelo general latinoamericano?; ¿no es acaso una visión propia del extranjero el considerar que entre Uruguay y Bolivia y entre México y Chile, solo existen diferencias secundarias?

1. La primera excepción de aquello que he descrito como el *modelo latinoamericano de desarrollo* es la de los regímenes parlamentarios. Colombia no conoció casi nunca un régimen nacional popular después de 1948 –con la excepción muy limitada y particular del gobierno de Rojas Pinilla–, y la oligarquía, repartida entre los dos

partidos políticos tradicionales, jamás perdió el control del poder. Sin embargo, esta particularidad de Colombia explica también, como lo ha mostrado Pécaut, su incapacidad para llegar a una vigorosa integración nacional y la existencia endémica de zonas de disidencia en el territorio nacional. En el transcurso de los años recientes, tal ausencia de una experiencia nacional popular explica la grave crisis política y social que atraviesa un país cuya deuda externa es, pese a todo, más liviana que la de los demás países del continente.

Chile, al menos hasta 1973, parece estar más cerca del modelo occidental, en particular del francés, por su pluralidad de partidos políticos –radical, socialista, comunista. Pero basta con recordar los orígenes del partido socialista y las posiciones que adoptó, las más de las veces a la izquierda del partido comunista, para percatarse de que, tras la naturaleza compleja del partido socialista, donde se reunían elementos izquierdistas, fuerzas propiamente marxistas y una izquierda más moderada de empleados y funcionarios, podía advertirse, a menudo de modo manifiesto, un sistema de tipo parlamentario transformado por la realidad nacional popular, es decir, el gran movimiento de integración, más por el Estado que por los partidos, de masas urbanas cuya situación de clase no es ni clara ni estable. En fin, cómo no ver en uno de los regímenes más estables del continente, en la democracia venezolana, que se apoya en la oposición de Acción Democrática y del COPEI, una forma asimismo particular de régimen nacional-popular, como lo evocan a la vez los orígenes de la Acción Democrática, y en particular el período del Trienio y, más recientemente, la personalidad dominante de la política venezolana, Carlos Andrés Pérez, que encabezó una política típicamente nacional popular.

2. Es menester otorgar una importancia mucho más considerable a lo que se ha podido denominar los regímenes bismarquianos, expresión empleada por Luciano Martins en el caso de Brasil y, en particular, de la política de Getulio Vargas, pero que también

podría emplearse en el caso de México. Aquello que separa a estos dos países del resto del continente es el papel central del Estado, papel particularmente importante en el Brasil, incluso a causa de la tradición del Estado portugués, colbertista, trasplantado al Brasil y que, muy pronto, creó una administración centralizada tan fuerte que el equivalente de los caciques en Brasil, los *Coroneis,* fueron siempre más los representantes del poder central que los agentes de un poder local respecto del gobierno central. La industrialización brasileña, bajo Getulio Vargas, pero también bajo el reciente gobierno militar, fue llevada a cabo sobre todo por empresas públicas e intervenciones financieras del Estado. El papel desempeñado por las empresas públicas es mucho más limitado en México; con todo, Nacional Financiera ha ocupado, en este país, un lugar más importante que el del BNDE en Brasil. Sin embargo, cómo no ver que si, en efecto, estos regímenes han sido más nacionalistas que populistas, no se trata en este caso más que de una variedad del modelo nacional-popular general, variante que se centra en el Estado más que en los partidos, aun cuando en el caso mexicano sea imposible separar al Estado del PRI. Esto muestra hasta qué punto el bismarquismo latinoamericano continúa dominado ante todo por el modelo que se impone al conjunto del continente, en virtud de que se halla ligado a una situación de economía dependiente.

3. La excepción que se deja reducir con menor facilidad es aquella que concierne a los países que conocieron menos una situación de dependencia que una situación colonial, es decir, una sumisión política y militar respecto de Estados Unidos, al mismo tiempo que una dependencia económica en relación con un mercado mundial dominado por este país. Es naturalmente el caso de América Central y de la región del Caribe en su conjunto. El ejemplo más claro de una orientación social y política extranjera en el modelo nacional popular es, no cabe duda alguna, el caso de Cuba. Incluso puede decirse que la voluntad de lucha contra las tendencias

nacionales populares estuvo largo tiempo en el centro de la política de Fidel Castro. A partir de la lucha contra Somoza, Fidel Castro decidió claramente conceder prioridad a la lucha armada de la guerrilla en la sierra, frente al movimiento de tipo nacional popular, movimiento formado en La Habana y en otras ciudades, el movimiento del 26 de julio. Desde que tomó el poder, convencido de la ruptura indispensable con el dominio de Estados Unidos, condujo a su país a una ruptura, que se vio tanto más acelerada cuanto que se topó con una voluntad paralela del lado americano. El sistema social y político instaurado en Cuba a partir de entonces se alejó constantemente del modelo que predominó sobre el conjunto del continente. Incluso hasta el período guevarista, sobre todo de 1964 a 1968, puede considerarse como el período más antipopulista, dominado por un voluntarismo revolucionario, asociado a una gran concentración del poder económico en manos del Estado. Con todo, la fuerza de resistencia del modelo nacional popular se manifestó en las dificultades de difusión del modelo cubano. No solo fracasaron las guerrillas de inspiración castrista, en particular en Venezuela, sino que no son visibles todos los rasgos del modelo cubano en la revolución de Nicaragua –puesto que ciertamente se trata en este caso de una revolución–, de un movimiento de masas en el que se hallan incluidas categorías sociales diversas que derribaron a un régimen orientado tanto por la apropiación personal de las riquezas del país como por la subordinación a los Estados Unidos. La pluralidad de las tendencias en el seno del frente sandinista, que predominó un tiempo hasta la fragmentación de este, la importancia que ciertos elementos del régimen dieron a una movilización de tipo populista revolucionario en torno de la Iglesia popular, si bien no destruyeron seguramente la concepción leninista del poder político, por lo menos permitieron que se estableciera entre Nicaragua y el conjunto del continente, gracias a la mediación del grupo de Contadora y del grupo de apoyo a Contadora, lazos que no pueden dejar de tener una significación social y política a la vez que diplomática.

Podemos entonces concluir que existe un modelo principal en América Latina, con la condición de que agreguemos que uno de los rasgos principales de tal modelo en su fragilidad. Ello se debe a que yuxtapone el mundo de la participación y el mundo de la exclusión, y que este, reforzado por el papel tan autónomo de una parte de los intelectuales, se halla dispuesto de continuo a rechazar el régimen nacional popular; no obstante, es en esta fragilidad de las sociedades duales donde hay que buscar la explicación de la presencia constante de otros modelos en el continente, pero sin que dichos modelos lleguen a instalarse de manera estable en su lógica propia, exceptuando sin embargo –y qué importante es hacerlo– el modelo cubano, que todavía hoy parece resistir con fuerza particular a todas las tentativas de transformación o de acercamiento del modelo nacional-popular latinoamericano.

Las probabilidades de la democracia

La objeción principal que suscita el análisis que acabamos de presentar es que correspondería a un pasado ya cumplido, que podría definirse como el período de desarrollo *fácil*, hacia adentro, para retomar la expresión de la CEPAL, cuyos objetivos de política económica se colocaban claramente en el interior del modelo nacional popular. A medida que se agotaba dicho modelo de desarrollo fácil, que reposaba en la substitución de las importaciones, se puede pensar que América Latina se ha alejado del modelo político-social que le correspondía, ya sea porque se haya dejado llevar hacia una política ultraliberal sustentada en dictaduras claramente antipopulistas, o porque haya dado después prioridad a la construcción de gobiernos que descansaban sobre la democracia representativa. Estas dos objeciones, que en apariencia se fundan en observaciones poco cuestionables, son las que hay que descartar, primeramente.

1. Largos debates, dominados por la importante obra de O'Donnell, han permitido llegar a una comprensión mejor de la naturaleza de las *dictaduras* que derribaron, a partir de 1964 y 1966, y luego otra vez en 1973 y 1976, regímenes que en mayor o menor grado tuvieron una orientación nacional popular en Brasil, Argentina, Uruguay y Chile. Muchos de los mejores analistas del continente consideraron que tales gobiernos represivos tenían una finalidad más positiva y global: insertar a su país en la economía mundial buscando para ellos ventajas comparativas que estaban dispuestos a pagar a un precio económico y social muy alto. Es muy comprensible la intención de tales analistas, poco dispuestos, y con justa razón, a quedar satisfechos con una imagen puramente represiva de regímenes que han durado efectivamente mucho tiempo y que han tenido consecuencias tan importantes sobre la estructura económica y social. Pese a ello, y sin que eso implique retroceder a una concepción demasiado estrecha del análisis de dichos regímenes, mi conclusión es que hay que definirlos ante todo como regímenes antipopulares y, más precisamente, antipopulistas. Lo anterior significa que su realidad permanente es el rechazo de una erupción populista, y en ocasiones populista revolucionaria, que según ellos conduciría a la desintegración del país; por lo demás, las políticas económicas que aplicaron no fueron las mismas en todos lados, y con frecuencia estuvieron, más de lo que suele creerse, en continuidad con las políticas anteriores. Durante tal período de ultraliberalismo, ¿puede pasarse por alto la continuidad entre la política de Delfim Neto y la de Getulio Vargas, es decir, el papel central que se continúa dando a la intervención directa del Estado y de las empresas públicas en la vida económica? ¿cómo no ver en la política de Martínez de Hoz la permanencia de la oligarquía agroexportadora como la única fuerza dirigente que se ha constituido en Argentina, donde nunca fue reemplazada por una burguesía industrial? ¿cómo dejar de ver, en la construcción de los frágiles imperios financieros de Chile, una nueva expresión de las características de una burguesía formada en Valparaíso, y

que siempre siguió siendo más financiera, y hasta especuladora, que industrial? A semejante diversidad de situaciones y de políticas económicas se opone la permanencia y la unidad de regímenes propiamente políticos cuyo principio central es la eliminación por la fuerza, por la tortura, de los núcleos populistas revolucionarios levantados contra él, y que recurre a menudo a la acción violenta para abatirlos.

Es preciso considerar, pues, que estos regímenes antipopulistas forman parte del conjunto definido por los regímenes nacional-populares, a los cuales se han opuesto, y no ver allí los inicios de un nuevo período del fin del proteccionismo, y la entrada a una economía abierta con sus ventajas y sus peligros. Los regímenes antipopulistas pertenecen al mismo conjunto que los nacional-populares, que han dominado el continente durante medio siglo.

2. Siento el deseo de adelantar una interpretación análoga en lo que se refiere a los regímenes *democráticos* que sustituyeron a las dictaduras militares, especialmente en el sur del continente. La opinión pública ha visto con frecuencia, en el triunfo de las democracias, un cambio fundamental en las orientaciones políticas y sociales del continente. Es cierto que América Latina nunca ha hablado tanto de democracia, y que frecuentemente se rechazaba esta palabra o, en todo caso, se le concedía menos valor que a la revolución. No obstante, es posible defender la idea de que la democracia en América Latina no se define hoy más que por el derrocamiento de la dictadura, del mismo modo en que la dictadura militar no se definió más que por el derrocamiento de regímenes nacional-populares y de los brotes populistas revolucionarios. En efecto, uno se asombra al ver que tales gobiernos democráticos se definen con mayor exactitud, en particular en el Brasil, como regímenes de transición hacia la democracia. Con ello se muestra que el establecimiento o el restablecimiento de instituciones parlamentarias y de elecciones libres manifiesta más bien la voluntad de eliminar las dictaduras militares que una concepción global de

la sociedad. Cuanto más fuertes parecieron las nuevas democracias, en el momento que, al precio de sacrificios extraordinarios, los países del continente reaccionaban contra la gran crisis desencadenada en 1981, más débiles parecen hoy tales gobiernos democráticos, pese al progreso institucional que representan, pues tienen que hacer frente a dificultades que amenazan a esas sociedades que no consiguen levantarse de nuevo, en particular a causa de que tienen que soportar el peso aplastante de la deuda, aunque también a causa de razones internas.

3. Habría que introducir aquí una reflexión más general sobre lo que es la democracia, reflexión que casi no se ha desarrollado en América Latina en el curso de los últimos años. En realidad, lo que se llama democracia no corresponde a un principio único de organización de la vida política y social. La democracia no existe más que por la interdependencia de tres principios complementarios: en primer término, la existencia de una ciudadanía, de la pertenencia de todos a un conjunto propiamente político, lo cual se sitúa en la confluencia de las nociones de pueblo y de nación. En segundo lugar, no existe la democracia si no hay representación de los intereses, lo cual permite a los intereses de la mayoría acceder al poder. Finalmente, la democracia supone, no tanto en un plano global o en el plano de las instituciones, sino en el de las personas y de los grupos, el reino de la ley y, más precisamente, el respeto de derechos que se consideran naturales o fundamentales, derechos del individuo, de las minorías, derecho de expresión, de organización e incluso, como lo dicen las declaraciones más célebres, de resistencia a la opresión. Ahora bien, en América Latina, ninguno de estos tres principios fundamentales de la democracia se ha instalado fuertemente ni en las prácticas ni en las ideas. En el plano más visible, que es el más próximo a la experiencia vivida, con frecuencia no son respetados los derechos del hombre. No es de sorprenderse que sean objeto de escarnio en los regímenes dictatoriales, y Argentina, más aún que Chile, Uruguay o Brasil,

ha padecido la violencia arbitraria contra la cual las protestas más nobles parecen carecer de efecto alguno. En segundo lugar, es difícil –tanto para los países de América Latina como para los países de América del Norte– establecer una política sobre bases representativas, porque la dinámica del cambio se impone casi siempre sobre los problemas estructurales de un tipo de sociedad. Una de las condiciones principales de la consolidación de la democracia es, en efecto, que los problemas de funcionamiento de un tipo de sociedad se antepongan a los del desarrollo, es decir, a los del paso de un tipo de sociedad a otro o, para expresarlo mejor, a los que se llama aspectos o consecuencias sociales del crecimiento, e inclusive de la coyuntura económica. Por el contrario, el tema de la ciudadanía es, por tradición, el componente de la democracia que con más constancia se halla presente en América Latina, continente en el que el tema de la participación ha tenido más importancia en general que el de la representación. Pero es aquí donde se sitúan los problemas principales del continente. Casi no es posible hablar de ciudadanía y menos de sistema democrático en sociedades en las que las *desigualdades* sociales son tan grandes. Es sorprendente que el tema de las desigualdades no esté más directamente en el corazón de las reflexiones o de las proposiciones en todo el continente. El desarrollo económico exige a la vez un nivel elevado y una buena elección de inversión y, por otra parte, una reducción de las desigualdades, un refuerzo de la integración social. Uno de los factores decisivos del desarrollo del Japón, y luego de Corea, fue la homogeneidad social y cultural de estos países, la existencia de desigualdades económicas débiles y de un alto nivel de educación básica. Los objetivos más inmediatos que debe proponerse alcanzar la acción política en América Latina es la reducción de las desigualdades, por un lado mediante una política de construcción masiva de viviendas populares, una lucha decisiva contra el analfabetismo y la instauración de sistemas de seguridad social, y, por otro lado, al mismo tiempo mediante una política fiscal activa, una lucha contra la evasión de capitales y mediante obstáculos al

desarrollo del consumo de lujo y, en consecuencia, de cierto tipo de urbanización. Solamente a partir del momento en que el tema de la integración social, y por lo tanto de la lucha contra las desigualdades, tome la delantera, se estará cerca de una sociedad industrial y, consecuentemente, de una política representativa, al tiempo que el refuerzo de la sociedad civil asegurará la libertad y el respeto de los derechos de individuos y minorías.

4. Esta formulación nos permite protegernos simultáneamente contra una ilusión que siempre es peligrosa. Efectivamente, es tentador creer que, después de una fase de desarrollo, llena de ruido y furor, los países entran en las aguas más quietas del estado de sociedades desarrolladas; en suma, que después de la etapa del populismo, de la violencia y de las dictaduras militares viene la época de la eficacia, de la elevada productividad, que es también la de la democracia parlamentaria, del respeto de los derechos de todos y de la especialización profesional. Durante los breves años en que el tema de la democracia ha sustituido a todos los demás, ha podido creerse, bajo la influencia sobre todo de las ideas prevalecientes ahora en Europa Occidental y en América del Norte, que América Latina estaba cerca de alcanzar la categoría de los países estables y que se consideran desarrollados. Es preciso criticar claramente esta ilusión, porque no solo es ilusoria para los países de América Latina, lo es también para los países de América del Norte o Europa Occidental. Los problemas del desarrollo, y por ejemplo los de la participación populista y los del movimiento revolucionario, no se limitan al período intermediario del *take off*. Si es cierto que existen características generales de la modernidad, no ha existido jamás ninguna sociedad definible tan solo por la modernidad en sus aspectos universales. Toda sociedad es una combinación de principios generales de modernidad y de caracteres particulares de una modernización específica.

Más concretamente, en América Latina, esto quiere decir, en lo inmediato, que los progresos de la modernización hacen aparecer

nuevas formas mixtas, que combinan los caracteres de una sociedad industrial y de un sistema democrático con formas particulares de movilización, tanto económicas como sociales y culturales. Esto es lo que han recordado oportunamente las elecciones que tuvieron lugar en 1988 y que mostraron, en contra de ciertas ilusiones modernistas, que Brasil o Argentina, y con mayor nitidez aún México, no son sociedades que hayan *salido* de una época turbulenta para internarse en la tranquila claridad de la racionalidad industrial. Las elecciones brasileñas, al igual que las mexicanas, mostraron por el contrario la aparición, más allá de lo que se llamaba "movimientismo", de movimientos políticos que son a la vez populares y populistas, que se apartan de los antiguos populismos por un contenido social e incluso de clase mucho más claro, pero que llaman a la movilización popular e incluso de clase. Este tipo de movilización social y política es el que puede permitir, a los diversos países de América Latina, abordar las tareas que he considerado prioritarias en la lucha contra las desigualdades económicas, sociales y culturales.

Es más difícil resguardar el análisis contra la tendencia opuesta a la que acabamos de criticar. En efecto, si bien es bastante fácil reconocer que las sociedades latinoamericanas no entraron en las aguas supuestamente sosegadas de la modernidad, hay fuertes razones para pensar que, en este momento, y por un largo período, atraviesan tormentas que amenazan con destruirlas y desorientarlas. Tal vez el modelo nacional popular es el que se halla amenazado en forma más directa por el *caos* que se instala en diversas partes del continente, o sea, por la incapacidad del sistema político para encarar las amenazas externas e internas que tienden a desorganizar la economía nacional y la sociedad. En el momento en que escribo, el riesgo de una intervención militar estadounidense en América Central parece descartada, y puede suponerse que el continente en conjunto se apartará cada vez más de una situación colonial. Sin embargo, ya hemos dicho hasta qué punto es insoportable el peso de la deuda: lo es tanto más cuanto que el monto mismo de esta no se explica únicamente por la lógica de la ganancia en

el sistema financiero internacional, sino también por la acción de gobiernos y medios dirigentes indiferentes o ciegos a los intereses nacionales más elementales. En fin, el sociólogo está mal preparado para apreciar la gravedad de los efectos desorganizadores, del tráfico de drogas y de las redes de la actividad criminal a las que se asocia. Estos fenómenos, cuya importancia es tan considerable, en particular en Colombia y Bolivia, pero también en Perú y México, nos recuerdan que la historia de América Latina no ha sido meramente la del desarrollo, de la modernización y de los obstáculos que estos han encontrado, sino que, desde la conquista, ha sido también siempre la historia salvaje de la rapiña, de la violencia y de una criminalidad del Estado o de grupos económicos poderosos e incluso dirigentes. De modo más profundo aún, uno puede preguntarse con Matos Mar en Perú, aunque también con Zermeño en México, si los fenómenos que se decían marginales o informales no se han vuelto los fenómenos dominantes, en la medida en que la suma del paro y del desempleo es claramente mucho mayor que el empleo en el sector llamado formal. Ciertos países se ven como arrastrados a mecanismos de descomposición que tienen las más altas probabilidades de desembocar en una extensión de la violencia política y, en consecuencia, en intervenciones militares o, al menos, en el arribo al poder de gobiernos capaces de imponer, a las categorías populares, coerciones económicas y políticas considerables para restablecer los equilibrios nacionales en un plano más bajo, pero que brindan protección contra la descomposición total. ¿Podrá suponerse que nuevos regímenes nacional-populares tendrán la capacidad de extender nuevamente el dominio de la palabra respecto de la sangre, de acrecentar la capacidad de participación en detrimento de las tendencias a la marginación y a la exclusión? Tal interrogante nos coloca en el corazón de los problemas actuales del continente. Sin que haya ruptura entre los regímenes nacional-populares y nuevas formas de acción política y social, podemos suponer que no es el Estado nacional popular, sino únicamente las políticas populares y nacionales, fundadas a la vez sobre la reivindicación y una

voluntad de reconstrucción de la unidad nacional, las que tendrán la capacidad movilizadora suficiente para resistir a las fuerzas de descomposición o a las tendencias peligrosas por la agravación de las desigualdades. Será necesario dar una importancia particular a la experiencia de Chile en el curso de los años venideros, dado que las tradiciones políticas de este país le impedirán con seguridad instalarse en forma duradera en la reconstrucción de un sistema democrático que solo tuviera fines institucionales. No obstante, Chile se encuentra bien ubicado, tanto por su situación económica actual, por la buena calidad de su sistema educativo, como por la referencia a una larga tradición de integración nacional relativamente fuerte, para inventar una política que combine un esfuerzo de modernización económica con una acción, orientada hacia una disminución de las desigualdades que se han visto considerablemente acentuadas durante el período de la dictadura.

5. Los comentarios anteriores no son, así, solamente una mirada que se echa hacia el pasado y que se contentaría con resumir aquello que se ha descrito muchas veces en cada país y respecto del continente en su conjunto. Tal reflexión sobre el pasado, al permitir desprender los rasgos específicos más marcados de la experiencia latinoamericana, puede ayudarnos a divisar con mayor claridad en qué sentido habrá de desarrollarse la vida social y política del continente, más allá de las diferencias evidentes que siempre existirán entre las diversas historias nacionales. Los movimientos nacional-populares han combinado las luchas sociales, y hasta de clases, con la lucha antiimperialista contra la dependencia y con la búsqueda de una mayor integración nacional. Esta multidimensionalidad de la acción colectiva se encontrará de nuevo con certeza en las formas de acción que se desarrollarán en el curso de los decenios que vienen: no obstante, importa definir lo más pronto posible, y con toda precisión, cuáles serán las nuevas formas de combinación entre la gestión de una sociedad industrial y la gestión de las formas de tránsito de una sociedad preindustrial a una sociedad industrial, dentro del

cuadro de la dependencia y de cierta coyuntura internacional. Es en esta dirección que la reflexión debería desarrollarse, si es capaz de resistir al mismo tiempo a la tentación "modernista" del acercamiento progresivo de América Latina con países más industrializados, ya sean estos americanos, europeos o asiáticos, y por otro lado, a la fascinación de la descomposición inevitable que no dejaría lugar más que a golpes de Estado, y a la resistencia armada a esos golpes de Estado o inclusive a la formación de ejércitos revolucionarios que hicieran reinar, en los territorios liberados, un terror de Estado análogo al que ejerce Sendero Luminoso en vastas regiones del Alto Perú. El análisis del modo latinoamericano de desarrollo no se ocupa, pues, solamente de una fase de la historia del continente, y las nociones que se han propuesto aquí y en otras partes son tan útiles hoy como ayer, con la condición de que se adapten a situaciones que cambian sin cesar. Esto es así en vista de que lo esencial no es definir una situación, sino ante todo reorientar el análisis hacia la comprensión de los modos de acción colectiva propios del continente latinoamericano. Dicho análisis no puede separarse de un propósito normativo: cómo elevar la capacidad de acción de los actores latinoamericanos sobre su historia colectiva, cómo reforzar a la vez a los actores estructurales –como los empresarios, los sindicatos, la administración pública o los intelectuales– al mismo tiempo que se verán más fuertemente asociados con actores definidos de su lado por su capacidad de movilizar recursos, de reinterpretar el pasado cultural y político, y convertirlos en un agente de organización del porvenir.

Este tipo de reflexión parece ser importante no solo para América Latina. La importancia de los trabajos realizados por las ciencias sociales sobre el continente hace que en la actualidad, en el mundo entero, se multipliquen las referencias a las experiencias, pero también a los trabajos latinoamericanos. Es importante reconocer el papel central que juegan las referencias a la historia latinoamericana actual en países tan diversos como Turquía, Egipto, Tailandia o Indonesia. Quizás una de las tareas principales que

deberían cumplir las ciencias sociales en América Latina sea la de incorporar lo más rápido posible las realidades y las ideas latinoamericanas en un conjunto más internacional, más cosmopolita. Tal labor comparativa contribuiría probablemente de manera decisiva a que la reflexión sobre América Latina se hiciera más profunda y a que participara de manera aún más activa a la solución de los difíciles problemas del continente.

Traducción de Martha Donis

Unidad y diversidad de la sociología*

Alain Touraine

Las condiciones sociales de la producción sociológica

Una experiencia histórica nueva suscita nuevas orientaciones de las conductas, un sentido nuevo de la situación vivida: este sentido aparece, es reconocido, codificado en instituciones, en normas sociales y transmitido a los nuevos miembros de la sociedad. El sentido deviene orden.

En la unión de estos dos movimientos, el que orienta la acción y el que regula las conductas, el que crea las instituciones y el que las mantiene, reside la unidad del análisis sociológico. Pero su desfasaje, el malentendido que separa siempre la acción histórica y el sistema social, la innovación y el funcionamiento, son los que permiten la aparición de la sociología. Esta solo tiene por objeto el sentido escondido, no reconocido, de lo nuevo.

No hay sociología donde falten la acción nueva, la creación histórica, la invención de grupos, de ideas, de sentimientos nuevos; tampoco donde la evolución esté totalmente controlada, interpretada desde el comienzo, canalizada y dirigida en formas sociales que se supone se le adaptan perfectamente.

* Trabajo presentado al Grupo de Trabajo sobre "Unidad y diversidad de la sociología", dirigido por el autor en el VI Congreso Mundial de Sociología, Evian, Francia, 1966.

Por eso es que las sociologías son inquietas e inquietantes, amenazadas por los sostenedores del orden establecido, tanto del pasado intangible como del porvenir científico, viven solo entre la madera de la historia y la corteza de las instituciones.

Si la mirada de los sociólogos alcanza el límite del presente y del futuro, no es solo por razones prácticas, a causa de los materiales que ofrece lo viviente a la observación, la encuesta y la experimentación. Es ante todo porque es más fácil no comprender el presente, porque la ilusión del todo social, alimentado de su propia sustancia, sin perder nada en el movimiento que sube de las raíces a las ramas, es más difícil de aceptar en el presente, donde la necesidad es menos visible, las revueltas más numerosas, las obligaciones vividas más cotidianamente.

La idea hegeliana de la historia, recuerda Louis Althusser, es "que todos los elementos del todo coexisten siempre al mismo tiempo, en el mismo presente, y por lo tanto son contemporáneos unos de otros en el mismo presente. Esto quiere decir que la estructura de la existencia histórica de la totalidad social hegeliana permite lo que yo propongo llamar un *'golpe de esencia'*, es decir, esa operación intelectual por la cual se realiza, en cualquier momento del tiempo histórico un *corte* vertical, un corte del presente, de tal modo que todos los elementos del todo revelados por este corte estén entre ellos en una relación inmediata, que expresa inmediatamente su esencia interna" (*La Pensée,* 1965, p. 5).

Para el sociólogo, por el contrario, la sociedad nunca es contemporánea de sí misma, ella es a la vez su futuro y su pasado, una experiencia vivida, todavía no formulada, o descrita en forma incoherente y no responsable, y además marcos sociales y mentales, expresión que señala bastante claramente que *las reglas se apoyan* unas sobre otras, mantienen una cierta rigidez y no son la realización perfecta de una inspiración o de una experiencia.

Por lo tanto, todo el esfuerzo del sociólogo tiende a reducir el espacio vacío sin el cual, sin embargo, no puede existir. Sueña con la integración social, la descubre allí donde otros solo ven desorden

o pura iniciativa, pero si su sociedad proclama su propia integración, se vuelve enseguida hacia la descripción de lo nuevo, de lo escandaloso, de lo marginal, de todo lo que testimonia el movimiento incesante de la vida social y por lo tanto de la necesidad del libre análisis.

Su función es buscar el orden en los fenómenos. Su razón de ser es que en este orden se invente y se transforme a cada instante. Imaginemos una organización puramente burocrática. El sociólogo enuncia las reglas, pero pronto debe retirarse frente al naturalista, quien, mucho mejor que él, calcula el funcionamiento. Recuérdenle en cambio que toda organización está sometida a una política, que debe simplemente adaptarse a un entorno. Retoma su trabajo, considerando ante todo las relaciones y las tensiones de la política y de la administración, de la invención de los fines y de la resistencia de los medios.

Digamos, tomando el vocabulario político de la Francia del siglo XIX, que no hay sociología del orden como no hay sociología del movimiento, porque toda sociología nace de la distancia entre una y otra y trabaja para reunirlas.

De este modo, *la situación más desfavorable* para la sociología es la existencia de una sociedad estancada, con una débil transparticular, y que, al mismo tiempo, se impone o ve imponerse una forma de interpretación de la realidad social fuertemente formación, o donde los cambios están limitados a un área muy integrada. Más precisamente, hay un gran riesgo de que en una situación de este tipo, la institución universitaria en la cual debe naturalmente desarrollarse el conocimiento de la sociedad, como toda otra forma de conocimiento científico, sea sobre todo una agencia de transmisión de valores culturales heredados, más que un órgano de interpretación de nuevas prácticas sociales.

Menos desfavorable es la situación en la que la ausencia de creatividad social se acompaña de una crisis del pensamiento social. La sociología tiende entonces a interrogarse sobre el funcionamiento mismo de la sociedad. Acuerda un cierto privilegio al estudio de

las conductas sociales concretas y de las estructuras sociales inmovilizadas que ellas hacen aparecer. Tal vez su tema central sea entonces la desigualdad social y sus manifestaciones más visibles, las barreras, la separación de clases en el espacio urbano o en el sistema de enseñanza. Paralelamente la atención se dirige hacia las formas y consecuencias de la no-participación o de la exclusión social, la desocupación, la criminalidad, la desorganización social. Sociología cercana a la observación etnográfica y preocupada por ser útil al estudio e inclusive a la solución de los problemas sociales.

A esta situación se opone directamente la de una sociedad modernista, pero animada o dirigida por un pensamiento social fuertemente constituido, ampliamente aceptado y enseñado. El riesgo principal es entonces identificar una realidad histórica concreta con una noción social particular, lo que abre la puerta a todos los peligros de la filosofía de la historia, y sobre todo a la afirmación dogmática de que todos los elementos de una situación social denotan un mecanismo central. Lo más frecuente es que una sociedad elija un sistema de análisis que le asegure una situación privilegiada en la evolución. Si económicamente está muy desarrollada, tiende a mostrar que el nivel de modernidad dirige la mayoría de los atributos de la sociedad; si nació de un poderoso movimiento social, tiende a definir las otras sociedades como dominadas por las trabas de las que ella supo liberarse sola, lo que puede conducir a un extremo etnocentrismo y a la incapacidad de analizar útilmente las sociedades extranjeras.

Es dudoso que *la sociología se desarrolle con más vigor* en las situaciones donde las grandes transformaciones sociales están acompañadas de una débil organización del pensamiento social. Esta situación encierra casos muy diferentes. Lo veremos en seguida al buscar las razones sociales de las diversas orientaciones del análisis sociológico. Por el momento, nos contentamos con indicar la situación más favorable en general al desarrollo de la sociología, aquella en la que existe una débil relación entre la experiencia

social y el sistema de valores codificado, institucionalizado, defendido por la ley.

Conviene agregar, a estas distintas situaciones, la más elemental, en la que toda tensión entre la experiencia y el pensamiento sociales desaparece oficialmente, porque el conjunto de las conductas está sometido a reglas imperativas dictadas por los estados totalitarios, no definiéndose ya por un rol de progreso o de transformación social, sino por la voluntad de poder, el reinado del aparato, o la defensa agresiva de una esencia nacional o *racial*. La sociología no puede sobrevivir en una sociedad totalitaria: el monumento a los muertos de la sociología es el trágico testimonio de esto.

Pero no es suficiente con que exista una franja de claroscuro entre la experiencia y la doctrina sociales para que se desarrolle la sociología. Es necesario que se instalen en ella instituciones particulares, universidades o institutos de investigación, que se encarguen de establecer científicamente una relación que no existe prácticamente. Las universidades deben ser independientes de las fuerzas de control social; también deben estar dirigidas hacia el análisis de las experiencias sociales nuevas.

Esta apertura y esta independencia no se encuentran en todos lados. Aún allí donde no pesa ningún despotismo sobre la vida universitaria, es frecuente que el espíritu corporativo, la rigidez administrativa o la simple pobreza impidan a los universitarios jugar su rol de transformadores de la experiencia social.

Esta observación conduce a considerar la desigualdad de desarrollo de la sociología en el continente americano y en el europeo, en el curso de los últimos decenios.

No solo la producción no creció en Europa durante este medio siglo de una manera comparable al crecimiento americano, sino que el conjunto de las sociedades europeas posee una sensibilidad mucho menor a los trabajos sociológicos que las sociedades americanas, sean de lengua inglesa, española, portuguesa o francesa. El hecho puede explicarse históricamente: las sociedades europeas

jugaron un rol de vanguardia antes que las otras, y su pensamiento social como el trabajo de sus ciencias sociales se organizó alrededor de la oposición y de la complementariedad de la evolución histórica y de la resistencia de conjuntos geográficos regionales. Aún hoy en día, en Francia, por ejemplo, la historia social y económica, por un lado, la geografía regional por el otro, representan los elementos más sólidos de la formación escolar y universitaria en materia de ciencias sociales.

En Gran Bretaña, la importancia del análisis económico, del estudio de las comunidades locales, sobre todo urbanas, es del mismo orden. Lo que tal vez explica el recibimiento bastante favorable, en varios países europeos, de los campos de la investigación sociológica próxima al estudio histórico y geográfico, como la sociología industrial, la sociología rural y la sociología urbana. ¿Es totalmente casual que el más importante centro de investigaciones francés, el Centro de Estudios Sociológicos, haya contado entre sus directores con un geógrafo y un sociólogo que siempre proclamó su ligazón con el grupo de los "Annales", es decir la escuela histórica nacida de la obra de Marc Bloch y de Lucien Febvre? La situación no es muy diferente en Italia, en Inglaterra, en Alemania, en Bélgica y en los Países Bajos.

Por otra parte, es indiscutible que durante mucho tiempo la sociología encontró obstáculos, e inclusive condenas, en la Unión Soviética y en los países de su misma orientación política. El fuerte desarrollo de la sociología en Polonia después de 1956 no hace más que reforzar esta observación general. Los países escandinavos en cierta medida hacen excepción a esta regla, sin por eso abandonarla.

Pero esta resistencia europea a la sociología no es un fenómeno simple. Si se resumen las observaciones precedentes diciendo que la sociología se desarrolla en sociedades modernistas, donde el pensamiento social está débilmente integrado y es poco constrictivo, y donde existen fuertes instituciones universitarias a la vez abiertas a los problemas de la sociedad y políticamente independientes, se

pueden reconocer tres factores de la resistencia a la sociología en Europa. En primer lugar, la ausencia de modernismo en ciertas sociedades, que a pesar de profundas transformaciones económicas, no transformaron profundamente su orientación social y cultural. No se debe olvidar la importancia de este desfasaje, que permite decir que muchas sociedades europeas fueron, durante los dos últimos decenios, economías de crecimiento más que sociedades en desarrollo. Sin embargo, se puede considerar que las resistencias del tradicionalismo se debilitan. En segundo lugar, muchas sociedades europeas o algunos de sus sectores estuvieron ligados a ideologías globales, en principio favorables al desarrollo de las ciencias sociales, pero que de hecho lo trabaron por un incesante llamado a la *totalidad*, conducente al rechazo de casi toda investigación concreta y limitada. También aquí se puede pensar que recientemente se cumplieron progresos y que se desarrolla una actitud más favorable a las investigaciones positivas.

Finalmente, las universidades europeas sufrieron considerablemente el desfasaje entre el cambio económico y las orientaciones sociales y culturales, por lo menos en Europa Occidental, en los países del Mercado Común y en Gran Bretaña. Porque si la sociología es rechazada por el dogmatismo ideológico y político, no prospera cuando la modernización no se difunde en el conjunto de la vida social y cultural, en particular cuando no llega a crear nuevos modelos de educación.

Las universidades de los viejos países industriales europeos, libres, pero débilmente presionadas y sostenidas por modificaciones culturales, o menos parcialmente institucionalizadas, se encontraron relativamente aisladas y poco inventivas. La importancia de este aspecto, el hecho de que en muchos casos la sociología haya debido desarrollarse al margen de las instituciones universitarias tradicionales, redondea los razonamientos anteriores.

La sociología solo se desarrolla cuando se producen *hechos sociales* nuevos. Ahora bien, un cambio técnico, demográfico o económico se convierte en un hecho social nuevo solo si es reconocido,

si se crean nuevas normas, si ellas son por lo menos parcialmente institucionalizadas. El rol de la sociología es transformar una experiencia social en ciencia social. Es imposible si antes la realidad social no fue transformada en experiencia social.

Los tipos de pensamiento sociológico

El enunciado de las condiciones favorables al desarrollo de la sociología no permite por lo tanto establecer una relación directa entre ese desarrollo y tal o cual carácter particular de una sociedad, su nivel económico o su tipo de sistema político.

La sociología aprovecha toda forma de desnivel entre la experiencia y la conciencia colectivas. Pero diversos tipos de sociedades, o más bien diversas formas de este desnivel implican a la vez peligros e incitaciones particulares para la sociología.

Esquemáticamente se pueden distinguir tres situaciones principales: el *optimismo liberal,* característico de las sociedades o grupos sociales que conocen experiencias sociales nuevas y que encuentran en su camino pocos obstáculos para desarrollar una conciencia militante de la modernidad, que se movilizaría para destruir o superar tales obstáculos. Por lo tanto, el riesgo de situar en el centro del análisis una idea de la evolución que vaya de las sociedades cerradas a las abiertas, de la comunidad a la sociedad, de lo transmitido a lo adquirido, del particularismo al universalismo, o, más simplemente, de la rareza a la abundancia, es bastante grande. El devenir de la sociedad aparecería como una evolución más que como una acción. El objeto propio de la sociología está presentado como el estudio de las conductas sociales, de las resistencias o de la participación a la modernidad, de la integración o de la marginalidad sociales.

Entonces la sociología, fuertemente asociada a la psicología social, es sensible sobre todo a las condiciones de funcionamiento de las relaciones sociales. Los valores aparecen como un dato, como

un contexto, y toda la atención se dirige hacia la organización del sistema de interacción.

La ventaja principal de una organización de este tipo es insistir sobre la especificidad del análisis sociológico, romper claramente con la confusión de la historia social y de la sociología, y permitir de este modo un progreso decisivo de la teoría sociológica, profundizando las nociones de estatus y de rol, de sistema social y de organización, de cambio y de tensión.

El peligro que puede aparecer proviene de una reintroducción de la filosofía de la historia y sobre todo de una recaída del estudio de la acción social en el de la sociedad, a menudo presentada como un ser cuasi biológico.

El optimismo progresista relaciona más fuertemente la experiencia de modernidad y la voluntad de modernización. Se interesa en la formación de la acción social y sobre todo en los movimientos sociales, es decir que enlaza con fuerza la creación histórica de los valores y la organización de las relaciones sociales. Es una sociología del desarrollo, más que del cambio. El riesgo que se corre es soldar nuevamente el análisis sociológico al análisis histórico y volver a caer en la filosofía de la historia, o más precisamente, confundir la intención de la sociología con la ideología de los movimientos sociales que estudia, como se pudo ver durante el período de desarrollo de América Latina, entre 1945 y 1960, en particular en el Brasil.

El pesimismo progresista es ante todo sensible a las contradicciones de la sociedad, y busca los medios de superarlas. Reacciona útilmente contra la estrechez de un análisis de la sociedad en términos de sistema social y contra la confusión de la intención y de la acción que amenaza el optimismo progresista. En realidad, desde el punto de vista del análisis sociológico, no existe una diferencia fundamental entre este pesimismo progresista y lo que se podría llamar el pesimismo liberal. Uno y otro son ante todo sensibles al conflicto, a la violencia, es decir, lo opuesto de la relación social o del movimiento social: la violencia indica la relación

de dos unidades distintas, por supuesto relacionadas una con otra, pero ante todo distintas, independientes, como lo son dos estados, dos negociadores, dos grupos que se enfrentan. Que este tipo de pensamiento apele a Marx o a Maquiavelo, lo que no quiere decir que sea el de todos los marxistas o todos los maquiavelistas, recuerda la distancia infranqueable que separa las construcciones analíticas de la sociología de la descripción de la práctica social. Lo que hace su fuerza y también su debilidad, porque con frecuencia está tentado de permanecer al margen del análisis sociológico.

Se debe excluir todo esfuerzo de clasificación de las obras de la sociología moderna en estas categorías. Esta no es su función. Ellas no proponen un análisis interno del movimiento de la sociología, sino una descripción de las condiciones sociales en las que se desarrolla el análisis sociológico, del que primeramente se trató de definir la situación general. Se puede investigar cómo distintas relaciones entre esas dos realidades orientan diferentemente el trabajo de la sociología, porque se la situó en el claroscuro que divide la experiencia del pensamiento social. Los mejores sociólogos integran en mayor o menor medida estas diversas corrientes de pensamiento, no en forma abstracta, sino para desentrañar la existencia de procesos sociales particulares y de connotaciones múltiples.

Tipos de sociedades y escuelas sociológicas

No sería suficiente sin embargo decir que existen diversas corrientes de análisis sociológico, correspondientes a situaciones sociales diferentes y entre las que los grandes hombres de la sociología establecerían puentes. Existe análisis sociológico solo en la medida en que existe una cierta integración entre los elementos o las tendencias que acabamos de distinguir, donde se encuentra mantenida la unidad de la problemática sociológica.

Es en este sentido que se puede hablar de escuelas sociológicas. Aislado, el optimismo liberal, o cualquier otra corriente, tiende a perder su cualidad sociológica, se naturaliza.

Por lo tanto, una escuela no es la expresión de una tendencia de la experiencia o del pensamiento social, sino un tipo de combinación entre los elementos constitutivos del análisis sociológico, que responde a un cierto estado de las relaciones entre la experiencia y el pensamiento sociales. Por eso es que esta noción tiene siempre una importancia secundaria. Aún más, es peligrosa si despedaza el análisis sociológico y constituye conjuntos ajenos unos de otros, y que solo se comunican por medio del anatema, el malentendido o el compromiso.

Las escuelas sociológicas solo se definen por la diversidad de las situaciones en las que se desarrolla el trabajo sociológico, cuya unidad debe ser definida en el momento que uno se esfuerza por distinguir esas escuelas.

Luego de haber definido esta unidad en la primera parte, luego de haber distinguido los elementos constitutivos del análisis sociológico, el estudio de la relación social, las orientaciones de la acción, los conflictos intersociales; en la segunda se puede distinguir, sin riesgo de desmantelar la unidad de la sociología, diversas escuelas sociológicas. Primero lo haremos en el interior de la civilización industrial, es decir, de las sociedades que se definen por su relación con sus obras y no por su dependencia frente a su pasado o a sociedades extranjeras.

Los tres tipos de sociedades industriales que vamos a distinguir representan distintas combinaciones de modernidad y modernismo, de innovación a nivel de la experiencia social y de voluntad de transformación social voluntaria.

Por lo tanto, estos tipos no corresponden directamente a las tendencias del pensamiento sociológico que acabamos de evocar. Cada uno de ellos representa una configuración histórica particular y una cierta combinación de diferentes tendencias del pensamiento sociológico. Debemos agregar solamente que en cada tipo

de sociedad los peligros principales que corre la sociología son aquellos que acompañan la tendencia del pensamiento social más cercano.

Las sociedades *liberales* tienden a situarse en la historia, en la evolución, antes que a captarse a sí mismas como actores históricos voluntarios. Por lo tanto, son muy favorables al análisis funcionalista de los sistemas de relaciones sociales en marcos particulares, organizaciones o comunidades, mientras que a nivel de la sociedad global son más sensibles a un análisis del cambio dirigido en términos de adaptación a una situación nueva, de estrategias o de investigación utilitarista con el máximo de ventajas. Y la sociología se preocupa por la formación de los valores más bien a nivel del individuo, con frecuencia gracias a estrechos lazos con el psicoanálisis.

Inversamente, las sociedades *voluntaristas* son las que chocan con fuertes resistencias de la sociedad tradicional, y para superarlas, desarrollan movimientos y doctrinas de transformación social. En este caso, la preocupación de la creación histórica se sitúa a nivel de la sociedad global.

Esta fuerza de las instituciones societales implica un empobrecimiento de los sistemas sociales particulares y de su análisis, con frecuencia dirigido en términos estratégicos, siendo el problema principal el del acceso a la influencia política de los *cuerpos intermediarios*: ciudades, empresas u organizaciones voluntarias. El individuo es considerado en sus relaciones con un sistema general de decisión y de organización, analizado sobre todo en términos funcionalistas, de roles y de conflictos de roles, de adaptación o cambio, de carrera, etc.

Finalmente, llamaremos sociedades *contractuales* a las que, siguiendo el modelo inglés de la democracia industrial, no separan la modernización económica y la transformación social, sino que las unen en el tema de la participación creciente y del engrandecimiento del *citizenship*.

Entonces, las sociedades tratan de comprender su dinámica y su historicidad en el nivel intermediario de las organizaciones y de

las comunidades. La sociedad global es analizada en una perspectiva más funcionalista, siendo el tema central el desarrollo de las relaciones contractuales y la institucionalización de los conflictos. El individuo es considerado desde una perspectiva utilitarista, en la búsqueda de su interés o de su felicidad.

De este modo, los distintos tipos de sociedades industriales persiguen el mismo conjunto de problemas, pero reparten diferentemente su triple preocupación común por la historicidad, el lazo social y la autonomía del actor, entre los tres principales niveles de observación: el de la sociedad global, el de los sistemas sociales particulares y el del individuo.

No se puede decir que existan escuelas nacionales de sociología, sobre todo si se consideran los principales productores de sociología, pero nos debemos esforzar por reconocer las relaciones, no de una obra individual, sino de un conjunto de análisis con una situación definida no histórica ni geográficamente, sino como una cierta relación entre la experiencia y el pensamiento social.

Podemos interrogarnos sobre los principales problemas que encuentra cada escuela sociológica. En la sociedad liberal, el que suscita los debates más vivos es el análisis de la sociedad global, como lo atestiguan por ejemplo el enfrentamiento entre Lipset y Mills. En la sociedad voluntarista, nada está más cargado de conflictos que el análisis de las organizaciones, porque naturalmente estas son consideradas como simples instrumentos de una voluntad social supuestamente unificada y transparente a sí misma. Finalmente, en las sociedades contractuales, participacionistas por naturaleza, es el individuo quien está en el centro de los debates. Por lo tanto, la sociología nunca es la transcripción directa de la situación que analiza; es tanto más viviente cuanto más se esfuerza por mantener su unidad luchando contra las limitaciones o las distorsiones que impone la práctica social.

Este rol de oposición es más marcado aún en las sociedades en vías de desarrollo. En Japón, la influencia norteamericana fue lo que permitió el desarrollo de la sociología en una sociedad

dominada por un código de valores fuertemente constituido. En Brasil, por el contrario, o en Argentina, la sociología se levantó contra un desarrollo sobre todo liberal; en Quebec se forma contra un modelo de sociedad contractual.

Allí donde existe una fuerte integración de las fuerzas modernizadoras y de los movimientos de transformación social, la sociología se desarrolla difícilmente. Encuentra más dificultades en Chile que en Argentina, en México que en Brasil, en Egipto que en Turquía, en Yugoslavia que en Polonia, y se podría agregar en Inglaterra que en Francia y *a fortiori* en la Unión Soviética que en los Estados Unidos. La sociología es siempre un instrumento de crítica social, que no apela al ideal contra toda realidad particular, sino a la unidad de una problemática científica contra las limitaciones de la práctica.

Los roles no profesionales de los sociólogos

Estudiar la situación social de la sociología, conduce a interrogarse sobre el rol social de los sociólogos. Porque están a medio camino entre la experiencia y el pensamiento sociales, contribuyen a formar una y otro. Por un lado tienen un rol de innovación cultural, por el otro una función política e ideológica. Como constituyen una profesión que adhiere al progreso del conocimiento, y por lo tanto de la previsión de las conductas sociales, pueden jugar también un rol en la aplicación de sus investigaciones. También aquí se dirá que si los sociólogos no poseyesen más que uno solo de estos roles, su situación en la sociedad sería tan particular que pondría en peligro su vida propiamente científica. El sociólogo no puede ser solamente un intelectual, un ideólogo o un trabajador social, entonces ya no sería un sociólogo.

Pero diversos tipos de sociedades favorecen ciertos tipos de roles extraprofesionales, de la misma manera que refuerzan o debilitan ciertos aspectos del análisis sociológico. En las sociedades *voluntaristas*, los sociólogos tienen pocos medios para aplicar sus

resultados, porque en principio los cambios sociales están dirigidos por una intención general, política, de transformación social. Su rol político e ideológico no es inexistente, sino que permanece limitado; empleados como expertos, están siempre sometidos a los dirigentes económicos y políticos. A cambio de esto, su rol es más o menos considerable en la formulación y el análisis de la experiencia social, casi necesariamente están llevados a describir la resistencia de los hechos frente a las intenciones políticas, a expresar la opinión pública. Es suficiente con evocar aquí el ejemplo polaco y la importancia social en ese país del Instituto de opinión pública.

En las sociedades *contractuales,* preocupadas por el *welfare*, por la relación entre el crecimiento económico y la participación social, igualmente institucionalizados, el rol político de los sociólogos puede ser considerable, porque sus encuestas se dirigen hacia los problemas de la sociedad considerados centrales. Esto se observa en Europa del Norte y aún en Francia, donde los planificadores, siguiendo el ejemplo de Masse y de Gruson, al querer ubicar a su país en la categoría de las sociedades contractuales, fueron los primeros en proclamar la importancia social de la sociología. Este rol de experto disminuye las posibilidades de aplicación, sin anularlas, porque el sociólogo es llevado a intervenir en el nivel de la concepción antes que en el de la aplicación. En esta situación, el rol de innovación cultural puede llegar a ser débil, porque la sociología se orienta hacia la modernización de los sistemas de decisión antes que hacia la experiencia social. En Francia, coexisten las dos situaciones que acabamos de mencionar, como en todos los países donde el movimiento socialista ejerció una gran influencia sobre los medios intelectuales, y se podría decir que el sociólogo francés de hoy en día se esfuerza por estar en contacto al mismo tiempo con el Comisariado del Plan y con *Temps Modernes.*

Finalmente, en las sociedades *liberales,* la participación política e ideológica es débil, porque el sistema político evita el recurrir a una visión sistemática, y se define mejor como un campo de fuerzas muy diversas que poseen mayor o menor acceso al poder. A la inversa, las

posibilidades de aplicación en campos particulares son grandes: se transforman programas escolares o universitarios, se aportan mediaciones a los conflictos de trabajo, se elaboran planes de organización de regiones rurales o urbanas. El rol de innovación cultural es mediano, porque los sociólogos, en su mayoría universitarios, viven relativamente aislados, pero también porque las sociedades tienen medios muy numerosos de modernización de la opinión pública, y finalmente, porque la innovación cultural en esas sociedades se produce sobre todo a nivel del individuo y de su vida privada, campo en que el psicólogo interviene con mucha más fuerza que el sociólogo.

Es frecuente que los sociólogos colocados en una cierta situación denuncien los roles extra-científicos aceptados por sus colegas que viven en otro tipo de sociedad. Las acusaciones de politización o de ideología responden a las críticas contra el conservadorismo de los trabajadores sociales. Estas críticas a veces son exactas, pero sus peligros son mucho más grandes que sus ventajas. No existe ninguna contradicción entre la naturaleza científica del análisis sociológico, reconocido por todos como necesario, y los roles extraprofesionales asumidos por algunos sociólogos. Las exigencias más generales del trabajo sociológico estarían en peligro solo si la investigación sociológica no tuviese otra prolongación que un saber técnico, y el sociólogo perdiese de vista su objeto mismo, que es el estudio de la organización de la sociedad en sí misma.

Por otra parte, tal vez es utópico esperar que una misma escuela sociológica pueda a la vez aplicar ampliamente sus conocimientos, participar en la elaboración de los modelos de acción social que orientan la sociedad y jugar un rol de innovación cultural.

Es más realista esperar que comunidades sociológicas nacionales lleguen a estar lo bastante diversificadas para permitir la coexistencia de escuelas diferentes, y por lo tanto para abrir a la sociología campos muy diversos, y siempre relativamente separados.

Unidad y diversidad de la sociología

La diversidad de las sociologías nacionales o regionales no puede ser aceptada como un hecho central. En Europa, especialmente, el llamado a la tradición, ya sea alemana, inglesa, francesa o italiana con frecuencia es solo una forma apenas velada de resistencia al análisis propiamente sociológico, un esfuerzo por mantener la primacía del pensamiento filosófico, histórico o económico sobre la sociología.

Las comunicaciones entre sociólogos europeos son tanto más difíciles cuanto mayor es la insistencia sobre estas diferentes tradiciones. La facilidad de los viajes, el reconocimiento de las cualidades intelectuales de los mejores representantes de diversas tradiciones no debe enmascarar la debilidad de los intercambios intelectuales entre países europeos, como lo atestiguan el poco número de traducciones. Por lo tanto, conviene insistir ante todo sobre la unidad y especificidad del análisis sociológico. Donde mejor se desarrolló este es en los Estados Unidos, es decir en una sociedad moderna, donde la distancia entre la experiencia social y la concepción de la sociedad, poco explícita ella misma, es considerable, donde se desarrollaron universidades a la vez independientes y muy sensibles a los problemas planteados por la política social. Aun quienes se esfuerzan por seguir líneas de reflexión poco desarrolladas en los Estados Unidos, deben reconocer que recibieron de ese país, como antes habían recibido de la escuela durkheiniana, y sin que haya ruptura entre las dos influencias, la conciencia de la naturaleza propia del análisis sociológico.

Pero sería tan peligroso afirmar la suficiencia de una escuela sociológica como defender la pluralidad irreductible de las tradiciones intelectuales nacionales.

Concretamente por ejemplo, en lugar de oponer una concepción norteamericana y una concepción europea de la sociología, se puede considerar que el progreso de la sociología se debe traducir en particular por su penetración en sociedades donde la distancia

entre la experiencia y la doctrina es menor que en los Estados Unidos. A medida que el área de autonomía de la sociología disminuye, encuentra dificultades mayores, pero también se hace más sensible a problemas que la situación americana incita poco a estudiar. Ante todo, para retomar nuestra nota inicial, los problemas de la creación de los valores, de la acción de los movimientos sociales, de los conflictos de la apropiación, de la modernización.

Este trabajo de extensión de la sociología conduce a cuestionar algunos de los puntos de vista de la sociología norteamericana, pero no se lo debe hacer nunca rompiendo con ella, a riesgo de volver a caer en un pluralismo destructor, y sobre todo encubriendo mal la resistencia de las tradiciones pre-sociológicas, madre de los chauvinismos nacionales.

Un ejemplo de este proceso puede observarse en América Latina, donde el conocimiento de la sociología norteamericana ha sido un elemento importante de ruptura con el pensamiento pre-sociológico, y por lo menos en ciertos casos, un factor de desarrollo de un trabajo original bastante alejado del modelo norteamericano. Solo puede haber universalidad de la sociología si su trabajo se desarrolla en todos los tipos de situaciones sociales. No sería suficiente que el área de aplicación de una escuela se extendiese al planeta entero. Aún más, este éxito sería catastrófico, porque haría ininteligible la mayoría de las experiencias sociales observables. Una sociología no puede asimilar una experiencia que no es la suya. En cambio, puede comunicarse con la sociología de esta experiencia diferente. No es recurrir a un relativismo elemental del análisis sociológico, sino afirmar que el mundo del presente solo puede ser comprendido a través de toda la conciencia que tiene de sí. El etnólogo o el historiador interrogan a sociedades diferentes de la suya, por lo tanto encuentran al otro, no a una parte de sí mismo. Están en posición de observadores, no de participantes. El sociólogo nunca es extranjero a su objeto de estudio, y solo podrá librarse de su doble naturaleza de actor y observador cuando todas

las partes del universo al que pertenece se reflejen ellas mismas en un pensamiento científico.

La verdadera unidad de la sociología reside en su universalidad, es decir, también en la diversidad, en el enraizamiento social de los sociólogos. Porque toda la realidad social puede ser interpretada a partir de la conciencia que posee una de sus partes, pero el conjunto de la experiencia social solo puede ser comprendido recomponiendo el espejo roto de la conciencia social.

Hoy en día, la distribución de las fuentes es demasiado desigual, la libertad de observación y de análisis están demasiado limitadas para que la lenta ascensión de la experiencia a su sentido sea posible en todas partes. Además, se puede sostener que la influencia de los centros mundiales del poder y de la riqueza es tan grande que un creciente número de sociedades que participan de la civilización industrial está privada no solo del conocimiento en sí, sino inclusive de su experiencia vivida.

Lo que llamamos *el efecto de demostración* es también la imitación, la falsa experiencia y la falsa conciencia, de tal manera que los sociólogos de los países mejor equipados en instrumentos de investigación, aunque pueden extender más que antes el campo de sus observaciones, lo ven volverse cada vez más monótono, oyendo en todos lados el eco de su voz, caminando siempre sobre su sombra, en lugar de descubrir en el espejo que otro les tendería, una imagen desconocida de sí mismos, y por lo tanto un medio de liberarse de sus propias determinaciones sociales.

Es en este sentido que hay que desear la multiplicación de las escuelas sociológicas, no para disolver la unidad del análisis científico en el oleaje de las tradiciones o de las ideologías, sino para crearla, puesto que cada aproximación de la teoría sociológica, solo puede definirse a sí misma en su encuentro con otras que organicen de manera distinta los mismos elementos.

Traducción directa del francés por Irene Cusien

Sobre los autores y autoras

Esteban Torres nació en la ciudad de Córdoba el 23 de marzo de 1976 y por motivos políticos debió exiliarse con su familia en Estocolmo, Suecia, en 1977. De allí regresó a la República Argentina en el año 1986. Además de la ciudadanía sueca, de su exilio prematuro se trajo la experiencia de ser argentino y latinoamericano en un país escandinavo. Desde entonces ha viajado y permanecido fuera de América Latina en diferentes momentos. Hizo su doctorado a caballo entre la Universidad Autónoma de Barcelona y la Universidad Nacional de La Plata. Actualmente se desempeña como investigador del CONICET y director del programa "Cambio Social Mundial" en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Asimismo, ejerce como profesor a cargo de la cátedra "Sociología" de la Escuela de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC y de la cátedra "Teorías y procesos de cambio social" de la carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales (UNC). Desde febrero de 2023, Torres es Fellow Permanente del prestigioso Institut für Sozialforschung (IFS) [Instituto de Investigación Social] de la Goethe-Universität Frankfurt, hogar histórico de la "Escuela de Frankfurt". En los últimos años, ha sido profesor visitante en los departamentos de Sociología de varias universidades,

entre ellas la New York University (EE. UU.), la University of Cambridge (Reino Unido), la University of Wisconsin/Madison (EE. UU.) y la Friedrich Schiller Universität Jena (Alemania). Entre 2016 y 2022, se desempeñó como coordinador del Grupo de trabajo de CLACSO "Teoría social y realidad latinoamericana", junto con Edelberto Torres-Rivas y José Mauricio Domingues. Es autor de una multiplicidad de libros, artículos científicos, capítulos de libros y artículos de prensa, entre otros textos. Sus últimos libros son *El cambio social: teoría, historia y política* (2023); *Hacia una nueva sociología del capitalismo* (2022); *La gran transformación de la sociología* (2021); *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana* (2020), *Marx 200: presente, pasado y futuro* (2020) y *Franciso Delich y América Latina* (2018). Colabora con diferentes medios de comunicación y divulgación, entre ellos Global Dialogue (International Sociological Association), Página12, Nodal, CBA 24N.

Karina Batthyány es Directora Ejecutiva del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) desde 2019. Doctora en Sociología. Profesora titular del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias de Sociales (UdelaR) en el área de metodología de la investigación y de relaciones sociales de género e integrante del Sistema Nacional de Investigadores del Uruguay. Es autora de numerosas publicaciones en torno a las temáticas de género, políticas públicas, trabajo no remunerado y cuidados, entre las que se encuentran *Las políticas y el cuidado en América Latina. Una mirada a las experiencias regionales* (2015), *Miradas latinoamericanas a los cuidados* (2020) y *La sociedad del cuidado y políticas de la vida* (2024, coordinadora junto a Javier Armando Pineda Duque y Valentina Perrotta).

Manuel Castells se licenció en Derecho por la Facultad de Derecho y Ciencias Económicas de la Universidad de París en 1964. Obtuvo un Diplomado en Ciencias Sociales del Trabajo por el Instituto de Ciencias Sociales del Trabajo de esa misma casa y un Máster

en Sociología por la Escuela Práctica de Altos Estudios de París. En 1967 se doctoró en Sociología por la Universidad de París. Visitó con frecuencia América Latina, especialmente Chile, país en el que trabajó en la Universidad Católica y FLACSO, organismo en el que coincidió con José Serra, Fernando H. Cardoso y Alain Touraine. Fue profesor titular de sociología de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París. Se desempeñó como Catedrático de Sociología y de Planificación urbana y regional de la Universidad de California en Berkeley. Ocupó la Cátedra de Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid (1988-93) y la dirección en 1990 del Instituto Universitario de Sociología de las Nuevas Tecnologías de esa misma universidad. Entre 1994 y 1998 dirigió el Centro de Estudios de Europa Occidental de Universidad de California en Berkeley. Fue profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en el Instituto de Estudios Sociales Avanzados en Barcelona. Ha recibido por su obra numerosas distinciones, doctorados honoríficos y premios, entre los que destacan el Premio C. Wright Mills de la Sociedad Americana para el Estudio de los Problemas Sociales en 1983; el Premio Robert y Helen Lynd de la Asociación Americana de Sociología en 1988; la Orden Gabriela Mistral en 2005 del presidente de Chile; o el Premio Nacional de Sociología y Ciencia Política de España en 2008. Es además Académico numerario de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras, académico de la Academia Europea, de la Academia Británica, de la Academia Mexicana de Ciencias y de la Academia Americana de Ciencias Políticas y Sociales.

Gerónimo de Sierra es sociólogo. Graduado en Sociología en la Universidad de Lovaina en 1965, siendo allí colega de generación de Tomas Moulian, Claudio Orrego y Eugenio Ortega. Doctorado en París con la dirección de Alain Touraine, trabajando en el Laboratoire de Sociologie Industrielle (CRNS) en los años 1966 a 1969. Fue contemporáneo en los seminarios de Touraine con Fernando Calderón, Tomas Moulian, Manuel Antonio Garretón, Sergio

Zermeño, Vinicios Caldeira Brandt, entre otros muchos latinoamericanos. Luego fue profesor de sociología en la UDELAR-Uruguay, hasta el golpe de Estado pasando luego a investigar y dar cursos en la UNAM, FLACSO Buenos Aires, Lovaina, Universidad de Santo Domingo, USP de San Pablo, UFRGS de Porto Alegre, hasta su regreso del exilio a Montevideo en 1984. Allí en la UDELAR dictó clase e investigó hasta su jubilación, habiendo sido sucesivamente Director del Departamento de Sociología, y fundador de la Maestría en Sociología, la Maestría Bimodal de Estudios Latinoamericanos, y del Doctorado en Sociología. Sus áreas de especialidad han sido Sociología Política; Sociedades de América Latina; Problemas del Desarrollo; Integración regional. Por otra parte fue Vicerrector de UNILA (Universidad Latinoamericana para Integración), se desempeñó como Presidente de ALAS (Asociación Latinoamericana de Sociología), fue miembro del Comité Directivo (tres períodos) del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Coordinador (2000-2006) del Grupo de Trabajo sobre Mercosur e Integración de CLACSO. A su vez es Miembro Emérito de la Academia de Ciencias de Uruguay, Profesor Emérito de la Facultad Ciencias Sociales-Uruguay e Investigador Activo Emérito del Sistema Nacional Investigadores de Uruguay.

Fernando Calderón Gutiérrez es doctor en Sociología de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, París, Francia. Investigador y docente en diferentes universidades. Director de Investigación de la Universidad de San Martín (Argentina), profesor de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales de la misma universidad, y del Programa Simón Bolívar de la Universidad de Cambridge. Fue Secretario Ejecutivo de CLACSO entre 1983 y 1991.

Osbaldo Amauri Gallegos de Dios es licenciado en Letras Hispánicas y maestro en Estudios de Literatura Mexicana por la Universidad de Guadalajara (México). Doctor en Estudios Ibéricos y Latinoamericanos por la Universidad de Toulouse Jean Jaurès

(Francia). Investigador nacional nivel 1 SNII (2023-2027). Investigador posdoctorante en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-Occidente) de 2020 a 2024. Más de treinta artículos publicados en revistas científicas, así como las obras *Sembrando fuego* (2016), *Acercamiento analítico del cartel de la película: La ley de Herodes* (2012) y *ñêwä* (2008).

Ana Beatriz Oliveira Reis. Professora adjunta de Direito da Universidade Federal do Oeste do Pará (UFOPA). Doutora em Teoria e Filosofia do Direito pela Universidade do Estado do Rio de Janeiro (PPGD/UERJ). Tem experiência na área de Direito e Planejamento Urbano, com ênfase em Direito Urbanístico atuando principalmente com os temas direito à cidade, legislação urbanística e sujeitos coletivos.

Miguel Hernández Monsalve es sociólogo, magíster en Sociología (U. Academia de Humanismo Cristiano), y estudiante de Doctorado en Ciencias Sociales mención juventud (U. Católica Silva Henríquez). Actualmente se desempeña como docente en el Instituto Profesional IP Chile y es encargado de Registro, Seguimiento y Evaluación de Vinculación con el Medio de la UAHC. Entre sus publicaciones está "Negociación Colectiva: el caso del Sindicato de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano", "Nuevas Actorías y visiones políticas desde las Juventudes Organizadas sobre la institucionalidad, como conflicto de Estado y Sociedad", "Juventudes organizadas en conflicto con Estado y Sociedad", "Conflictividad Juvenil: Relación entre Estado y organizaciones autónomas" y obtención de Mención Honrosa en Concurso Premio INEDH/CLACSO Nelson Gutiérrez 2011.

Rafael Paternain es doctor en Sociología por la Universidad del País Vasco (España). Magister en Ciencias Humanas y licenciado en Sociología por la Universidad de la República (Uruguay). Profesor e investigador en el Departamento de Sociología de la Facultad

de Ciencias Sociales (Universidad de la República, Uruguay). Prorrector de Extensión y Actividades en el Medio de la Universidad de la República. Entre sus publicaciones recientes más destacadas figuran "Las políticas de policía y las transiciones en el fin del ciclo progresista" (2024); "La Violencia policial en los márgenes del Estado: conflictos y violación a los Derechos Humanos en el barrio Marconi de Montevideo" (en coautoría, 2023); "El campo de las víctimas del delito en Uruguay: posiciones y jerarquías" (2023).

Nerea Lucrecia Jodor es doctora en Derecho y Ciencias Sociales (FD-UNC). Abogada y escribana (FD-UNC). Maestranda en Sociología (CEA-UNC) y en Derecho Administrativo (UNIVERSIDAD AUSTRAL). Profesora jefa de Trabajos Prácticos en Introducción al Derecho (FD-UNC). Titular disciplinar en Introducción al Derecho y Ética y Deontología Profesional (Universidad Empresarial Siglo 21). Directora de Equipo de Investigación Formar (SECYT-UNC): "Estudios comparados sobre eficacia normativa, instrumental y simbólica de la CEDAW en Argentina, Brasil Colombia y Uruguay". Integrante de la Asesoría Jurídica del Ente Municipal BioCórdoba, Municipalidad de Córdoba, Provincia de Córdoba (Arg.). Secretaria de Bloque, Concejo Deliberante Municipalidad de Lago Puelo, Provincia de Chubut (Arg.). Última publicación: "Eficacias Condicionadas. Los derechos humanos de las mujeres en Argentina desde los casos Marita Verón y Olga Del Rosario Díaz".

ALAIN TOURAINE EN AMÉRICA LATINA

ENSAYOS

Alain Touraine fue integrante de una generación que intervino activamente en el debate de las ciencias sociales y el pensamiento occidental desde mediados del siglo XX hasta el inicio del XXI. Mantuvo siempre fuertes vínculos con América Latina y sus procesos, desde fines de los años cincuenta en Chile hasta nuestros días. Formó a varias generaciones de destacados sociólogos latinoamericanos que asistieron a sus cursos en París. Supo además ser de extrema fraternidad y solidaridad con alumnos y colegas perseguidos por las dictaduras latinoamericanas.

Este libro reúne los textos ganadores de la convocatoria abierta homónima hecha por CLACSO en 2023, más capítulos de autores que han estado dedicados durante décadas al análisis de la obra de Touraine y dos textos del propio Touraine.

CLACSO

ISBN 978-987-813-956-2